Lingüística / Análisis del discurso

Ruth Wodak y Michael Meyer

Métodos de análisis crítico del discurso

gedisa editorial

Ruth Wodak
Michael Meyer
compiladores

MÉTODOS DE ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO

Serie CLA•DE•MA
Lingüística / Análisis del discurso

CLA•DE•MA
Análisis del discurso y Lingüística

TEUN A. VAN DIJK *El discurso como estructura y proceso*
Estudios sobre el discurso I. Una introducción multidisciplinaria

TEUN A. VAN DIJK *El discurso como interacción social*
Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria

JAN RENKEMA *Introducción a los estilos sobre el discurso*

TEUN A. VAN DIJK *Ideología*
Un enfoque multidisciplinario

GEOFFREY SAMPSON *Sistemas de escritura*
Introducción lingüística

JEAN STAROBINSKI *Las palabras bajo las palabras*
Los anagramas de Ferdinand de Saussure

GIORGIO RAIMONDO CARDONA *Los lenguajes del saber*

MÉTODOS DE ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO

Ruth Wodak
Michael Meyer
compiladores

Traducción de
Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

gedisa
editorial

Título del original inglés:
Methods of Critical Discourse Analysis
English language edition published by Sage Publications of London, Thousand Oaks and New Delhi
© For editorial arrangements and Chapters 1, 2 and 4 Ruth Wodak and Michael Meyer 2001
© Chapter 3, Siegfried Jäger 2001
© Chapter 5, Teun van Dijk 2001
© Chapter 6, Norman Fairclough 2001
© Chapter 7, Ron Scollon 2001

Traducción: Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

Ilustración de cubierta: Juan Santana

Primera edición, abril de 2003, Barcelona

CREATIVE COMMONS

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Paseo Bonanova, 9 1º-1ª
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http: //www.gedisa.com

ISBN: 84-7432-970-1
Depósito legal: B. 19945-2003

Impreso por: Carvigraf
Cot, 31 - Ripollet

Impreso en España
Printed in Spain

Índice

AGRADECIMIENTOS 11

COLABORADORES 13

1. De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos
Ruth Wodak 17
Observaciones preliminares 17
Para empezar: una breve historia sobre la formación de un «grupo científico de iguales» 21
La historia de la lingüística crítica y del análisis crítico del discurso 22
Las nociones de «crítica», «ideología» y «poder» 29
Cuestiones y perspectivas abiertas 32
Notas 33

2. Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD
Michael Meyer 35
El ACD como diferencia que establece diferencias 35
La metodología del ACD 40
Fundamentos teóricos y objetivos 42
Metodología de la obtención de datos 48

Metodología de la operacionalización y del análisis 50
Criterios para valorar la calidad 56
Conclusión: el ACD visto entre dos luces 58
Notas 59

3. Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos
Siegfried Jäger 61
Observaciones preliminares 61
Teoría del discurso 62
La noción de discurso 62
Discurso, conocimiento, poder, sociedad, sujeto 68
Del discurso al dispositivo 69
El método de análisis del discurso y los dispositivos 79
La estructura del discurso 80
Sobre la cuestión de la completitud del análisis del discurso 86
Pequeña caja de herramientas para la construcción del análisis del discurso 87
Selección del «objeto» a investigar, justificación del método y sugerencias de investigación pragmática para evitar atajos y simplificaciones 88
Método 89
Procesar el material 90
Consideraciones iniciales sobre el análisis de dispositivos 93
El conocimiento en las acciones 96
El conocimiento en las manifestaciones y en las materializaciones 97
Notas 99

4. El enfoque histórico del discurso
Ruth Wodak 101
Definición del enfoque 101
Trasfondo teorético 101
La noción de «discurso» 104
La historia del enfoque histórico del discurso 109
El programa de investigación 109
Los discursos políticos y discriminatorios 110

El análisis del discurso discriminatorio: estudio del caso de la propuesta «Austria primero» realizada por el Partido de la Libertad de Austria en los años 1992-1993 113
Categorías de análisis 113
Argumentos a favor y en contra de la discriminación 115
La propuesta «Austria primero» 120
Resumen de conclusiones y procedimientos 140
Para seguir leyendo 141
Notas 141

5. La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad
Teun A. van Dijk 143
En favor de la diversidad 143
¿Qué es el ACD? 144
El triángulo discurso-cognición-sociedad 145
¿Qué estructuras discursivas debemos analizar? 147
Niveles y dimensiones del ACD. Un ejemplo 149
Temas: macroestructuras semánticas 152
Significados locales 154
La relevancia de las estructuras «formales» sutiles 158
Modelos contextuales 164
Modelos de acontecimientos 165
Cognición social 167
Discurso y sociedad 170
Observaciones finales 174
Para seguir leyendo 176

6. El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales
Norman Fairclough 179
Ubicación teorética del ACD: el discurso como un momento de las prácticas sociales 180
El marco analítico del ACD 184
Ejemplo: las representaciones del cambio en la «economía global» 187
Enfoque sobre un problema social que tiene un aspecto semiótico 190

Identificar los obstáculos para poder abordarlos 191
¿«Necesita» en cierto sentido ser problemático el orden social (la red de prácticas)? 197
Identificar las posibles maneras de superar los obstáculos 198
Reflexionar críticamente sobre el análisis 200
Para seguir leyendo 201

7. Acción y texto: para una comprensión conjunta del lugar del texto en la (inter)acción social, el análisis mediato del discurso y el problema de la acción social
Ron Scollon 205
El análisis crítico del discurso y el análisis mediato del discurso 207
Neocapitalismo, neoliberalismo y una taza de café: una acción mediata 210
La acción mediata 214
El escenario de la acción 215
Los instrumentos de mediación 216
La práctica y los instrumentos de mediación 217
Los nexos de la práctica 219
La comunidad de práctica 220
Objetivos y estrategias del método 222
La acción mediata en los escenarios de la acción: el enfoque central 234
La acción 236
La práctica 245
Los instrumentos de mediación 249
Los nexos de la práctica 258
La comunidad de práctica 260
Los supuestos metodológicos 262
Áreas predilectas de aplicación y restricciones pertinentes ... 264
Para seguir leyendo 264
Notas 265

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 267

ÍNDICE ANALÍTICO 281

Agradecimientos

Este libro no podría haberse escrito sin la ayuda de mucha gente. Deseamos expresarles nuestra gratitud a todos ellos.

En particular, apreciamos la discusión y el trabajo realizados con los estudiantes que participaron en nuestro seminario sobre análisis crítico del discurso (ACD), seminario organizado en el Departamento de Lingüística de la Universidad de Viena durante el verano de 1999. Este grupo de trabajo constituyó un importante estímulo para nuestro plan de publicar un libro sobre el ACD.

Apreciamos la colaboración mantenida con los autores de las contribuciones a este libro: Siegfried Jäger, Teun A. van Dijk, Norman Fairclough, y Ron Scollon. No sólo escribieron artículos realmente muy interesantes, sino que los entregaron (casi) a tiempo, y aceptaron nuestras críticas y comentarios con comprensión y paciencia.

Bryan Jenner ha sido indispensable por su contribución, ya que nos ayudó a dar una forma aceptable a nuestro mal estructurado inglés aprendido. Michael Carmichael y Lauren McAllister, de la editorial Sage, han sido unos editores que nos han respaldado mucho y que han contribuido positivamente al resultado final.

Colaboradores

Norman Fairclough es profesor de Lengua y Vida Social en la Universidad de Lancaster, en el Reino Unido. Ha escrito extensamente sobre el análisis crítico del discurso. Sus principales publicaciones incluyen: *Language and Power* (1989), *Discourse and Social Change* (1992), *Media Discourse* (1995), *Critical Discourse Analysis* (1995), *Discourse in Late Modernity* (1999) (con Lilie Chouliaraki), y *New Labour, New Language?* (2000). Actualmente trabaja en la lengua del nuevo capitalismo, una introducción al análisis textual y de la interacción para investigadores sociales que aborda también la teorización del discurso en el campo del realismo crítico.

Siegfried Jäger es profesor de Lengua Alemana en la Universidad Gerhard Mercator de Duisburgo, Alemania. Es también director del Instituto de Lengua e Investigación Social (DISS), miembro del consejo de la Asociación Internacional para el Estudio del Racismo (IASR), y coeditor de *Discourse and Society*. Sus principales publicaciones son: *Brand-Sätze. Rassismus im Alltag*, 4ª edición, Duisburgo 1996, *Kritische Diskursanalyse. Eine Einführung*, 2ª edición, Duisburgo 1999. Sus principales áreas de investigación son la teoría de actos de habla, la sociolingüística, la teoría del discurso y el análisis del discurso. Su investigación se centra en el extremismo de derechas, el racismo, el militarismo y las energías de biomasa.

Michael Meyer es profesor ayudante en el Departamento de Gestión y Conducta de la Organización en la Universidad vienesa de Economía y Administración de Empresas. Sus principales áreas de investigación son la teoría de los sistemas sociales, los métodos cualitativos y la teoría de la organización. Sus investigaciones recientes se concentran en la orientación profesional y el capital social existente en y entre las organizaciones. Sus principales publicaciones son: *Methods of Texts and Discourse Analysis* (con Stefan Titscher, Ruth Wodak y Eva Vetter, Londres, Sage, 2000), «Text und Gegentext» (con Stefan Titscher, en «*Soziale Systeme*», nº 2, 1998).

Ron Scollon es profesor de Lingüística en el Departamento de Lingüística de la Universidad de Georgetown en Washington, DC, y editor de la revista *Visual Communication*. Sus intereses incluyen el discurso mediato, el discurso multimodal, la sociolingüística de la lectoescritura y las relaciones entre las tecnologías de la comunicación y el análisis sociolingüístico. Sus dos libros más recientes son *Mediated Discourse: The Nexus of Practice* e *Intercultural Communication: A Discourse Approach* (2ª edición) (con Suzanne Scollon).

Teun A. van Dijk es profesor de Estudios del Discurso en la Universidad de Amsterdam, y profesor visitante en la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona. Tras realizar sus primeros trabajos en el campo de los estudios literarios, la gramática textual y la psicología de la comprensión de textos, en los años ochenta, su investigación se centró en el estudio de las noticias publicadas en la prensa y en la reproducción del racismo mediante varios tipos de discurso. En cada uno de estos ámbitos ha publicado varios libros. Su presente investigación en los estudios críticos del discurso se centra en las relaciones entre el poder, el discurso y la ideología. Su último libro es *Ideology* (Sage, 1998). Ha fundado las revistas internacionales *TEXT*, *Discourse and Society* y *Discourse Studies*, y aún sigue publicando las dos últimas. Es el compilador de la obra en cuatro volúmenes titulada *Handbook of Discourse Analysis* (1985), y del libro en dos volúmenes denominado *Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria* (Gedisa, 2000) y autor de *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria* (Gedisa, 1999). Ha sido lector durante años en Europa y las Américas, y ha sido profesor visitante en varias universidades de Latinoamérica.

Ruth Wodak es profesora de Lingüística Aplicada y de Análisis del Discurso en el Departamento de Lingüística de la Universidad de Viena, y también profesora investigadora y directora del Centro de Investigación para el Discurso, la Política y la Identidad de la Academia de las Ciencias de Austria (www.oeaw.ac.at/wittgenstein). Ha recibido muchos premios, incluyendo el Premio Wittgenstein para Investigadores de Élite de 1996. Ha sido también profesora visitante en muchas ocasiones (Stanford, Minnesota, Georgetown, Uppsala). Es directora de *Language and Politics*, codirectora de *Discourse and Society*, directora de las series *Diskursforschung* (Passagenverlag), *Sprache und Kontext* (Lang Verlag), *Discourse in Politics, Culture and Society* (Benjamins). Sus áreas de investigación incluyen el discurso y la política, la metodología del análisis crítico del discurso, el racismo y el antisemitismo, el género, y el discurso de la organización. Sus publicaciones recientes incluyen *Racism at the Top*, 2000 (con Teun van Dijk), *Discursive Construction of National Identity*, 1999 (con Rudi de Cillia, Martin Reisigl, y Karin Liebhart), *Disorders of Discourse*, 1996, *Discourses on Unemployment in the European Union*, 2000 (con Peter Muntigl y Gilbert Weiss), *Discourse and Discrimination*, 2001 (con Martin Reisigl), *Gender and Discourse*, 1997.

1

De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos[1]

Ruth Wodak

Más allá de la descripción o de la aplicación superficial, la ciencia crítica de cada esfera de conocimiento plantea nuevas preguntas, como las de la responsabilidad, los intereses y la ideología. En vez de centrarse en problemas puramente académicos o teóricos, su punto de partida se encuentra en los problemas sociales predominantes, y por ello escoge la perspectiva de quienes más sufren para analizar de forma crítica a quienes poseen el poder, a los responsables, y a los que tienen los medios y la oportunidad de resolver dichos problemas (Van Dijk, 1986, pág. 4).

Extraer consecuencias para la acción política de la teoría crítica es la aspiración de quienes tienen intenciones serias, y sin embargo, no existe ninguna regla general, como no sea la necesidad de indagar en la propia responsabilidad (Horkheimer, citado en O'Neill, 1979).

Observaciones preliminares

Los términos *lingüística crítica* (LC) y *análisis crítico del discurso* (ACD) se utilizan con frecuencia de manera intercambiable. De hecho, en los úl-

timos tiempos, parece que se prefiere el término ACD, usandose para denotar la teoría que antes se identificaba con la denominación LC. El ACD estudia «el lenguaje como práctica social» (Fairclough y Wodak, 1997), y considera que el contexto de uso del lenguaje es crucial (Wodak, 2000c; Benke, 2000). Además, el ACD se interesa de modo particular por la relación entre el lenguaje y el poder. De modo más específico, el término ACD se utiliza hoy en día para hacer referencia al enfoque que, desde la lingüística crítica, hacen los académicos que consideran que la amplia unidad del texto discursivo es la unidad básica de la comunicación. Esta investigación tiene en cuenta, de modo muy concreto, los discursos institucionales, políticos, de género y mediáticos (en el más amplio sentido) que dan testimonio de la existencia de unas más o menos abiertas relaciones de lucha y conflicto.

El párrafo citado más arriba de Teun van Dijk, que he utilizado como epígrafe, resume algunos de los objetivos y metas de la LC y el ACD, en particular aquellos que señalan la interdependencia entre los intereses de la investigación y los compromisos políticos, interdependencia que este autor analiza mediante lo que él llama ciencia crítica, expresión en la que la exclusiva noción que tiene Van Dijk de la voz «crítica», tal como la utiliza en su afirmación programática, destaca el consuetudinario sentido del talante «crítico que la academia encarna». Con este espíritu «crítico» quisiera proporcionar una visión de conjunto de algunos de los principios teóricos fundamentales de la LC y el ACD,[2] así como algunas breves descripciones de las más destacadas escuelas que han aparecido tanto en la LC como en la ACD. De hecho, el carácter heterogéneo de los enfoques metodológicos y teóricos presentes en este campo de la lingüística tendería a confirmar el argumento de Van Dijk, que sostiene que el ACD y la LC «son, como mucho, una perspectiva común sobre el quehacer propio de la lingüística, la semiótica o el análisis del discurso» (Van Dijk, 1993, pág. 131).

Esta perspectiva común guarda relación con el término «crítico» que, en la obra de algunos «lingüistas críticos», podría remontarse a la influencia de la Escuela de Francfort o a la de Jürgen Habermas (Thompson, 1988, págs. 71 y sigs.; Fay, 1987, pág. 203; Anthonissen, 2001). En nuestros días, sin embargo, se usa de modo convencional en un sentido más amplio para denotar, como argumenta Krings, el vínculo práctico que une «el compromiso social y político» con «una construcción sociológicamente informada de la sociedad» (Krings *et al.*, 1973, pág. 808),

pese a reconocer, en palabras de Fairclough, «que, en los asuntos humanos, las interconexiones y los encadenamientos de causa y efecto pueden hallarse distorsionados en lugares ocultos a la vista; lo que nos lleva a la conclusión de que la «crítica» es, en esencia, hacer visible la interacción de las cosas (Fairclough, 1985, pág. 747; véase igualmente Connerton, 1976, págs. 11-39, y también aquí mismo, más adelante).

De este modo, la LC y el ACD pueden definirse como disciplinas que fundamentalmente se ocupan de analizar, ya sean éstas opacas o transparentes, las relaciones de dominación, discriminación, poder y control, tal como se manifiestan a través del lenguaje. En otras palabras, el ACD se propone investigar de forma crítica la desigualdad social tal como viene expresada, señalada, constituida, legitimada, etcétera, por los usos del lenguaje (es decir, en el discurso). La mayoría de los analistas críticos del discurso aceptarían por tanto la afirmación de Habermas, que sostiene que «el lenguaje es también un medio de dominación y una fuerza social. Sirve para legitimar las relaciones del poder organizado. En la medida en que las legitimaciones de las relaciones de poder, [...] no estén articuladas, [...] el lenguaje es también ideológico» (Habermas, 1977, pág. 259, y también aquí mismo, más adelante).

A diferencia de otros paradigmas del análisis del discurso y de la lingüística textual, la LC y el ACD no sólo se centran en textos, hablados o escritos, considerándolos como objetos de investigación. Una explicación plenamente «crítica» del discurso requeriría por consiguiente una teorización y una descripción tanto de los procesos y las estructuras sociales que dan lugar a la producción de un texto como de las estructuras sociales y los procesos en los cuales los individuos o los grupos, en tanto que sujetos históricos, crean sentidos en su interacción con textos (Fairclough y Kress, 1993, págs. 2 y sigs.). Por consiguiente, tres son los conceptos que, de manera indispensable, han de figurar en todo ACD: el concepto de poder, el concepto de historia y el concepto de ideología.[3]

A diferencia de la investigación en la sociolingüística pragmática y tradicional en la que, según los lingüistas críticos, las variables contextuales se ponen, de forma un tanto ingenua, en correlación con un sistema autónomo de lenguaje (por ejemplo Kress y Hodge, 1979), la LC y el ACD tratan de evitar el postulado de una simple relación determinista entre los textos y lo social. Teniendo en cuenta las intuiciones de que el discurso se estructura por dominancia,[4] de que todo discurso es un objeto históricamente producido e interpretado, esto es, que se halla situa-

do en el tiempo y en el espacio, y de que las estructuras de dominancia están legitimadas por las ideologías de grupos poderosos, el complejo enfoque que defienden los proponentes de la LC y el ACD permite analizar las presiones provenientes de arriba y las posibilidades de resistencia a las desiguales relaciones de poder que aparecen en forma de convenciones sociales. Según este punto de vista, las estructuras dominantes estabilizan las convenciones y las convierten en algo natural, es decir, los efectos del poder y de la ideología en la producción de sentido quedan oscurecidos y adquieren formas estables y naturales: se los considera como algo «dado». La resistencia es así considerada como una ruptura de las convenciones y de las prácticas discursivas estables, como un acto de «creatividad» (Fairclough y Kress, 1993, págs. 4 y sigs.).

Desde luego, en el ACD de hoy en día existe una enorme continuidad con la LC (véase, por ejemplo, Fairclough y Wodak, 1997; Blommaert y Bulcaen, 2000), continuidad que se desarrolló en los años setenta y ochenta, primero en la Universidad de East Anglia, con Roger Fowler, Tony Trew y Gunther Kress (véase más adelante). Esta continuidad es visible sobre todo en la afirmación de que los discursos son ideológicos y de que no hay arbitrariedad de signos (véase también Kress, 1993). La lingüística sistémica funcional ha demostrado ser de la mayor importancia para los análisis de textos llevados a cabo por esta escuela (véase Halliday, 1978).

Otras raíces de la LC y el ACD se encuentran en la retórica clásica, la lingüística textual y la sociolingüística, así como en la lingüística aplicada y en la pragmática. Las nociones de ideología, poder, jerarquía y género, así como la de las variables sociológicas estáticas, han sido todas ellas consideradas como elementos relevantes para la interpretación o la explicación del texto. Las cuestiones sometidas a investigación difieren en función de los distintos departamentos y estudiosos que aplican el ACD. Las investigaciones de cuestiones relacionadas con el género, con el racismo, con los discursos de los medios de comunicación o con las dimensiones de la identidad han adquirido gran relieve (véase Wodak *et al.*, 1999; Blommaert y Verschueren, 1999; Martín-Rojo y Van Dijk, 1997; Pedro 1977; Martín-Rojo y Whittaker, 1998; así como muchos de los editoriales aparecidos en *Discourse and Society* a lo largo de los años, en especial el debate entre Emanuel Schegloff y Michael Billig en los números 2-4 de 1999 y 2-4 de 2000). Las metodologías difieren también grandemente: es posible encontrar pequeños estudios cualitativos de casos concre-

tos y también amplios conjuntos de datos extraídos del trabajo de campo y de la investigación etnográfica.

Para empezar: una breve historia sobre la formación de un «grupo científico de iguales»

Como red de estudiosos, el ACD surgió a principios de los años noventa, tras un pequeño simposio celebrado en Amsterdam, en enero de 1991. Por suerte, y gracias al apoyo de la Universidad de Amsterdam, Teun van Dijk, Norman Fairclough, Gunther Kress, Theo van Leeuwen y Ruth Wodak pasaron dos días juntos y tuvieron la maravillosa oportunidad de discutir teorías y métodos de análisis del discurso, en especial de ACD. La reunión permitió que todos presentaran a todos los muy diferenciados y distintos enfoques, enfoques que aún hoy distinguen a las diversas tendencias existentes (véanse los trabajos que componen este libro y también la literatura relacionada con ellos). En este proceso de formación de grupo quedaron expuestas las diferencias y las semejanzas; diferencias respecto de otras teorías y metodologías del análisis del discurso (véase Titscher *et al.*, 2000), y semejanzas de tipo programático que podrían enmarcar los distintos enfoques teóricos debidos a las variadas biografías y escuelas de los respectivos estudiosos.

Desde luego, el comienzo de esta red de ACD está también marcado por la salida al mercado de la revista de Van Dijk, *Discourse and Society* (1990), así como por la aparición de varios libros como *Language and Power* de Norman Fairclough (1989), *Language, Power and Ideology*, de Ruth Wodak (1989), o el primer libro de Teun van Dijk sobre el racismo, *Prejudice in Discourse* (1984). Sin embargo, la reunión de Amsterdam supuso un comienzo institucional, un esfuerzo tendente a empezar un programa de intercambio (ERASMUS, durante tres años),[5] además de múltiples proyectos conjuntos y colaboraciones entre los distintos estudiosos y los diversos enfoques, a lo que hay que añadir un número especial de *Discourse and Society* (1993) que reunió los mencionados enfoques. Desde entonces se han producido muchos cambios, tanto en la agenda como en los estudiosos implicados. Nuevas revistas han visto la luz, se han escrito múltiples exposiciones panorámicas del área, y en este momento el ACD es un paradigma establecido en el campo de la lingüística.

Desde aquella primera reunión (por supuesto, el ACD y la LC ya existían antes, pero no como un grupo de estudiosos tan internacional, heterogéneo y estrechamente interrelacionado), se han celebrado simposios anualmente, simposios que han acompañado el surgimiento de este paradigma, un paradigma que conserva su unidad más por su agenda y su programa de investigación que por la existencia de alguna teoría o metodología común. Nuevos estudiosos han empezado a tomar parte en estas conferencias, y nuevos investigadores han comenzado a indagar en el campo del ACD, como, por ejemplo, Ron Scollon. Era raro que los estudiosos provenientes del mundo de habla alemana interviniesen, debido a que las conferencias se daban siempre en inglés. No obstante, Utz Maas así como Siegfried Jäger y sus enfoques han recibido comprensión y reconocimiento (véase Fairclough y Wodak, 1997; Titscher *et al.*, 2000). Esto explica la gran variedad de enfoques distintos que presenta este libro, diferencias observables tanto desde el punto de vista teórico como desde el empírico, así como la amplia gama de instrumentos lingüísticos utilizados para analizar el discurso. La crítica que frecuentemente se dirige al ACD comprende varias dimensiones, que también se examinan en esta obra: el enfoque hermenéutico dado al análisis de textos; el vasto contexto que se usa para interpretar los textos; el con frecuencia amplísimo marco teórico que no siempre se ajusta a los datos, y sobre todo, la posición política que explícitamente adoptan los investigadores (véase Titscher *et al.*, 2000 para una visión de conjunto de las críticas al ACD, así como la contribución que hace Michael Meyer en este libro).

La historia de la lingüística crítica y del análisis crítico del discurso

La década de los setenta conoció el surgimiento de una forma de análisis del discurso y el texto que reconocía el papel del lenguaje en la estructuración de las relaciones de poder en la sociedad (véase Anthonissen, 2001, para un amplio resumen de esta evolución). En aquella época, gran parte de la investigación lingüística realizada en otros lugares se centraba en los aspectos formales del lenguaje que integraban la competencia lingüística de los hablantes y que, teóricamente, podía aislarse de los casos específicos de utilización del lenguaje (Chomsky, 1957). Allí donde

era tenida en cuenta la relación entre el lenguaje y el contexto, como sucede en la pragmática (Levinson, 1983), desde un enfoque centrado en la competencia pragmática y sociolingüística de los hablantes, aún se consideraba que las proposiciones y los componentes de las proposiciones eran las unidades básicas. Gran parte de la investigación sociolingüística de la época se dirigía a describir y a explicar las variaciones del lenguaje, así como los cambios del lenguaje y de las estructuras de la interacción comunicativa, prestando una atención limitada a las cuestiones relacionadas con la jerarquía y el poder social (Labov, 1972; Hymes, 1972). En este contexto, la atención a los textos, a su producción, su interpretación y su relación con los impulsos y las estructuras societales señalaba un tipo de interés muy diferente (De Beaugrande y Dressler, 1981; véase Titscher *et al.*, 2000, para una visión panorámica). Los trabajos de Kress y Hodge (1979), Fowler *et al.* (1979), Van Dijk (1985), Fairclough (1989) y Wodak (comp.) (1989), sirvieron para explicar e ilustrar las principales asunciones, principios y procedimientos de lo que ya había llegado a conocerse por entonces como LC.

Kress (1990, págs. 84-97) proporciona una explicación de los fundamentos teóricos y de las fuentes de la lingüística crítica. Él indica que el término LC fue «adaptado de forma plenamente deliberada» (1990, pág. 88) a partir de su contrapartida filosófica, como una designación utilizada por el grupo de estudiosos que trabajaba en la Universidad de East Anglia en los años setenta (véase también Wodak, 1996a; Blommaert y Bulcaen, 2000). Al comenzar los años noventa, la denominación ACD llegó a utilizarse de forma más coherente con lo propio de este particular enfoque del análisis lingüístico. Kress (1990, pág. 94) muestra el modo en que, por esa época, «surgía el ACD como teoría diferenciada del lenguaje, como un tipo de lingüística radicalmente diferente». Este autor enumera los criterios que caracterizan el trabajo en el paradigma del análisis crítico del discurso, ilustrando de qué modo estos criterios distinguen este trabajo de otros análisis del discurso políticamente comprometidos. Fairclough y Wodak (1997) llevaron más lejos estos criterios y establecieron los 10 principios básicos de un programa de ACD. En las contribuciones a este volumen, encontramos una elaboración aún más amplia de estas afirmaciones y propuestas programáticas.

Muchos de los supuestos básicos de la LC y el ACD que poseían relieve en los primeros tiempos y que fueron elaborados en ulteriores de-

sarrollos de la teoría se encuentran articuladas en la obra de Kress. Esto incluye afirmaciones como las siguientes:

- El lenguaje es un fenómeno social.
- No sólo los individuos sino también las instituciones y los grupos sociales poseen significados y valores específicos que se expresan de forma sistemática por medio del lenguaje.
- Los textos son las unidades relevantes del lenguaje en la comunicación.
- Los lectores o los oyentes no son receptores pasivos en su relación con los textos.
- Existen semejanzas entre el lenguaje de la ciencia y el lenguaje de las instituciones, etcétera (Kress, 1989).

Kress se concentra en la «economía política» de los medios de representación: esto es, trata de entender de qué modo valoran varias sociedades los distintos modos de representación y cómo los utilizan. Un aspecto capital de su trabajo es el esfuerzo encaminado a comprender la formación del ser humano individual como individuo social que responde a las «fuentes de representación» que encuentra.

Su actual cargo como miembro de un instituto de investigación educativa ha tenido como consecuencia que gran parte del esfuerzo de Kress se haya encauzado hacia una reflexión sobre el contenido del currículo educativo, realizada en términos de recursos de representación y en términos de su utilización por parte de los individuos en la constante transformación de sus subjetividades, según el proceso que habitualmente llamamos «aprendizaje». Un subproducto de su interés investigador ha sido su creciente implicación en cuestiones manifiestamente políticas, incluyendo la política de la cultura.

Ya nos hemos referido a Fowler *et al.* (1979) al determinar los primeros fundamentos de la LC. Los trabajos posteriores de Fowler (1991, 1996) muestran cómo pueden utilizarse las herramientas que proporcionan las teorías lingüísticas estándar (una versión de 1965 de la gramática de Chomsky, y una teoría de Halliday de la gramática funcional sistémica) para descubrir estructuras lingüísticas de poder en los textos. No sólo en los nuevos discursos, sino también en la crítica literaria, Fowler ilustra que los dispositivos de la gramática sistemática tienen la función de establecer, manipular y naturalizar las jerarquías sociales.

Fairclough (1989) expone las teorías sociales que sustentan el ACD y, como ocurre en algunas de las primeras obras de crítica lingüística, analiza una variedad de ejemplos textuales para ilustrar el área, sus objetivos y sus métodos de análisis. Más tarde, Fairclough (1992, 1995) y Chouliariki y Fairclough (1999) explican y elaboran algunos avances producidos en el ACD, mostrando no sólo cómo se ha desarrollado el marco analítico para investigar el lenguaje en relación con el poder y la ideología, sino también por qué resulta útil el ACD en el descubrimiento de la naturaleza discursiva de gran parte de los cambios sociales y culturales contemporáneos. En particular, se examina con todo detalle el lenguaje de los medios de comunicación de masas, medios que se consideran una de las sedes del poder, de la pugna política y uno de los ámbitos en los que el lenguaje es en apariencia transparente. Las instituciones mediáticas pretenden a menudo que son neutrales debido a que constituyen un espacio para el discurso público, a que reflejan desinteresadamente los estados de cosas y a que no ocultan las percepciones ni los argumentos de quienes son noticia. Fairclough muestra el carácter falaz de estas asunciones, e ilustra el papel mediador y constructor de los medios con una diversidad de ejemplos.

Los primeros trabajos de lingüística textual y análisis del discurso de Van Dijk (1977, 1981) muestran ya el interés que siente por los textos y los discursos comprendidos como unidades básicas y como prácticas sociales. Al igual que otros teóricos de la lingüística crítica, Van Dijk busca los orígenes del interés lingüístico en unidades de lenguaje mayores que las proposiciones, así como en la dependencia que tienen los significados respecto del texto y el contexto. Van Dijk y Kintsch (1983) han estudiado la relevancia del discurso para el estudio del procesamiento del lenguaje. Han desarrollado un modelo cognitivo de la comprensión del discurso en los individuos, y lo han hecho evolucionar gradualmente hasta convertirlo en varios modelos cognitivos que explican la construcción del significado en el plano societal. En la obra *Handbook of Discourse Analysis* (*Manual del análisis del discurso*) (1985), Van Dijk recoge el trabajo de distintos estudiosos para quienes el lenguaje y el modo en que éste opera en el discurso es, de diversos modos, el objeto de investigación fundamental, o un instrumento con el que investigar otros fenómenos sociales. Esta obra es en cierto modo una relación del «estado de la cuestión» de la lingüística crítica a mediados de los años ochenta, y condujo posteriormente a un nuevo manual (1997). En este

tiempo han adquirido relieve nuevas cuestiones que pasaré a discutir más adelante.

Van Dijk se interesa especialmente por el discurso mediático, y no sólo expone sus propias reflexiones sobre la comunicación en los medios de masas (Van Dijk, 1986), sino que también reúne las teorías y las aplicaciones de diversos estudiosos interesados en la producción, usos y funciones de los discursos mediáticos (Van Dijk, 1985). Al analizar críticamente varios tipos de discursos que, de forma cifrada, incluyen prejuicios, el interés de Van Dijk se centra en desarrollar un modelo teórico que pueda explicar los mecanismos de procesamiento del discurso cognitivo (Wodak y Van Dijk, 2000). En fecha reciente, Van Dijk se ha ocupado de cuestiones de racismo e ideología (Van Dijk, 1998).

A finales de los años ochenta, la LC logró describir sus objetivos y sus intereses de investigación, y también pudo escoger su perspectiva y sus métodos de análisis con una especificidad y un rigor mucho mayores que los conseguidos hasta entonces. Wodak (1989) enumera, explica e ilustra las más importantes características de la investigación en lingüística crítica, tal como han quedado establecidas por la ininterrumpida investigación. Se reitera la importancia de investigar la utilización del lenguaje en entornos institucionales, y se introduce un nuevo enfoque basado en la necesidad de una perspectiva histórica (el enfoque histórico del discurso). Esto vino seguido de varios proyectos de investigación vinculados a las prácticas discursivas en contextos institucionales, proyectos que nos ayudarán a desarrollar una teoría integrada del análisis crítico del discurso (véase la contribución de Wodak en este libro).

Wodak (1996a, b) muestra cómo los estudiosos que se han adentrado en la lingüística, la semiótica y el análisis del discurso provistos de distintos bagajes académicos comparten una particular perspectiva en la que los conceptos de poder, ideología e historia ocupan un lugar central. En una visión de conjunto del desarrollo de una tradición crítica en el análisis del discurso, esta autora hace referencia al hecho de que la disciplina se apoye en la lingüística de Halliday, en la sociolingüística de Bernstein, así como en la obra de críticos literarios y de filósofos sociales como Pêcheux, Foucault, Habermas, Bajtin y Voloshinov. Wodak respalda la sugerencia realizada por otros lingüistas críticos que creen que las relaciones entre el lenguaje y la sociedad son tan complejas y polifacéticas que es preciso proceder a una investigación interdisciplinar.

Tanto si los analistas con un enfoque crítico prefieren centrarse en las características microlingüísticas, las macrolingüísticas, las textuales, las discursivas o las contextuales, como si su ángulo de aproximación es fundamentalmente filosófico, sociológico o histórico, en la mayoría de los estudios se hace referencia a la gramática funcional sistémica de Halliday. Esto indica que una comprensión de las afirmaciones básicas de la gramática de Halliday y de su enfoque del análisis lingüístico resulta esencial para una adecuada comprensión del ACD. Para una exposición de la contribución de Halliday al desarrollo de la LC deberíamos considerar la obra del propio Halliday (1978, 1985), así como la obra de los estudiosos que han trabajado en estrecha relación con la gramática de Halliday y que no sólo han aplicado la teoría, sino que también la han elaborado. Yo remitiría específicamente a los lectores a las obras de Kress (1976), Martin y Hasan (1989), Martin (1992) y Iedema (1997, 1999). En fecha tan temprana como la de 1970 M. A. K. Halliday destacaba la relación entre el sistema gramatical y las necesidades sociales y personales que el lenguaje ha de satisfacer (Halliday, 1970, pág. 142). Halliday distinguía tres metafunciones del lenguaje que se encuentran en interconexión constante: en primer lugar, la función ideadora a través de la cual el lenguaje confiere estructura a la experiencia (la estructura ideacional guarda una relación dialéctica con la estructura social, reflejándola y, a la vez, influyendo sobre ella); en segundo lugar, la función interpersonal, que fragua relaciones entre los participantes; y en tercer lugar, la función textual, que confiere coherencia y cohesión a los textos.

Además, la teoría de la argumentación y la retórica han sido combinadas con éxito con la lingüística sistémica funcional (véase Reisigl y Wodak, 2001; Muntigl *et al.*, 2000; Van Leeuwen y Wodak, 1999).

El reconocimiento de la contribución de todos los aspectos del contexto comunicativo al significado del texto, junto con la creciente conciencia que existe, por regla general, en los estudios mediáticos respecto de la importancia de los aspectos no verbales de los textos, ha hecho que la atención se vuelque más hacia los dispositivos semióticos del discurso que hacia los lingüísticos. Theo van Leeuwen ha realizado un precursor trabajo sobre la interacción entre lo verbal y lo visual en los textos y el discurso, así como sobre el significado de las imágenes. Debe mencionarse aquí, de forma particular, la teoría presentada por Kress y Van Leeuwen (1996), ya que proporciona un marco útil para considerar el

potencial comunicativo de los dispositivos visuales que aparecen en los medios (véase Anthonissen, 2001; R. Scollon, 2001). Desafortunadamente, no hemos podido incluir una contribución de Van Leeuwen en este volumen, y hemos de referirnos a su muy relevante «análisis del actor» (Van Leeuwen, 1996), que es una forma sistemática de analizar a los protagonistas y sus roles semánticos en discursos de varios tipos.

Van Leeuwen ha estudiado la producción de películas cinematográficas y la producción televisiva además de la lingüística de Halliday. Sus principales publicaciones se ocupan de temas como la entonación de los pinchadiscos y los presentadores de los noticiarios, el lenguaje de las entrevistas de televisión y los reportajes periodísticos, y, en fecha más reciente, la semiótica de la comunicación visual y la música. Su enfoque le ha ido llevando cada vez más al campo de la educación. Van Leeuwen distingue dos tipos de relaciones entre los discursos y las prácticas sociales: «el propio discurso [como] práctica social, el discurso como forma de acción, como algo que la gente hace a alguien, para alguien o con alguien. Y luego está el discurso en sentido foucaultiano, el discurso como forma de representar la práctica o prácticas sociales, como forma de conocimiento, como sucede con las cosas que dice la gente sobre la práctica o prácticas sociales» (1993a, pág. 193). El «análisis crítico del discurso», según van Leeuwen, «se ocupa, o debería ocuparse, de los dos aspectos: del discurso como instrumento de poder y de control, y también del discurso como instrumento de la construcción social de la realidad» (*ibid.*).

La escuela de Duisburgo ha recibido una enorme influencia de las teorías de Michel Foucault. Siegfried Jäger se ocupa de la lingüística y de las características icónicas del discurso, centrándose en los «símbolos colectivos» (*topoi*) que ejercen importantes funciones de cohesión en los textos. El discurso es considerado como el fluir del texto y la conversación a lo largo del tiempo (Jäger, 1993, pág. 6). Los discursos tienen raíces históricas y están entretejidos (*diskursives Gewimmel*). Jäger ha desarrollado un programa y una metodología de investigación muy explícitos que permiten el análisis en varios pasos. Los principales temas de investigación han sido los discursos de la derecha en Alemania, así como el análisis de algunos periódicos sensacionalistas (*Bildzeitung*). (Véase también Titscher *et al.*, 2000, para una amplia visión de conjunto del enfoque Lesarten y de la escuela de Duisburgo.)

Las nociones de «crítica», «ideología» y «poder»

La noción de «crítica» que resulta inherente al programa del ACD también se comprende de modos muy distintos: unos se adhieren a la escuela de Francfort, otros a una noción de crítica literaria y aún otros a las nociones planteadas por Marx (véase más arriba Reisigl y Wodak, 2001, para una visión panorámica). Fundamentalmente, la noción de «crítica» ha de entenderse como el resultado de tomar cierta distancia respecto de los datos, enmarcar éstos en lo social, adoptar explícitamente una postura política y centrarse en la autocrítica, como corresponde a un estudioso que investiga. Para todos los que se ocupan con el ACD, la aplicación de los resultados es importante, ya sea en seminarios prácticos para maestros, médicos o trabajadores sociales, ya en textos escritos que expongan una opinión experta o que sirvan para diseñar libros escolares. Esto, desde luego, apunta al parecer de Horkheimer que he citado como epígrafe al principio de este artículo.

Max Horkheimer, director en 1930 del Instituto de Investigación Social en Francfort, concibió el papel del teórico como un papel relacionado con la articulación y la contribución al desarrollo de una conciencia de clase latente. Las tareas de la teoría crítica consistían en ayudar a «recordar» un pasado que corría el peligro de ser olvidado, en luchar en favor de la emancipación, en elucidar las razones para esa lucha y en definir la naturaleza del propio pensamiento crítico. Se consideraba que la relación entre la teoría y la práctica era de carácter dinámico: no existe ningún sistema invariable que fije el modo en que la teoría habrá de guiar las acciones humanas.

Horkheimer creía que ningún método concreto de investigación podía producir resultados últimos y fiables sobre cualquier objeto de investigación dado, y que adoptar un único enfoque para una cuestión dada era arriesgarse a caer en una imagen distorsionada. Sugirió que la adopción de varios métodos de investigación permitiría que éstos se completasen mutuamente. Aunque reconocía el valor del trabajo empírico, Horkheimer destacaba que no podía sustituir al análisis teórico.

La referencia a la contribución realizada por la teoría crítica a la comprensión del ACD, junto con la referencia a las nociones de «crítica» e «ideología», son importantes (véase Anthonissen, 2001, para una amplia discusión sobre este asunto).[6] Thompson (1990) aborda los conceptos de ideología y cultura, así como las relaciones existentes entre estos con-

ceptos y determinados aspectos de la comunicación de masas. Thompson señala que el concepto de ideología apareció por primera vez en Francia a finales del siglo XVIII, con lo que ha venido utilizándose por espacio de unos dos siglos. Este término ha recibido funciones y significados variables en las distintas épocas. Para Thompson, la palabra ideología se refiere a las formas y a los procesos sociales en cuyo seno, y por cuyo medio, circulan las formas simbólicas en el mundo social.

Para el ACD, la ideología representa un importante aspecto del establecimiento y la conservación de unas relaciones desiguales de poder. La LC tiene un interés particular en las formas en que la ideología resulta mediada por el lenguaje en una gran variedad de instituciones sociales.

Para Thompson (1990), el estudio de la ideología es el estudio de «las formas en que se construye y se transmite el significado mediante formas simbólicas de diversos tipos». Este tipo de estudio también investiga los contextos sociales en cuyo interior se emplean y se despliegan las formas simbólicas. El investigador tiene interés en determinar si esas formas establecen o sostienen relaciones de dominación. Para Eagleton (1994), el estudio de la ideología ha de tomar en consideración la diversidad de teorías y los distintos teóricos que han examinado la relación entre el pensamiento y la realidad social. Todas las teorías asumen «que hay razones históricas específicas para que las personas lleguen a sentir, razonar, desear e imaginar tal como lo hacen» (1994, pág. 15).[7]

Las teorías críticas y, por tanto, también la LC y el ACD poseen una posición especial como guías para la acción humana. Se proponen producir ilustración y emancipación. Estas teorías no tratan sólo de describir y explicar, sino también de arrancar de raíz un particular tipo de confusión. Incluso cuando se manejan conceptos de ideología diferentes, la teoría crítica trata de generar en los agentes la conciencia de los modos en que se engañan respecto de sus propias necesidades e intereses. Por supuesto, éste era también el propósito de los conceptos desarrollados por Pierre Bourdieu sobre la «violencia simbólica» y el «olvido voluntario». Uno de los objetivos del ACD consiste en «desmitificar» los discursos mediante el descifrado de las ideologías.

Para el ACD, el lenguaje carece de poder propio, obtiene su poder por el uso que las personas poderosas hacen de él. Esto explica por qué la LC escoge con frecuencia la perspectiva de quienes sufren, y por qué analiza de forma crítica el lenguaje de quienes poseen el poder, de quienes son responsables de la existencia de desigualdades y también dispo-

nen de los medios y de la oportunidad para mejorar las condiciones vigentes.

De acuerdo con sus predecesores de la teoría crítica, el ACD destaca la necesidad del trabajo interdisciplinar con el fin de obtener una adecuada comprensión del modo en que opera el lenguaje en, por ejemplo, la constitución y la transmisión de conocimiento, en la organización de las instituciones sociales o en el ejercicio del poder.

Una importante perspectiva en el ACD es la que sostiene que es muy raro que un texto sea obra de una persona cualquiera. En los textos, las diferencias discursivas se negocian. Están regidas por diferencias de poder que se encuentran, a su vez, parcialmente codificadas en el discurso y determinadas por él y por la variedad discursiva. Por consiguiente, los textos son con frecuencia arenas de combate que muestran las huellas de los discursos y de las ideologías encontradas que contendieron y pugnaron por el predominio. Una característica definitoria del ACD es su preocupación por el poder como condición capital de la vida social, así como sus esfuerzos por desarrollar una teoría del lenguaje que incorpore esta dimensión como una de sus premisas fundamentales. El ACD no sólo atiende a la noción relacionada con las luchas por el poder y el control, sino que también presta una detallada atención a la intertextualidad y a la recontextualización de los discursos que compiten.

El poder tiene afinidad con las relaciones de diferencia, y sobre todo con los efectos de las diferencias en las estructuras sociales. La constante unidad del lenguaje y de otros asuntos sociales garantiza que el lenguaje se halle entrelazado con el poder social de un buen número de maneras: el lenguaje clasifica el poder, expresa poder, está involucrado allí donde existe un desafío al poder o una contienda para conseguirlo. El poder no deriva del lenguaje, pero el lenguaje puede utilizarse para plantear desafíos al poder, para subvertirlo, para alterar las distribuciones de poder a corto y a largo plazo. El lenguaje constituye un medio finamente articulado para las diferencias de poder existentes en las estructuras sociales jerárquicas. Son muy pocas las formas lingüísticas que no se hayan visto, en uno u otro momento, obligadas a ponerse al servicio de la expresión del poder mediante un proceso de metáfora sintáctica o textual. El ACD se interesa por los modos en que se utilizan las formas lingüísticas en diversas expresiones y manipulaciones del poder. El poder no sólo viene señalado por las formas gramaticales existentes en el interior de un texto, sino también por el control que puede ejercer una per-

sona sobre una situación social mediante el tipo de texto. Con frecuencia el poder se ejerce o se ve sometido a desafío en exacta correspondencia con los tipos de texto que asociamos a las ocasiones sociales dadas.*

Las formas en que algunas de las investigaciones del ACD se encuentran directa e indirectamente relacionadas con la investigación producida en la tradición de la teoría crítica resultan particularmente evidentes, cuando consideramos los conceptos centrales con los que operan las diversas áreas, así como los fenómenos sociales en los que concentran su atención. De esto encontramos ejemplos pertinentes en los enfoques a cuestiones como las siguientes:

- Qué es conocimiento.
- Cómo se construye el discurso en las instituciones sociales y cómo éste es a su vez constructor de ellas.
- De qué modo opera la ideología en las instituciones sociales.
- Cómo obtiene y conserva la gente el poder en el interior de una comunidad dada.

Las contribuciones a este libro, y en especial el análisis de los textos de ejemplo, proporcionan algunas respuestas a estas preguntas.

Cuestiones y perspectivas abiertas

A lo largo de los años han sido varias las cuestiones que, habiéndose revelado importantes en la agenda de la investigación, no han conseguido recibir aún una adecuada formulación. Quisiéramos mencionar unas cuantas que también son centrales en las contribuciones que este libro reúne y que aborda en su capítulo Michael Meyer.

1. El problema de volver operacionales las teorías y de poner en relación la dimensión lingüística con la dimensión social (el problema de la mediación).

* La muy reciente y estimulante investigación de Christine Anthonissen sobre las modalidades de censura indirecta existentes en Suráfrica durante el *apartheid* manifiesta un buen número de estrategias lingüísticas y semióticas de poder y resistencia (véase Anthonissen, 2001, para una amplia discusión del concepto de poder).

2. La teoría lingüística que ha de aplicarse: a menudo se utiliza todo un cajón de sastre de indicadores y variables lingüísticos para analizar textos sin que el análisis esté respaldado por nociones teóricas y de teoría gramatical.
3. La noción de «contexto», que a menudo se define de forma muy amplia o muy estrecha: ¿cuánta información necesitamos para analizar textos? ¿Qué importancia tiene el impacto de las teorías?
4. La acusación de ser un análisis sesgado: ¿cómo justificar y validar determinadas lecturas de un texto?
5. Aún no se ha logrado que la interdisciplinariedad o la transdisciplinariedad sean realmente parte integrante del análisis textual.

Por supuesto, esta lista podría hacerse más extensa. Los enfoques que presentamos en este libro contribuirán a clarificar algunos de los problemas que aún es preciso resolver, y nos proporcionarán algunas respuestas a los muchos interrogantes que surgen al analizar el discurso.

Notas

1. Este breve resumen está basado en largas y dilatadas discusiones con mis amigos, colegas y colaboradores en la investigación, además de con los estudiantes. Me gustaría mencionar y expresar mi gratitud a Rudi De Cillia, Martin Reisigl, Gertraud Benke, Gilbert Weiss, Bernd Matouschek y Richard Mitten, con los que he trabajado durante años. Además, han sido muchas las ideas que se han desarrollado en el trabajo realizado con mis alumnos. Quiero expresar mi agradecimiento a Usama Suleiman, Alexander Pollak y Christine Anthonissen por sus amplias intuiciones y sus elaboraciones, así como por sus clarividentes comentarios y críticas. Por último, quisiera agradecer a mi grupo de iguales, sobre el que he escrito, así como a los otros muchos colegas que no he podido mencionar aquí.

2. Los términos LC y ACD fueron acuñados de forma independiente el uno del otro, y puede que algunos de quienes trabajan, bien en la LC, bien en el ACD, tengan discrepancias respecto de algunos puntos clave. En la mayoría de los casos, puede decirse que todos aquellos cuyo trabajo sea susceptible de inscribirse en cualquiera de las dos categorías ocupan el mismo espacio «paradigmático». En todo caso, en esta contribución, ambos términos y sus derivados, como las expresiones «lingüistas críticos» o «analistas críticos del discurso», se utilizarán de forma intercambiable.

3. La literatura sobre el ACD y la LC es muy amplia. Por consiguiente, sólo puedo brindar aquí un resumen muy breve, y por tanto, demasiado simple (véase Fairclough y Wodak, 1997; Reisigl y Wodak, 2001; Anthonissen, 2001, y Blommaert y Bulcaen, 2000, para panorámicas extensas y detalladas).

4. Podríamos postular, en el sentido habermasiano, que toda situación discursiva se encuentra «distorsionada» por las estructuras de poder, sobre todo por oposición a su utopía de la «situación discursiva ideal» en la que el discurso racional se hace posible (Habermas, 1969, 1971; Wodak, 1996a, b).

5. La red Erasmus consistió en una cooperación entre Siegfried Jäger, Duisburg, Per Linell, Linköping, Norman Fairclough, Lancaster, Teun van Dijk, Amsterdam, Gunther Kress, Londres, Theo van Leeuwen, Londres, Ruth Wodak, Viena.

6. En los años sesenta, muchos estudiosos adoptaron una perspectiva más crítica en lo referente a los estudios del lenguaje. Uno de los primeros fue el estudioso francés Pêcheux (1982 [1975]), cuyo enfoque hundía sus raíces en el trabajo de los teóricos rusos Bajtin (1981) y Volosinov (1973), ya que ambos habían postulado una integración de los procesos lingüísticos y los sociales en los años treinta. El término mismo fue acuñado, según parece, por Jacob Mey (1974).

7. Si seguimos a la escuela de Francfort, las diferencias entre las teorías científicas y las teorías críticas se articulan en torno a tres dimensiones (véase Anthonissen, 2001, para un debate de la cuestión). En primer lugar, difieren por su propósito u objetivo, y por tanto difieren también por el modo en que pueden usarse. Las teorías científicas se proponen manipular con éxito el mundo exterior: tienen un «uso instrumental». Las teorías críticas se proponen lograr que los «agentes» tomen conciencia de la coerción oculta, y por ello tratan de liberarles de dicha coerción y colocarles en una situación que les permita determinar en dónde residen sus verdaderos intereses. En segundo lugar, las teorías críticas y científicas difieren por su estructura «cognitiva». Las teorías científicas son «objetivantes» por el hecho de que es posible distinguir entre la teoría y los objetos a los que la teoría hace referencia. La teoría no forma parte del dominio del objeto que describe. Por otro lado, una teoría crítica es «reflexiva» por el hecho de que siempre forma parte del dominio del objeto que describe. Son teorías que tratan en parte de sí mismas. En tercer lugar, las teorías críticas y las científicas difieren por el tipo de pruebas que determinan si son o no aceptables. De este modo, estas teorías requieren distintos tipos de confirmación.

2

Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD

Michael Meyer

El ACD como diferencia que establece diferencias

Los enfoques pertenecientes al campo de la investigación social no están aislados en el espacio. Dicho de manera simplificada, pueden comprenderse como un cierto conjunto de asunciones teoréticas explícita o implícitamente definidas que están específicamente vinculadas a unos datos empíricos y que permiten unos concretos modos de interpretación, y por consiguiente, religar el campo empírico con el teorético. Por lo común, los enfoques obtienen y mantienen sus identidades, ya que es posible distinguirlos de otros enfoques.[1] Por regla general, se acepta que el ACD no debe entenderse como un método único, sino más bien como un enfoque, es decir, como algo que adquiere consistencia en varios planos, y que, en cada uno de sus planos, exige realizar un cierto número de selecciones.

En primer lugar, y en un plano programático, se realiza la selección a) del fenómeno que se somete a observación; b) la de alguna explicación de las asunciones teoréticas; y c) la de los métodos utilizados para vincular la teoría con la observación. En el interior de este triángulo, el aspecto

metódico se convierte con frecuencia en la característica distintiva, ya que la investigación obtiene regularmente la legitimación que se deriva de su condición científica, dado que utiliza métodos inteligibles. Habitualmente, el término método[2] indica las vías seguidas o a seguir por la investigación: desde el punto de vista del propio investigador, o desde el punto de vista A (de las asunciones teoréticas) se alcanza otro punto B (la observación) mediante la elección de vías que permitan observaciones y que faciliten la recogida de datos experimentales. Si uno procede de manera sistemática es posible evitar tomar un camino equivocado. «El procedimiento metódico puede garantizar al investigador, como el hilo de Ariadna, la seguridad de un camino de retorno» (Titscher *et al.*, 2000, pág. 5). También puede ayudar a que los destinatarios de los hallazgos de la investigación reconstruyan la argumentación del investigador, y a que otros investigadores puedan concebir de modo diferente el punto de partida, decidiendo incluso no retroceder, sino considerar otros puntos de partida más interesantes. El procedimiento metódico hará que sea más fácil registrar los hallazgos y reunir informes sobre el conocimiento adquirido mediante la experiencia. En segundo lugar, y en un plano social, un específico grupo de iguales es un elemento que se constituye como parte diferenciada de una comunidad científica, y, en tercer lugar, y en un plano histórico, toda aproximación a la investigación social está sujeta a modas y a fechas de caducidad.

Las diferencias entre el ACD y otros enfoques sociolingüísticos pueden establecerse con mayor claridad si nos fijamos en los principios generales del ACD. Antes que nada, la naturaleza de los problemas de que se ocupa el ACD es por principio diferente de la de todos los métodos que no determinan su interés por adelantado. En general, el ACD plantea distintas cuestiones de investigación. Los estudiosos del ACD desempeñan un papel de apoyo activo para aquellos grupos que padecen alguna discriminación social. Si observamos las contribuciones al ACD reunidas en este libro, se hace evidente que en algunas ocasiones se traspasa la línea divisoria entre la investigación científica –que necesariamente ha de ser inteligible– y la argumentación política. En cualquier caso, y con respecto al objeto de investigación, es un hecho que el ACD sigue un enfoque diferente y crítico frente a los problemas, ya que se esfuerza por hacer explícitas las relaciones de poder que con frecuencia se hallan ocultas, y por consiguiente, se afana en extraer resultados que tengan alguna relevancia práctica.

Una característica importante que surge de la asunción del ACD es la de que todos los discursos son históricos y por consiguiente sólo pueden entenderse por referencia a su contexto. En concordancia con este planteamiento, el ACD utiliza, para tales factores extralingüísticos, los nombres de cultura, sociedad e ideología. En cualquier caso, la noción de contexto es crucial para el ACD, ya que explícitamente incluye elementos sociopsicológicos, políticos e ideológicos, y por tanto, postula un procedimiento interdisciplinar.

Más allá de esto, el ACD, utilizando los conceptos de la intertextualidad y la interdiscursividad, analiza las relaciones con otros textos, cosa a la que no se aspira en otros métodos. Partiendo de su básica comprensión de la noción de discurso, puede concluirse que el ACD está abierto a una gama muy amplia de factores que ejercen influencia sobre los textos.

Tomando como base la noción de contexto, surge una nueva distinción que hace referencia a la asunción de la relación entre el lenguaje y la sociedad. El ACD no supone que esta relación sea simplemente determinista, sino que recurre a una idea de mediación. Existe una diferencia entre los diversos enfoques del discurso. Norman Fairclough define la relación de acuerdo con la teoría lingüística multifuncional de Halliday y con el concepto de órdenes del discurso que debemos a Foucault, mientras que Ruth Wodak, al igual que Teun van Dijk, introduce un plano sociocognitivo. Este tipo de mediación entre el lenguaje y la sociedad no está presente en otros muchos enfoques lingüísticos, como, por ejemplo, el análisis de la conversación.

Otra de las características distintivas del ACD es la específica incorporación de categorías lingüísticas a sus análisis. El ACD en modo alguno incluye una gama muy amplia de categorías lingüísticas: por consiguiente, uno puede tener la impresión de que sólo una pequeña gama de dispositivos lingüísticos resultan centrales para los estudios del ACD. Por ejemplo, muchos estudiosos del ACD utilizan con regularidad el análisis de actor como forma de centrarse en los pronombres y los atributos, así como en el modo y el tiempo verbales.

En principio, podemos asumir que las categorías como la deíctica y la de los pronombres pueden ser analizadas mediante cualquier método lingüístico, pero debe tenerse en cuenta que resultan cruciales para el ACD. Explícita o implícitamente, el ACD utiliza un concepto de lo que se ha dado en llamar la superficie lingüística. Por ejemplo, Fairclough

habla de forma y textura en el plano textual, y Wodak de formas de realización lingüística.

En cuanto a los métodos y los procedimientos utilizados para los análisis de los discursos, el ACD considera, por regla general, que su procedimiento es un proceso hermenéutico, aunque esta característica no sea completamente evidente en la posición que adoptan algunos autores. Comparada con las explicaciones (causales) de las ciencias naturales, la hermenéutica puede comprenderse como un método para aprehender y producir relaciones significativas. El círculo hermenéutico –que implica que el significado de una parte sólo puede entenderse en el contexto del conjunto, aunque esto, a su vez, no resulta accesible sino a través de sus partes integrantes– señala el problema de la inteligibilidad de la interpretación hermenéutica. Por consiguiente, la interpretación hermenéutica en particular requiere urgentemente una detallada documentación. De hecho, muchos de los estudios basados en el ACD no logran revelar de forma completamente transparente los elementos específicos del proceso de interpretación hermenéutica.[3] Si fuera preciso realizar una tosca distinción entre los métodos de análisis que «despliegan el texto» y los que «reducen el texto», entonces el ACD, debido a que se concentra en propiedades formales muy claras y en la compresión asociada de los textos durante el análisis, puede caracterizarse como un método que «reduce el texto». Estas constataciones están en desacuerdo con el impulso principalmente hermenéutico de la mayoría de los enfoques del ACD.

Otra característica del ACD es su vocación interdisciplinar y su descripción del objeto de investigación desde perspectivas muy diferentes. También es característico del ACD que mantenga una continua retroalimentación entre el análisis y la recogida de datos. Si lo comparamos con otros métodos lingüísticos de análisis de textos, el ACD parece hallarse más próximo de las perspectivas sociológicas y sociopsicológicas, pese a que estas interfaces no se encuentren bien definidas en todas partes.

La crítica del ACD proviene del análisis conversacional –la «otra cara» del debate que sostienen el análisis conversacional (Schegloff, 1998) y el ACD–. Schegloff argumenta que el ACD, pese a tener objetivos e intereses distintos a los de la construcción local de la interacción, debe tratar con seriedad su material: «Si, no obstante, sostiene que las cuestiones relacionadas con el poder, la dominación y cosas similares guardan relación con el material discursivo, debería realizar una inter-

pretación seria de ese material». Esto significa que al menos debería ser compatible con lo que, de forma demostrable, resulta relevante para la conducta de quienes participan en una interacción. Únicamente cuando categorías como el género de los participantes adquiere relevancia –por ejemplo, mediante una mención explícita («las mujeres, en último lugar»)– resultan dichas categorías importantes para el análisis. Si se entiende de este modo, el ACD no constituiría, en opinión de Schegloff, una alternativa al análisis conversacional, sino que exigiría que se realizase antes un análisis conversacional, ya que, «de otro modo, el análisis crítico no "se ajustaría" a los datos y correría el riesgo de terminar siendo meramente ideológico».

Junto a este debate general sobre la totalidad de la tarea del ACD, se ha ido desarrollando una discusión más específica entre Norman Fairclough y Henry Widdowson. Widdowson critica el hecho de que el término «discurso» tenga tanto de vago como de vocablo de moda: «discurso es algo de lo que todo el mundo está hablando, pero sin saber con grado alguno de certeza en qué consiste: es algo tan en boga como vago» (Widdowson, 1995, pág. 158). Widdowson critica también la falta de una clara demarcación entre el texto y el discurso. Además –y en esto su crítica se aproxima a la de Schegloff–, el ACD es una interpretación ideológica, y por consiguiente, no un análisis. La expresión análisis crítico del discurso es una contradicción en los términos. Widdowson cree que el ACD es, en un doble sentido, una interpretación sesgada: en primer lugar, contiene prejuicios, ya que se realiza desde algún tipo de compromiso ideológico, y en segundo lugar, selecciona para el análisis aquellos textos que apoyarán la interpretación predilecta (Widdowson, 1995, pág. 169). Análisis debería significar el examen de varias interpretaciones, y en el caso del ACD esto no es posible debido a la existencia de juicios previos. Fairclough (1996), en respuesta a estas críticas, dirige la atención sobre la condición abierta de los resultados, apertura que exigen los principios del ACD. También señala que el ACD, a diferencia de la mayor parte de los demás enfoques, es siempre explícito respecto a su propia posición y compromiso.

En realidad, estas controversias son la concreción de dos posturas irreconciliables existentes en el seno del debate metodológico en la investigación social: ¿es posible efectuar cualquier tipo de investigación sin estar ligado a ningún juicio de valor *a priori*?[4] Y, ¿es posible obtener conocimiento a partir de los datos puramente empíricos sin utilizar ningu-

na categoría o experiencia preconcebida? Por lo que respecta a la primera pregunta, el ACD coincide incluso con la metodología del dogmatismo positivista, que permite juicios de valor en el proceso de la selección de objetos y preguntas que habrán de investigarse («contexto del descubrimiento»), pero los prohíbe en el «contexto de la justificación». Y en lo que hace a la segunda pregunta, la postura del ACD encaja bien con la mayor parte de la epistemología de tradición kantiana que niega la posibilidad del conocimiento «puro».

La metodología del ACD

El ACD, en cada una de sus diversas formas, se concibe a sí mismo como una disciplina fuertemente anclada en la teoría. ¿A qué teorías se refieren los diferentes métodos? Aquí encontramos una amplia variedad de teorías que van desde las perspectivas microsociológicas (Ron Scollon) a las teorías sobre la sociedad y el poder pertenecientes a la tradición de Michel Foucault (Siegfried Jäger, Norman Fairclough, Ruth Wodak), las teorías del conocimiento social (Teun van Dijk) y la gramática, incluyendo también los conceptos concretos que se han tomado prestados de tradiciones teoréticas más amplias. A modo de primer paso, esta sección se propone sistematizar todas estas influencias teóricas diferentes.

Un segundo paso guarda relación con el problema de cómo volver operativos los conceptos teoréticos. La cuestión principal en este caso es poner en claro el modo en que los distintos métodos del ACD consiguen convertir sus afirmaciones teoréticas en instrumentos y métodos de análisis. En particular, el énfasis recae en la mediación entre las grandes teorías, tal como se aplican a la sociedad en general, y los ejemplos concretos de interacción social, que para el ACD son el punto focal del análisis. En lo que a la metodología concierne, estamos aquí ante varias perspectivas inscritas en el ACD: además de las que pueden describirse primariamente como variantes de la hermenéutica, es posible encontrar perspectivas interpretativas con énfasis diversos, y entre ellas hallar incluso procedimientos cuantitativos.

En la investigación social empírica, es posible establecer una distinción entre los métodos de extracción y los de evaluación, es decir, entre las formas de obtención de datos (ya sea en el laboratorio o mediante el trabajo de campo) y los procedimientos que han sido desarrollados para

el análisis de los datos recogidos. Los procedimientos metodológicos para la recogida de datos organizan la observación, mientras que los métodos de evaluación regulan la transformación de los datos en información y la ulterior restricción de las oportunidades abiertas a la inferencia y a la interpretación. La distinción entre estas dos tareas de recogida de datos y de análisis no significa necesariamente que existan dos fases independientes: el ACD se considera próximo a la tradición de la Teoría Fundamental (Glaser y Strauss, 1967), en la que la recogida de datos no es una fase que deba encontrarse terminada antes de que comience el análisis, sino que puede constituir un proceso permanentemente operativo.

Particularmente merecedora de debate es la forma en que se realiza la toma de muestras en el ACD. La mayoría de los estudios analizan «textos típicos». Las posibilidades y límites relacionados con las unidades de análisis escogidas quedarán ilustradas en su contexto cuando estudiemos la teoría que regula la toma de muestras. Algunos autores hacen referencia explícita a la tradición etnográfica de la investigación de campo (Scollon, Wodak).

Este vínculo entre la teoría y el discurso puede describirse en los términos del modelo de procedimientos de investigación teorética y metodológica que se ilustra en la figura 2.1.

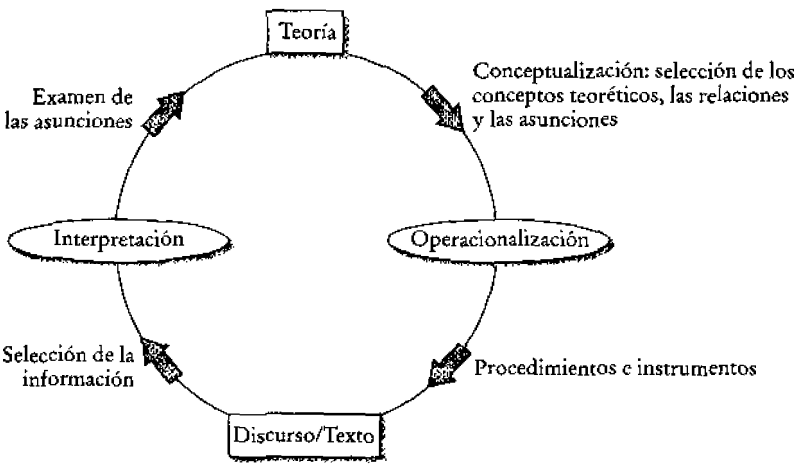

FIGURA 2.1. *La investigación empírica como proceso circular.*

Fundamentos teóricos y objetivos

Si consideramos las distintas actitudes existentes en el seno del ACD, y que presentamos en este libro, observamos que, en conjunto, han adoptado elementos teoréticos de muy distinto origen. Además, no existe ningún punto de vista teorético guía que se utilice de forma unánime en el campo del ACD, y tampoco los protagonistas del ACD progresan siguiendo las mismas pautas desde el área de la teoría al campo del discurso para regresar luego a la teoría.

En los enfoques del ACD que aquí presentamos, el lector puede encontrar todos los planos teoréticos de la teoría sociológica y sociopsicológica (el concepto de los diferentes planos teoréticos pertenece a la tradición establecida por Merton, 1967, págs. 39-72; véase también la contribución de Ruth Wodak):

1. La epistemología abarca la teoría que proporciona modelos de las condiciones, contingencias y límites de la percepción humana en general y de la percepción científica en particular.
2. Las teorías sociales generales, a menudo llamadas «grandes teorías», tratan de concebir las relaciones entre la estructura social y la acción social, y de este modo, intentan vincular los fenómenos micro y macrosociológicos. En el interior de este plano puede distinguirse entre enfoques de tipo más estructuralista y enfoques de corte más individualista. Para decirlo de forma muy simple: los primeros proporcionan explicaciones de arriba abajo (de la estructura a la acción), mientras que los segundos brindan explicaciones de abajo arriba (de la acción a la estructura). Muchas teorías modernas tratan de armonizar estas dos actitudes y sugieren la existencia de algún tipo de circularidad entre la acción social y la estructura social.
3. Las teorías de rango medio se centran, bien en fenómenos específicamente sociales (como el conflicto, la cognición, las redes sociales), bien en subsistemas específicos de sociedad (por ejemplo, la economía, la política, la religión).
4. Las teorías microsociológicas tratan de explicar la interacción social, por ejemplo, la resolución del problema de la doble contingencia (Parsons y Shils, 1951, págs. 3-29) o la reconstrucción de los procedimientos cotidianos que utilizan los miembros de una

sociedad para crear su propio orden social, lo que constituye el objetivo de la etnometodología.

5. Las teorías sociopsicológicas se concentran en las condiciones sociales de emoción y cognición y, a diferencia de la microsociología, prefieren las explicaciones causales a la comprensión hermenéutica del significado.
6. Las teorías del discurso se proponen la concepción del discurso como fenómeno social, y tratan de explicar su génesis y su estructura.
7. Las teorías lingüísticas, por ejemplo, las teorías de la argumentación, de la gramática, o de la retórica, tratan de describir y explicar la pauta específica de los sistemas del lenguaje y de la comunicación verbal.

Es posible encontrar todos estos planos teoréticos en el ACD. A primera vista, parece que la determinación de cuáles sean los paréntesis que engloban y unifican al ACD constituyen más bien el elemento específico de las cuestiones a investigar que la base de la actitud teorética. En lo que sigue queremos proporcionar un breve esquema de las actitudes teoréticas y de los objetivos metodológicos de los enfoques del ACD.

Entre los autores que aportan su contribución a este libro, Siegfried Jäger es el que se halla más próximo al origen de la noción de discurso, es decir, a las explicaciones estructuralistas del fenómeno discursivo dadas por Michel Foucault. Jäger detecta un punto ciego en la teoría de Foucault, a saber, el de la mediación entre el sujeto y el objeto, entre, por un lado, las prácticas discursivas y no discursivas (actividades), y, por otro, las manifestaciones (objetos). Aquí Jäger inserta estratégicamente la teoría de la actividad de Aleksej Leontjew (por ejemplo, 1982). La mediación entre los ángulos del triángulo se realiza a través del trabajo, la actividad y las prácticas no discursivas. De este modo, el sujeto que actúa socialmente se convierte en el vínculo entre el discurso y la realidad, un movimiento teorético que modera la severidad del estructuralismo foucaultiano. La posición epistemológica de Jäger se basa en el constructivismo de Ernesto Laclau, que niega que exista alguna realidad societal que se determine al margen del discurso: «Si el discurso cambia, el objeto no sólo cambia su significado, sino que se convierte en un objeto diferente, pierde su identidad previa» (Jäger, pág. 43). De esta forma, Jäger introduce un dualismo discursivo en la realidad, lugar en el que el papel de los

actores sociales recuerda intensamente a lo expuesto por Umberto Eco en su obra *Lector in fabula* (1985).

Jäger aplica la noción de Jürgen Link sobre el «discurso como concepto consolidado del habla» que determina y afianza la acción y ejerce el poder. Jäger trata también de reubicar la definición del discurso de Foucault, que se halla excesivamente atrapada en lo verbal. Por esta razón, Jäger reinventa el concepto de «dispositivo» de Foucault, concibiéndolo como un caparazón que engloba tanto las prácticas y las materializaciones discursivas como las no discursivas. El método de Jäger se encamina explícitamente al análisis de discursos y de dispositivos. No obstante, admite la existencia de dificultades en la determinación del dispositivo, dificultades relacionadas con la ausencia de determinación de los vínculos existentes entre los ángulos del triángulo.

Si Siegfried Jäger se refiere sobre todo a las teorías sociales de carácter general, Teun van Dijk se encuentra más bien en la vertiente sociopsicológica del ACD. Van Dijk considera la teoría no como la clásica relación entre hipótesis causales, sino más bien como un marco que sistematiza los fenómenos de la realidad social. Su triada focal se reparte entre el discurso, la cognición y la sociedad. Van Dijk define el discurso como acontecimiento comunicativo, e incluye en él la interacción conversacional, el texto escrito y también los gestos asociados, la mímica, la disposición tipográfica, las imágenes y cualquier otra dimensión «semiótica» o multimedia del significado. Van Dijk se apoya en unos entablillados de la teoría sociocognitiva, y comprende la lingüística en su amplio sentido «estructural y funcional». Van Dijk argumenta que el ACD debería basarse en una juiciosa teoría del contexto. Y, supuesto esto, Van Dijk sostiene que la teoría de las representaciones sociales desempeña un papel principal.

Los actores sociales implicados en el discurso no usan exclusivamente sus experiencias y estrategias individuales; se apoyan fundamentalmente en marcos colectivos de percepción a los que llamamos representaciones sociales. Estas percepciones socialmente compartidas constituyen el vínculo entre el sistema social y el sistema cognitivo individual, y además proceden a la traducción, a la homogeneización y a la coordinación de las exigencias externas con la experiencia subjetiva. Esta asunción no es nueva. Ya en la primera mitad del siglo XIX, Émile Durkheim (1933, por ejemplo) señalaba el significado de las ideas colectivas que ayudan a las sociedades a tomar conciencia y a reificar las normas sociales. Serge

Moscovici (1981) acuñó la noción de representaciones sociales entendida como la masa de conceptos, opiniones, actitudes, valoraciones, imágenes y explicaciones que es producto de la vida cotidiana y se encuentra sustentada por la comunicación. Los miembros de un grupo social comparten las representaciones sociales.[5] De este modo, constituyen un elemento nuclear de la identidad social de los individuos (Wagner, 1994, pág. 132). Las representaciones sociales se circunscriben a grupos sociales concretos y no abarcan al conjunto de la sociedad. Son constructos dinámicos y están sujetos a cambios permanentes. Considerados en conjunto constituyen un orden jerárquico de mutua dependencia (Duveen y Lloyd, 1990).

Sin embargo, Van Dijk no hace referencia explícita a esta tradición, sino que alude más bien a la investigación sociopsicológica: en sintonía con la actual construcción teórica en psicología cognitiva, estos constructos mentales adoptan la forma de un tipo específico de modelo mental, tal como es almacenado en la memoria episódica –la parte de la memoria de largo plazo en la que las personas conservan sus experiencias personales– (Van Dijk, pág. 112). Este autor introduce el concepto de modelos contextuales, concebidos como las representaciones mentales de las estructuras de la situación comunicativa que son discursivamente relevantes para uno de los participantes. Estos modelos contextuales controlan la parte «pragmática» del discurso, mientras que los modelos de los acontecimientos hacen lo mismo con la parte «semántica». Van Dijk designa tres formas de representación social relevantes para la comprensión del discurso: en primer lugar, el conocimiento (personal, de grupo, cultural); en segundo lugar, las actitudes (no presentes en la comprensión sociopsicológica); y en tercer lugar, las ideologías. Los discursos tienen lugar en el seno de la sociedad, y sólo pueden comprenderse en la interrelación entre la situación social, la acción, el actor y las estructuras societales. De este modo, a diferencia de Jäger, Van Dijk concibe la influencia de la estructura social a través de las representaciones sociales.

Entre los estudiosos del ACD aquí presentados, quizá sea Ruth Wodak la persona de mayor orientación lingüística. A diferencia de los otros, ella, junto con Martin Reisigl (Reisigl y Wodak, 2001), trata explícitamente de establecer una teoría del discurso. Ambos autores comprenden el discurso como «un complejo conjunto de actos lingüísticos interrelacionados simultáneos y secuenciales, actos que se manifiestan a

lo largo y ancho de los campos sociales de acción como una semiótica de temática interrelacionada, como producciones orales o escritas, y muy frecuentemente como «textos», todos ellos pertenecientes a pautas semióticas específicas, como por ejemplo, las variedades discursivas» (Wodak, pág. 66). En el enfoque histórico del discurso se describen y presentan modelos de los vínculos entre los ámbitos de acción (Girnth, 1996), las variedades discursivas, los discursos y los textos. Pese a que el enfoque histórico del discurso es deudor de la teoría crítica, la teoría social general desempeña una parte despreciable si comparamos su papel con el del modelo discursivo mencionado más arriba y con el del análisis histórico: el contexto se comprende principalmente en forma histórica. En este sentido, Wodak concuerda con el severo diagnóstico emitido por Mouzelis (1995) sobre la investigación social. Wodak sigue con coherencia sus recomendaciones: no agotarse en laberintos teoréticos, no invertir excesivas energías en la operacionalización de las «grandes teorías» no operacionalizables, sino desarrollar más bien herramientas conceptuales que resulten relevantes para problemas sociales específicos. El enfoque histórico del discurso encuentra su punto focal en el campo de la política, ámbito en el que intenta desarrollar marcos conceptuales para el discurso político. Wodak trata de hacer encajar las teorías lingüísticas en su modelo de discurso, y en el ejemplo presentado más abajo hace extenso uso de la teoría de la argumentación (lista de *topoi*). Esto no significa necesariamente que los conceptos que resultan de la teoría de la argumentación se adapten bien a otras cuestiones de investigación. Wodak parece fuertemente comprometida con un enfoque pragmático.

Pese a que no lo manifieste de forma explícita, Norman Fairclough adopta una postura que coincide con una específica teoría de rango medio, debido a que se centra en el conflicto social considerado desde la tradición marxista y a que trata de detectar sus manifestaciones lingüísticas en los discursos, en particular los elementos de dominación, diferencia y resistencia. Según Fairclough, toda práctica social tiene un componente semiótico. La actividad productiva, los medios de producción, las relaciones sociales, las identidades sociales, los valores culturales, la conciencia y la semiosis son elementos de práctica social dialécticamente relacionados. Fairclough concibe el ACD como el análisis de las relaciones dialécticas entre la semiosis (incluyendo el lenguaje) y otros elementos de las prácticas sociales. Estos aspectos semióticos de la práctica social son responsables de la constitución de variedades discursivas y de

estilos. El aspecto semiótico del orden social recibe el nombre de orden del discurso. Su enfoque del ACD oscila entre una atención preferente a la estructura y una atención preferente a la acción. Ambas estrategias deberían resolver el problema planteado: el ACD debería procurar objetivos de emancipación por todos los medios, y debería centrarse en problemas que se enfrenten a lo que vagamente puede designarse como la cuestión de los «perdedores» existentes en el seno de las particulares formas de vida social.

Fairclough se basa en una teoría lingüística particular, la lingüística sistémica funcional (Halliday, 1985), teoría que analiza el lenguaje tal como es configurado (incluso en su gramática) por las funciones sociales que está destinado a realizar.

Ron Scollon puede considerarse el microsociólogo del ámbito del análisis del discurso. Denomina a su enfoque análisis mediato del discurso (AMD), un análisis que comparte los objetivos del ACD pero que «escoge la estrategia de reformular el objeto de estudio y hacer que éste pase, de ser visto desde una perspectiva que presta especial atención a los discursos relacionados con cuestiones sociales, a ser visto desde una perspectiva que presta especial atención a las acciones sociales a través de las cuales producen los actores sociales las historias y hábitos de sus vidas diarias, lo que constituye el fundamento sobre el cual se produce y se reproduce la sociedad» (Scollon, pág. 140). El AMD se propone determinar los lazos entre los discursos y las acciones sociales, y el objetivo de su análisis versa abiertamente sobre la acción. Scollon subraya el hecho de que todas las acciones sociales están mediadas por herramientas culturales o instrumentos de mediación, lo que explica que lo más destacado, y tal vez lo más común a estos instrumentos de mediación sea el lenguaje, o, por utilizar el término que prefiere Scollon, el discurso. Pese a que éste es únicamente uno de los instrumentos de mediación del AMD, su enfoque conserva un interés central en el discurso, abordándolo principalmente desde fundamentos empíricos.

Scollon vincula teoréticamente el micronivel de la acción con el macronivel de las comunidades valiéndose de seis conceptos:

1. La acción mediata.
2. El escenario de la acción.
3. Los instrumentos de mediación.
4. Las prácticas.

5. Los nexos de la práctica.
6. La comunidad de práctica.

Valiéndose del concepto de mediación y del de los instrumentos de mediación (herramientas culturales), Scollon no sólo explica la formación de prácticas a partir de acciones singulares, sino que también construye el vínculo entre las dimensiones micro y macro, evitando meticulosamente la noción de estructura social.

El objetivo metodológico del AMD es

> proporcionar un conjunto heurístico mediante el cual el investigador pueda restringir el alcance de lo que ha de ser analizado, y ello con el fin de alcanzar una comprensión de las acciones mediatas pese a saber que las acciones mediatas tienen lugar en tiempo real, son únicas e irrepetibles y, por consiguiente, han de ser «atrapadas» en la acción que debe analizarse. De lo que se trata es, en un sentido muy real, de una cuestión relacionada con la estructuración de las actividades de la investigación para lograr que éstas se encuentren en el lugar adecuado en el momento preciso (Ron Scollon, pág. 152).

En un sentido más general, el objetivo del AMD consiste en explicar el vínculo entre las cuestiones sociales en sentido amplio y la conversación y la escritura cotidianas, alcanzando así una comprensión más sofisticada de la historia de la práctica, enmarcada ésta en los hábitos de quienes participan en una acción social particular.

Metodología de la obtención de datos

La conclusión establecida más arriba, según la cual el ACD no constituye un método empírico bien definido, sino más bien un conjunto de enfoques de similar base teorética y con similares cuestiones de investigación, se hace aquí más evidente: no existe ninguna forma de obtención de datos que sea característica del ACD. Algunos autores ni siquiera mencionan sus métodos de recogida de datos, y otros confían de forma muy acusada en tradiciones cuyo fundamento se encuentra fuera del campo de la sociolingüística.[6] En cualquier caso, y de manera similar a lo que ocurre en la Teoría Fundamental (Glaser y Strauss, 1967), no se conside-

ra que la obtención de datos sea una fase específica que deba haberse completado antes de comenzar el análisis: tras el primer ejercicio de recogida de datos, lo que procede es efectuar los primeros análisis, hallar indicadores para conceptos concretos, elevar los conceptos a categorías, y, sobre la base de estos resultados, recoger nuevos datos (muestreo teorético). En esta modalidad de procedimiento, la recogida de datos es un elemento que nunca se excluye por completo, y siempre surgen nuevas cuestiones que sólo pueden abordarse si se obtienen nuevos datos o si se reexaminan los datos recogidos con anterioridad (Strauss, 1987, pág. 56).

Pese a que Siegfried Jäger sugiere al menos que el estudioso ha de concentrarse en textos extraídos de la televisión y de los reportajes de la prensa, no se encuentran recomendaciones relacionadas con los requisitos de la obtención de datos en las contribuciones de Teun van Dijk y Norman Fairclough. Sin embargo, los ejemplos elegidos por estos autores podrían indicar que también prefieren los discursos difundidos por los medios de comunicación de masas. Esta preferencia conlleva la existencia de algunos puntos fuertes concretos, en particular, la que proporciona unos datos no reactivos (Webb, 1966), y también la presencia de ciertas debilidades, ya que es preciso aceptar restricciones en lo que a las cuestiones a investigar se refiere. Ruth Wodak postula que los estudios del ACD han de incluir siempre trabajo de campo y datos etnográficos con el fin de explorar el objeto sometido a investigación, y ello como condición previa para cualquier ulterior análisis y teorización.

Ron Scollon nos proporciona la discusión más detallada de este paso metodológico. Este autor argumenta que, como mínimo, la observación participante es la herramienta de investigación primaria para recoger los datos necesarios para un AMD. Este argumento entronca con una sólida tradición etnográfica. Pese a que los métodos observacionales desempeñan un importante papel en el AMD, esto no significa que Scollon excluya la diversidad residual de los métodos estructurados y no estructurados:

1. Para identificar a los participantes y también los instrumentos de mediación relevantes para la cuestión investigada, Scollon propone incluso la realización de encuestas.
   a. Las encuestas de ámbito deben restringir el alcance de la investigación a unos cuantos lugares o escenarios destacados en los que tengan lugar las acciones que nos interesan.

b. Las encuestas sobre acontecimientos y acciones se proponen identificar las específicas acciones sociales que tienen lugar en los escenarios que hemos identificado como lugares relevantes para el estudio de la acción mediata.

2. Los grupos de interés han de identificarse y analizarse concienzudamente. El objetivo de estos grupos, en esta fase, es doble:
   a. «El investigador trata de conocer hasta qué punto es fiable y válida, para los miembros del grupo que se somete a estudio, la identificación de los escenarios específicos, los medios y las acciones», y,
   b. «el investigador trata de comprender qué grado de importancia o relieve tienen las categorías que se han identificado para la población sometida a estudio» (Scollon, pág. 158).

Estos métodos no tienen por qué aplicarse necesariamente uno tras otro, también pueden llevarse a la práctica de forma simultánea. Incluso el análisis de los medios de comunicación tiene cabida en la metodología de Scollon, pese a que las «encuestas sobre los contenidos mediáticos» y «las encuestas sobre lo que es o no noticia» no desempeñen el crucial papel que tiene el estudio de los medios de comunicación de masas en otros enfoques del ACD.

Podríamos concluir, en una palabra, que, a excepción del AMD de Ron Scollon, hay poca discusión sobre la representatividad estadística o teorética del material analizado.[7] Pese a que no existen afirmaciones explícitas sobre esta cuestión, podemos asumir que muchos de los estudios del ACD (tal vez con la excepción de Teun van Dijk y Ruth Wodak) únicamente operan, en la mayor parte de los casos, con pequeños conjuntos de datos, datos que habitualmente se consideran característicos de ciertos discursos.

Metodología de la operacionalización y del análisis

Tal como se ha mencionado más arriba, el ACD sitúa su metodología más en la hermenéutica que en la tradición analítico-deductiva. En consecuencia, no puede trazarse ninguna línea clara entre la recogida de datos y el análisis. No obstante, el carácter lingüístico del ACD se hace evidente en esta sección, ya que a diferencia de otros enfoques del análisis

del texto y el discurso (por ejemplo, el análisis de contenidos, la Teoría Fundamental, el análisis conversacional; véase Titscher *et al.*, 2000), el ACD se apoya en gran medida en categorías lingüísticas. Esto no significa que los temas y los contenidos no desempeñen papel alguno, sino que las operacionalizaciones fundamentales dependen de conceptos lingüísticos, como los actores, el modo, el tiempo, la argumentación, etcétera. No obstante, no es posible proporcionar una lista definitiva de los dispositivos lingüísticos que resultan relevantes para el ACD, ya que su selección depende principalmente de las cuestiones de investigación concretas.

Siegfried Jäger distingue en primer lugar un ciclo de análisis estructural más orientado al contenido, y, en segundo lugar, un ciclo de análisis fino más orientado al lenguaje. En la realización del análisis estructural es necesario proceder a una caracterización de los medios y los temas generales. Y en la realización del análisis fino, Jäger se centra en el contexto, la superficie textual y los instrumentos retóricos. Algunos ejemplos de instrumentos lingüísticos son el carácter figurativo, el vocabulario y los tipos de argumentación. Jäger tiene en cuenta tanto los aspectos cualitativos como los cuantitativos de estas características, y por lo tanto, analiza lo siguiente:

- El tipo y la forma de la argumentación.
- Determinadas estrategias de argumentación.
- La lógica intrínseca y la composición de los textos.
- Las implicaciones y las insinuaciones que, de un modo u otro, puedan haberse expresado tácitamente.
- El simbolismo colectivo, o «figuratividad», el simbolismo, el uso de metáforas, etcétera, presentes en el lenguaje y en los contextos gráficos (estadísticas, fotografías, imágenes, caricaturas, etcétera).
- Los giros, refranes, tópicos, vocabulario y estilo utilizados.
- Los actores (personas, estructura pronominal).
- Las referencias, por ejemplo a la ciencia (o las ciencias).
- Pormenores relacionados con las fuentes de conocimiento, etcétera.

Por regla general, Teun van Dijk argumenta que «El análisis discursivo completo de un gran *corpus* de textos o conversaciones», como a menudo recogemos para una investigación de ACD, «es por consiguiente algo totalmente fuera de lugar» (Van Dijk, pág. 99). Si el punto

focal de la investigación se centra en los modos en que ejercen el poder algunos hablantes o escritores en –o por medio de– su discurso, el núcleo del estudio residirá, en la práctica, en aquellas propiedades que puedan variar en función del poder social. Por consiguiente, Van Dijk sugiere que el análisis debería concentrarse en los siguientes marcadores lingüísticos:

- El énfasis y la entonación.
- El orden de las palabras.
- El estilo léxico.
- La coherencia.
- Las iniciativas semánticas locales, como las rectificaciones.
- La elección del tema.
- Los actos de habla.
- La organización esquemática.
- Las figuras retóricas.
- Las estructuras sintácticas.
- Las estructuras proposicionales.
- Los turnos de palabra.
- Las objeciones.
- Los titubeos.

Van Dijk supone que la mayoría de los elementos de la lista anterior constituyen ejemplos de formas de interacción que en principio son susceptibles de ser controladas por el hablante, aunque en la práctica estén menos conscientemente controladas, o sean menos conscientemente controlables por parte de los hablantes. Otras estructuras, como la forma de las palabras y muchas de las estructuras de las proposiciones, son gramaticalmente obligatorias e invariables en función de los contextos, de ahí que, por lo general, no estén sujetas al control del hablante ni a su poder social. Van Dijk sugiere seis pasos más en el análisis:

1. El análisis de las macroestructuras semánticas: esto es, de los temas y de las macroproposiciones.
2. El análisis de los significados locales, lugares en los que las muchas formas de significado tácito o indirecto, como las implicaciones, las presuposiciones, las alusiones, las ambigüedades, las omisiones y las polarizaciones resultan especialmente interesantes.

3. El análisis de las estructuras formales «sutiles»: aquí es donde se analizan la mayoría de los marcadores lingüísticos mencionados.
4. El análisis de las formas o formatos del discurso global y local.
5. El análisis de las específicas realizaciones lingüísticas, por ejemplo, las hipérboles, las lítotes, etcétera.
6. El análisis del contexto.

En sus estudios del discurso racista y discriminatorio, Ruth Wodak y Martin Reisigl (Reisigl y Wodak, 2001) han desarrollado una estrategia de análisis en cuatro fases: tras haber establecido en primer lugar los contenidos específicos, o las cuestiones que aborda un determinado discurso con elementos racistas, antisemitas, nacionalistas o etnicistas, se investigan en segundo lugar las estrategias discursivas (incluyendo las estrategias argumentativas), para, en tercer lugar, examinar los instrumentos lingüísticos (en tanto que tipos), y por último, explorar las específicas realizaciones lingüísticas –que dependen del contexto– (en tanto que muestras) de los estereotipos discriminatorios.

En estos estudios, el enfoque histórico del discurso se centra en las siguientes estrategias discursivas:

- La estrategia referencial o estrategia de nominación, en la que los dispositivos lingüísticos de interés son la categorización de la pertenencia (Sacks, 1992; Bakker, 1997), las metáforas, las metonimias y las sinécdoques.
- Las estrategias de predicación que aparecen en las atribuciones estereotipadas y valorativas de los rasgos positivos o negativos, así como en los predicados implícitos o explícitos.
- Las estrategias de argumentación, que se reflejan en determinados *topoi* utilizados para justificar la inclusión o la exclusión política.
- Las estrategias de puesta en perspectiva, de enmarcado o de representación del discurso utilizan medios para informar, describir, narrar o citar los acontecimientos y las afirmaciones.
- Las estrategias de intensificación y mitigación tratan de intensificar o mitigar la fuerza ilocucionaria de las afirmaciones (Ng y Bradac, 1993).

Esta metodología se propone ser abductiva y pragmática, ya que las categorías de análisis se desarrollan en primer lugar de acuerdo con las cues-

tiones sometidas a investigación, y lo que se sugiere es un constante movimiento de ida y vuelta entre la teoría y los datos empíricos. El contexto histórico se analiza y se incorpora siempre a la interpretación, pese a que no exista ningún procedimiento estricto para esta tarea.

En su enfoque del AMD, Ron Scollon se centra en cuatro tipos principales de datos:

1. Las generalizaciones de los miembros.
2. Las observaciones neutrales («objetivas»).
3. La experiencia de los miembros individuales.
4. Las interacciones de los observadores con los miembros (observación participante).

De los enfoques seleccionados, el de Scollon es el que proporciona un esquema analítico más detallado y generalizado, algo que está estrechamente vinculado a su marco teorético. De este modo, Scollon analiza en primer lugar las acciones, en segundo lugar las prácticas, en tercer lugar los instrumentos de mediación, en cuarto lugar los nexos de la práctica, y por último, la comunidad de práctica:

1. La acción: ¿qué es la acción? ¿Qué cadena o cadenas de acciones mediatas son relevantes? ¿Qué es el «embudo del compromiso»? ¿Qué discursos narrativos y anticipatorios proporcionan una estructura metadiscursiva o reflexiva?
2. Las prácticas: ¿cuáles son las prácticas que se entrecruzan para producir este escenario de la acción? ¿Qué historias tienen habitualmente estas prácticas, esto es, cuál es su ontogénesis? ¿De qué otras acciones forman parte estas prácticas?
3. Los instrumentos de mediación: ¿qué instrumentos de mediación se utilizan en esta acción? ¿Qué específicas formas de análisis deben usarse para analizar los instrumentos de mediación? ¿Cómo y cuándo resultan apropiados esos instrumentos de mediación para la práctica o el hábito? ¿Cómo se han utilizado esos instrumentos de mediación en esta acción? ¿De qué modo actúan las características semióticas de estos instrumentos de mediación como restricciones para la acción o como facilitadores de la acción? Para responder a esta pregunta, Scollon sugiere métodos de análisis conversacional, de análisis retórico y de análisis visual holofrástico del discurso.

4. Los nexos de la práctica: ¿qué vínculos entre las prácticas constituyen un nexo de la práctica? ¿De qué modo pueden reconocerse los nexos de la práctica? ¿En qué medida puede decirse que existe una distinción útil entre los nexos de la práctica entendidos como grupo, como situación y como variedad discursiva?
5. La comunidad de práctica: ¿en qué medida han quedado «tecnologizados» los nexos de la práctica? ¿Cuáles son las identidades (tanto internas como externas) producidas por la pertenencia a una comunidad de práctica?

Tal como se ha indicado esquemáticamente más arriba, Scollon plantea un cierto número de cuestiones, cada una de ellas relacionada con estos planos analíticos, pero –en concordancia con la tradición etnográfica– no indica que deba analizarse ninguna operacionalización ni exponente lingüístico.

Norman Fairclough sugiere un procedimiento en el que, por los pasos descritos, y en su orden, se prepara el análisis. Al igual que Ruth Wodak, Fairclough prefiere un enfoque pragmático y orientado a algún problema en el que el primer paso sea identificar y describir el problema social que ha de analizarse. Sus propuestas son las siguientes:

1. Centrarse en un problema social específico que presente un aspecto semiótico; dejar a un lado el texto y describir el problema, identificando su aspecto semiótico.
2. Identificar los elementos dominantes –estilos, variedades discursivas y discursos– que constituyen este aspecto semiótico.
3. Examinar la gama de diferencias y la diversidad de estilos, variedades discursivas y discursos que integran este aspecto.
4. Identificar la resistencia contra los procesos de colonialización efectuados por los estilos, las variedades discursivas y los discursos dominantes.

Después de estos pasos preparatorios, que también ayudan a seleccionar el material, Fairclough sugiere realizar antes que nada el análisis estructural del contexto, y efectuar después, en segundo lugar, el análisis interaccional, que se centra en características lingüísticas como:

- Los agentes.
- El tiempo.

- La modalidad.
- La sintaxis.

Para, finalmente, proceder al análisis de la interdiscursividad, que trata de comparar las vetas dominante y resistente del discurso.

El objetivo de los apartados anteriores era exponer un breve perfil de los procedimientos centrales que se aplican en los diferentes enfoques del ACD. Para terminar, debe señalarse que, a pesar de que no existe una metodología coherente del ACD, muchas de las características son comunes a la mayoría de los enfoques del ACD: en primer lugar, se concentran en los problemas y no en elementos lingüísticos específicos. No obstante, es obligatorio poseer una capacitación lingüística para seleccionar los aspectos que resultan relevantes para los objetivos específicos de la investigación. En segundo lugar, tanto la teoría como la metodología son eclécticas: ambas van unidas tanto como resulte útil para la comprensión de los problemas sociales que se someten a investigación.

Criterios para valorar la calidad

El hecho de que la investigación social cualitativa también necesite conceptos y criterios con los que valorar la calidad de sus hallazgos parece encontrarse hoy en día fuera de toda controversia. Es también indiscutible que no es posible aplicar sin modificaciones los conceptos clásicos de validez y fiabilidad que se utilizan en la investigación cuantitativa. «El verdadero reto consiste en cómo lograr que nuestra investigación sea a un tiempo intelectualmente estimulante además de rigurosa y crítica» (Silverman, 1993, pág. 144; en este texto, la autora expone además una detallada discusión de estos conceptos, así como una reformulación de la investigación cualitativa). ¿Cuáles son los criterios que sugieren y enumeran los estudiosos del ACD?

Siegfried Jäger menciona el criterio clásico de la representatividad, la fiabilidad y la validez. Y por añadidura, sugiere la «completud» como criterio adecuado para el ACD: los resultados de un estudio serán «completos» si la adición de nuevos datos y el análisis de nuevos dispositivos lingüísticos no revela nuevos hallazgos. Teun van Dijk sugiere que la accesibilidad es un criterio que tiene en cuenta los objetivos prácticos del

ACD: los hallazgos deben resultar cuando menos accesibles y legibles para los grupos sociales sometidos a investigación.

Tanto Ruth Wodak como Ron Scollon sugieren la aplicación de procedimientos de triangulación para garantizar la validez –un procedimiento «que es siempre apropiado, sea cual sea la orientación teorética o la utilización de los datos cuantitativos o cualitativos» (Silverman, 1993, pág. 156)–.[8] El enfoque triangulatorio de Wodak puede describirse como teorético, y está basado en un concepto de contexto que toma en consideración la existencia de cuatro planos:

1. El inmediato cotexto interno al lenguaje o interno al texto.
2. La relación intertextual e interdiscursiva entre las afirmaciones, los textos, las variedades discursivas y los discursos.
3. El plano extralingüístico (social) que recibe el nombre de «contexto de situación» y cuya explicación corre a cargo de las teorías de rango medio.
4. Los más amplios contextos sociopolíticos e históricos.

El permanente paso de uno de estos planos al otro y la valoración de las averiguaciones desde estas distintas perspectivas debería minimizar el riesgo de un análisis sesgado. Además de esto, Wodak sugiere una triangulación metódica que utilice diseños multimetódicos sobre la base de una diversidad de datos empíricos y sobre la base del trasfondo de información existente.

También Ron Scollon aboga en favor de la triangulación: «Debido a la implicación del investigador como observador participante, los procedimientos para una clara triangulación son esenciales para realizar inferencias a partir de las observaciones y generar interpretaciones» (Scollon, pág. 181).

Lo adecuado para poner los análisis en manos de los participantes con el fin de registrar sus reacciones y sus interpretaciones es la triangulación entre los diferentes tipos de datos, la definición que dan los participantes del significado de los discursos examinados y un análisis basado en elementos concretos, orientado a establecer el significado de los escenarios de la acción y de las acciones mediatas sometidas a estudio. Esto permite revelar las diferencias y las contradicciones que existen entre el análisis que realiza el estudioso sobre las acciones mediatas que investiga y las interpretaciones de los participantes. Scollon sostiene que nin-

gún estudio debería basar su interpretación simplemente en uno o dos de estos tipos de datos.

Sin embargo, no es posible lograr una «objetividad» estricta por medio del análisis del discurso, ya que cada «tecnología» de investigación ha de ser a su vez examinada como ámbito que puede potencialmente incluir las creencias y las ideologías de los analistas, y, por consiguiente, sesgar con prejuicios el análisis, orientándolo en la dirección de las ideas preconcebidas del analista.

Conclusión: el ACD visto entre dos luces

El objetivo de este breve capítulo ha consistido en proporcionar un conciso resumen de los enfoques del ACD, indicando sus semejanzas y sus diferencias. Tal como sugiere el título del artículo de Teun van Dijk, una de las deliberadas características del ACD es su diversidad. Pese a todo, es preciso señalar algunos puntos de referencia en esta diversidad:

- En lo que hace a su trasfondo teorético, el ACD actúa de manera ecléctica en muchos aspectos; se toca toda la gama que se abarca desde las teorías fundamentales a las teorías lingüísticas, aunque el enfoque de cada autor destaque distintos planos.
- No existe un canon aceptado para la recogida de datos.
- La operacionalización y el análisis se orienta hacia los problemas e implica una capacitación lingüística.

La semejanza más evidente es un interés compartido en los procesos sociales de poder, construcción jerárquica, exclusión y subordinación. Situado en la tradición de la teoría crítica, el ACD se propone hacer transparentes los aspectos discursivos de las disparidades y las desigualdades sociales. En la mayoría de los casos, el ACD toma partido por los desfavorecidos y trata de mostrar los instrumentos lingüísticos que utilizan los privilegiados para estabilizar o incluso aumentar las iniquidades presentes en la sociedad. Por consiguiente, críticos como Widdowson (1995) objetan que el ACD nada constantemente entre las dos aguas de la investigación social y de la argumentación política.

Notas

1. En su contribución introductoria, Ruth Wodak describe la historia social del proceso que ha logrado establecer la distinción entre la lingüística crítica, el ACD y la tradicional investigación lingüística.

2. Véanse las críticas de este uso del término en Kriz y Lisch (1988, pág. 176). Estos autores consideran que el de «modelo» es un término más apropiado, ya que, de hecho, los métodos convencionales transmiten información sobre las estructuras.

3. La cuestión de si es posible o no hacer que los procesos hermenéuticos sean transparentes e inteligibles en grado alguno sigue sin decidir, aunque Oevermann *et al.*, (1979) han desarrollado un método de orientación hermenéutica provisto de procedimientos y reglas bien definidos.

4. El origen de estas posturas en conflicto se remonta al «Werturteilsstreit» (disputa sobre los juicios de valor) de la sociología alemana (véase Albert, 1971).

5. Hacemos aquí una nueva referencia a Émile Durkheim: «Las ideas sobre el hombre o sobre el animal no son personales y no se restringen a mí; las comparto, en gran medida, con todos los hombres que pertenecen al mismo grupo social que yo. Y debido a que se comparten, los conceptos son el supremo instrumento de todo intercambio intelectual» (Bellah, 1973, pág. 52; párrafo extraído de «The dualism of human nature and its social conditions»).

6. Titscher *et al.*, (2000), proporcionan una visión general sobre el muestreo y la selección de textos. Silverman (1997) –en especial Atkinson y Coffey (1997)–; Miller y Glassner (1997); y Potter (1997) y Peräkylä (1997), debaten acerca de las ventajas y las desventajas de los diferentes métodos de obtención de datos desde el punto de vista de la tradición cualitativa.

7. Para una discusión sobre la representatividad de los datos cualitativos remitimos una vez más a Titscher *et al.*, (2000, págs. 31 y sigs.), Firestone (1993) y los artículos que pueden encontrarse en Ragin y Becker (1992).

8. Uno de los primeros en proponer el método de la triangulación fue Norman Denzin (1970). Altheide y Johnson (1994) aportan nuevos argumentos al debate sobre los criterios para estimar la validez interpretativa de la investigación cualitativa.

3

Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos[1]

Siegfried Jäger

Observaciones preliminares

Para un análisis crítico del discurso (ACD) basado en la teoría del discurso de Michel Foucault resultan capitales cuestiones como las siguientes:

- En qué consiste el conocimiento (válido en un determinado lugar y en un determinado momento).
- Cómo evoluciona este conocimiento válido.
- Cómo se transmite.
- Qué función tiene para la constitución de los sujetos y la configuración de la sociedad.
- Qué impacto tiene este conocimiento en el desarrollo general de la sociedad.[2]

Aquí por conocimiento deben entenderse todos los tipos de contenidos que dan forma a la conciencia o todos los tipos de significados utilizados por diferentes personas históricas, con el fin de interpretar y moldear la realidad circundante. Las personas obtienen este «conocimiento»

a partir de los respectivos contextos discursivos en los que han nacido y en los que su entera existencia se halla implicada. El análisis del discurso, ampliado para incluir el análisis de dispositivos, se propone identificar el conocimiento (válido en determinado lugar y en determinado tiempo) de los discursos y los dispositivos, explorar los correspondientes contextos concretos de conocimiento y poder y someterlos a crítica. El análisis del discurso guarda relación tanto con el conocimiento cotidiano que se transmite a través de los medios y la comunicación diaria, en la escuela, la familia, etcétera, como con el conocimiento particular (válido en un determinado lugar y en un determinado tiempo) que producen las diversas ciencias. Esto se aplica tanto a las ciencias de la cultura como a las ciencias de la naturaleza.

En este capítulo, sin embargo, voy a centrarme en el conocimiento propio de las ciencias culturales. Pese a que, de hecho, es posible realizar inferencias aplicables a las ciencias naturales, no las tomaré aquí en consideración.

Mi contribución comenzará con un breve resumen del trasfondo discursivo teorético de un análisis crítico del discurso.[3] En segundo lugar, presentaré un esquema que explique qué es un dispositivo, lo que nos permitirá discutir la interacción entre las prácticas discursivas (es decir, hablar y pensar sobre la base del conocimiento), las prácticas no discursivas (es decir, actuar sobre la base del conocimiento) y las «manifestaciones» o «materializaciones» del conocimiento (a través de actos o hechos). En realidad, los dispositivos pueden concebirse como un «conjunto de obras de arte» que, al encontrarse ensambladas y entretejidas unas con otras de diversas maneras, constituyen un dispositivo societal global.

Teoría del discurso

La noción de discurso

El más fértil enfoque a un análisis del discurso orientado a las ciencias culturales y deudor de Michel Foucault es el desarrollado por el científico literario y cultural Jürgen Link y su equipo. Su preocupación, al igual que la mía, estriba en el análisis de los discursos corrientes, en los efectos de su poder, y en la elucidación de los medios (de base lingüística e iconográfica) con los que operan –interesándonos, en particular, el simbolismo co-

lectivo que contribuye a vincular las diversas tendencias discursivas–. La principal preocupación de su trabajo y del mío radica en la función de los discursos en la moderna sociedad industrial burguesa y capitalista, donde actúan como técnicas destinadas a legitimar y garantizar el gobierno.[4]

En su versión más resumida, Link define el discurso como sigue: «un concepto de habla que se encontrará institucionalmente consolidado en la medida en que determine y consolide la acción y, de este modo, sirva ya para ejercer el poder» (Link, 1983, pág. 60).

Esta definición de discurso puede esclarecerse más si consideramos el discurso «como el fluir del conocimiento –y de todo el conocimiento societal acumulado– a lo largo de toda la historia» (Jäger, 1993 y 1999), fluir que determina los hechos individuales o colectivos, así como la acción formativa que moldea la sociedad y que, de este modo, ejerce el poder. En tanto tales, los discursos pueden comprenderse como realidades materiales *sui generis*.

Al mismo tiempo, esto implica que los discursos no poseen interés por el hecho de ser expresiones de la práctica social, sino por el de contribuir a determinados fines, a saber, el de ejercer el poder a todos los efectos. Y lo hacen así porque están institucionalizados y se hallan regulados, porque se encuentran vinculados a la acción.[5]

Los discursos (dominantes) pueden ser criticados y concebidos como objetos problemáticos. Esto se realiza a través de su análisis y de la revelación de sus contradicciones, de sus elementos no expresados, y del espectro de lo que, desde ellos, es posible decir y hacer, así como por medio de la exposición de los medios con los que ha de lograrse la aceptación de verdades cuya validez es meramente temporal. Nos referimos aquí a verdades asumidas, verdades que son presentadas como racionales, sensatas y fuera de toda duda.

Cualquier investigador, hombre o mujer, que efectúe este tipo de análisis debe ver además con claridad que, con su crítica, no se coloca al margen del discurso que está analizando. De lo contrario estaría poniendo en duda su propio concepto de análisis del discurso. Dejando aquí a un lado otros aspectos críticos que también incluye el análisis del discurso, el investigador, o la investigadora, puede basar su análisis en valores y normas, en leyes y en derechos. Y tampoco debe olvidar que todos estos elementos son, a su vez, un resultado histórico del discurso, y que los posibles sesgos en que pueda incurrir su análisis no se basan en la verdad, sino que representan una postura que, nuevamente, es el resultado

de un proceso discursivo. Valiéndose de esta postura, el investigador o la investigadora pueden participar en controversias discursivas, defendiendo o modificando su actitud.

El contexto, arriba mencionado, por el que se vincula el discurso al poder es no obstante muy complejo, ya que: «una práctica discursiva ejerce el poder a todos los efectos en varios sentidos. Si una formación discursiva puede describirse como un campo limitadamente «positivo» de acumulación de afirmaciones», como sugieren Link y Link-Heer para defender este vínculo, «lo contrario también es cierto, es decir, que de este modo, otras posibles afirmaciones, preguntas, puntos de vista, cuestiones problemáticas, etcétera, quedan excluidos. Estas exclusiones, que resultan necesariamente de la estructura de un discurso especial (que en modo alguno debe ser malinterpretado como intención manipuladora de cualquier otro sujeto), pueden ser consolidadas institucionalmente» (Link y Link-Heer, 1990, pág. 90). De este modo, también puede ejercerse el poder sobre los discursos, por ejemplo, mediante el expediente de concederles un fácil acceso a los medios, o un acceso sin restricciones a los recursos, etcétera. Lo que Link y Link-Heer atribuyen a los discursos científicos, en mi opinión, también incumbe a los discursos cotidianos, al discurso educativo, al discurso político, al mediático y demás.

El análisis del discurso incluye los correspondientes espectros de lo que puede decirse en su gama cualitativa y en su acumulación, así como en todas las afirmaciones que se dicen o pueden decirse en una determinada sociedad y en un determinado momento. También incluye las estrategias con las que, por un lado, se amplía el espectro de lo que puede decirse, junto con las que, por otro, se restringen, por ejemplo, las estrategias de negación, las estrategias destinadas a relativizar, las estrategias pensadas para eliminar tabúes, etcétera. La demostración de las restricciones o de la falta de restricciones en el espectro de lo que puede decirse es por consiguiente un nuevo aspecto crítico del análisis del discurso.

El surgimiento de estas estrategias señala a su vez el hecho de que existen afirmaciones que en una determinada sociedad y en un determinado instante temporal no pueden decirse, o que ya no pueden seguir diciéndose, a menos que se utilicen «trucos» especiales con el fin de poder expresarlos sin hacerse acreedor a algún tipo de sanción. Es posible restringir el espectro de lo que puede decirse, o pueden realizarse intentos encaminados a superar sus límites, mediante prohibiciones directas y deslindes, delimitaciones, implicaciones o creación de tabúes explícitos,

además de por efecto de convenciones, interiorizaciones y reglamentaciones de la conciencia. El discurso en su conjunto es una unidad que se regula y que es creadora de conciencia.

Al operar como un «fluir de "conocimiento"» –y como el conjunto del conocimiento societal acumulado en toda la historia–, el discurso crea las condiciones para la formación de sujetos y la estructuración y configuración de las sociedades.

Los distintos discursos se hallan entretejidos o enmarañados unos con otros como sarmientos o trenzas. Además, no son estáticos, sino que se hallan en constante movimiento, lo que da lugar a una «masa de devanado discursivo» que al mismo tiempo da como resultado el «exuberante y constante crecimiento de los discursos». Es esta masa la que el análisis del discurso se esfuerza en desenredar.

Un importante medio de vincular recíprocamente los discursos es el simbolismo colectivo. Los símbolos colectivos son «estereotipos culturales (frecuentemente llamados *topoi*), que se transmiten y se utilizan de forma colectiva» (Drews *et al.*, 1985, pág. 265).

En el cúmulo de símbolos colectivos que todos los miembros de una sociedad conocen, se halla disponible un repertorio de imágenes con el que visualizamos una completa representación de la realidad societal y del paisaje político de la sociedad, repertorio mediante el cual podemos interpretar estas imágenes y gracias al cual recibimos interpretaciones –en particular, a través de los medios de comunicación–.[6]

Las normas más importantes que regulan estos vínculos con los que se produce la imagen de ese contexto político o societal son las catacresis o fracturas de imagen. Estas catacresis operan creando vínculos entre las afirmaciones y las áreas de experiencia, superando las contradicciones, generando verosimilitudes y aceptaciones, etcétera, lo que refuerza además el poder de los discursos. La afirmación «La locomotora del progreso puede ver disminuida su velocidad como consecuencia de las oleadas de inmigrantes» es una fractura de imagen (o catacresis) porque los símbolos «locomotora» (que significa progreso) y «oleadas» (que señalan una amenaza proveniente del exterior) emanan de diferentes fuentes de imágenes, ya que la primera proviene del tráfico, y la segunda de la naturaleza. El análisis del simbolismo colectivo que incluye el estudio de las catacresis es, por consiguiente, un nuevo aspecto crítico del análisis del discurso.

Refiriéndose a la cuestión del poder de los discursos, Foucault dijo en una ocasión: «Éste es el problema que determina prácticamente la totali-

dad de mis libros: ¿cómo la producción de discursos, que (al menos durante un cierto tiempo) están dotados de un valor de verdad, se vincula a los diferentes mecanismos de poder y a las distintas instituciones en las sociedades occidentales?» (Foucault, 1983, pág. 8).

Para ilustrar mejor el problema del poder y del saber es necesario, en primer lugar, examinar con más detalle la relación entre el discurso y la realidad societal, y en segundo lugar, indagar con mayor precisión cómo se halla anclado ese poder en dicha realidad societal, y averiguar quién lo ejerce, sobre quién lo ejerce y con qué medios, etcétera.

Ya debería estar claro que, en los discursos, la realidad no queda simplemente reflejada, sino que los discursos poseen una «vida propia» que determina su relación con la realidad, pese a que percutan, configuren e incluso permitan la realidad societal. Son en sí mismos realidades materiales *sui generis*. Por su carácter, por ejemplo, no son medios pasivos de «in-formación» (es decir, de información y de unos «datos de entrada formativos») que la realidad proporcione. Y tampoco son realidades materiales de segunda clase ni elementos «menos materiales» que la realidad «real». Entre otras de su misma categoría, los discursos son más bien realidades materiales con plena validez (Link, 1992).

Esto también significa que los discursos determinan la realidad. Por supuesto, siempre a través de sujetos que intervienen activamente en sus contextos societales como (co)productores y (co)agentes de los discursos y cambios de la realidad. Estos sujetos activos llevan a cabo prácticas discursivas y no discursivas. Y pueden hacerlo porque, en su calidad de sujetos «entretejidos» con los discursos, disponen de conocimiento.

De acuerdo con esta noción, el discurso no puede ser reducido a una mera «visión distorsionada de la realidad», o a una «ideología necesariamente falsa» –como frecuentemente se hace desde el concepto de «crítica ideológica» adscrito a los enfoques del marxismo ortodoxo–. De hecho, un discurso representa una realidad propia que, relacionada con «la realidad real», no es en modo alguno «mucho ruido y pocas nueces», un cúmulo de distorsiones y de mentiras, sino que posee una realidad material propia, además de «nutrirse» de discursos pasados así como de (otros) discursos coetáneos.

Esta caracterización de los discursos como objetos materiales significa, al mismo tiempo, que la teoría discursiva es una teoría estrictamente materialista. Los discursos también pueden ser considerados como un medio de producción societal. De esta forma, en modo alguno son

«mera ideología»; producen sujetos y –transmitidos por ellos a la «población»– producen realidades societales.[7]

Por consiguiente, el análisis del discurso no trata (únicamente) de las interpretaciones de algo que ya existe; y por ello no se ocupa (únicamente) de un análisis destinado a la asignación *post festum* de un significado, sino del análisis de la producción de realidad que el discurso efectúa –al ser transmitido por las personas activas.

Y sin embargo, la simple cuestión es la siguiente: ¿quién hace el discurso y qué posición ocupa?

No es el individuo quien hace el discurso, sino que lo contrario tiende a ser cierto. El discurso es supraindividual. Pese a que todo el mundo aporta su grano de arena a la producción del «tejido» discursivo, ningún individuo ni ningún grupo específico determina el discurso o se ha propuesto lograr exactamente aquello que acaba convirtiéndose en el resultado final. Por regla general, los discursos han evolucionado y se han vuelto independientes como consecuencia de procesos históricos. Transmiten más conocimiento del que los sujetos individuales son capaces de percibir. De este modo, si uno quiere identificar el conocimiento de una sociedad (por ejemplo, sobre ciertos temas), es preciso reconstruir la historia de su evolución o de su génesis. Foucault trató de realizar diversos experimentos sobre el particular, y no sólo en lo que a las ciencias se refiere, ya que siempre incluía su «entorno», las instituciones y la vida diaria (por ejemplo, en una prisión o en un hospital).

Este enfoque bien pudiera coger a contrapelo a las personas que únicamente tengan en perspectiva al individuo. Ha de tenerse también en cuenta que no resulta fácil seguir los pensamientos que aquí presentamos, y ello porque hemos aprendido que el lenguaje como tal no cambia la realidad –lo que, de hecho, es correcto–. Además, y a diferencia de las nociones que idealizan el lenguaje, o a diferencia incluso de las nociones que se basan en la idea mágica de que el lenguaje sí cambia la realidad, nosotros tendemos quizá a asignar con excesiva fuerza la idea de la realidad material del discurso a conceptos idealistas. Si, con todo, consideramos que el habla humana (y la actividad humana en general) –en tanto que actividad en el amplio sentido de actividad societal– está unida al discurso histórico, discurso en función de cuyo impacto organizan sus prácticas las sociedades, y si consideramos que la realidad societal es algo que surgió y surge en relación con la «materia prima» de la realidad (que es la materia), debería resultar más fácil aprehender la noción de que los discursos ejercen el po-

der, del mismo modo que el poder es ejercido por el impacto que producen ciertas herramientas y objetos en la realidad. Este impacto puede caracterizarse de forma inmediata como una práctica no discursiva.

Discurso, conocimiento, poder, sociedad, sujeto

En tanto que «agentes de conocimiento (válido en un determinado lugar y en un determinado momento)», los discursos ejercen el poder. Son ellos mismos un factor de poder, ya que son capaces de inducir comportamientos y de generar (otros) discursos. De este modo, contribuyen a la estructuración de las relaciones de poder en una sociedad.

Ahora bien, ¿cuál es el papel que desempeña en esta interacción discursiva el individuo o el sujeto? A este respecto Foucault argumenta muy claramente:

> Por ejemplo, uno debe liberarse del sujeto constitutivo, del sujeto mismo, para llegar a un análisis histórico que sea capaz de elucidar la constitución del sujeto en el contexto histórico. Esto es precisamente lo que yo llamaría genealogía, o lo que es lo mismo, una forma de historia que nos informa de la constitución del saber, de los discursos, de los campos de objetos, etcétera, sin tener que relacionarlo todo con un sujeto que trascienda el campo de los acontecimientos y lo ocupe con su hueca identidad a lo largo de la historia (Foucault, 1978, pág. 32).

En contraste con aquello que con frecuencia constituye el móvil de las críticas dirigidas a Foucault, él, o más bien su teoría discursiva, no niega al sujeto. Foucault pugna por lograr un análisis histórico que sea capaz de esclarecer la constitución del sujeto en el contexto histórico y en el contexto sociohistórico, para, de este modo, configurar una perspectiva sincrónica y diacrónica. Esto no va dirigido contra el sujeto sino contra el subjetivismo y el individualismo.

El individuo que actúa está absolutamente implicado cuando hablamos de la realización de relaciones de poder (práctica). El individuo piensa, planea, construye, interactúa y fabrica. Como tal, se enfrenta igualmente al problema de tener que prevalecer, por ejemplo, abriéndose camino o hallando su lugar en la sociedad. No obstante, hace todo esto en el marco del exuberante crecimiento de la red de las relaciones y de los argumentos discursivos, en el contexto de unos «discursos vivos» que lo

están en la medida en que él mismo les infunde vida, vive «entretejido» con ellos y contribuye a su cambio.

El análisis del discurso, en la totalidad de su gama cualitativa, cubre el espectro de todo lo que puede decirse y de las formas en que emerge lo que puede decirse, y por consiguiente, el análisis del discurso puede, por regla general, realizar afirmaciones válidas sobre una o varias facetas del discurso.[8] Sin embargo, también emergen aspectos cuantitativos, ya que también es posible realizar afirmaciones sobre acumulaciones y tendencias. Estos aspectos cuantitativos pueden resultar importantes cuando tratamos de identificar, por ejemplo, focos temáticos en el seno de una faceta del discurso.

Resumiré esta primera parte con una hipótesis. Los discursos ejercen el poder porque transportan un saber con el que se nutre la conciencia colectiva e individual. Este conocimiento emergente es la base de la acción individual y colectiva, así como el fundamento de la acción formativa que moldea la realidad.

Del discurso al dispositivo

Dado que el conocimiento es la base de la acción y de la acción formativa que configura la realidad, surge la oportunidad no sólo de analizar las prácticas discursivas, sino de analizar también las prácticas no discursivas y las denominadas manifestaciones y materializaciones, así como las relaciones que existen entre esos elementos. Al igual que Foucault, llamo dispositivo a la interacción entre esos elementos. Para explicar esta interacción de forma más precisa he de examinarla con mayor profundidad.

Como personas –esto es, como individuos reales–, asignamos significado a la realidad en el presente, en la historia y en el futuro que planeamos. De este modo, creamos en cierto modo la realidad –tanto para lo bueno como para lo malo–. De lo que aquí hablamos, desde luego, no es del mundo de las cosas naturales, de la vertiente material de la realidad. La vertiente material de la realidad sólo representa la materia prima que utiliza el individuo activo y que –frecuentemente con independencia de la realidad societal– es objeto de la investigación de las ciencias naturales. Por ejemplo, incluso la ciencia médica considera a las personas como si fuesen meros objetos biológicos naturales.

No es la realidad lo que se refleja en la conciencia, sino la conciencia la que se relaciona con la realidad, ya que los discursos proporcionan los

conceptos que han de aplicarse y todo el conocimiento para configurar la realidad, así como los nuevos conceptos de la realidad. Si el discurso se aparta de la realidad, «sobre cuyos hombros» se ha constituido, o de forma bastante más precisa, si las personas, por las razones que sean, se alejan de un discurso al que han conferido un significado, la parte de realidad que le corresponde aparece desprovista de significado en el más cierto de los sentidos de la palabra y retorna a su estado natural.

Si el conocimiento contenido en un discurso cambia, se le asignan otros significados y se convierte en otro objeto. Esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando un mendigo utiliza un banco, que para él ha perdido toda significación –ya que la función prevista ha sido en su caso eliminada–, como domicilio para el fin de semana, o cuando las acerías o las plantas productoras de energía nuclear se convierten en un parque de atracciones. En estos casos se produce una retracción de significado. El muy trillado «suelo de significado» es retirado de debajo de los pies del objeto en cuestión, o modificado por habérsele asignado uno o varios significados distintos.

En la obra de Foucault titulada *L'archéologie du savoir* (*La arqueología del saber*), este autor escribe que los discursos «han de ser tratados como prácticas que sistemáticamente constituyen los objetos de los que hablan» (Foucault, 1989, pág. 74). No obstante, Foucault también considera las prácticas societales no discursivas que desempeñan un papel en la constitución de objetos y de manifestaciones. Al mismo tiempo, subraya la importancia de las «relaciones» discursivas. Foucault cree que «de algún modo se encuentran en los márgenes del discurso: le [= el discurso, S. J.] proporcionan los objetos sobre los que él [= el discurso, S. J.] puede hablar, o más bien [...], ellas [= las relaciones discursivas, S. J.] determinan el conjunto de relaciones que el discurso debe inducir con el fin de resultar capaz de hablar de tales o cuales objetos, de tratar de ellos, de darles nombres, de analizarlos, de clasificarlos y de explicarlos» (1988, pág. 70). De este modo, Foucault rodea el problema de la relación entre el discurso y la realidad sin resolverlo más allá de toda duda. Sigue sin quedar claro qué es lo que Foucault entiende de hecho por «objetos». Uno sólo logra adivinar que no se refiere a las «manifestaciones», sino más bien a los temas, a las teorías, a las afirmaciones, o, en otras palabras, a los «objetos» puramente discursivos.

Esta circunvalación del problema se detecta, en el mejor de los casos, y en mi opinión, en su esfuerzo por determinar lo que Foucault entiende por «dispositivo». En el conjunto de entrevistas y conferencias titula-

do *Dispositive der Macht* (*Dispositivos de poder*) (Foucault, 1978), este autor define como sigue, y por primera vez, lo que es un dispositivo de una forma un tanto osada:

> Lo que estoy pugnando por establecer con esta terminología [a saber, con el dispositivo, S. J.] es en primer lugar un conjunto decisivamente heterogéneo que abarca los discursos, instituciones, instituciones arquitectónicas, decisiones regladas, leyes, medidas administrativas, afirmaciones científicas, enseñanzas filosóficas, morales o filantrópicas, en resumen, lo que se dice y lo que no se dice. Y con esto basta por lo que a los elementos del dispositivo se refiere. El propio dispositivo es la red que puede tejerse entre estos elementos (Foucault, 1978, págs. 119 y sigs.).

Foucault sigue estableciendo diferencias: «Entre estos elementos existe, ya sea en forma discursiva o no, un juego de posiciones y de funciones cambiantes que, a su vez, puede ser muy variado» (Foucault, 1978, pág. 120). Foucault entiende «por dispositivo una especie de –digamos– formación cuya principal función en un punto histórico dado consiste en responder a una urgencia (original en francés *urgence*). El dispositivo, por tanto, tiene una función principalmente estratégica» (Foucault, 1978, pág. 120). Tras haber diferenciado entre lo discursivo y lo no discursivo en la definición inicial arriba citada, unas cuantas páginas más adelante, Foucault prosigue diciendo: «A la vista de lo que persigo con el dispositivo, difícilmente podría tener alguna importancia que dijese: esto es discursivo y esto no» (Foucault, 1978, pág. 125).

Foucault se encuentra aquí en una situación embarazosa. Los tres psicoanalistas con los que está debatiendo le han puesto en un apuro. Se percibe que sus compañeros de entrevista le están atacando los nervios. Se está poniendo impaciente, incluso enfadado.

Todo ello puede percibirse aún con mayor claridad cuando continúa:

> Comparen, por ejemplo, el plan arquitectónico de la Escuela Militar de Gabriel con el edificio real de la Escuela Militar: ¿qué es discursivo y qué es institucional? Todo lo que me interesa es si el edificio corresponde o no al plano. Sin embargo, no creo que sea de gran importancia realizar esta división, ya que mi problema no es un problema lingüístico (Foucault, 1978, pág. 125).

Foucault se libera a sí mismo –y a nosotros– de la lingüística que no está basada en el pensamiento y la conciencia. Subordina el lenguaje, y por consiguiente, también la lingüística, al pensamiento, y básicamente

las concibe como una sección de las ciencias de la cultura cuyos objetos son las condiciones y los resultados de la actividad humana sensorial –sensorial porque el pensamiento y la conciencia son las condiciones previas de la actividad humana.

Tras sus esfuerzos arqueológicos por reconstruir el desarrollo del saber de un modo enteramente materialista, Foucault llegó a la convicción de que no es el habla, el texto o el discurso lo único que mueve el mundo, y descubrió, o más bien estableció, el dispositivo con el fin de interpretar de forma más apropiada su realidad histórica y cotidiana. Con esta determinación del dispositivo, la cuestión que ha de examinarse intensamente es la del vínculo entre el discurso y el dispositivo, o entre el discurso y la realidad.

Foucault ve claramente una coexistencia entre el discurso y la realidad o los objetos. Ellos son los elementos del dispositivo que es la red que, tendida entre esos elementos, los vincula. Sin embargo, Foucault no es capaz de decir cuál es la relación concreta, o, para decirlo con mayor mordacidad, cuál es la relación empírica que une entre sí a los discursos con las cosas, los acontecimientos y la realidad. Foucault estaba de hecho interesado en la ««naturaleza del vínculo» que puede establecerse entre estos elementos heterogéneos». Él ve entre esos elementos «ya sean discursivos o no, un juego de posiciones y de funciones cambiantes, que, en sí mismas» –como él dice– «pueden ser a su vez muy variadas» (1978, pág. 120). Además, él ve el dispositivo como una especie de «formación cuya principal función ha consistido, en un punto histórico dado, en responder a una urgencia (original en francés *urgence*)». Foucault reconoce también que, por consiguiente, el dispositivo tiene «una función primordialmente estratégica» (Foucault, 1978, pág. 120). Esta urgencia podría darse, por ejemplo, en la reabsorción de una masa social liberada, cuestión que, inevitablemente, tiene que ser un problema para una sociedad capitalista, etcétera.

Foucault desea mostrar «que lo que yo llamo dispositivo constituye un caso mucho más general de *episteme*. O mejor, que la *episteme*, a diferencia del dispositivo en general, que es a su vez discursivo y no discursivo, y cuyos elementos son mucho más heterogéneos, es un dispositivo específicamente discursivo» (Foucault, 1978, pág. 123). En este sentido, no sólo estamos tratando con el conocimiento hablado y escrito (*episteme*), sino también con la totalidad del aparato de conocimiento con el que se alcanza un objetivo. Por consiguiente, las *epistemes* no son sólo la parte discursiva del aparato de conocimiento, sino que el conocimiento tam-

bién «vive» y «actúa» en las acciones de la gente y en los objetos que producen basándose en el conocimiento. Lo que aquí quiere decirse exactamente se encuentra bien ilustrado en *Surveiller et punir* (*Vigilar y castigar*), que aquí me limito a mencionar (Foucault, 1989).

Y sin embargo, aquí se hace evidente lo siguiente: Foucault asume un dualismo de discurso y realidad. No ve que los discursos y el mundo de las objetividades o las realidades se encuentran sustancialmente interrelacionados, y que no existen con independencia uno del otro. En el dispositivo se reúnen varios elementos, unos elementos que se hallan vinculados unos a otros, como él dice, y este vínculo constituye el dispositivo (véase también Deleuze, 1992, y Balke, 1998).

Evidentemente, Foucault ve como sigue la aparición de los dispositivos: surge una urgencia y un dispositivo ya existente se vuelve precario. Por esta razón se produce la necesidad de actuar y las fuerzas sociales y hegemónicas que se enfrentan a esa necesidad reúnen los elementos que les es posible obtener con el fin de atender esa urgencia –esto es, el habla, la gente, los cuchillos, los cañones, las instituciones, etcétera–, con el fin de reparar la «fuga» (la urgencia) que se ha producido, como dice Deleuze (Deleuze, 1992, y Balke, 1998).

Lo que vincula a esos elementos es, de la forma más simple, el hecho de que contribuyen a un fin común, que es el de repeler la momentánea o permanente urgencia. Sin embargo, en la comprensión que tiene Foucault del dispositivo, no se hace evidente ningún «vínculo interno» –del tipo que fuese– capaz de unir entre sí a esos elementos.

Y sin embargo, ese vínculo existe en forma de actividad sensorial humana, una actividad que media entre el sujeto y el objeto, entre los mundos sociales y las realidades de los objetos; en otras palabras, existe en las prácticas no discursivas, que, al menos en la definición que da Foucault de dispositivo, no aparece en forma explícita. Al relacionarlo todo con la actividad sensorial estoy introduciendo el fundamento teorético de mi segunda línea argumental, esto es, la teoría de la actividad basada en Marx y desarrollada por Vygotsky y, sobre todo, por A. N. Leontjev, y cuyo meollo, debido a su importancia en este contexto, trataré de ilustrar.[9] No obstante, también es necesario situar este enfoque, que en esencia es un enfoque crítico, sobre unas bases teorético discursivas.

Como ya se ha dicho, las personas somos evidentemente capaces de asignar significados a las «cosas»; en otras palabras, somos capaces de dar un significado a la realidad. Más aún, sólo dando significados a las cosas

conseguimos hacer que sean cosas. Puedo, por ejemplo, asignar el significado mesa a un trozo de madera que encuentre en el bosque y después comer sobre él mi pan y colocar encima mi tazón. Una cosa a la que no le asigne un significado no es para mí una cosa. De hecho, será a mis ojos algo completamente falto de descripción, invisible o incluso inexistente. Ni siquiera podré verlo, porque lo pasaré por alto. No veo el pájaro que sí ve el guarda forestal (síndrome del guarda forestal). Quizás vea un punto rojo. ¿Y qué es lo que digo cuando lo veo? –«Eso es un punto rojo»–. Y, de hecho, para mí ése es el significado del punto rojo al que puedo asignar el significado punto rojo. El hecho de que sea o no una flor, un pájaro o el pelo recién teñido de Lothar Matthäus, que ha salido a dar un paseo por el bosque porque quedó lesionado mientras jugaba su último partido de fútbol, y por lo tanto no ha podido entrenarse hoy, no resulta visible a mis ojos, no está ahí, está fuera de mi alcance. Desde luego, un amigo puede decirme, «mira, es el pelo de Lothar Matthäus, el que era capitán de la selección nacional alemana». Y entonces yo podré decir, «Sí, claro, le conozco», o, por el contrario, «De ninguna manera, eso era decididamente un pájaro o una flor».

Lo que quiero indicar con esto es que toda realidad significativa existe para nosotros por el hecho de que la hagamos significativa,[10] o por el hecho de que nuestros antepasados o nuestros vecinos le hayan asignado algún significado que todavía resulta importante para nosotros. Sucede lo mismo que con el rey Midas y su oro: todo lo que tocaba se convertía en oro. De manera similar, todo aquello a lo que asignamos un significado es real para nosotros de una cierta manera debido a que existe un cuándo y un cómo para el significado que presenta a nuestros ojos.

Ernesto Laclau expresa este contexto elegantemente al escribir lo siguiente:

> Por «lo discursivo» no entiendo nada que en un sentido estricto se relacione con los textos, sino el conjunto de los fenómenos de la producción societal de significado sobre el que, como tal, se basa una sociedad. La cuestión no es que consideremos que lo discursivo es un plano o una dimensión de lo social, sino que es algo que tiene el mismo significado que lo social como tal [...]. Por consiguiente, lo no discursivo no es lo opuesto de lo discursivo, como si tuviésemos que vérnoslas con dos planos diferentes, porque no hay nada societal que se encuentre determinado al margen de lo discursivo. La historia y la sociedad son por consiguiente un texto inacabado (Laclau, 1981, pág. 176).

Uno debe preguntar sin embargo por qué, en qué condiciones y cómo asigna qué significado a las «cosas». O, en otras palabras, cómo se salva la «distancia» que separa al discurso de la realidad. Con la teoría de la actividad de Leontjev, esto se produce cuando yo infiero un motivo de una particular necesidad y cuando, posteriormente, me esfuerzo por alcanzar un determinado objetivo para el cual es preciso utilizar acciones, operaciones y materias primas, es decir, en otras palabras, cuando me esfuerzo por alcanzarlo trabajando. Los productos así creados pueden ser bienes de consumo, pero también pensamientos y planes nuevos de los cuales pueden derivarse a su vez nuevas actividades sensoriales que pueden dar como resultado nuevos productos, etcétera. Extrañamente, el psicólogo Foucault no conocía la teoría de la actividad basada en la psicología materialista de principios de los años treinta, o tal vez la rechazase por parecerle excesivamente centrada en el sujeto. No obstante, este enfoque resulta interesante porque la teoría permite la discusión de la mediación que la actividad sensorial realiza entre el sujeto y el objeto, entre la sociedad y la realidad objetiva. Foucault pasó por alto el hecho de que las consecuencias o las «materializaciones obtenidas mediante la elaboración» de las conversaciones pasadas o los discursos anteriores también pertenecen a la realidad, ya que son materializaciones de complejos de pensamiento. Éstas materializaciones han sido realizadas por personas que actúan a través de prácticas no discursivas, prácticas por medio de las cuales han levantado y amueblado casas y bancos, y construido asientos, que, llegado el caso –como se ha demostrado– existen únicamente mientras estén y permanezcan integrados en discursos. La institución, un banco, por ejemplo, que forma parte del dispositivo capital, pierde esta función cuando deja de tener una base discursiva sobre la que asentarse: se convierte en algo sin significado, queda reducida a la nada, o a una materia puramente «natural» (y, por supuesto, volviéndose esta última significativa, si así la consideramos), o se ve «nuevamente sometida al proceso discursivo» y convertida en una objetividad distinta a la que se ha asignado un nuevo significado. Entonces, el banco, por ejemplo, se convierte en vivienda para los mendigos, que hacen en él su refugio.[11]

Foucault también ve esto y escribe:

> No son los objetos los que permanecen constantes, no es el área que conforman, y tampoco es el punto de su aparición ni la forma en la que se hallan caracterizados, sino la creación de las interrelaciones de las superficies en las

que aparecen, se distinguen unos de otros, resultan analizados y pueden ser concretados (1988, pág. 71).

Para decirlo en una palabra: si el discurso cambia, el objeto no sólo cambia su significado, sino que se convierte en un objeto diferente; pierde su identidad previa.

Esto puede suceder, bien como fractura, bien como un largo y dilatado proceso en el cual todo cambia de forma en gran parte inadvertida, aunque en realidad de modo completo.

Foucault es extremadamente reacio, como él dice, «a definir objetos sin relacionarlos con la base que las cosas constituyen» (Foucault, 1988, pág. 72). Un poco más adelante, asegura que él trabaja para que los discursos «sean tratados como prácticas que sistemáticamente constituyen los objetos de los que dichos discursos hablan» (Foucault, 1988, pág. 74).

Sin embargo, Foucault no consigue avanzar a partir de este punto porque, en mi opinión, no comprende la mediación entre el sujeto y el objeto, ni la sociedad y el discurso como elementos que resultan del trabajo, la actividad y las prácticas no discursivas. Para Foucault, las prácticas discursivas siguen siendo verbales, y están estrictamente separadas de las prácticas no discursivas, y además, Foucault es partidario de la separación entre la actividad intelectual y el trabajo físico (no intelectual). A este respecto, es de hecho hijo de su tiempo, o de su origen, es decir, de una época en que la burguesía consideraba el trabajo físico como algo completamente ajeno a lo intelectual. Foucault sabe que los signos se usan más para significar cosas y observa: «este "plus" los hace irreductibles al habla y al lenguaje» (Foucault, 1988, pág. 74). Foucault desearía también ilustrar y describir este «plus» (1988), cosa que, en mi opinión, no logra. En realidad no consigue aprehender este «plus». A mi juicio, este excedente es el conocimiento que contribuye a la conversión de todo tipo de conocimiento –y del conocimiento que aún ha de ser articulado– en objetos: conocimiento sobre la estática, por ejemplo, o sobre la naturaleza de los materiales o de las herramientas, conocimiento rutinario que se vierte en todo trabajo en calidad de «acción intelectual petrificada», pero que no es articulado, o sólo lo es raramente, y que en muchos casos resulta imposible de articular. Pensemos, por ejemplo, en el conocimiento de un trabajador de acería que trabaja en un alto horno, que ve cuándo está listo el acero o qué ingredientes es preciso incorporar aún, pero que es incapaz de decir cuál es la razón de los cambios que

observa. En cierto modo, lo que aquí tenemos es un conocimiento que se ha vuelto independiente, una rutina.

De este modo, uno puede decir: la realidad es significativa y existe en la forma en que existe únicamente en la medida en que la gente, que se halla en todos los casos vinculada o «entretejida» con los discursos (sociohistóricos), y que está constituida por ellos, le haya asignado y siga asignándole un significado. De no producirse esto último, los objetos cambiarían o perderían su significado. En el mejor de los casos, es posible reconstruir el significado original como un primer significado que ha quedado enmarañado con otros significados o que ha dejado de existir. Incluso cuando uno observa el cielo nocturno y ve en la constelación de estrellas ciertos signos del zodíaco, esto es el resultado de un discurso. Sólo vemos signos del zodíaco, porque hemos aprendido a verlos y tal vez a adivinar que en alguna parte existe o que en ninguna existe Dios.

La asignación de significado no es, sin embargo, una acción simbólica no vinculante, sino que implica la reactivación de aquello con lo que uno topa, vuelve a configurar y cambia. Si, en estas condiciones, examinamos el simbolismo colectivo que se usa popularmente al hablar de los inmigrantes, comprenderemos que mucha gente que ha aprendido a efectuar las correspondientes asignaciones de significado realmente siente que los extranjeros son una oleada que ha de ser repelida, o contra la que es preciso levantar diques, o personas a las que se percibe incluso como a piojos y cerdos, seres a los que uno puede aplastar o exterminar.

Bernard Waldenfels (1991) confirma en varios puntos las críticas a Foucault, esbozadas más arriba, en las que él mismo encontró inspiración, y escribe lo siguiente:

> [Foucault, S. J.] no deja claro cómo se traza y cómo se salva la línea divisoria entre las prácticas discursivas y no discursivas, y sigue estando poco claro si debe trazarse o no. Creo que en cierto modo Foucault se metió en un callejón sin salida al concebir la formación del orden de la historia en su teoría, primero como el orden del conocimiento (*epistemes*), y más tarde como el orden del habla (discurso), en vez de empezar con un orden que se encuentre dividido en los diferentes registros de comportamiento de las personas, por ejemplo su habla y su acción (!), aunque también sus puntos de vista, sus hábitos físicos, sus relaciones eróticas, sus técnicas, sus decisiones económicas y políticas, sus formas de expresión artística y religiosa, y otras muchas cosas. No se entiende por qué habría de eximirse a un área como ésta de la funcionalidad que Foucault desarrolló unilateralmente sobre la base del habla (Waldenfels, 1991, pág. 291).

Además, Waldenfels observa que Foucault rebasó incluso esos límites en diversos puntos, y añade:

> En *L'archéologie du savoir* (*La arqueología del saber*) se indica que el discurso abarca formas y expresiones de la política, como la función de la instancia revolucionaria, que ni se remonta a una situación revolucionaria ni a una conciencia revolucionaria. [...] También aquí, Foucault prefería experimentar (Waldenfels, 1991, págs. 291 y sigs.).

Esto debería animarnos a experimentar aún más, valiéndonos de la «caja de herramientas» de Foucault, en la que pueden hallarse tanto instrumentos teoréticos como prácticos, debería impulsarnos a desarrollar más algunas de sus ideas o a llevarlas a su conclusión. Esto es lo que me he esforzado en hacer en este texto. Lo he hecho, en primer lugar, reubicando la definición que da Foucault del discurso, una definición que está excesivamente atrapada en lo verbal, y que, además, no se ve sustituida por la del dispositivo, sino que queda incorporada a él. Además, la he retrotraído hasta el punto en el que se hallan situados el pensamiento y el conocimiento humanos, esto es, la conciencia. Aquí es donde se hallan ubicados los contenidos del pensamiento (incluyendo los afectos, las formas de opinar, etcétera), unos contenidos que proporcionan la base para la configuración de la realidad por el trabajo. Al proceder de este modo, he logrado, en segundo lugar, que la teoría de la actividad resulte fértil para la teoría discursiva, ya que la primera de ambas teorías es la que indica el modo en que los sujetos y los objetos de la realidad se hallan en una relación de mediación mutua. Foucault consideraba primordialmente al discurso como algo mediado por la realidad, y de este modo, se acerca en ocasiones a las ideas del constructivismo. Al examinar las propuestas de Leontjev he podido determinar que el sujeto es el vínculo que une los discursos con la realidad. Los sujetos realizan dicha unión mediante la suma de sus actividades que, del modo en que de hecho tienen lugar, no son el resultado del plan de un único individuo ni la consecuencia de los proyectos de un grupo. No obstante, es la conciencia humana y el ser físico (la fuerza física) lo que, en este sentido, tiene lugar y configura la realidad. Todo lo que la conciencia humana es se halla constituido de forma discursiva, es decir, a través del saber. Son también los sujetos, dicho sea de paso, quienes ponen en juego el saber que se ha vuelto independiente, es decir, que se ha convertido en rutina. Este saber, además, es transmitido mediante las

prácticas y las manifestaciones discursivas y no discursivas, y puede, en principio, reconstruirse, esto es, resulta posible volver a acceder a él.

A continuación trataré de resumir y de extraer conclusiones del problema que he señalado en estas reflexiones: tengo la impresión de que las dificultades en la determinación del dispositivo guardan relación con la incapacidad de determinar la mediación entre el discurso (lo que se dice y lo que ha sido dicho), las prácticas no discursivas (las actividades) y las manifestaciones (productos y objetos). Si yo mismo, al igual que Leontjev y otros, considero que estas manifestaciones son materializaciones y actividades de saber (discurso), y que las prácticas no discursivas son la activa puesta en práctica del saber, entonces es posible generar un contexto que probablemente resuelva muchos de los problemas.

La socióloga Hannelore Bublitz nos brinda una detallada discusión de este problema en su reciente libro, *Foucaults Archäologie des Unbewussten* (*La arqueología del inconsciente de Foucault*) (Bublitz, 1999, págs. 82-115), obra en la que también ella subraya, de manera particular, la función de las redes de dispositivos para la moderna formación del sujeto. Esta autora afirma: «pese a que, por lo tanto, Foucault considera, por un lado, que lo no discursivo y lo discursivo son opuestos, también defiende la tesis de que "lo que se hace y lo que se dice no son opuestos"». Lo que asume es más bien «que toda la sociedad occidental "civilizada" se presenta como la "compleja red de distintos elementos –muros, espacios, instituciones, normas, discursos–", como una "fábrica para la producción de sujetos suprimidos"» (Bublitz, 1999, pág. 90).

Para finalizar, la cuestión que aún ha de responderse es la de si los discursos y los dispositivos pueden realmente analizarse o no, y cómo.

El método de análisis del discurso y los dispositivos

La discusión teorética planteada, según lo esquematizado más arriba, por la teoría del discurso y el dispositivo también constituye el fundamento teorético general del método analítico que presentamos a continuación. Esto se basa también en algunos instrumentos lingüísticos (figuratividad, vocabulario, estructura pronominal, tipos de argumentación, etcétera), con cuya ayuda podemos investigar los medios más discretos que aparecen en los textos, como los elementos de los discursos. No obstante, prescindiré de una presentación pormenorizada de la caja de herramientas (es-

trictamente) lingüística, ya que es posible obtenerla si se examinan de forma cautelosa y selectiva algunas buenas obras sobre estilo y gramática.[12]

Al mismo tiempo, la caja de herramientas lingüística representa únicamente un compartimento de la «caja de herramientas» analítico-discursiva, que, a su vez, puede incluir instrumentos muy diversos en función de la textura del objeto que deba investigarse. Y sin embargo, existe un repertorio estándar que describiré más adelante en este capítulo. Además, en lo que sigue, pondré el acento en la actividad y en los principios discursivo-teoréticos.

La estructura del discurso

En su conjunto, los discursos y los «flujos societales de conocimiento que se producen a lo largo del tiempo» representan un gigantesco y complejo «devanado discursivo».

En primer lugar, por tanto, surge la cuestión de cómo, pese a su ininterrumpido y exuberante crecimiento, pese a su naturaleza de entidad entretejida, es posible, si lo es, el análisis de los discursos. Con el fin de abordar esta cuestión, procederé primero a realizar algunas sugerencias terminológicas pragmáticas que volverán transparente la estructura principal de los discursos, ya que sólo por medio de estas sugerencias terminológicas podremos analizar dicha estructura.

Discursos e interdiscursos especiales. Fundamentalmente, es preciso distinguir los discursos especiales (de la ciencia, o las ciencias) del interdiscurso, razón por la cual todos los discursos no científicos han de ser considerados como elementos del interdiscurso. Al mismo tiempo, los elementos de los discursos científicos (discursos especiales) fluyen constantemente hasta desembocar en los interdiscursos.

Para identificar la estructura de los discursos, yo sugiero las siguientes ayudas de operacionalización.

Hilos discursivos. En el discurso societal general surge una gran variedad de temas. Llamo «hilos discursivos» a los «procesos discursivos temáticamente uniformes». Cada hilo discursivo tiene una dimensión sincrónica y otra diacrónica. Un corte sincrónico en un hilo discursivo posee un cierto rango cualitativo (finito).[13] Dicho corte se realiza con el fin de iden-

tificar lo que se ha «dicho» o lo que era, es y será «decible» en un particular punto del pasado, el presente o el futuro, en otras palabras, en el correspondiente «presente», entendido en toda su gama de apariciones.

Fragmentos discursivos. Cada hilo discursivo comprende una multitud de elementos que tradicionalmente se denominan textos. Yo prefiero el término fragmento discursivo a «texto», ya que los textos (pueden) abordar distintos temas, y por lo tanto, contener varios fragmentos discursivos. Por consiguiente, lo que yo llamo un fragmento discursivo es un texto, o una parte de un texto, que aborda un determinado tema, por ejemplo, el de los extranjeros y los asuntos de los extranjeros (en el más amplio sentido de la palabra). A la inversa, esto significa que los fragmentos discursivos se combinan para constituir hilos discursivos.

Enmarañamiento de hilos discursivos. Debe considerarse, por tanto, que un texto puede realizar referencias a varios hilos discursivos y, de hecho, eso es lo que habitualmente hace. En otras palabras: un texto puede contener varios fragmentos discursivos, y estos fragmentos se presentan, por lo general, de forma enmarañada. Este enmarañamiento discursivo (de hilos) se produce cuando un texto aborda claramente varios temas, pero también cuando aborda un tema principal en el que, sin embargo, se hacen referencias a otros temas. Esto es lo que sucede en el caso de un comentario que aborde dos temas que no tengan, o no parezcan tener, nada que ver uno con otro. En tal caso hay dos fragmentos discursivos distintos que, no obstante, se hallan enmarañados uno en otro. Por otra parte, sin embargo, un texto temáticamente uniforme (= un fragmento discursivo) puede realizar referencias más o menos vagas a otros temas y vincular el tema tratado con uno o varios temas diferentes al mismo tiempo. Esto es lo que sucede, por ejemplo, cuando en un texto que aborda el tema de la inmigración se hace referencia al hilo discursivo económico o a un discurso sobre la mujer. De este modo, el correspondiente comentario podría concluir, por ejemplo, como sigue: «y la integración cuesta dinero, por cierto», o, «es preciso considerar también que entre las personas de ese país el patriarcado desempeña un papel completamente diferente al que tiene entre nosotros». En estos ejemplos podemos hablar de nudos discursivos, de que los hilos discursivos forman nudos flojos. Estos «nudos ocasionales», en tanto que entidades opuestas a los hilos, constantemente enmarañados, pueden considerarse, por consiguiente, como una forma de enmarañamiento menor.

Acontecimientos discursivos y contexto discursivo. Todos los acontecimientos tienen raíces discursivas. En otras palabras, pueden hallarse las huellas de su origen en constelaciones discursivas cuyas materializaciones son los acontecimientos. No obstante, únicamente pueden considerarse acontecimientos discursivos aquellos acontecimientos en los que se haya puesto un especial énfasis político, es decir, aquellos que, como regla general, hayan recibido dicho trato en los medios de comunicación. Como tales acontecimientos, influyen en la dirección y en la cualidad del hilo discursivo al que, en mayor o menor medida, pertenecen. Por poner un ejemplo, las graves consecuencias del MAC (máximo accidente creíble) ocurrido en el núcleo de Harrisburg pueden compararse con las de Chernobil. Sin embargo, mientras que, durante años, los medios guardaron en secreto el primero de estos acontecimientos, el segundo fue transformado en un megaacontecimiento mediático discursivo y tuvo un impacto en la política de todo el mundo. El hecho de que un acontecimiento, por ejemplo un grave accidente previsible en la industria química, se convierta o no en un acontecimiento discursivo depende de la correspondiente constelación en que se encuentre el poder político y de cómo evolucione la situación. El análisis del discurso puede determinar si esos acontecimientos previstos habrán de convertirse o no en acontecimientos discursivos. Si efectivamente se convierten en acontecimientos discursivos, influirán considerablemente en el discurso ulterior: Chernobil contribuyó a cambiar las políticas nucleares en Alemania, lo que podría conducir –aunque dubitativamente– a rechazar la utilización de la energía nuclear. El discurso de oposición medioambiental («verde»), que ha venido desarrollándose durante cierto tiempo, difícilmente habría sido capaz de lograr este objetivo. Puede observarse al mismo tiempo que un acontecimiento discursivo, como el que acabamos de describir, puede ejercer un impacto en la totalidad del discurso relacionado con las nuevas tecnologías, ya que puede reorientar la atención, por ejemplo, y centrarla en la necesidad de desarrollar nuevas fuentes de energía.

Por poner otro ejemplo, el éxito electoral del FPÖ (Partido de la Libertad de Austria) fue, en 1999, objeto de una considerable atención mediática. Como consecuencia, y al pasar el FPÖ (e, indirectamente, Jörg Haider) a formar parte del gobierno, la situación desencadenó una respuesta de ámbito mundial de dimensiones mucho mayores, convirtiéndose de este modo en un megaacontecimiento discursivo que durante meses tuvo en suspenso a la prensa europea y estadounidense. De nue-

vo, es posible observar aquí un impacto en otros discursos: en los discursos de la extrema derecha de otros países europeos y no europeos.

La identificación de los acontecimientos discursivos puede también ser importante para el análisis de los hilos discursivos, ya que perfilar su esbozo destaca los contornos del contexto discursivo con el que se relaciona el vigente hilo discursivo. De este modo, es posible hallar las raíces históricas del análisis de un corte sincrónico en un hilo discursivo, remitiendo, por ejemplo, este corte sincrónico a una cronología de los acontecimientos discursivos que pertenezca temáticamente al hilo discursivo en cuestión. Esas referencias históricas son particularmente útiles para el análisis y la interpretación de los vigentes cortes en los hilos discursivos.[14]

Planos discursivos. Los respectivos hilos discursivos operan en varios planos discursivos (ciencia, o ciencias, política, medios de comunicación, educación, vida cotidiana, vida empresarial, administración, etcétera). Estos planos discursivos también pueden denominarse ubicaciones societales, desde las que se produce el «habla». También puede observarse que estos planos discursivos percuten unos en otros, guardan relación unos con otros, se utilizan unos a otros, etcétera. De este modo, por ejemplo, es posible incluir los fragmentos discursivos del discurso especial de la ciencia o del discurso político en los planos mediáticos. Además, también podemos observar que los medios de comunicación pueden incluir el discurso cotidiano, prepararlo, centrarlo, y también (y particularmente) –a través de la prensa amarilla de grandes tiradas al estilo del *Bild* (Alemania), o del *Kronenzeitung* (Austria)– darle un enfoque sensacionalista y «empingorotarlo» al modo populista. De este modo, dicho sea de paso, los medios de comunicación regulan el pensamiento cotidiano y ejercen una considerable influencia en la política orientable y orientada. Consideremos, por ejemplo, la imagen de Jörg Haider, que, sin el tipo de reportajes mediáticos que normalizan el populismo de derechas, difícilmente habría tenido éxito.

Hemos de prestar atención también al hecho de que los planos del discurso individual se encuentran tan íntimamente entretejidos que incluso los medios de comunicación que son célebres por su papel puntero, por ejemplo, asumen información y contenidos de cualquier tipo que ya han sido desarrollados en otros medios. Esto contribuye a justificar que hablemos de la existencia de discursos mediáticos, ya que, en su conjunto, aunque de manera específica en el caso de los medios dominantes en la sociedad, pueden considerarse esencialmente uniformes. En cualquier

caso, esto no anula la posibilidad de que varias posturas discursivas puedan ejercer distintos grados de impacto, desde el impacto fuerte al débil.

Postura discursiva. La categoría de la postura discursiva, que se refiere a la específica ubicación ideológica de una persona o de un medio, demuestra ser muy útil. Margret Jäger define como sigue la categoría de la postura discursiva:

> Por la postura discursiva entiendo la ubicación [ideológica, S. J.] desde la cual participan en el discurso, y lo valoran, los individuos, los grupos o las instituciones. La postura discursiva produce y reproduce los enmarañamientos discursivos especiales, que se nutren de las situaciones y de la vida diaria que, hasta ese momento, hayan experimentado los sujetos implicados en el discurso. De este modo, la postura discursiva es el resultado de la implicación que tiene el individuo con los diversos discursos a los que ha quedado sujeto, el resultado de su hallarse «entretejido con» ellos, ya que, en el transcurso de su vida, el individuo ha procesado estos discursos hasta convertirlos en una determinada postura ideológica (M. Jäger, 1996, pág. 47).

Lo que es de aplicación al sujeto se aplica de forma correspondiente a los medios de comunicación y a hilos discursivos enteros. También ellos dan lugar a determinadas posturas discursivas, que configuran de manera general el relato, sometiéndolo a distintos grados de constricción. Debe prestarse atención al hecho de que:

> Los grupos y los individuos pueden valorar este sistema discursivo de muchas formas distintas. Por ejemplo, el discurso hegemónico puede emplear de forma positiva el símbolo de un avión, mientras que el discurso antihegemónico rechaza los aviones e idealiza los árboles, las bicicletas, etcétera. No obstante, lo importante en este sentido es que las posturas discursivas disidentes nos remiten a la misma estructura discursiva básica (Link, 1986) (Jäger, 1996, pág. 47).

Fundamentalmente, estas posturas discursivas sólo pueden ponerse de manifiesto mediante los análisis del discurso. Sin embargo, puede observarse que, *grosso modo*, forman parte del conocimiento general de la población. Por ejemplo, las definiciones que hacen de sí mismos los periódicos que se proclaman «independientes», o «no partidarios», han de mirarse siempre con desconfianza. Al mismo tiempo, debe indicarse que las posturas discursivas existentes en el seno de un discurso dominante o hegemóni-

co son bastante homogéneas, lo que a su vez puede considerarse como uno de los efectos de los respectivos discursos hegemónicos. Dentro del discurso supremo pueden existir, por supuesto, varias posturas, aunque éstas, no obstante, puedan coincidir en principio en cuanto a no poner en duda el sistema económico predominante. Con frecuencia, las posturas discursivas que se apartan de este planteamiento pueden localizarse en discursos opuestos de carácter más o menos apremiante. Esto no elimina el hecho de que ciertos elementos de una oposición discursiva, junto con los elementos del discurso fundamentalmente opositor, puedan ser introducidos con intención subversiva en el discurso hegemónico. Un ejemplo de esto podría ser el popular dicho «el tiempo es oro», que bien pudiera ser comprendido por algunas personas como una crítica del capitalismo.

El discurso societal global en su enmarañamiento y en su complejidad. En una sociedad dada, los hilos discursivos dejan el conjunto del discurso societal en un estado de enmarañamiento complejo. A este respecto, debe tenerse en cuenta que las «sociedades dadas» nunca son enteramente homogéneas, y que, por consiguiente, bajo ciertas circunstancias, uno ha de operar dentro de los subgrupos sociales. En la República Federal de Alemania, sin embargo, es evidente que se ha producido una marcada homogeneización ideológica del discurso societal global, homogeneización que se ha producido como consecuencia del punto de inflexión político del año 1989, situación que no será fácil quebrar (véase Teubert, 1997, 1999). También ha de prestarse atención al hecho de que el discurso general de una sociedad es, como discurso, una parte del discurso global (naturalmente heterogéneo), o, en otras palabras, del discurso mundial, que, desde 1989, y dicho con toda precaución, se ha visto homogeneizado (en el mundo occidental), mientras, al mismo tiempo, tiende a quedar nuevamente polarizado (en parámetros que van del «oeste contra el este» hasta el «oeste contra el oriente –el islam–»).

Sin duda, el discurso societal global presenta una red cuyas raíces se encuentran particularmente entrelazadas y manifiestan una profunda interdependencia. El análisis del discurso tiene como objetivo desenmarañar esta red y avanzar, como regla general y antes que nada, por medio de la resolución del discurso individual que incide en los planos discursivos del individuo. Un ejemplo de esto sería el discurso mediático sobre la inmigración (hilo discursivo). A este análisis se vendrían a sumar otros, como el análisis del hilo discursivo político relacionado con la inmigración, del discurso cotidiano sobre la inmigración, etcétera.

Tras realizar estos análisis, y como regla general, puede procederse a averiguar cómo se relacionan entre sí los planos discursivos que componen la totalidad del hilo discursivo en cuestión. En este contexto deberá averiguarse si el hilo discursivo político se halla ensamblado (y cómo) con el de los hilos discursivos de los medios de comunicación y del discurso cotidiano, cómo «influye» (si lo hace) el hilo discursivo mediático en el hilo discursivo del discurso cotidiano, si de este modo lo «desgasta», por así decirlo, etcétera.

Historia, presente y futuro de los hilos discursivos. Además, el discurso y los hilos discursivos tienen una historia, un presente y un futuro. De este modo, será necesario analizar marcos temporales más amplios de los procesos discursivos con el fin de revelar su fuerza, la densidad del enmarañamiento de los respectivos hilos discursivos con otros hilos discursivos, junto con sus cambios, fracturas, desapariciones y reapariciones. En otras palabras, será necesario (de acuerdo con Foucault) elaborar una «arqueología del saber», o, como afirmó más tarde, una «genealogía». Éste será el fundamento de un concepto discursivo de carácter pronosticador, concepto que posiblemente adoptaría la forma de unos escenarios en continua evolución, cosa que, no obstante, también tendrá que tener en cuenta los distintos acontecimientos discursivos (acontecimientos que reciben una amplia cobertura mediática) que será posible prever en el futuro.

Este proyecto será, desde luego, enorme, y sólo podrá abordarse si adopta la forma de un gran número de proyectos concretos. Y sin embargo, estos proyectos concretos resultan muy útiles porque permiten realizar afirmaciones muy fiables en determinadas áreas discursivas. Estas afirmaciones pueden, por ejemplo, constituir el fundamento que permita cambiar el «saber» que tenemos sobre los extranjeros y nuestra actitud hacia ellos, y de este modo, pueden ejercer a su vez un impacto sobre el ulterior rumbo que pueda adoptar el hilo discursivo.

Sobre la cuestión de la completitud del análisis del discurso

Al preguntarnos hasta qué punto son completos los análisis del discurso estamos preguntando hasta qué punto son representativos y fiables, y también nos interrogamos acerca de la validez general que tienen. El análisis es completo cuando su reiteración no revela nuevos contenidos ni arroja hallazgos formalmente novedosos. En términos generales, esta com-

pletitud se alcanza –para gran irritación de los científicos sociales empíricos de vocación primordialmente cuantitativa, que, por regla general, trabajan con ingentes cantidades de material– con sorprendente rapidez, ya que el análisis del discurso trabaja con los correspondientes campos de lo que puede decirse. Los argumentos y los contenidos que pueden leerse o escucharse en relación con el tema de la inmigración en una determinada ubicación societal y en un cierto momento son pasmosamente limitados (y, de hecho, en su mayor parte lo son en el sentido ambiguo de la palabra). No obstante, los aspectos cuantitativos también desempeñan un cierto papel: se puede registrar la frecuencia con la que surgen los argumentos particulares. De este modo, es posible registrar las afirmaciones relacionadas con un determinado tema, aquellas que, por ejemplo, tienen carácter de consigna y cuya difusión siempre va unida al hecho de que se ocupa de listados enteros de juicios y prejuicios. Por consiguiente, el aspecto cuantitativo del análisis del discurso reviste siempre una menor relevancia para la significación del análisis del discurso que el aspecto cualitativo. Estas afirmaciones se aplican de manera especial a la realización de un corte sincrónico en el hilo discursivo. Los análisis de orientación histórica pueden realizarse mediante la práctica de varios cortes sincrónicos en un hilo discursivo –cortes basados, por ejemplo, en los acontecimientos discursivos y que, posteriormente, se compararán entre sí–. Estos análisis proporcionan información sobre los cambios y las persistencias que se observan a lo largo del tiempo en los procesos discursivos.

Pequeña caja de herramientas para la construcción del análisis del discurso

Mediante un breve resumen, quisiera ahora presentar la «caja de herramientas» que deberemos utilizar cuando realicemos análisis discursivos, pese a que sus elementos no puedan ser explicados aquí con detalle (véase S. Jäger, 1999).[15]

En lo que sigue, nos ocuparemos de la aproximación práctica a la discusión analítico-discursiva del material empírico (los textos). Con el fin de realizar una investigación completa es preciso dar pasos adicionales. Estos pasos implican, en primer y más importante lugar, la justificación del proyecto de lo que va a investigarse, justificación a la que acompañará una explicación del enfoque y del método teorético («parte teorética»), cosa que resulta necesaria y útil para comprender y seguir el análisis.

Selección del «objeto» a investigar, justificación del método y sugerencias de investigación pragmática para evitar atajos y simplificaciones

Lo primero que debe hacer el investigador o la investigadora es ubicar de manera precisa su investigación (es decir, señalar el objeto que va a ser investigado). Aquí existe la posibilidad de caer en varias trampas. Por ejemplo, si la cuestión a investigar es la de cómo se halla difundido el racismo en los medios de comunicación o en la vida cotidiana, no debería tomarse el término racismo como una especie de lupa y, con ella en la mano, lanzarse a una búsqueda de las expresiones de esta ideología. Por el contrario, deberemos esforzarnos por determinar la ubicación en la que se expresan dichas ideologías. Esta ubicación se encuentra en el discurso sobre los inmigrantes, sobre los refugiados, sobre el derecho de asilo, etcétera. Este discurso (este hilo discursivo) nos proporciona el material que ha de ser investigado.

En la mayoría de los casos es preciso concentrarse (al principio) en un plano discursivo, por ejemplo, el de los medios de comunicación. En algunos casos, sin embargo, es posible investigar también varios planos al mismo tiempo, o, por añadidura, diversos sectores de un mismo plano, por ejemplo, las revistas femeninas y los programas de noticias de la televisión. Con frecuencia sólo seremos capaces de investigar un sector parcial del plano discursivo, por ejemplo, el de la prensa escrita o el de los espacios populares (canciones pop). ¿Por qué motivo ha de explicarse con precisión que la investigación se centra en este sector? Porque, por ejemplo, promete demostrar de forma especial cómo difunde un tema entre las masas, o porque ese sector no había sido investigado con anterioridad (en cuyo caso, por supuesto, también deberán tenerse en cuenta otros sectores que ya hayan sido investigados).

Un corte «sincrónico» en el hilo discursivo que, en la medida en que se haya convertido en «lo que es», será al mismo tiempo diacrónico e histórico, puede presentar un aspecto diferente en función del tema y del plano discursivo. En el caso de la prensa escrita y del modo en que, con coherencia, se trata en ella el tema de la biopolítica, se podrá examinar un periodo completo de un año, pero rara vez podrá hacerse con gran detalle. Esto se debe a que, incluso en el caso de que leamos a fondo los periódicos considerados, el alcance del hilo discursivo en cuestión únicamente podría completarse cualitativamente si se abordase el examen de un periodo de tiempo mayor. En contraste con esto último, la representación de la mujer

en las canciones pop podrá (probablemente) lograrse por medio de unos cuantos ejemplos, ya que es de esperar que hallemos torpezas extremadamente ejemplares. (No obstante, ¡esto debe probarse!)

Es importante identificar los subtemas del hilo discursivo en los respectivos sectores del plano discursivo y asignarlos (de forma aproximada) a los temas de orden superior, cuyo conjunto constituye el hilo discursivo del periódico o del sector señalado en los planos discursivos.

La interacción de varios planos discursivos en lo que a regular la conciencia (de las masas) se refiere es particularmente emocionante pero exige una intensidad de trabajo extrema. Aquí es preciso buscar ejemplos bien justificados y obtenerlos de los diversos planos discursivos, ejemplificando su interacción. El problema se complica cuando también ha de investigarse la interacción (el enmarañamiento de los distintos hilos discursivos).

Método

Un método posible para un análisis discursivo (simple) –tras la introducción y la justificación del tema (hilo discursivo)– ha de dar los siguientes pasos:

1. Hacer una breve caracterización (del sector) del plano discursivo, por ejemplo, la prensa escrita, las revistas femeninas, las canciones pop y los vídeos.
2. Determinar y procesar el material de base, es decir, proceder a la archivación (véase más adelante el análisis guía para procesar el material).
3. Realizar el análisis de la estructura: valorar el material procesado en relación con el hilo discursivo que ha de analizarse.
4. Proceder al análisis fino, por ejemplo, de uno o varios artículos (fragmentos discursivos) que sean lo más característicos del sector que resulte posible, y efectuar también el análisis fino de la postura discursiva del periódico; por supuesto, este artículo (fragmento discursivo) ha de ser asignado a un tema superior.
5. A esto le sigue un análisis global realizado en el sector estudiado, por ejemplo, en el periódico en cuestión; esto significa que la totalidad de los resultados fundamentales que se hayan averiguado hasta el momento han de quedar reflejados e incorporados a las

afirmaciones globales del hilo discursivo del periódico o del sector investigados; la pregunta que se cierne sobre este apartado de conclusiones podría ser, por ejemplo, la siguiente: «¿qué contribución realiza el periódico estudiado en favor de (la aceptación) de la biopolítica en la República Federal Alemana en la actualidad, y qué evolución futura cabe esperar?».

Lo anterior no constituye necesariamente un índice de contenidos al que uno deba esclavizarse. De hecho es posible introducir variaciones. No obstante, deberíamos prestar atención al hecho de que estamos ocupándonos del análisis discursivo del hilo discursivo investigado, o del sector examinado, en un plano discursivo, por ejemplo, el del periódico en cuestión.

Procesar el material

Observaciones preliminares. Lo que sigue proporciona una especie de guía analítica para procesar el material. Esta guía está enfocada a los particulares problemas que implica el análisis mediático. El procesamiento del material constituye a un tiempo la base y el meollo del ulterior análisis del discurso. Debe realizarse con extremo cuidado y, en el caso de los proyectos de mayor envergadura en los que participen varios colaboradores, ha de realizarse en el mismo orden por todos los que intervengan en él, y sin actuar de manera esquemática. Esto se debe a que el análisis sinóptico (análisis comparativo de conclusión) que sigue a las investigaciones individuales del correspondiente periódico o revista de un determinado año descansa en la capacidad de alinear unos junto a otros, y de forma sistemática, los resultados. Mientras se procesa el material, pueden o deben incorporarse ideas y enfoques de interpretación siempre que surjan. No obstante, deben señalarse de forma especial estos párrafos interpretativos añadidos, mediante la utilización, por ejemplo, de subrayados o de tipos en itálica.

La siguiente lista proporciona una visión de conjunto de los pasos analíticos que han de llevarse a cabo, exponiendo asimismo el instrumental (caja de herramientas) que ha de utilizarse.

Guía analítica para procesar el material. La siguiente lista incluye una sugerencia para el procedimiento analítico:

1. Procesado del material para el análisis de la estructura, por ejemplo, de la totalidad del hilo discursivo seleccionado en un periódico o revista.
   1.1. *Caracterización general del periódico: ubicación política, número de lectores, tirada, etcétera.*
   1.2. *Visión de conjunto de, por ejemplo, el medio en cuestión mediante el examen de todo un año del tema seleccionado.*
      1.2.1. Lista de los artículos estudiados que resultan relevantes para el tema con las correspondientes especificaciones de los datos bibliográficos: breve reseña del tema; particularidades del tipo de texto periodístico, posibles peculiaridades; en el caso de semanarios o revistas, particularidades de la sección en la que aparece el artículo, etcétera.
      1.2.2. Resumen del tema que aborda o que informa el periódico o la revista; evaluación cualitativa; sorprendente ausencia de determinados temas que hayan sido abordados en otros años por la publicación investigada; presentación, fecha y frecuencia de determinados temas con la intención de conectarlos con posibles acontecimientos discursivos.
      1.2.3. Asignación de temas específicos a áreas temáticas (relacionadas con el hilo discursivo biopolítico, por ejemplo) de los siguientes subtemas: «enfermedad/salud», «nacimiento/muerte», «muerte/moribundo», «dieta», «economía», «bioética/concepto de lo que es humano», así como a los posibles enmarañamientos de los hilos discursivos (por ejemplo: «economía», «fascismo», «ética/moral», etcétera).
   1.3. *Resumen de 1.1. y 1.2.: determinación de la postura discursiva del periódico o de la revista en relación con el tema en cuestión.*
2. Procesado del material de la muestra de análisis fino de los fragmentos discursivos de un artículo o de una serie de artículos, etcétera; artículo (o artículos) que será (o serán) tan característicos de la postura discursiva del periódico como resulte posible.
   2.1. *Marco institucional: «contexto».*
      2.1.1. Justificación de la selección del (de los) artículo(s) (característico(s)).

2.1.2. Autor (función y significación que tiene para el periódico, áreas de información especiales que cubre, etcétera).
2.1.3. Motivo del artículo.
2.1.4. ¿En qué sección del periódico o de la revista aparece el artículo?

2.2. *«Superficie» textual.*
2.2.1. Diseño gráfico, incluyendo imágenes y gráficos.
2.2.2. Titulares, encabezamientos, entradillas.
2.2.3. Estructura del artículo en unidades de sentido.
2.2.4. Temas que aborda el artículo (fragmentos discursivos), (otros temas abordados de soslayo, superposiciones).

2.3. *Medios retóricos.*
2.3.1. Tipo y forma de la argumentación, estrategias argumentativas.
2.3.2. Lógica y composición.
2.3.3. Implicaciones e insinuaciones.
2.3.4. Simbolismo colectivo o «figuratividad», simbolismo, uso de metáforas, etcétera, tanto en el lenguaje utilizado como en los contextos gráficos (estadísticas, fotografías, imágenes, caricaturas, etcétera).
2.3.5. Giros idiomáticos, dichos populares, estereotipos.
2.3.6. Vocabulario y estilo.
2.3.7. Actores (personas, estructura pronominal).
2.3.8. Referencias: a la(s) ciencia(s), particularidades de las fuentes de conocimiento, etcétera.

2.4. *Afirmaciones ideológicas basadas en el contenido.*
2.4.1. ¿Qué noción subyacente de, por ejemplo, el ser humano, puede hallarse en el artículo, o transmite el artículo?
2.4.2. ¿Qué tipo de comprensión subyacente de, por ejemplo la sociedad, puede hallarse en el artículo, o transmite el artículo?
2.4.3. ¿Qué tipo de comprensión subyacente de, por ejemplo la tecnología, puede hallarse en el artículo, o transmite el artículo?
2.4.4. ¿Cuál es la perspectiva de futuro que establece el artículo?

2.5. *Otras cuestiones llamativas.*

2.6. *Resumen: localización del artículo en el hilo discursivo (véase 1.3. más arriba); el «argumento», esto es la afirmación principal de todo el artículo; su «mensaje» general.*
2.7. *Para concluir: interpretación de la totalidad del hilo discursivo investigado con referencia al material procesado que se ha utilizado (estructura y análisis fino(s)).*

Tras el repetido tratamiento del material procesado, tras la justificación de los vínculos entre los distintos planos en los que se ha procesado el material, tras la adición de los enfoques interpretativos, el rechazo de los enfoques interpretativos de justificación excesivamente débil, etcétera, lo que ahora tenemos es un conjunto completo de material procesado con el menor número posible de lagunas. Con ello, hemos echado los cimientos para proceder a un análisis global del hilo discursivo en cuestión. En lo concerniente al aspecto estético del análisis, no pueden ni deben prescribirse reglas. El aspecto final que pueda tener el resultado dependerá de la calidad del «estilo de la escritura», del grupo en el que se hayan concentrado los esfuerzos, del tipo de publicación, etcétera. Lo más importante es que la argumentación presentada sea rigurosa, posea abundante material y resulte convincente.

Cuando tengamos que trabajar con diversos elementos textuales (por ejemplo, distintos periódicos, películas y otras cosas similares), ha de agregarse a continuación un análisis comparativo (sinóptico), en especial cuando se realiza el esfuerzo de hallar afirmaciones relativas a planos discursivos completos.

Consideraciones iniciales sobre el análisis de dispositivos

Los discursos no son fenómenos que tengan una existencia independiente. Constituyen elementos –y son el requisito previo– de la existencia de los llamados dispositivos. Un dispositivo es el contexto, en constante evolución, de elementos de conocimiento contenidos en el habla y en el pensamiento –en la acción y en la materialización–. Para visualizar el concepto de dispositivo en forma de figura, imaginemos un triángulo, o mejor, un círculo que vaya rotando con el transcurso del tiempo (historia) y que posea tres «puntos centrales de tránsito, o estaciones de tránsito». Estos puntos son los siguientes:

1. Las prácticas discursivas que vehiculan el conocimiento primario.
2. Las acciones, entendidas como prácticas no discursivas, que son elementos en que, en cualquier caso, vehiculan conocimiento, que se ven precedidos de conocimiento y que están constantemente acompañados de conocimiento.
3. Las manifestaciones y las materializaciones que representan las materializaciones de las prácticas discursivas realizadas a través de prácticas no discursivas, razón por la cual la existencia de manifestaciones («objetos») sobrevive únicamente gracias a las prácticas discursivas y no discursivas.

El dispositivo tiene una cierta coherencia. No obstante, es siempre susceptible de experimentar cambios históricos. Además, ha de tenerse en cuenta el constante impacto de otros dispositivos.

Con el fin de establecer el (correspondiente) estado en curso de estos dispositivos es preciso analizar, mediante un corte sincrónico, este «triángulo», o este círculo en rotación, en el transcurso histórico, análisis que incluye tres «estaciones de tránsito» (el discurso, la acción, y las manifestaciones y materializaciones).

Los dispositivos rotan unos con otros y se hallan recíprocamente imbricados. Una determinada práctica discursiva concreta posee, por regla general, significado para varios dispositivos. Un ejemplo de esto lo constituye el discurso sobre el tráfico rodado. Este discurso se halla enmarañado con la economía, la enfermedad, la salud, etcétera. Quizá sean precisamente estos enmarañamientos los que aglutinen a la sociedad y los que transmitan su contexto. El «triángulo» –o el círculo que rota en la historia– representa una tosca simplificación analítica del término dispositivo y, por consiguiente, sólo resulta apropiado como pauta básica de pensamiento, como modelo altamente simplificado, un modelo que puede concebirse tal como muestra la figura 3.1. (véase página siguiente).

Por consiguiente, el análisis de los dispositivos cuyo objeto de investigación es el contexto evolutivo del conocimiento, la acción y las manifestaciones ha de incluir los siguientes pasos:

1. La reconstrucción del conocimiento en las prácticas discursivas (tal como se ha ilustrado más arriba, con lo que se obtiene un análisis que constituye la base para los posteriores pasos analíticos del análisis del dispositivo, ya que orienta la atención en los siguientes aspectos

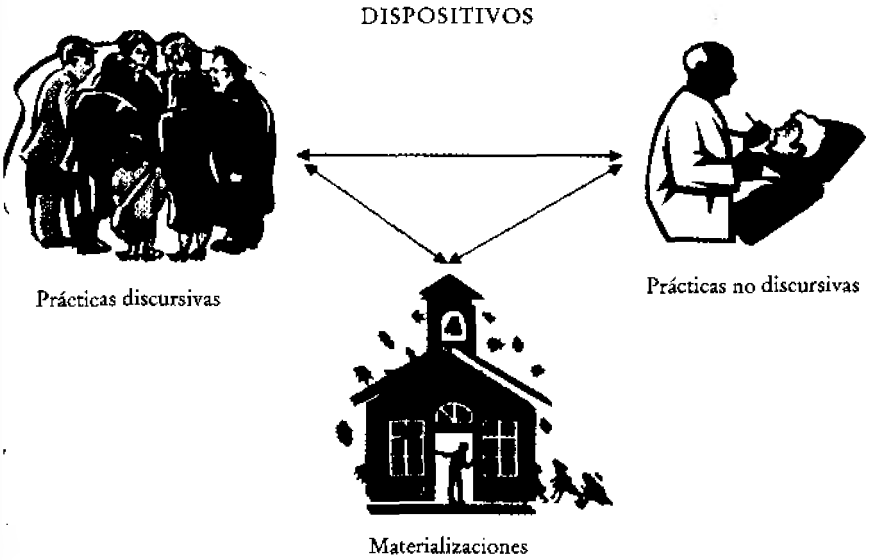

FIGURA 3.1. *Dispositivos.*

del dispositivo a investigar: por ejemplo, a las «zonas en blanco» del discurso, a las importantes manifestaciones que contiene, etcétera).

2. La reconstrucción del conocimiento que subyace a las prácticas no discursivas.
3. La reconstrucción de las prácticas no discursivas que han conducido a las manifestaciones y a las materializaciones, así como al conocimiento que ellas contienen.

La reconstrucción del conocimiento, que de hecho se plasma siempre en textos, también incluye en todos los casos la forma en que emerge el conocimiento, es decir, la forma en que se presenta, ya sea que dicho conocimiento salga a la luz abiertamente, ya ocurra que disfrace –bajo el atavío de las implicaciones– la forma de su revestimiento argumentativo, etcétera. En este punto deberíamos recordar una vez más que el término conocimiento se utiliza aquí en un sentido muy amplio y que, por consiguiente, no debe en modo alguno considerarse como idéntico a «reconocimiento». Por último, debe recordarse asimismo que el término conocimiento también hace referencia a sentimientos, afectos, etcétera. En otras palabras, alude a todos los aspectos de la conciencia humana.

Aunque el análisis de los componentes discursivos del dispositivo ya se ha expuesto por extenso, aún es necesario plantear varias preguntas:

1. ¿Cómo puede reconstruirse el conocimiento que subyace y acompaña a las acciones y a las prácticas no discursivas?
2. ¿Cómo podemos llegar hasta las manifestaciones y las materializaciones con el fin de realizar el análisis de los dispositivos, y cómo podemos procesarlas de modo que podamos determinar el conocimiento que les es subyacente?

El conocimiento en las acciones

Las acciones pueden ser observadas y descritas. La cuestión estriba en cómo reconstruir el conocimiento que las condiciona y acompaña. Por poner un ejemplo simple: observamos a una persona mientras camina a lo largo de la calle y busca una panadería en la que comprar una hogaza de pan. A continuación deberé averiguar qué es lo que esa persona sabe y quiere. La persona sabe que tiene que ir a un determinado lugar en el que pueda comprar pan. Sabe que tiene que vestirse de una determinada manera (calzarse zapatos, etcétera). Sabe que tiene que cruzar una calle, y que al hacerlo ha de tener cuidado con el tráfico y respetar el código de la circulación.

Además, sabe que la panadería está ubicada en un determinado lugar de la calle, y que debe estar atenta para localizarlo. Sabe que allí puede comprar pan y que tendrá que tener el dinero preparado para pagarlo. De hecho, hay una gran cantidad de saber detrás de una acción tan simple como la de comprar pan, una acción cuya complejidad simplemente quiero dejar aquí señalada.

Este es un ejemplo muy simple. Otro ejemplo más complejo sería el siguiente: yo observo a una persona que ha excavado un gran agujero en el costado de una calle y que está trabajando en el interior de una larga tubería que se introduce por ese agujero. ¡Eso es todo lo que observo! Una de las condiciones previas del hecho de que es posible reconstruir el saber relacionado con esta acción es ésta: que yo –de manera similar a lo que ocurría en el ejemplo de la compra del pan, pero en un plano mucho más sofisticado– dispongo de conocimientos que me ayudan a comprender lo que está haciendo esta persona basándome en el conocimiento que esa persona tiene. En este caso carezco –al menos en parte– de este conocimiento, de modo que si quiero comprender lo que está haciendo esa

persona, deberé dirigirme a ella y preguntarle qué está haciendo, y por qué hace lo que hace. La persona podría responder: «Estoy reparando una tubería rota». Provisto de este conocimiento, ya comprendo mucho mejor lo que la persona está haciendo. Podría contentarme con esto, pero decido preguntar más cosas: «¿Pero, por qué lo hace?». A lo que la persona tal vez respondería: «Porque debo reparar la tubería rota», y añadiría: «¡Es mi trabajo!», e incluso podría confesar: «¡De algún modo he de ganar dinero!», etcétera. El conocimiento oculto en esta actividad es de hecho muy complejo. Básicamente, es posible seguirle la pista y ampliarlo de modo que abarque la cuestión de la necesidad o de las prácticas económicas de los obreros que dependen de un salario.

Una acción mucho más compleja, en la que el conocimiento subyacente resulte mucho más difícil de reconstruir sería, por ejemplo, la relacionada con la observación de una persona que va a un banco a firmar un cheque. Lo que resulta para mí visible es un fragmento excepcionalmente pequeño. Una de las condiciones previas para poder interpretarlo es la adquisición de una enorme cantidad de conocimiento que me ayude a comprender qué está haciendo esta persona y a reconstruir el conocimiento «oculto» en su acción.

El conocimiento en las manifestaciones y en las materializaciones

Yo observo un objeto, una casa, una iglesia, una bicicleta. A diferencia de lo que sucedía en los anteriores ejemplos, no puedo preguntar a ninguno de estos objetos para enterarme de su conocimiento. No tienen un significado en sí mismos y también son incapaces de proporcionarme información alguna. Por consiguiente, y para empezar, debo confiar en mi propio conocimiento para ser capaz de reconstruir el conocimiento y la acción que han sido las condiciones previas para la producción de estos objetos. Y no sólo eso, sino que deberé determinar si el objeto es o no una iglesia, un establo, un museo o un servicio público, cosa que difícilmente será el tipo de información –si alguna me transmite– que activamente pueda proporcionarme. Tendré que ampliar mi conocimiento, analizar, preguntar a expertos y a usuarios, consultar estadísticas, mapas, libros, etcétera. Sólo entonces podré determinar el conocimiento que se ha acumulado en el objeto en cuestión.

Desde luego, uno ha de preguntar cómo se las podrá arreglar para tratar dispositivos extremadamente complejos (analizados como paquetes

de dispositivos), como, por ejemplo, la guerra de Kosovo; sobre todo por el hecho de que el acceso al conocimiento implicado es muy difícil. ¿Hasta qué punto es posible confiar en los discursos existentes, esto es, en las estadísticas, las fotografías, los reportajes, los comentarios mediáticos y similares? ¿Cómo podrán reconocerse las posturas discursivas que se acumulan en ellos; y cómo podrán compararse esas posturas discursivas con otras? Aquí se nos plantea un problema adicional, el de la existencia de discursos mentales u objetivos, esto es, de discursos que no existen más que si uno interroga personalmente a las manifestaciones por el conocimiento que se ha acumulado en ellas.

En este caso, una vez más, no estamos bregando con la determinación de «verdades», sino con asignaciones que poseen una cierta validez y que, no obstante, se hallan siempre entretejidas con intereses. De este modo, también nuestro punto de vista deberá orientarse siempre hacia esos intereses, sin olvidar los nuestros propios.

Aquí surgen problemas especiales, como el del hecho de que uno no sólo no averigua un conocimiento neutral, sino que las interpretaciones se acumulan en él. Es más, el conocimiento se olvida y se desarrollan reinterpretaciones y veladuras.

Aquí podemos aplicar una regla general: de ningún modo puedo confiar en mi propio conocimiento para reconstruir el conocimiento que precondiciona a un objeto.

Además, el conocimiento que originalmente «se acumula» en un objeto a través de un significado asignado no es, o al menos no es ya, por completo idéntico al objeto en su situación presente. En el transcurso de su historia, puede que se haya asignado al objeto otro significado diferente del significado que se le había asignado originalmente. Podrían haberse constituido «leyendas» y surgido reajustes. Pensemos, por ejemplo, en el uso actual de una iglesia o un museo o una caballeriza, o aún en los contradictorios testimonios de un testigo presencial de un accidente de tráfico.

Existe un problema añadido: allí donde hay conocimiento, hay poder. Allí donde existen materializaciones, han estado actuando el poder y el conocimiento, y lo siguen haciendo, ya que de otro modo las materializaciones pierden su significado y su raíz. El poder, como tal, no resulta visible. ¿Es posible volverlo visible –tal vez de forma indirecta o por medio de sus efectos–? Desde luego, todo conocimiento está vinculado al poder. En todo conocimiento que adquiere predominio, predomina el poder. Es generado por el poder y ejerce el poder. De este modo,

allí donde hay conocimiento, hay poder. Allí donde el conocimiento se debilita, el poder puede debilitarse.

Si consideramos que el dispositivo es el contexto concreto en el que operan, en recíproca interrelación, los tres aspectos del conocimiento, resulta posible una forma de análisis que, no obstante, es muy compleja. El libro de Michel Foucault *Surveiller et punir* (*Vigilar y castigar*) (Foucault, 1989) representa un análisis dispositivo de este tipo. Y también los diarios de Victor Klemperer pueden considerarse como un análisis dispositivo (Klemperer, 1995). Ninguno de estos autores ha proporcionado un método explícito, sino que lo ha aplicado de forma implícita –Foucault dice «experimental»–, procediendo a analizar los discursos, a reunir el conocimiento, a consultar estadísticas, a deconstruirlas críticamente, a extraer conclusiones de ellas, a añadirles opiniones, etcétera. De este modo, las consideraciones aquí presentadas no pueden proporcionarnos una receta, y mucho menos un método, que pueda aplicarse de forma esquemática. Sí que pueden, no obstante, estimular ideas respecto a cómo podemos abordar analíticamente el complejo contexto del discurso, la acción y las subsiguientes materializaciones o manifestaciones –sobrevenidas o previamente establecidas–. El objetivo de estos esfuerzos es el análisis del discurso, un análisis que también puede ponerse en relación con los textos y que es posible realizar mediante la reconstrucción del conocimiento en las prácticas y en las materializaciones no discursivas. Aún es preciso desarrollar un método explícito para esto en relación con proyectos de investigación concretos –y sólo de este modo podrá desarrollarse–. Esto contribuiría también a salvar la distancia existente entre el análisis del discurso y la investigación social empírica.

Notas

1. El original está escrito en alemán. Las obras citadas se mencionan en la lengua en que el autor las consultó, tanto en el texto como en la bibliografía. Los títulos de las obras que se citan en el texto y en las notas del autor aparecen entre paréntesis en su versión española –reflejando, cuando existen, los títulos de las correspondientes publicaciones en español–. En caso contrario, el título de la obra se cita únicamente en el idioma en que fue consultada por el autor.

2. Para la diferencia entre éste y otros enfoques teorético-discursivos, véase Jäger, 1996b.

3. Puede encontrarse una detallada presentación (con ejemplos de sus aplicaciones) en *Critical Discourse Analysis*, que apareció en 1999 en una edición revisada y ampliada (S. Jäger, 1999). El ACD constituye el fundamento de los numerosos proyectos que han sido desarrollados en el Instituto de Duisburg para la lingüística y la investigación social. Véase, por ejemplo, M. Jäger, 1996; Cleve, 1997; M. Jäger *et al.*, 1997; Jäger *et al.*, 1998, M. Jäger *et al.*, 1998, etcétera.

4. Para una introducción, véase Link, 1982.

5. «El término "poder" que se utiliza incluye un gran número de mecanismos individuales, definibles y definidos que parecen capaces de inducir conductas o discursos» (Foucault, 1992, pág. 32).

6. Véase sobre todo Link, 1982; Drews *et al.*, 1985; Link y Link-Heer, 1990; Becker *et al.*, 1997.

7. Véase también Link, 1995, que subraya la fuerza formativa que es constitutiva de los discursos, y que comprende el discurso (al igual que Foucault) como «un instrumento de producción material con el que se generan, de forma regulada, objetos (sociales) –como por ejemplo la «locura», el «sexo», la «normalidad», etcétera– junto con las subjetividades que les corresponden» (*ibid.*, pág. 744).

8. Véase más abajo para saber más acerca del problema que examina en qué grado son completas y generalizables las afirmaciones de los análisis del discurso.

9. La referencia de Leontjev a Marx queda rápidamente clara si recordamos la primera tesis de Marx sobre Feuerbach, en la que plantea «que el objeto, la realidad, la naturaleza sensorial no ha de tratarse (únicamente) en el marco del *objeto o de la ideología*, sino *en tanto que actividad y práctica sensorial humana*, de forma subjetiva» (Marx y Engels, 1969, *Marx Engels Werke* (MEW), vol. 3, pág. 5).

10. Jurt se refiere a Castoriadis, para quien «las cuestiones societales [...] son únicamente lo que son debido a los significados» (Jurt, 1999, pág. 11).

11. Foucault habla en *L'archéologie du savoir* (*La arqueología del saber*) de relaciones que no están presentes en el objeto. En mi opinión, éstos son los discursos que al mismo tiempo mantienen vivo al objeto desde fuera mediante la referencia significante que a ellos hace la gente (Foucault, 1988, pág. 68).

12. En este contexto, al hablar de una caja de herramientas estrictamente lingüística, o instrumental, nos referimos a los detalles gramáticos y estilísticos que pueden resultar importantes para el análisis pero que no son absolutamente necesarios.

13. Más adelante abordaré el problema del tratamiento completo del hilo discursivo que aquí se perfila. Esto es de particular importancia porque lo que está en juego es la expresividad y la validez general de un análisis discursivo.

14. Este experimento ha sido concebido por Caborn, 1999.

15. Utilizamos estos textos cortos cuando realizamos proyectos que representan una especie de ayuda o de guía para los primeros tanteos del material dado. Sirven como material auxiliar para la memoria (o listas de tareas).

4

El enfoque histórico del discurso

Ruth Wodak

Definición del enfoque

Trasfondo teorético[1]

El mundo moderno y las sociedades occidentales se caracterizan por la existencia de luchas y contradicciones. En parte alguna puede encontrarse la homogeneidad. Al contrario, los dilemas ideológicos (Billig, 1991), la fragmentación (Hall, 1996) y las identidades múltiples parecen ser las respuestas a los desafíos de la globalización y de las economías y las ideologías neoliberales (Muntlig *et al.*, 2000). Estas tendencias se acompañan de un incremento del nacionalismo y de la xenofobia, en particular en el caso de los movimientos de derechas. Existe la percepción de que los fenómenos complejos necesitan respuestas simples.

Las complejidades de las sociedades modernas en un mundo sujeto a rápido cambio, en el que el espacio y el tiempo parecen desaparecer (Harvey, 1996), sólo pueden aprehenderse mediante un modelo de influencias mutuas y multicausales entre los diferentes grupos de personas existentes en el seno de una sociedad específica, y mediante las relaciones entre distintas sociedades. En nuestros días, el gran desafío consiste en explicar las contradicciones y las tensiones que se producen entre los estados-nación y las entidades supranacionales en muchos planos (en sus

economías, en la ciencia, en las tecnologías, en la comunicación, etcétera). Los modelos causales no se adaptan a esta complejidad. Yo prefiero hablar de «sintomatología», de relacionar y de explicar los vínculos entre los diversos «síntomas» que podemos estudiar, y de hacerlo de un modo más hermenéutico e interpretativo (véase Wodak, 2000a). Además, yo defiendo un enfoque de orientación más pragmática, como el desarrollado por Nikous Mouzelis (1995). En su reciente libro, *Sociological Theory: What Went Wrong?* (1995), Mouzelis presenta la noción de «pragmatismo conceptual» como posible salida a la crisis teórica de las ciencias sociales. Según Mouzelis, la teoría social «encuentra su principal tarea en la especificación de las herramientas conceptuales y en la construcción de otras nuevas siguiendo criterios de utilidad más que de verdad» (1995, pág. 9). Ese enfoque pragmático a la teoría no trataría de generar un catálogo de proposiciones y de generalizaciones carentes de contexto, sino más bien de relacionar estrechamente las cuestiones de formación y concepción de teoría con los específicos problemas que han de ser investigados. En este sentido, la primera cuestión que hemos de abordar como investigadores no es: «¿Necesitamos una gran teoría?», sino más bien: «¿Qué herramientas conceptuales resultan relevantes para este o aquel problema y para este y aquel contexto?». Pese a que la primera pregunta podría invitar a la realización de emocionantes especulaciones, se aleja de la ciencia que se orienta hacia los problemas.

Centrémonos en el campo de la política (en sentido estricto). Si nos fijamos en los políticos, por ejemplo, en tanto que grupos –de carácter específico y en modo alguno homogéneos– pertenecientes a las élites, entonces la mejor forma de concebirlos es la de considerarlos a un tiempo como moldeadores de opiniones e intereses públicos específicos, además de como sismógrafos, pues reflejan y reaccionan a la anticipación atmosférica de los cambios de la opinión pública, así como a la articulación de los cambiantes intereses de los grupos sociales específicos y de las partes afectadas.[2] Las relaciones entre los medios de comunicación, la política (de todos los tipos) y la «gente» son muy complejas. Hasta la fecha no hemos sido capaces de proporcionar respuestas claras a las preguntas que tratan de averiguar quién influye sobre quién, y cómo se ejercen esas influencias. Únicamente la investigación interdisciplinar podrá lograr que tan complejas relaciones parezcan más transparentes. Las simples teorías de la conspiración no parecen válidas en nuestras sociedades globales. En una investigación de este tipo, el análisis del discurso,

y en concreto el análisis crítico del discurso (ACD), no es más que uno de los elementos de los múltiples enfoques que necesitamos. No sólo hemos de centrarnos en las prácticas discursivas, sino que también debemos ocuparnos de una amplia gama de prácticas materiales y semióticas. De este modo, la investigación en el ACD debe ser multiteorética y multimetódica, crítica y autocrítica.

El enfoque histórico del discurso, vinculado al ACD, sigue la orientación sociofilosófica de la teoría crítica.[3] En este sentido, opera mediante un complejo concepto de crítica social que incluye al menos tres aspectos interrelacionados, dos de los cuales se hallan principalmente conexos con la dimensión cognitiva, mientras que el tercero lo está con la dimensión de la acción (véase Reisigl y Wodak, 2001, para un debate más pormenorizado):

1. La «crítica inmanente del texto o el discurso» tiene como objetivo el descubrimiento de incoherencias, contradicciones, autocontradicciones, paradojas y dilemas en las estructuras internas del texto o el discurso.
2. A diferencia de la «crítica inmanente», la «crítica sociodiagnóstica» guarda relación con la exposición desmitificadora del posible carácter –manifiesto o larvado– persuasivo o «manipulador» de las prácticas discursivas. Con la crítica sociodiagnóstica, el analista trasciende la esfera puramente interna del texto o el discurso. El o la analista utiliza su conocimiento del trasfondo y del contexto de la situación para situar las estructuras comunicativas o interactivas del acontecimiento discursivo en un más amplio marco de relaciones sociales y políticas, de procesos y de circunstancias. Llegados a este punto, nos vemos obligados a aplicar las teorías sociales para interpretar los acontecimientos discursivos (véase más abajo la teoría del contexto).
3. La crítica de carácter pronosticador contribuye a la transformación y a la mejora de la comunicación (por ejemplo, en el seno de las instituciones públicas, mediante el expediente de elaborar propuestas y guías que reduzcan las barreras lingüísticas en los hospitales, los colegios, los tribunales de justicia, la función pública y las instituciones de información mediática [véase Wodak, 1996a] así como las guías que permiten evitar la utilización de un lenguaje sexista [Kargl *et al.*, 1997]).

En resumen, y a diferencia de algunas de las perspectivas sobre el ACD, el ACD no se ocupa de valorar lo que está «bien» o «mal». El ACD –desde mi punto de vista– debería tratar de hacer que esas opciones resultasen transparentes. Y también debería justificar teoréticamente por qué determinadas interpretaciones de acontecimientos discursivos parecen más válidas que otras.

Uno de los modos en que los analistas críticos del discurso pueden reducir al mínimo y de forma metódica el riesgo de caer en interpretaciones sesgadas es seguir el principio de la triangulación. De este modo, uno de los rasgos distintivos más característicos del enfoque histórico del discurso es su esfuerzo por trabajar con diferentes enfoques, de forma multimetódica y sobre la base de una diversidad de datos empíricos así como de información de fondo (véase por ejemplo, Wodak *et al.*, 1998 y Wodak *et al.*, 1999).

Al investigar los temas y los textos históricos, organizativos y políticos, el enfoque histórico del discurso trata de integrar la gran cantidad de conocimiento disponible sobre las fuentes históricas con el trasfondo de los ámbitos social y político en los que se insertan los «acontecimientos» discursivos. Además, analiza la dimensión histórica de las acciones discursivas, procediendo a explorar los modos en que los particulares tipos de discurso se ven sujetos a un cambio diacrónico (Wodak *et al.*, 1990 y Wodak *et al.*, 1994). Por último, y lo que es más importante, esto no se considera únicamente una «información»: en este punto integramos las teorías sociales con el fin de que sean capaces de explicar lo que llamamos contexto.

La noción de «discurso»

De acuerdo con otros enfoques dedicados al ACD, como ya se ha señalado implícitamente, el enfoque histórico del discurso considera que tanto el lenguaje escrito como el hablado constituyen una forma de práctica social (Fairclough y Wodak, 1997). Un discurso es una forma de significar un particular ámbito de la práctica social desde una particular perspectiva (Fairclough, 1995, pág. 14). Asumimos una relación dialéctica entre las prácticas discursivas particulares y los ámbitos de acción específicos (lo que incluye las situaciones, los marcos institucionales y las estructuras sociales) en que se hallan ubicados. Por un lado, las determinaciones situacionales, institucionales y sociales configuran los discursos y les afectan, y por otro, los discursos influyen tanto en las acciones y los

procesos sociales y políticos de carácter discursivo como en los de carácter no discursivo. En otras palabras, los discursos, en tanto que prácticas sociales lingüísticas, pueden considerarse como elementos que constituyen prácticas sociales discursivas y no discursivas, y, al mismo tiempo, como elementos constituidos por ellas.

En lo que sigue, quisiera establecer una distinción entre «discurso» y «texto», siguiendo, también en esto, el interesante enfoque de Lemke (Lemke, 1995).

De este modo, el «discurso» puede comprenderse como un complejo conjunto de actos lingüísticos simultáneos y secuencialmente interrelacionados, actos que se manifiestan a lo largo y ancho de los ámbitos sociales de acción como muestras semióticas (orales o escritas y temáticamente interrelacionadas) y muy frecuentemente como «textos». Estos actos lingüísticos pertenecen a tipos semióticos específicos, es decir, a variedades discursivas (véase Girnth, 1996). La característica más destacada de la definición de un «discurso» es el macrotema, como, por ejemplo, el «desempleo». La interdiscursividad puede observarse cuando, por ejemplo, se utiliza un argumento racista (tomado del discurso sobre las restricciones a la inmigración) mientras se aboga al mismo tiempo en favor de otras políticas para combatir el desempleo. Cada macrotema permite la existencia de muchos subtemas: de este modo, «desempleo» abarca subtemas como los de «mercado», «sindicatos», «bienestar social», «mercado global», «políticas de contratación y despido» y muchas más. Los discursos son abiertos e híbridos, y no se trata en modo alguno de sistemas cerrados. Es posible crear nuevos subtemas, y la intertextualidad y la interdiscursividad permiten nuevos ámbitos de acción. Los discursos se realizan tanto en las variedades discursivas como en los textos.

Los «textos» pueden concebirse como los productos materialmente duraderos de las acciones lingüísticas (véase Ehlich, 1983; Graefen, 1997, pág. 26; Reisigl, 2000). Una «variedad discursiva» puede caracterizarse, siguiendo a Norman Fairclough, como el uso convencional, más o menos esquemáticamente fijo, del lenguaje asociado a una particular actividad, como «una forma socialmente ratificada de utilizar el lenguaje en relación con un particular tipo de actividad social» (Fairclough, 1995, pág. 14). De este modo, una propuesta encaminada a combatir el desempleo da muestras de obedecer a ciertas reglas y expectativas vinculadas a las convenciones sociales. La propia propuesta se atiene a ciertos dispositivos textuales; el contenido se atiene a determinados conceptos ideológicos planteados por un grupo político específico (como, por ejemplo, los sindicatos).

Los «ámbitos de acción» (Girnth, 1996) pueden concebirse como segmentos de la correspondiente «realidad» societal, la cual contribuye a constituir y a configurar el «marco» del discurso. La distinción espacio-metafórica entre los distintos ámbitos de acción puede concebirse como la distinción establecida entre las distintas funciones u objetivos socialmente institucionalizados de las prácticas discursivas. De este modo, por ejemplo, en el área de la acción política distinguimos entre las funciones de legislación, autopresentación, elaboración de la opinión pública, desarrollo de un consenso en el interior de los partidos, publicidad y obtención de votos, gobierno y acción ejecutiva, o control y expresión de la disconformidad (como oposición) –véase la figura 4.1., más adelante–. Un «discurso» sobre un tema concreto puede hallar su punto de partida en el interior de un ámbito de acción y desplazarse a otros. Los discursos y los temas discursivos «difunden» a diferentes ámbitos y discursos. Atraviesan los distintos ámbitos, se superponen, expresan referencias cruzadas o se hallan de algún otro modo sociofuncionalmente vinculados unos a otros.

Podemos representar las relaciones entre los ámbitos de acción, las variedades discursivas y los temas discursivos mediante el ejemplo del área de la acción política que puede verse en la figura 4.1., más adelante.

La figura 4.2., ilustra las relaciones interdiscursivas e intertextuales entre los discursos, los temas discursivos, las variedades discursivas (en tanto que tipos) y los textos (en tanto que muestras).

En este diagrama, la interdiscursividad (por ejemplo, la intersección del discurso A con el discurso B) viene indicada por las dos grandes elipses que se superponen. Las relaciones intertextuales en general quedan representadas por gruesas flechas de puntos. La asignación de textos a las variedades discursivas se señala mediante flechas simples. Los temas a los que se refiere un texto se indican por medio de pequeñas elipses a las que apuntan unas flechas de puntos finas, la intersección de temas de los diferentes textos se señala mediante las pequeñas elipses que se superponen. Por último, la específica relación intertextual de la referencia temática de un texto a otro se indica por medio de flechas acodadas finas (véase la aplicación en la metodología descrita más adelante).

Nuestro enfoque triangulatorio se basa en un concepto de «contexto» que toma en consideración cuatro planos. El primero es descriptivo, mientras que los otros tres planos son parte de nuestras teorías sobre el contexto (véase la figura 4.3. en la página 108):

Ámbitos de acción					Ámbitos de control
Procedimiento político de legislación	**Formación de la opinión pública y autopresentación**	**Desarrollo de una opinión informada en el interior del partido**	**Publicidad, comercialización y propaganda políticas**	**Administración y ejecución política**	**Administración y ejecución política**
Variedades discursivas					
• leyes • proyectos de ley • enmiendas • alocuciones e intervenciones de los miembros del Parlamento • normativas • recomendaciones • prescripciones • guías • etcétera	• comunicados de prensa • ruedas de prensa • entrevistas • programas radiofónicos o televisivos de entrevistas • conferencias e intervenciones en las conferencias • artículos y libros • alegatos conmemorativos • declaraciones inaugurales • etcétera	• programas, declaraciones, afirmaciones y proclamaciones de principios de los partidos • declaraciones en los congresos de los partidos • etcétera	• programas electorales • consignas y alocuciones de las campañas electorales • anuncios publicitarios • carteles • folletos electorales • buzoneos directos • hojas volanderas, etcétera	• decisiones (de aprobación o de rechazo) • declaraciones inaugurales • actas, declaraciones de ministros y personas destacadas • respuestas del gobierno a las preguntas planteadas	• decisiones (de aprobación o de rechazo) • declaraciones inaugurales • actas, declaraciones de ministros y personas destacadas • respuestas del gobierno a las preguntas planteadas

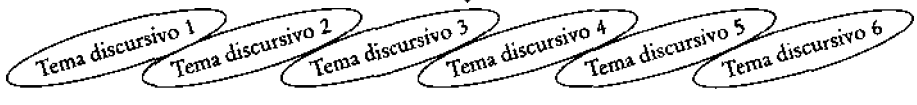

FIGURA 4.1. *Selección de las dimensiones del discurso como práctica social.*

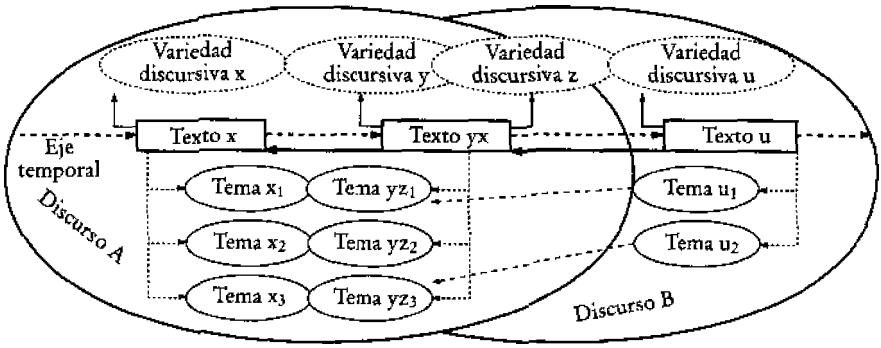

FIGURA 4.2. *Relaciones interdiscursivas e intertextuales entre discursos, temas discursivos, variedades discursivas y textos.*

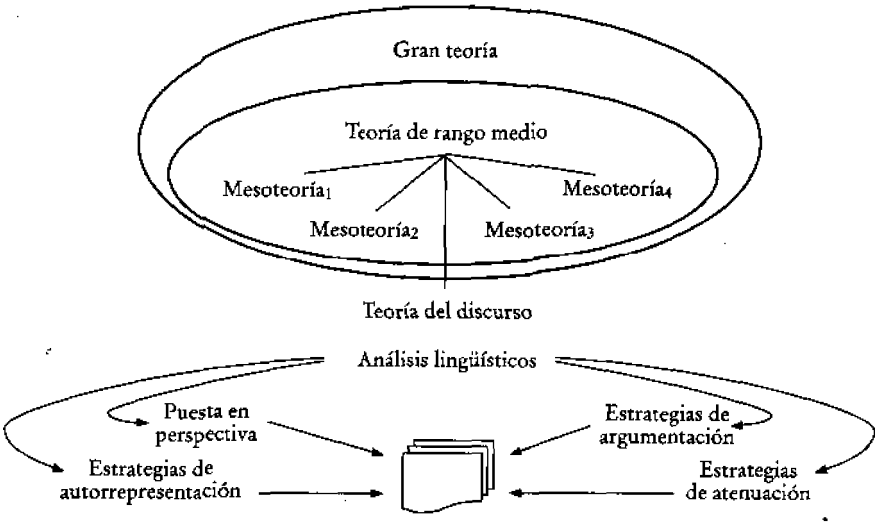

FIGURA 4.3. *Planos de las teorías y los análisis lingüísticos.*

1. El cotexto inmediato, lingüístico o interno al texto.
2. La relación intertextual e interdiscursiva entre las afirmaciones, los textos, las variedades discursivas y los discursos.
3. Las variables extralingüísticas sociales y sociológicas, y los marcos institucionales de un «contexto de situación» específico (teorías de rango medio).

4. Los más amplios contextos sociopolítico e histórico, en los que se hallan ubicadas las prácticas discursivas y a los que también se encuentran vinculadas («grandes» teorías).

En nuestro ejemplo (véase el estudio casuístico en este capítulo) ilustraré cada uno de los planos contextuales y presentaré de forma transparente el análisis secuencial, siguiendo las categorías de análisis que definiré más adelante.

La historia del enfoque histórico del discurso

El programa de investigación

En este capítulo, me gustaría centrarme en el estudio de los discursos discriminatorios. No obstante, quisiera subrayar en primer término las características más importantes de nuestro enfoque histórico del discurso dentro del marco del ACD:

1. El enfoque es interdisciplinar.
2. La interdisciplinariedad se sitúa en varios planos: en la teoría, en el propio trabajo, en los equipos de investigación y en la práctica.
3. El enfoque se orienta hacia los problemas, no se centra en elementos específicamente lingüísticos.
4. Tanto la teoría como la metodología son eclécticas, esto es, se incorporan las teorías y los métodos que resultan útiles para comprender y explicar el objeto sometido a investigación.
5. Como condición previa para cualquier análisis y teorización ulterior, el estudio incluye siempre el trabajo de campo y la etnografía con el fin de explorar el objeto sometido a investigación (mediante un estudio desde el interior).
6. El enfoque es abductivo: es necesario realizar un constante movimiento de ida y vuelta entre la teoría y los datos empíricos.
7. Se estudian múltiples variedades discursivas y múltiples espacios públicos, y se investigan las relaciones intertextuales e interdiscursivas. La recontextualización es el proceso más importante para vincular esas variedades discursivas, junto con los temas y los argumentos (*topoi*).

8. El contexto histórico se analiza siempre y se incorpora a la interpretación de los discursos y los textos.
9. Las categorías y las herramientas para el análisis se definen en función de todos estos pasos y procedimientos, además de en consonancia con el problema concreto que se está investigando.
10. Las grandes teorías actúan como fundamento (véase más arriba). Para el análisis específico, las teorías de rango medio contribuyen mejor a los objetivos analíticos.
11. El objetivo es la práctica. Los resultados deberían quedar a disposición de los expertos de los diferentes campos, y, como segundo paso, aplicarse con el fin de cambiar ciertas prácticas discursivas y sociales.

Los discursos políticos y discriminatorios

El estudio para el que se desarrolló de hecho el enfoque histórico del discurso trataba inicialmente de describir con detalle la constitución de una imagen antisemítica estereotipada, o *Feindbild*, tal como surgió en 1986 en el discurso público de la campaña presidencial austríaca de Kurt Waldheim (Wodak *et al.*, 1990; Mitten, 1992; Gruber, 1991). Resumiendo brevemente, analizamos, por un lado, las manifestaciones lingüísticas que evidenciaban la presencia de prejuicios en el discurso, prejuicios que aparecían incrustados en el contexto lingüístico y social (por ejemplo, en los reportajes de los periódicos o en los boletines informativos de Austria). Por otro lado, confrontamos estos últimos textos con otros hechos y fenómenos del contexto (los reportajes publicados en los Estados Unidos, que, por supuesto, también manifestaban un sesgo en ciertos aspectos). De este modo, comparamos un reportaje y los comentarios presentes en el mismo con el conocimiento histórico. En otras palabras, no nos fiamos únicamente de los «metadatos». Comparamos la versión de Waldheim con los hechos históricos relacionados con las atrocidades de la Wehrmacht en los balcanes y con la deportación de los judíos de Grecia. De este modo pudimos detectar y describir la distorsión de los hechos y de las realidades. Nuestra comparación del *New York Times* con los informes de la prensa austríaca y con las afirmaciones de los políticos probaron que esta distorsión era completa y sistemática.

Nuestras fuentes incluían tanto textos orales como escritos. Leímos sistemáticamente tres periódicos, todos los días, durante los cuatro me-

ses de la campaña para la elección presidencial (de marzo a junio de 1986), y más tarde, después de junio de 1986, los leímos a intervalos regulares (*Presse*, *Neue Kronen Zeitung* y el *New York Times*). Se incluyeron en el análisis las noticias diarias de la radio y de la televisión, las entrevistas, los debates televisados, las audiencias, las más amplias series de noticiarios documentales (unas 50 horas de vídeo), los debates en distintos marcos institucionales y la velada celebrada en junio de 1987 en la Stephansplatz de Viena («*Mahnwache*») en conmemoración de la resistencia austríaca. De este modo, se tuvieron en cuenta grados de formalidad muy diferentes y marcos muy distintos. Organizamos una presentación con parte de nuestro material (véase Wodak y de Cillia, 1988) y la abrimos al público en marzo de 1988, filmando incluso los debates que se produjeron cuando la gente visitó la presentación.

El subsiguiente proyecto de investigación, de dos años de duración, se desarrolló con ocasión del «*Gedenkjahr*» austríaco de 1988, año en el que se conmemoraba el 50 aniversario de la ocupación de Austria por Hitler. En el estudio, titulado «Languages of the past» (véase Wodak *et al.*, 1994), los principales intereses de la investigación eran, en primer lugar, la publicación y el tratamiento mediático del informe emitido en febrero de 1988 por una comisión de siete historiadores internacionales sobre el pasado nazi del presidente Waldheim; en segundo lugar, la conmemoración política oficial del *Anschluss* austríaco de marzo de 1938; en tercer lugar, la inauguración de un «monumento conmemorativo contra la guerra y el fascismo», acto realizado en noviembre con presencia del autor, el escultor Alfred Hrdlicka, junto con la presentación de los controvertidos debates que, durante meses, precedieron a esta inauguración; en cuarto lugar, el estreno de la obra de teatro *Heldenplatz*, de Thomas Bernhard en noviembre, obra que aborda la cuestión del antisemitismo austríaco, tanto pasado como presente, y la del impacto psicológicamente aterrador que ha ejercido sobre las víctimas judías supervivientes; y por último, la conmemoración del 50 aniversario del pogromo de noviembre. Los datos de este estudio histórico del discurso de carácter interdisciplinar incluían específicamente una gran diversidad de variedades discursivas mediáticas (todo tipo de medios impresos, reportajes radiofónicos, programas televisados de noticias y ciclos informativos, tanto en televisión como en prensa escrita), así como afirmaciones y alocuciones de políticos austríacos. La gran cantidad de datos permitía un examen pormenorizado de los textos políticos oficiales y mediáticos

reunidos, así como una reconsideración crítica del pasado nacional socialista de Austria, de las frecuentemente contradictorias narrativas de la historia austríaca y de algunos mitos convenientemente relacionados, como el que sostiene que «Austria fue la primera víctima de la política dictatorial nazi y de su expansionismo territorial».

El enfoque histórico del discurso ha recibido ulterior elaboración en un cierto número de estudios más recientes, por ejemplo en un estudio sobre la discriminación racista dirigida contra los inmigrantes procedentes de Rumania, o en un estudio sobre el discurso relacionado con la nación y la identidad nacional en Austria (Matouschek *et al.*, 1995; Wodak *et al.*, 1998, 1999). Este último estudio se ocupaba del análisis de las relaciones entre la construcción discursiva de la uniformidad nacional y la construcción discursiva de la diferencia conducente a la exclusión política y social de concretos grupos marginados. Estas cuestiones fueron investigadas en una serie de estudios casuísticos sobre la identidad y la nación austríaca. Tomando como punto de partida varios enfoques científicos vigentes, hemos desarrollado un método de descripción y de análisis que tiene aplicaciones que van más allá de la producción discursiva de una identidad nacional en los concretos ejemplos austríacos estudiados. Nuestras averiguaciones sugieren que los discursos sobre las naciones y las identidades nacionales descansan al menos en cuatro tipos de macro estrategias discursivas: estrategias constructivas (que se proponen la construcción de las identidades nacionales), estrategias de preservación o justificación (que se proponen la conservación y la reproducción de las identidades nacionales o de las narrativas de identidad), estrategias de transformación (que se proponen el cambio de las identidades nacionales), y estrategias de destrucción (que se proponen el desmantelamiento de las identidades nacionales). En función del contexto –es decir, en función del ámbito o el campo social en el que tengan lugar los «acontecimientos discursivos» relacionados con el tema que es objeto de investigación–, se trae al primer plano uno u otro de los aspectos vinculados a estas estrategias.

En cada uno de los cuatro estudios realizados en el contexto austríaco, las afirmaciones discriminatorias, racistas y antisemitas, además de las chovinistas, se producían a veces de forma simultánea, en especial en las conversaciones cotidianas (que, en el caso del primer estudio habían sido grabadas magnetofónicamente en las calles). En situaciones más oficiales, los estereotipos nacionalistas, racistas y antisemitas se produjeron de forma más vaga, en su mayor parte como alusiones y evocaciones implí-

citas desencadenadas por el uso del vocabulario que era característico del periodo histórico correspondiente al nacionalsocialismo. De este modo, en todos estos estudios, fue posible seguir la génesis y la transformación de los argumentos, así como la recontextualización realizada en distintos y relevantes espacios públicos como consecuencia de los intereses sociales de los participantes y de sus relaciones de poder (véase Muntigl *et al.*, 2000; Reisigl y Wodak, 2001). Todos estos estudios permiten ahora tratar de elaborar explicaciones más vastas de la específica aplicación de los discursos de identidad y diferencia.

El análisis del discurso discriminatorio: estudio del caso de la propuesta «Austria primero» realizada por el Partido de la Libertad de Austria en los años 1992-1993

Categorías de análisis

El específico enfoque histórico del discurso que se aplicó en los cuatro estudios mencionados era tridimensional: tras haber establecido en primer lugar los contenidos específicos o temas de un particular discurso en el que concurren elementos racistas, antisemitas, nacionalistas o etnicistas, se investigaron en segundo lugar las estrategias discursivas (incluyendo las estrategias argumentativas). Posteriormente, y en tercer lugar, se examinaron los instrumentos lingüísticos (en tanto que tipos) y las realizaciones lingüísticas (en tanto que muestras) –específicas y dependientes del contexto– de los estereotipos discriminatorios.

En el siguiente apartado vamos a describir, desde un punto de vista abstracto, algunas de las herramientas analítico-discursivas que resultan útiles para el análisis de los discursos sobre cuestiones raciales, nacionales y étnicas. Hay varios elementos y estrategias discursivas que, desde nuestro punto de vista analítico-discursivo, merecen recibir especial atención. Al seleccionar cinco de los muchos instrumentos lingüísticos o retóricos distintos que se utilizan para discriminar de forma étnica o racista a las personas, nos encaminamos en la dirección de cinco simples cuestiones, que no obstante, de ningún modo puede decirse que fueran elegidas al azar:

1. Desde el punto de vista lingüístico, ¿de qué modo se nombra a las personas y de qué modo se hace referencia a ellas?

CUADRO 4.1. Estrategias discursivas

Estrategia	*Objetivos*	*Instrumentos*
Referencia, o modo de nombrar	Construcción de grupos internos y externos	Categorización de la pertenencia Metáforas y metonimias biológicas, naturalizadoras y despersonalizantes Sinécdoques (*pars pro toto, totum pro pars*)
Predicación	Etiquetado de los actores sociales de forma más o menos positiva o negativa, más o menos desaprobadora o apreciativa	Atribuciones estereotípicas y valorativas de los rasgos negativos o positivos Predicados implícitos y explícitos
Argumentación	Justificación de las atribuciones positivas o negativas	*Topoi* utilizados para justificar la inclusión o la exclusión política, la discriminación o el trato preferente
Puesta en perspectiva, enmarcado o representación del discurso	Expresión de la implicación Ubicación del punto de vista del que habla	Comunicación, descripción, narración o cita de acontecimientos y de afirmaciones (discriminatorias)
Intensificación, atenuación	Modificación de la posición epistémica de una proposición	Intensificación o atenuación de la fuerza ilocucionaria de las afirmaciones (discriminatorias)

2. ¿Qué rasgos, características, cualidades y particularidades se les atribuyen?
3. ¿Por medio de qué argumentos y de qué esquemas argumentativos tratan algunas personas concretas o algunos específicos grupos sociales de justificar y legitimar la exclusión, la discriminación, la supresión y la explotación de otros?
4. ¿Desde qué perspectiva o punto de vista se expresan estas etiquetas, atribuciones y argumentos?
5. ¿Se articulan abiertamente las respectivas afirmaciones? ¿Resultan intensificadas o atenuadas?

De acuerdo con estos interrogantes, nos sentimos especialmente interesados en cinco tipos de estrategias discursivas, todas ellas implicadas en

la presentación positiva o negativa de uno mismo o los otros. Consideramos, y esto debe subrayarse, que la construcción discursiva del «nosotros» y el «ellos» es el principal fundamento de los discursos de identidad y diferencia. Y esos discursos son destacados discursos de discriminación.

Por regla general, con «estrategia» queremos significar un plan de prácticas más o menos preciso y más o menos intencional (incluyendo las prácticas discursivas) que se adopta con el fin de alcanzar un determinado objetivo social, político, psicológico o lingüístico. En lo que a las estrategias discursivas se refiere, es decir, en lo concerniente a las formas sistemáticas de utilizar el lenguaje, las localizamos en distintos planos de organización y de complejidad lingüística (véase el cuadro 4.1.).[4]

Argumentos a favor y en contra de la discriminación

Las diferentes formas de exclusión y discriminación social pueden examinarse, entre otras posibilidades, mediante los *topoi*, que presentan argumentos tanto a favor como en contra del racismo, el etnicismo y el nacionalismo.

Dentro de la teoría de la argumentación, los *topoi* o los *loci* pueden describirse como aquellos elementos de la argumentación que forman parte de las premisas obligatorias, ya tengan éstas un carácter explícito o precisen de inferencia. Son justificaciones relacionadas con el contenido, también conocidas como «reglas de conclusión», que vinculan el argumento o los argumentos con la conclusión, esto es, con lo que se pretende afirmar. Como tales, los *topoi* o los *loci* justifican la transición del argumento o argumentos a la conclusión (Kienpointner, 1992, pág. 194).

El análisis de los característicos esquemas argumentales relacionados con el contenido puede llevarse a cabo sobre el telón de fondo de la lista de los *topoi* –pese a que sea incompleta y no siempre aclaratoria– que presentamos en el cuadro 4.2. (véase por ejemplo Kindt, 1992; Kienpointner, 1992, 1996; Kienpointner y Kindt, 1997; Kopperschmidt, 1989; Wengeler, 1997; Reeves, 1989).

El *topos* de ventaja o utilidad puede parafrasearse mediante el siguiente condicional: si una acción ubicada bajo un concreto y relevante punto de vista resulta útil, entonces uno debe realizarla (por ejemplo, la utilidad que tienen los «trabajadores invitados» para una economía nacional). A este *topos* pertenecen diferentes subtipos, por ejemplo el *topos*

CUADRO 4.2. Lista de *topoi*

1. Utilidad, ventajas	9. Economía
2. Inutilidad, desventajas	10. Realidad
3. Definición, interpretación de los nombres	11. Números
4. Peligro y amenaza	12. Legalidad y derechos
5. Humanitarismo	13. Historia
6. Justicia	14. Cultura
7. Responsabilidad	15. Abuso
8. Carga, lastrado	

del *pro bono público* («por el bien público»), el *topos* del *pro bono nobis* («por nuestro bien»), y el *topos* del *pro bono eorum* («por el bien de ellos»). En una decisión de las autoridades municipales vienesas (*Amtsbescheid der Magistratsabteilung* 42), la denegación de un permiso de residencia se explica del siguiente modo:

> Debido a la situación privada y familiar de la demandante, la denegación de la presente solicitud representa más bien una intrusión en la vida privada y familiar de la misma. El interés público, que es contrario al permiso de residencia, debe valorarse con mayor ponderación que los opuestos intereses privados y familiares de la demandante. Por consiguiente, la decisión debe ajustarse a la sentencia.

Al igual que el *topos* de ventaja o utilidad, el *topos* de inutilidad o desventaja también constituye un específico esquema argumentativo causal, pero, a diferencia del primero, este último se apoya en una cláusula condicional. Si uno es capaz de prever que las consecuencias pronosticadas de una decisión no tendrán lugar, o si es más probable que otras acciones políticas conduzcan al objetivo declarado, la decisión debe rechazarse. Si las reglas existentes no nos ayudan a alcanzar los objetivos declarados, éstos han de cambiarse. Este *topos* fue empleado en Austria en 1992, con la promulgación de la «*Verbotsgesetz*» –la ley que prohibía la reactivación de la ideología y las prácticas nacionalsocialistas (*Wiederbetätigung*), así como la difusión de la llamada *Auschwitzlüge*.

La raíz causal del *topos* de definición o *topos* de interpretación de los nombres o *locus a nominis interpretatione* puede encontrarse en la siguiente regla conclusiva: si una acción, una cosa o una persona (o grupo

de personas) recibe el nombre o es designado (como) X, la acción, la cosa o la persona (o grupo de personas) posee o debería poseer las cualidades, los rasgos o los atributos contenidos en el significado (literal) de X. Este *topos* se utiliza, por ejemplo, si los trabajadores inmigrados a Austria o a Alemania reciben el eufemístico nombre de *Gastarbeiter* («trabajadores invitados»). Este término implica que, debido al hecho de que «sólo están invitados», regresarán o deberán regresar a los países de los que vinieron.

El *topos* de peligro o *topos* de amenaza se basa en los siguientes condicionales: si una acción o una decisión política implica concretas consecuencias peligrosas o amenazantes, no debemos emprenderla ni realizarla. O, dicho de otro modo, si existen peligros y amenazas concretos, debemos hacer algo que los contrarreste. Existen muchos subtipos de este esquema argumental. Aquí sólo mencionamos uno de ellos, a saber, el del *topos* de la amenaza de racismo, que opera como sigue: si entran en el país demasiados inmigrantes o refugiados, la población nativa no será capaz de hacer frente a la situación y se volverá hostil a los extranjeros. Este esquema argumental puede conducir a una inversión de las posiciones de la víctima y el victimario, ya que, de este modo, la responsabilidad de los prejuicios que actúan en su contra recae sobre las propias víctimas.

El *topos* del humanitarismo puede explicarse mediante el siguiente condicional: si una acción o una decisión política es (o no) compatible con los derechos humanos o con las convicciones y los valores humanitarios, debemos realizarla o tomarla (o no hacerlo). Este *topos* puede emplearse en toda situación en la que se presenten argumentos contra el trato desigual y la discriminación, así como en favor del reconocimiento de las diferencias relacionadas con la «raza», la etnia, la religión, el género u otra particularidad.

El anterior es un *topos* estrechamente relacionado con el *topos* de la justicia, que se basa en el principio y en la exigencia de «iguales derechos para todos». En tanto que proposición condicional significa que si las personas, las acciones o las situaciones son iguales en determinados aspectos concretos, deben recibir el mismo trato o ser objeto de la misma consideración. Por ejemplo, en todo lo relacionado con la seguridad social, los trabajadores deben recibir un trato igual, es decir, un trato independiente de su origen, ya que realizan las mismas aportaciones económicas a la seguridad social.

Un tercer esquema argumentativo íntimamente relacionado con los dos *topoi* que acabamos de mencionar es el topos de la responsabilidad. Su

significado puede resumirse mediante la siguiente fórmula condicional: dado que un Estado o un grupo de personas es responsable de la aparición de problemas específicos, dicho Estado o grupo de personas debe actuar para hallar soluciones a esos problemas. Pese a que este *topos* se usa muy a menudo para argumentar en contra de la discriminación o a favor de la «compensación» o las «reparaciones» derivadas de la comisión de un crimen (por ejemplo, un crimen nazi), también puede favorecer el fin opuesto, por ejemplo, en aquellos casos en que se hace responsable del desempleo a un gobierno y se le exige que reduzca la cuota de inmigrantes debido a que se considera erróneamente que ellos son la causa del paro.

El *topos* de la carga o el lastrado debe considerarse un *topos* específicamente causal (un *topos* de consecuencia), y puede reducirse al siguiente condicional: si una persona, una institución o un país se encuentran lastrados por problemas específicos, deberemos actuar para disminuir esas cargas. En este contexto, es posible topar con la expresión metafórica *das Boot ist voll* («el barco está lleno o abarrotado»), cuando de lo que se trata es de legitimar las restricciones a la inmigración.

El *topos* de la economía puede caracterizarse por la siguiente regla conclusiva: si una situación o acción concreta cuesta demasiado dinero o provoca una pérdida de ingresos, deberemos realizar acciones que disminuyan los costes o contribuyan a evitar la pérdida. Este *topos*, que es un *topos* específicamente causal (*topos* de consecuencia), se parece al topos de la carga o lastrado. Fue implícitamente utilizado por el ex gobernador de la Alta Austria, que argumentó en contra del asentamiento de los refugiados rumanos en la comunidad de Franking: «En este caso, hemos de tratar con personas cuyo origen resulta posible identificar de forma explícita con sólo una mirada, por lo que tememos que se produzcan pérdidas en el contexto del turismo».[5] En este ejemplo, el *topos* de la economía se centra en las consecuencias socioeconómicas supuestamente negativas.

El *topos* de la realidad es más bien un esquema argumentativo tautológico, y puede explicarse del siguiente modo: debido a que la realidad es como es, hay que realizar una acción específica o adoptar una decisión concreta. Un ejemplo general sería éste: las realidades sociales, económicas y políticas han cambiado y la Ley de asilo ha dejado de resultar adecuada. Por consiguiente, también la ley debe cambiarse.

El *topos* de los números puede subsumirse en esta regla conclusiva: si los números avalan un determinado *topos*, deberá realizarse, o no realizarse, una acción concreta. Este *topos* puede volverse falaz si se lo rela-

ciona incorrectamente con supuestas mayorías que no hayan sido verificadas empíricamente.

El significado del *topos* de la legalidad o *topos* del derecho puede condensarse en la siguiente cláusula condicional: si una ley, u otra norma codificada, prescribe o prohíbe una específica acción politicoadministrativa, la acción deberá realizarse o no realizarse. La utilización de este *topos* queda institucionalizada en las variedades discursivas politicoadministrativas como las denegaciones de las solicitudes de permisos de residencia (véase van Leeuwen y Wodak, 1999).

El *topos* de la historia puede describirse de la siguiente forma: dado que la historia nos enseña que las acciones concretas tienen consecuencias concretas, deberemos realizar, o no realizar, una determinada acción en una determinada situación (supuestamente) comparable con el ejemplo histórico al que hayamos hecho referencia. Un concreto subtipo de este esquema argumentativo es el ciceroniano *topos* de la *historia magistra vitæ*, de la «historia como maestra de la vida», o fuente de lecciones (véase Wodak *et al.*, 1998, págs. 205-207).

El *topos* de la cultura se basa en el siguiente esquema argumentativo: dado que la cultura de un grupo concreto o un pueblo es como es, surgen problemas específicos en situaciones específicas. Este *topos* ha sido utilizado por Jörg Haider, el antiguo dirigente del Partido de la Libertad, quien lo combinaba con el *topos* del peligro al decir, en un alegato, que «El mayor daño que uno puede hacer a un pueblo es poner en peligro, por negligencia, la identidad, la herencia cultural y las oportunidades de sus jóvenes. Por esa razón hemos presentado la propuesta "Austria primero". Con el fin de garantizar el derecho de los austríacos a una patria».[6]

El último *topos* que hemos de mencionar en esta sección, el *topos* del abuso, profusamente utilizado en la campaña en favor de la propuesta, puede explicarse mediante la siguiente regla conclusiva: si un derecho o una oferta de ayuda es abusivo, el derecho deberá cambiarse, o tendrá que cancelarse la ayuda, o deberán adoptarse medidas contra el abuso. Los políticos de derechas recurren a este *topos* cuando argumentan en favor de una restricción del asilo político basada en un supuesto abuso de la ley de asilo. El *topos* del abuso se emplea también cuando los políticos que son hostiles a los extranjeros solicitan un cambio en la ley que regula la seguridad social, realizando el intento de fundamentar esta solicitud en la acusación de que los extranjeros explotan el sistema del bienestar o el sistema de la seguridad social del Estado en el que están trabajando o en

el que han trabajado. El punto 10 de la propuesta «Austria primero» y varios párrafos de su explicación se basan en este *topos*.

La propuesta «Austria primero»

El contexto histórico. La necesidad de la etnografía. Llegados a este punto, comenzaré realizando unas cuantas observaciones contextualizadoras sobre la historia del FPÖ. En 1949, tras la Segunda Guerra Mundial, los liberales de marcada tendencia nacional alemana y carentes de tradición liberal clásica (véase Bailer-Galanda y Neugebauer, 1993, pág. 326) que se sintieron incapaces de apoyar al SPÖ o al ÖVP fundaron el VDU (*Verband der Unabhängigen* –«Asociación de los Independientes»–), partido que se convirtió en un refugio electoral para muchos de los antiguos nazis austríacos. El FPÖ, fundado en 1956, fue el partido que sucedió al VDU, conservando un explícito vínculo con la «comunidad cultural alemana». Por consiguiente, en toda su historia, que tiene ya más de 40 años, el FPÖ nunca ha sido un partido liberal en el sentido europeo, pese a que siempre hayan existido tensiones entre los miembros más liberales y más conservadores del partido. En 1986, Haider fue elegido líder del partido, quitándole el puesto a Norbert Steger, un dirigente liberal. Desde 1986, el FPÖ ha venido aumentando considerablemente su número de votos, y para octubre de 1999 había alcanzado ya el 26,91 por ciento de todos los votos emitidos en Austria (1.244.087 votantes). En 1993, la política de partido y la política general del FPÖ fue contraria a los extranjeros, contraria a la Unión Europea, y fundamentalmente populista, similar a la del partido de Le Pen en Francia. A partir del verano de 1995, el FPÖ deja de subrayar la estrecha relación existente entre las comunidades culturales austríaca y alemana, ya que los sondeos de opinión demostraron que la mayoría de los ciudadanos austríacos no aceptaba ya esa definición de sí misma. En el otoño de 1997, el FPÖ presentó un nuevo programa de partido, que, en su calculada ambivalencia, subrayaba los valores cristianos. En la actualidad, el FPÖ es el mayor partido de derechas de Europa occidental (para una mayor información sobre el FPÖ, véanse, entre otras, las siguientes obras: Scharsach, 1992; Scharsach y Kuch, 2000; DöW, 1993; Mitten, 1994; Bailer-Galanda y Neugebauer, 1997; Grünalternative Jugend, 1998). El FPÖ, más que cualquier otro partido austríaco, ha utilizado un tono xenófobo para la adopción de medidas políticas internas en Austria, y, durante una

década, ha obtenido réditos electorales, prácticamente siempre, sembrando incertidumbre e irracionales ansiedades xenófobas, que, por diferentes razones, eran y son bien recibidas, cuando no entusiásticamente adoptadas, por un considerable número de votantes. Desde el 4 de febrero de 2000, el FPÖ es parte integrante del gobierno austríaco, y ha formado coalición con el conservador ÖVP. Este desarrollo de los acontecimientos generó una importante agitación a escala internacional y nacional, y ha sido causa de sanciones por parte de los otros 14 Estados miembros de la Unión Europea (véase Wodak, 2000a, b para más detalles).

Para aplicar nuestro modelo teórico de cuatro planos y tratar de explicar el éxito del FPÖ en las elecciones del 3 de octubre de 1999 es preciso recurrir a varias teorías de rango medio. De este modo podemos interpretar textos específicos generados por el FPÖ, así como el debate público sobre los eslóganes, el programa del FPÖ y el programa de la coalición del nuevo gobierno (formado por el FPÖ y el ÖVP a partir del 4 de febrero de 2000). Esto incluye teorías sobre el populismo, teorías sobre cómo contemporizar con el pasado nazi de Austria, teorías sobre la transición del Estado de bienestar social a las economías neoliberales, y, por último, teorías sobre el auge del racismo en la era de la globalización. Debido a cuestiones de espacio, y debido también al enfoque metodológico de este capítulo, me limitaré a resumir los resultados de este tipo de enfoque teorético en el siguiente diagrama (véase la figura 4.4.), remitiendo al lector a Wodak (2000b), que ejemplifica nuestro programa de investigación en el ACD con un enfoque sobre construcción teórica e interdisciplinariedad relacionado con las cuestiones que plantea aquí la investigación (y basado en la etnografía, el trabajo de equipo y una amplia investigación en la literatura, así como en el análisis de textos).

La aplicación del modelo discursivo: el segundo paso –una vez proporcionada la información relativa al trasfondo histórico que resulta necesario para entender el objeto sometido a investigación y definido en su extensión por los temas del propio texto, así como por el debate público sobre la propuesta y las alusiones que ese debate genera– consiste en tratar de aplicar el modelo discursivo que hemos presentado más arriba al específico discurso populista austríaco de 1993. En este modelo, los subtemas que marcan los discursos públicos se recopilan por medio de las exploraciones etnográficas y de los análisis de las múltiples variedades discursivas (medios de comunicación, consignas, programas de partido, etcétera, véase Reisigl y Wodak, 2001, capítulo 4, para más detalles).

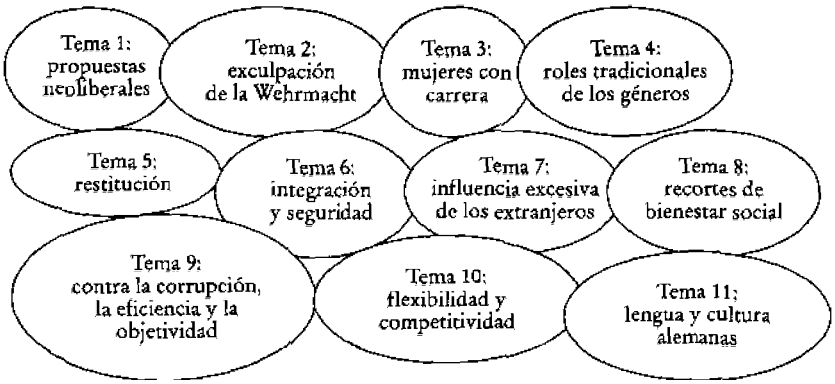

FIGURA 4.4. *Temas que aborda el FPÖ.*

La maniobra estratégica populista consistente en lanzar la propuesta «Austria primero» fue simplemente un paso particularmente drástico de la política del FPÖ destinado a fomentar emociones hostiles contra concretos grupos de extranjeros. Este paso ejerció un impacto en las seis áreas principales de la acción política que distinguíamos más arriba: las áreas de la legislación, del desarrollo de una opinión informada en el interior del partido, de la formación de la opinión pública, de la propaganda política, de la administración política y del control político.

En conjunto, el discurso sobre la propuesta «Austria primero», o propuesta «contra los extranjeros», operó principalmente en estos campos de actividad política y en torno a los temas y las variedades discursivas que presenta la figura 4.5.

Ilustraremos ahora brevemente la noción de interdiscursividad con un ejemplo construido, pero plausible, que muestra las relaciones seleccionadas, potenciales, interdiscursivas e intertextuales que existen entre el discurso austríaco sobre la propuesta «Austria primero» y el discurso austríaco sobre la «seguridad nacional» (véase la figura 4.6. y también Reisigl y Wodak, 2001 para los detalles).

Los dos discursos se superponen en parte, y esto queda simbolizado en la figura 4.6. por dos grandes elipses que se superponen parcialmente. Los dos textos específicos que hemos seleccionado de todo el discurso sobre la propuesta son el texto de la propia propuesta y el texto de un discurso pronunciado por Jörg Haider durante la campaña en favor de la propuesta. El texto de la propuesta «Austria primero» puede adscribirse al tipo político de la «propuesta de referéndum», y se sitúa

fundamentalmente en el área del control político. El texto del discurso de Haider puede considerarse como una mezcla híbrida que contiene elementos tanto de un discurso electoral como de una conversación de taberna. Una vez presupuesto esto, hemos de decir que se ubica en primer lugar en el ámbito de la publicidad o la propaganda política, pero, además, también en los ámbitos del control político y de la formación de la opinión pública. Este texto podría haber sido redactado después del texto de la propia propuesta, y puede referirse explícitamente al conjunto del texto de la propuesta (como se indica mediante la doble flecha de puntos) mediante, por ejemplo, una expresión del tipo «como pedimos en nuestra propuesta», o, simplemente, compartiendo algunos temas con el texto de la propuesta, aunque sin mencionar explícitamente la propuesta (como indican las intersecciones de las pequeñas elipses). Otra posibilidad es que se refiera explícitamente a temas concretos estipulados en el texto de la propuesta mediante una expresión del tipo «tal como mencionábamos, en calidad de tema central, en el punto 2 de la propuesta» (como indican las flechas de trazo continuo y acodado). Asumamos además que este texto hace extensa referencia a cuestiones relacionadas con el tema de la «seguridad nacional». Si tal es el caso, pertenecerá también al discurso político sobre la «seguridad nacional». En este segundo discurso intervienen otros muchos textos, entre los que cabe incluir la variedad discursiva propia de los informes ministeriales, como el informe específico sobre seguridad emitido por el Ministerio del Interior. Tal como se indica mediante la doble flecha de puntos, este texto puede estar intertextualmente relacionado con el texto de la propuesta. Puede, por ejemplo, verificar esta relación nombrando explícitamente el texto general de la propuesta, o superponiendo temáticamente los dos textos sin hacer ninguna referencia explícita. Por razones de claridad y de comprensión, esta relación intertextual no ha quedado específicamente indicada en la figura 4.6. más arriba, como ocurriría si existiesen pequeñas elipses superpuestas. Un ejemplo de esto sería una elipse que representase el tema de la seguridad nacional interna mencionado en el informe y que se solapase con las elipses que contienen los temas de la «inmigración ilegal» y de la «expulsión de los extranjeros ilegales». La relación intertextual también puede quedar establecida por efecto de la explícita referencia temática a determinados temas de la propuesta. Un ejemplo de esto podría ser la referencia del informe a las peticiones realizadas en los puntos 4 y 11 de la propuesta,

Ámbitos de acción					Ámbitos de control
Procedimiento político de legislación	**Formación de la opinión pública y autopresentación**	**Desarrollo de una opinión informada en el interior del partido**	**Publicidad, comercialización y propaganda políticas**	**Administración y ejecución política**	**Administración y ejecución política**
Variedades discursivas					
• ley de extranjería • ley de asilo • normativa de ayuda al refugiado • normativa de residencia • declaraciones e intervenciones de los miembros del Parlamento • informes y recomendaciones del subcomité parlamentario • proyectos de ley • enmiendas	• comunicados de prensa • ruedas de prensa • entrevistas • estudios demográficos y encuestas de opinión • publicaciones en prensa (reportajes, comentarios, columnas, etcétera) • cartas al director • alegatos y comentarios de los miembros del Parlamento • declaraciones de los ministros • libros escritos por políticos	• programa de partido presentado por el FPÖ	• publicidad a favor y en contra de la propuesta • declaraciones, coloquios y consignas que se producen durante la campaña • avisos • carteles • folletos electorales • buzoneos directos • anuncios • hojas volanderas	• decisiones (de aprobación o de rechazo: asilo/estancia/trabajo) • informe sobre el cumplimiento de las leyes de extranjería • respuestas del gobierno	• «propuesta [de referéndum] sobre los extranjeros» • fundamentos de la propuesta • preguntas en sede parlamentaria • declaraciones e intervenciones de los miembros del Parlamento • comunicados de prensa, ruedas de prensa, declaraciones, intervenciones de ONGs, organizaciones de derechos humanos, etcétera

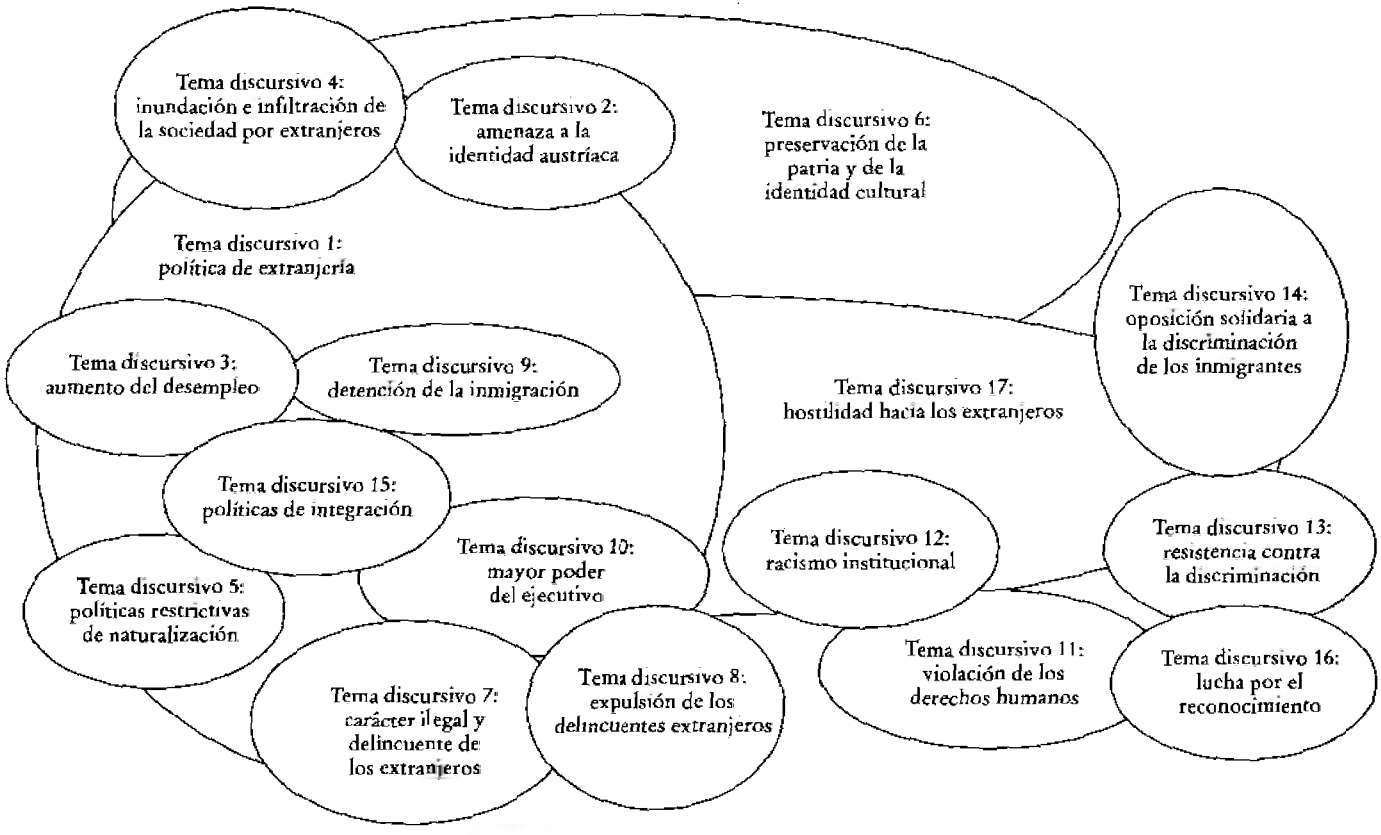

FIGURA 4.5. *El discurso sobre la propuesta «Austria primero» en los años 1992 y 1993.*

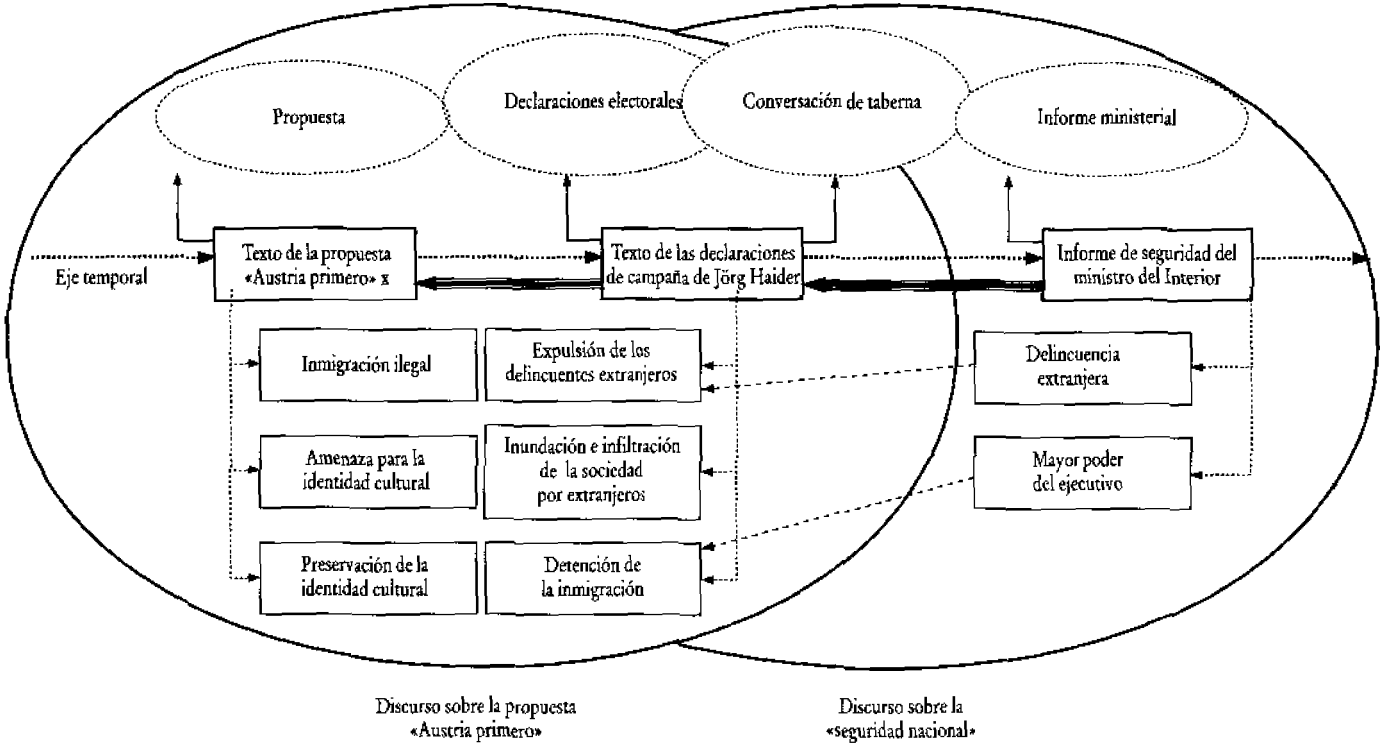

FIGURA 4.6. *Relaciones interdiscursivas e intertextuales entre el discurso sobre la propuesta «Austria primero» y el discurso sobre la «seguridad nacional».*

en los cuales el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) solicita un incremento de los poderes ejecutivos (punto 4), la creación de la base legal que permita la posibilidad de una expulsión inmediata y la imposición de vetos a la residencia para los delincuentes extranjeros (véase más abajo). Podemos plantear la hipótesis de que el informe ministerial se refiere a estos dos temas y señala que estas peticiones ya se encuentran satisfechas por la política oficial del gobierno austríaco. Por último, podemos asumir que puede existir una explícita relación intertextual o interdiscursiva entre el tema del informe que habla de la «delincuencia extranjera» y el discurso sobre la propuesta «Austria primero» (tal como indica la flecha que va desde la pequeña elipse que simboliza el tema de la «delincuencia extranjera» a la gran elipse que indica el conjunto del discurso sobre la propuesta del FPÖ). Esto se aplicaría si, por ejemplo, el informe nos dijera que en el debate público sobre la propuesta se habían reproducido muchos de los prejuicios sobre una «delincuencia extranjera» supuestamente elevada, y que esos prejuicios se ven refutados por las estadísticas de delincuencia contenidas en el informe (véase Reisigl y Wodak, 2000, para más detalles).

La propuesta. El siguiente paso en nuestra metodología requiere una descripción de la variedad discursiva investigada así como el necesario trasfondo de información sobre esta particular variedad discursiva, el de una propuesta planteada durante la segunda república austríaca.

Según el artículo 41 de la constitución austríaca, el Parlamento tiene la obligación de examinar y votar cualquier propuesta que reúna al menos cien mil firmas. A diferencia de lo que se estipula en otros lugares para las propuestas, el artículo 41 de la constitución austríaca sólo exige que el Parlamento examine la propuesta, que debe adoptar la forma de un borrador de ley.

En octubre de 1992, después de que el gobierno austríaco, integrado entonces por una gran coalición entre el ÖVP y el SPÖ, hubiese rechazado el ultimátum lanzado por Haider para que se adoptase el programa sobre inmigración del FPÖ, su partido inició una campaña de apoyo a la propuesta con el fin de doblegar la voluntad del gobierno. Al principio, Haider estaba convencido de que conseguiría respaldar la propuesta con un millón de firmas (*Neue Kronen Zeitung*, 4 de noviembre de 1992). Poco a poco, esta cifra fue cayendo a medida que el FPÖ iba tomando conciencia de que se estaba constituyendo una oposición de gran envergadura contra el sen-

timiento xenófobo: el 14 de enero de 1993, se consideró que la obtención de 500.000 firmas constituiría un éxito total (*Täglich Alles*). El 15 de enero de 1993, Haider habló de más de 500.000 firmas (*Standard*). El 26 de enero de 1993, la cifra ascendió a 750.000; el 30 de enero, Haider afirmó explícitamente que cualquier cifra inferior al medio millón sería un fracaso (*Täglich Alles*), y el 1 de febrero de 1993, dijo que 780.000 firmas constituirían un rotundo éxito. La ingente campaña propagandística contra la petición cosechó dividendos políticos: pese a que las 417.278 firmas recogidas –lo que representaba aproximadamente un 7 por ciento del censo electoral– superaba con creces el mínimo exigido de 100.000, el número quedó muy por debajo de las profecías y especulaciones del FPÖ, e igualmente muy lejos de los votos que el FPÖ había recibido en las elecciones generales más recientes (es decir, 782.648 votos, o el 16,6 por ciento), quedando también muy por debajo de los 700.000 votos que el FPÖ había predicho (internamente) que obtendría (*Standard*, 2 de febrero de 1993).

Insertamos el texto de la propuesta, traducido al español, en el siguiente cuadro:

TÍTULO: PROPUESTA «AUSTRIA PRIMERO»

Subtítulo: mediante la adopción de medidas legales que garanticen de forma permanente el derecho a una patria para todos los ciudadanos austríacos, medidas que, desde este punto de vista, puedan asegurar una política restrictiva de inmigración en Austria.

1. La adopción de una ley nacional que fundamente el siguiente objetivo de regulación nacional (*Staatszielbestimmung*): «Austria no es un país de inmigración» en el derecho constitucional federal de 1920 (versión de 1929).
2. Normalización legal de la detención de la inmigración hasta que la cuestión de la inmigración ilegal quede satisfactoriamente resuelta, hasta que se elimine la escasez de viviendas, hasta que se reduzca el desempleo al 5 por ciento, junto con la adopción de medidas legales que garanticen que, en el futuro, la vivienda de protección oficial se concederá únicamente a los ciudadanos austríacos, en la medida en que esto no esté prohibido por los acuerdos y las normas internacionales.
3. La adopción de una ley federal que establezca el requisito de un registro general de los trabajadores extranjeros en el lugar en el que se ubi-

que su puesto de trabajo, con lo que el permiso de trabajo y la solicitud del seguro social serán requisitos previos para la obtención de un carné de identidad.

4. Un aumento de los poderes ejecutivos (en particular en lo referente a la policía encargada de asuntos de extranjería y delincuencia), lo que incluye una mejora en su remuneración y equipamiento para la detención de los inmigrantes ilegales y para una mayor eficacia en la lucha contra la delincuencia, en particular contra la delincuencia organizada.
5. La adopción de una ley federal para la creación inmediata de tropas fronterizas permanentes (aduanas, gendarmería), que sustituyan a las tropas del ejército federal.
6. La adopción de una ley federal para cambiar la ley que rige la organización de los colegios, de modo que la proporción de alumnos en los cursos de la enseñanza obligatoria y no obligatoria cuya lengua materna no sea el alemán quede limitado al 30 por ciento; allí donde el porcentaje de los niños cuya lengua materna no sea el alemán se muestre superior al 30 por ciento deberán organizarse clases regulares para extranjeros.
7. Relajar la tensión existente en la situación escolar haciendo que únicamente los niños cuya lengua materna no sea el alemán pero posean un conocimiento suficiente de alemán (clases preparatorias) participen en las clases regulares.
8. La creación de una normativa en la ley de partidos que garantice que sólo los ciudadanos austríacos puedan participar en los procesos de elecciones primarias internas de los partidos, que son las que confeccionan las listas para las elecciones generales a los organismos representativos ordinarios.
9. La adopción de una ley federal para restringir la práctica de la concesión prematura de la ciudadanía.
10. La adopción de una ley federal para poner fin a las actividades ilegales (como, por ejemplo, en asociaciones y clubes de extranjeros), junto con el establecimiento de medidas rigurosas contra el abuso de los beneficios sociales.
11. La creación de una base legal que permita la inmediata deportación de los extranjeros delincuentes, así como la imposición de vetos de residencia para los mismos.
12. La adopción de una ley federal para crear una fundación para la Europa del Este que evite los movimientos migratorios.

El análisis. A continuación viene el análisis de las categorías definidas más arriba, un análisis que se centra en particular en la utilización de los *topoi*. No obstante, aplicaremos otras categorías cuando sea necesario. El análisis es secuencial, esto es, avanza cláusula por cláusula, detectando simultáneamente todas las características destacadas, y no se aplica –cosa que también resultaría posible hacer– primero a una categoría y luego a otra a lo largo de todo el texto. Esto queda justificado por la coherencia y la estructura cohesiva del texto, que utiliza todas las estrategias lingüísticas y las mezcla unas con otras. La interpretación también ha de hacer uso de las teorías mencionadas más arriba. Debido a que nuestra definición comprende el significado textual como aquel que viene determinado por el uso, no tendría sentido tener en cuenta la apariencia de ciertas categorías, dado que el significado y la estructura de todo el texto no sería tenida en cuenta en ese aspecto (pese a que determinadas frecuencias específicas tendrían ciertamente alguna relevancia). En lo que sigue, deconstruiré detalladamente la primera oración; el resto del análisis textual consistirá en el fluir de la totalidad del argumento y de la interpretación.

Ya el título de la propuesta –«Austria primero»– presupone que podrían existir puntos de vista alternativos que tuviesen los elementos «después» o «al final» como atributos o predicados. La elíptica y expresiva demanda implica que Austria –que, metonímicamente, sustituye a «los austríacos»– ha de tener prioridad respecto de otros países (lo que, metonímicamente, implica a los «no austríacos») y que los políticos del gobierno descuidan los intereses del país y de su pueblo. Esta consigna, que también fue utilizada en 1994 por el FPÖ en su campaña contra el ingreso de Austria en la Unión Europea, e incluso en época más reciente, en una campaña política contra el cambio de la moneda nacional al euro, construye la percepción –desde el mismo comienzo del texto– de que el FPÖ es el partido que se preocupa por los intereses del país, mientras, simultáneamente, divide estratégicamente al electorado en «buenos» austríacos patriotas que aman al país, y «malos» austríacos antipatrióticos que no conceden a Austria y a los austríacos un trato preferente. (Esto implica ya un análisis del actor, ya que es preciso aplicar determinadas referencias estratégicas; además, las teorías sobre la propaganda populista concuerdan con dicha interpretación.) La génesis de este título y el desarrollo diacrónico ilustran la dimensión histórica de nuestro programa de investigación. Además, el principio de esta propuesta, que arranca con la construcción de dos importantes grupos de «nosotros» y «ellos» hace

destacar nuestro marco general de semejanza y diferencia, y es característico del discurso político, y en particular de los discursos de discriminación.

El subtítulo justifica y elabora los objetivos de la propuesta: se necesitan medidas legales que garanticen el «derecho a una patria o un hogar» para todos los ciudadanos austríacos y que también garanticen una política de inmigración restrictiva. La valorativa, polisémica y, con mucha frecuencia, geográficamente ubicada noción de «patria/hogar» (*Heimat*) posee unas connotaciones mucho más emocionales –y no es lo menos importante que ya ejerciera su efecto antes de la época nazi y durante ella– y, para los concretos destinatarios conservadores a quienes va dirigido el escrito, resulta mucho más evocadora e inductora de solidaridad que los términos «nación» o «Estado». De este modo, una vez más, nos centramos en estrategias referenciales y predicativas en este punto del análisis. El término «*Heimat*» es utilizado principalmente por los nacionalistas alemanes o por las personas muy tradicionalistas que se perciben «arraigadas al terruño» y que respaldan una noción de nación definida de forma cultural y étnica, una noción que en el caso de los nacionalistas pangermanistas coincide con una especie de nación asimilable a la «Gran Alemania». Aproximadamente desde 1995, el Partido del Pueblo Austríaco y su antiguo vicecanciller, Erhard Busek, vienen adoptando y destacando con frecuencia el altamente valorado término de *Heimat*. El presidente de la República, Thomas Klestil, utiliza este término muy a menudo en sus declaraciones con el fin de halagar los sentimientos de la identidad nacional austríaca.

El subtítulo menciona al primer grupo de actores sociales cuya existencia no aparece indicada por medio de una referencia metonímica. ¿Pero, quiénes son esos «ciudadanos austríacos», el primer grupo de actores sociales lingüísticamente construidos como beneficiarios? ¿Son todos aquellos que posean la ciudadanía austríaca, lo que también se aplica a las minorías étnicas y a los «trabajadores invitados» que hayan vivido en Austria durante más de diez años, o son sólo los austríacos de habla alemana? Pese a que en lugar alguno se restringe explícitamente la aplicación del término a la comunidad de habla alemana, y a pesar de que este politónimo parece referirse únicamente a un grupo de personas en términos de la posesión de la ciudadanía y de la asignación de los asociados derechos y deberes políticos, esta asunción restrictiva puede inferirse del resto de la propuesta (puntos 6 y 7), en la que el conocimiento de

la lengua alemana como lengua materna se subraya en tanto que característica distintiva de los niños que, en edad escolar, pertenecen al grupo de «los austríacos». Se presupone que estas medidas van dirigidas contra los hijos de los «extranjeros» que, según se dice, no tengan como lengua materna el alemán –pese a que esto sea claramente incierto en el caso de los niños en edad escolar que pertenezcan a la segunda o a la tercera generación de inmigrantes–. En este punto, la importancia de la intertextualidad, de las relaciones con otros textos, aparece con claridad. También se observa claramente que ha de considerarse que la totalidad del texto debe tener la capacidad de interpretar las ocurrencias singulares. ¿Y qué significa «restrictiva»? Obviamente, esto constituye –teniendo en cuenta los 12 puntos de la propuesta– un eufemismo para no decir «de lo más restrictiva», ya que el FPÖ hace un llamamiento para una «detención de la inmigración», al menos temporalmente. Esta utilización de un lenguaje atenuado forma parte de la positiva imagen propia que cultiva el FPÖ, y puede haber sido concebida para tratar de conseguir que incluso los votantes del centro político firmen la propuesta. Esta interpretación utiliza otras variedades discursivas y otros textos, y también hace referencia a otros discursos del debate público austríaco.

Resumiendo el análisis de estas primeras cláusulas, la simultaneidad de teoría, categorías, intertextualidad e interdiscursividad resulta patente. En estas primeras cláusulas, encontramos principalmente estrategias referenciales y predicativas, aunque el análisis de los actores también resulte relevante, como sucede con algunas características del análisis de transitividad de Halliday. Sería imposible aprehender el significado de estas unidades sin la información contextual, el conocimiento de la historia del FPÖ, la etnografía y la investigación de otras variedades discursivas, y sin las teorías sobre la propaganda populista de derechas en el específico contexto austríaco.

A continuación desarrollaremos con mayor brevedad el resto del análisis. Las suposiciones subyacentes aparecen con toda claridad tan pronto como se lee la primera propuesta: «Austria no es un país de inmigración» es algo que podría afirmarse en la constitución misma. Tal como afirma Mitten (1994, págs. 29-30), «su disposición inicial [...] no sólo era demagógica, sino que también constituía un completo sinsentido. Según han mostrado los estudios de los demógrafos austríacos Heinz Fassmann y Rainer Münz, Austria ha sido siempre un país de inmigración y emigración», y la población y la economía se estancarían y

declinarían si no hubiese inmigración (Fassmann y Münz, 1992, 1996; Fassmann *et al.*, 1997). Llegados a este punto del análisis, vuelve a verse con toda claridad que es preciso incluir la información de fondo.

Excepto por la presencia de una retórica más polémica, los puntos 2, 3, 4, 8 y 12 de la propuesta no se apartan de manera significativa de las políticas gubernamentales austríacas. Es decir, ciertas demandas de la propuesta –como la de obligar a los trabajadores extranjeros a mostrar documentos de identidad en su lugar de trabajo (punto 3), la de aumentar los efectivos y los sueldos de la policía (punto 4), la de negar derechos electorales a los extranjeros residentes legalizados (punto 8), o la de crear una fundación para la Europa del Este, con el fin de que se desincentive de este modo la inmigración (punto 12)– reproducían en gran medida las políticas que proyectaba poner en marcha el gobierno, o recogían propuestas que ya estaban siendo consideradas por el gobierno. En términos generales, la principal divergencia del gobierno respecto de las prácticas discursivas y la instigación del populismo que realiza la oposición del FPÖ reside en el estilo. La única medida que parece improbable que pudiese ser formulada por los políticos del gobierno es la implícita en una demanda tan extrema como la de la «normalización legal de la detención de la inmigración hasta que la cuestión de la cuestión extranjera ilegal [*sic*] quede satisfactoriamente resuelta». En lo que a esta formulación respecta, es preciso hacer al menos dos observaciones. En primer lugar, la fórmula de la «cuestión extranjera ilegal» parece ambigua, cuando no gramaticalmente incorrecta. Entendida de forma literal, permite una interpretación que significa casi lo opuesto de lo que los autores de la propuesta trataban de expresar. En tal caso, el párrafo no puede seguir resumiéndose con la expresión «la cuestión de los extranjeros ilegales», con lo cual aún sigue quedando poco claro qué es lo que significa «ilegales», pese a que los puntos 3, 4, 10 y 11 indican varias interpretaciones posibles. Además, la formulación vuelve a señalar y a cuestionar el modo en que el FPÖ «plantea la cuestión extranjera», lo que quiere decir que el FPÖ, al sugerir una «cuestión extranjera», o un «problema extranjero», se sitúa a sí mismo fuera del marco legal. En segundo lugar, el término «satisfactoriamente» deja la puerta abierta a distintas interpretaciones, y surge la cuestión de quién deberá determinar cuándo son satisfactorias esas soluciones. Los respectivos actores no se mencionan, pero existe la clara implicación de que se trataría del FPÖ y de sus seguidores.

A continuación nos ocupamos del análisis de los actores. En general, los actores que están construidos de forma implícita o explícita a lo largo de todo el texto mediante referencias y predicados pueden incluirse en dos grupos. Por un lado, están los inmigrantes (un acciónimo espacializador), los extranjeros o los extraños ilegales (dos delincuentónimos que presuponen el prejuicio de que los «extranjeros son delincuentes»), los trabajadores extranjeros (un econónimo relacionado con el prejuicio y la sospecha de que los extranjeros se hallan implicados en trabajos ilícitos), los extranjeros o extraños que desarrollan actividades ligadas a la delincuencia organizada (de nuevo una criminación fruto del prejuicio), los hijos de los extranjeros, que hablan una lengua materna no alemana (una identificación referencial y predicativa verificada en términos de lingüificación negativa), los clubes de extranjeros (una «organizacionalización» colectivizadora), los extraños que realizan trabajos ilícitos (una criminación vinculada a la economía), los extraños que abusan del sistema de bienestar social (una criminación que reproduce el prejuicio de que «los extranjeros son parásitos sociales»), los no nacionales que han sido naturalizados prematuramente (un cuestionamiento politizador de los derechos políticos), junto con los delincuentes y los perpetradores extranjeros (de nuevo, dos delincuentónimos). De este modo, en el conjunto del texto, el otro recibe una connotación negativa ya en la propia elección léxica. En este sentido, quisiera subrayar de paso que por «extranjeros» y «extraños» ha de entenderse principalmente «nacionales de terceros países». Por otro lado, están los ciudadanos austríacos (el ya mencionado politónimo), los candidatos electorales austríacos (un politónimo accionalizador), las fuerzas de seguridad austríacas, esto es, estrictamente hablando, la policía y las autoridades de aduanas (politónimos «ejecucionalizadores») y el ejército austríaco (un militarónimo). Este dicotómico cuadro en blanco y negro construye implícita y explícitamente un mundo escindido en dos e insinúa la existencia de una frontera bastante clara entre un mundo austríaco de «ley y orden» y un mundo no austríaco de «delito y desorden». Los extranjeros son presentados como extraños que son ilegales y delincuentes y que no hablan ni entienden el alemán. La extraterritorialización referencial conseguida mediante el expediente de nombrarlos *Ausländerinnen* (extranjeros) se amplía aquí mediante la emisión de predicados que contienen prejuicios y mediante la argumentación discriminatoria –hasta el punto de que podría llegarse a la conclusión de que «extranjeros», esto es, y principalmente, «nacionales de ter-

ceros países», son aquellas personas que el FPÖ no quiere que vivan en Austria.

Existen párrafos en la propuesta y en su lógica cuyo carácter polémico no es sólo retórico, sino que posee también una naturaleza explícitamente racista, o que, cuando menos, adjudica una significación étnica a los problemas sociales cuyas causas sociales y políticas quedan fuera del alcance de la influencia de los «extranjeros». En este punto, podemos referirnos al análisis de la argumentación y aplicar las categorías de los *topoi* definidas más arriba. El punto 6 –que descansa en una mezcla del *topos* de carga con el *topos* de amenaza y el *topos* de cultura– solicita la segregación de los niños en edad escolar en función de cuál sea su conocimiento del alemán. Esto no sólo contradice los acuerdos internacionales, sino que introduciría un criterio étnico discriminatorio en el sistema escolar. Esto significa, ha de señalarse, que los niños no son directamente juzgados en virtud de su dominio del alemán, sino únicamente en función de su lengua materna.

Otras disposiciones discriminadoras, como la de relacionar el desempleo y la escasez de vivienda con el «problema extranjero», es una clara muestra de cómo la propuesta ofrece explicaciones para problemas que carecen de relación causal con la presencia de extranjeros en Austria. En los discursos discriminatorios contra los «extranjeros» –sean éstos quienes sean– que se observan en muchos países de Europa occidental se emplean *topoi* de consecuencia y argumentos *ad consequentiam* de similar carácter falaz.

El punto 9, la contención de la «prematura concesión de la ciudadanía», se halla, una vez más, abierto a muchas interpretaciones. ¿Cuándo es «prematura» la naturalización y cuándo ha de considerarse legalmente aceptable su concesión? En vista del hecho de que Austria, en la época en que se realizaba la campaña de promoción de la propuesta, tenía ya una de las leyes de ciudadanía más restrictivas de Europa, semejante pretensión muestra la orientación derechista del FPÖ y la expone a una luz aún más alarmante.

El punto 10 manifiesta abiertamente una hostilidad hacia los extranjeros fruto del prejuicio, y lo hace mediante un *topos* de amenaza y un *topos* de abuso. Por un lado, los «clubes de extranjeros» se consideran ilegales y amenazadores para la economía «austríaca». Por otro lado, los «extranjeros» aparecen descritos como abusadores del sistema de bienestar austríaco. Existen buenas razones para asumir que una de las motivaciones básicas de esta demanda –que roza la violación del derecho básico de la libertad de asociación– es el miedo del FPÖ a una sociedad multicultural.

El punto 11 pide el establecimiento de instrumentos legales que permitan la inmediata deportación de los extranjeros delincuentes. La supuesta ecuación de «ilegalidad» y «delincuencia» omite con claridad el hecho de que, desde el punto de vista que pone los derechos humanos por encima de los derechos de un Estado-nación, la aplicación literal de una ley muy restrictiva e inhumana puede significar la comisión de una grave injusticia carente de legitimidad.

El punto 12 demanda la inversión de fondos destinados a la Europa del Este con el fin de evitar la inmigración como tal. Esta demanda parece ser la fina capa de democracia que recubre la «propuesta contra los extranjeros». Con todo, no consigue enmascarar las principales exigencias de discriminación que contiene la propuesta.

El FPÖ hizo circular un folleto que contenía la lógica oficial que explicaba las 12 demandas de la propuesta (véase Reisigl y Wodak, 2001, capítulo 4). El análisis intertextual que compara los dos textos hace que parte de la ambigüedad y muchas de las posibles lecturas de unas cuantas cláusulas textuales se vuelva claro y distinto. Este análisis, aplicado a otros textos relacionados que pertenezcan a otras variedades discursivas, ofrece importantes pruebas de algunas de las interpretaciones, y este enfoque es el que debe seguirse siempre que sea posible. Además, de este modo pueden construirse las cadenas textuales de algunos argumentos y analizar la recontextualización, como ya hemos propuesto en nuestro programa de investigación. Aquí resumiré simplemente algunas cuestiones relevantes del análisis intertextual.

Con frecuencia, el FPÖ mezclaba en su argumentación el *topos* de carga con el *topos* de amenaza, y esto también puede encontrarse en la explicación del punto 2 de la propuesta:

> Un Estado sometido a la primacía del derecho no puede aceptar este tipo de condiciones. Los problemas existentes en el área de la economía sumergida y los provocados por la creciente delincuencia están siendo aún más exacerbados como consecuencia del permanente aumento de «ilegales». Además, la escasez de viviendas está agudizándose rápidamente en Austria. [...] Debido a la falta de una adecuada oferta de viviendas, numerosos extranjeros también se están viendo obligados a establecer su residencia en los barrios bajos y a pagar unas cuotas de alquiler por encima de lo razonable.

Aquí, la mención de los numerosos extranjeros que se ven igualmente lastrados por los problemas de la vivienda parece concebida para lograr que la propuesta sea más aceptable, aparte del hecho de que, en este punto, lo que se hace es enfrentar a uno de los grupos de supuestos «extranjeros» con otro grupo.

En la explicación del punto 10, la inversión de la víctima y el victimario se pone de manifiesto mediante la combinación del *topos* de la amenaza de hostilidad a los «extranjeros» con el *topos* de la cultura y el *topos* del abuso. Por citar únicamente un extracto:

> De manera específica en los centros de población, sobre todo en la capital federal, Viena, los extranjeros se están reuniendo cada vez más en asociaciones y clubes. En este aspecto, sin embargo, se está produciendo un grado de abuso que va mucho más allá de las bases legales de las regulaciones del asociacionismo en Austria. Cada vez con mayor frecuencia, muchas [de estas] asociaciones y clubes adoptan la forma de establecimientos de comidas que se encuentran considerablemente lejos de satisfacer las [pertinentes] normativas empresariales, sanitarias o de construcción (ausencia de servicios, falta de horario de cierre, falta de medidas contra la generación de ruidos, prácticas prohibidas de juego, prostitución oculta, mercado negro, etcétera). Por consiguiente, se genera una irritación y un justificado disgusto entre los residentes y empresarios austríacos. Únicamente una revisión de la normativa legal, junto con el refuerzo de su cumplimiento, podrían restablecer el orden en este ámbito. En los últimos años se ha producido un incremento del abuso del bienestar social por parte de los extranjeros, lo que hace necesaria la adopción de medidas que lo contrarresten. En este contexto, los ejemplos incluyen la obtención de nuevos certificados de nacimiento, lo que permite la percepción prematura de los beneficios de la jubilación; la aparición de niños que sólo existen sobre el papel y que permiten que los [extranjeros] puedan optar a las ayudas familiares; la presentación de falsos datos domiciliarios, con el fin de añadir considerables beneficios compensatorios a las pensiones mínimas, unos beneficios que no pueden financiarse mediante pagos de contribución.

En este fragmento de texto se reproduce toda una gama de prejuicios contrarios a los extranjeros. Se consigue que los «extranjeros» se sientan culpables como consecuencia de los sentimientos negativos que los «austríacos» manifiestan hacia ellos porque son sucios (este prejuicio viene implica-

do por la indicación de que existe una «ausencia de servicios») y porque se comportan de forma extravagante, esto es, llaman la atención, hacen ruido y tienen actividades ilegales. Por consiguiente, la hostilidad hacia los «extranjeros» parece justificada. La animosidad supuestamente justificada que se menciona es el disgusto y la irritación por el hecho de que los «extranjeros» tengan hábitos culturales diferentes en su forma de cocinar, sus comidas o sus vestidos, así como por el hecho de que hagan fiestas y toquen música. En lugar de concebir esto como un enriquecimiento cultural, muchos austríacos simplemente catalogan estas diferencias como una expresión de que los «extranjeros» desean resistirse a la «integración» en la «cultura austríaca» –«integración» que, en la mayoría de los casos es un eufemismo que simplemente significa «asimilación» y «homogeneización».

Un ejemplo aún más explícito del objetivo tendente a «proteger a la cultura alemana» de una potencial «sociedad multicultural» es la explicación que nos ofrece el punto 6:

> Para un cierto número de socialistas, como el ministro de Educación, Scholten, que, como siempre, promueve la idea de una sociedad multicultural, nuestra identidad cultural carece prácticamente de valor, y de hecho es políticamente sospechosa. Esto es lo que puede leerse en los escritos oficiales del ministro de Educación. Con el fin de preservar nuestra identidad cultural, de lograr con éxito la integración de los niños cuya lengua materna no sea el alemán, de ser capaces de seguir financiando la educación, pero también de garantizar una sólida educación para nuestros hijos, la proporción de niños cuya lengua materna no sea el alemán debe limitarse aproximadamente al 30 por ciento. [...] Debido a que las autoridades educativas –que están dominadas por la gran coalición– insisten específicamente en que los niños con un dominio inadecuado del alemán, o los que no lo dominan en absoluto, han de ser inmediatamente integrados en las clases normales del sistema educativo obligatorio, el nivel educativo se está deteriorando, y se hace inevitable la aparición de dificultades para toda la comunidad educativa.

En este párrafo, el *topos* de la amenaza se mezcla con el *topos* de la carga y el *topos* de la cultura, generando el «*topos* del inminente declive de la identidad cultural austríaca».

Ya en la primera oración, se acusa al ministro socialista de Educación de descuidar «la identidad cultural austríaca» y de favorecer una identidad

multicultural. En este contexto, sólo puede estarse aludiendo a la cultura alemana. Y esta alusión se asocia siempre con los nacionalistas y los políticos alemanes que no respetan la soberanía del Estado austríaco y que aún anhelan una gran nación alemana, la unificación de Austria y Alemania. El segundo supuesto argumentativo es el de que la identidad cultural se ve amenaza por las personas que no tienen como lengua materna el alemán, en un contexto en el que se presupone que la lengua alemana constituye un elemento indispensable de la definición de la «nación austríaca». Esto pone a los niños inmigrantes en una de las dos siguientes situaciones difíciles: bien en la de verse obligados a adquirir de forma instantánea una cultura lingüística –lo que para la mayoría de los niños recién inmigrados es claramente imposible–, bien en la de verse segregados y colocados, desde el mismo principio, en una posición de gran desventaja que probablemente tendrá consecuencias que habrán de durar toda la vida.

Aquí, la implicación que realiza el FPÖ –mediante un *topos* de carga combinado con un *topos* de amenaza y un *topos* de cultura– es la de que, para los colegios austríacos, los hablantes no nativos de alemán representan una gran desventaja en la educación escolar de los niños «austríacos», una carga (porque se supone que son un estorbo para que los «niños naturales de Austria» aprendan en el colegio) y, por consiguiente, una amenaza para la «sólida educación de los niños austríacos». Desde luego, no se ha dicho qué es lo que el FPÖ entiende por «sólida educación». Y tampoco se ha dicho por qué el FPÖ asume que el 30 por ciento es el límite absoluto de personas no naturales de Alemania que ha de permitirse en un aula escolar. No se plantea el problema de qué es lo que ha de entenderse por «lengua materna», y el hecho de que un niño pueda hablar más de una lengua nativa ni siquiera se toma en consideración.

Nadie argumentaría contra el hecho de que el dominio de una lengua ayuda de hecho a todos los niños en edad escolar, pero la suposición de que el porcentaje de niños «extranjeros» en edad escolar que deban asistir a una clase guarde una correlación directa con el nivel educativo medio de la clase es una hipótesis precipitada. La afirmación de que el nivel de educación decae si hay un mayor porcentaje de niños que no hablan el alemán como lengua materna no se explica en ningún sitio ni se prueba en parte alguna. No se proporciona ninguna prueba que corrobore esta asunción guiada por los prejuicios.

En conjunto, todo el párrafo se caracteriza por estar compuesto de proposiciones declarativas que dan la impresión de que las proposicio-

nes afirmadas son fácticas y objetivas, pese a que uno busque infructuosamente alguna prueba. En cambio, la responsabilidad de muchos de los actuales problemas que existen en los colegios de nuestros días (muchos de ellos provocados por los recortes presupuestarios, por la reducción del número de profesores, por los recursos pedagógicos y por las infraestructuras educativas) es simplemente vertida sobre los «extranjeros»: han de sentirse culpables por la existencia de problemas en los que no han intervenido. Estas estrategias de chivo expiatorio se aplican a lo largo de toda la argumentación, e ilustran la existencia de unas características pautas argumentativas. De manera similar a lo que ocurría con la estrategia del *judeus ex machina* (véase Reisigl y Wodak, 2001, capítulo 3), la estrategia que aquí encontramos es la del «extranjero *ex machina*».

Resumen de conclusiones y procedimientos

Por supuesto, no es posible presentar aquí, en un breve capítulo, una aplicación por extenso del enfoque histórico del discurso, con todas sus categorías. No obstante, quisiera resumir los procedimientos más importantes que han de usarse en el análisis de textos específicos:

1. Muestras que informen sobre el cotexto y el contexto del texto (social, político, histórico, psicológico, etcétera).
2. Una vez que se ha dejado establecida la variedad discursiva y el tipo de discurso al que pertenece el texto, es preciso aportar muestras de información más etnográfica, así como establecer la interdiscursividad y la intertextualidad (textos sobre temas similares, textos con argumentos similares, macrotemas, ámbitos de acción, variedades discursivas).
3. Partiendo del problema sometido a investigación, hay que formular preguntas indagatorias precisas y explorar los ámbitos vecinos para buscar teorías explicativas y aspectos teoréticos.
4. Operacionalizar las preguntas de la investigación para obtener categorías lingüísticas.
5. Aplicar de forma secuencial estas categorías al texto, y utilizar al mismo tiempo enfoques teoréticos para interpretar los significados que resultan de las preguntas de la investigación.

6. Trazar el diagrama de contexto del texto específico y de los ámbitos de acción.
7. Realizar una interpretación general, y, al mismo tiempo, volver a las preguntas de la investigación y al problema que se investiga.

Estos pasos se dan varias veces, realizando siempre idas y venidas entre el texto, la etnografía, las teorías y el análisis. Y lo que es más importante, las decisiones que constantemente es preciso tomar y se toman, han de exponerse explícitamente y han de justificarse. La mediación entre las teorías y el análisis empírico, entre lo social y el texto, nunca se llevará totalmente a la práctica. Existe un desfase, y siempre es necesario utilizar dispositivos hermenéuticos e interpretativos para salvar ese desfase.

Para seguir leyendo

Reisigl, M. y Wodak, R., (2001), *Discourse and Discrimination*, Londres, Routledge.

Este libro presenta el enfoque histórico del discurso y su aplicación a los tres casos estudiados (el discurso antisemita, el discurso populista y el discurso racista).

Notas

1. Quisiera subrayar que toda la investigación presentada aquí ha sido desarrollada de forma conjunta con muchos colegas de Viena y otros lugares. De manera específica, quisiera mostrar mi gratitud a Rudolf De Cillia y a Richard Mitten. Los más recientes desarrollos de estos estudios y del enfoque histórico del discurso se han producido con la colaboración de Gilbert Weiss y Gertraud Benke (www.oeaw.ac.at/wittgenstein), en el centro de investigación para el «Discurso, la política, la identidad» de la Academia de Ciencias Austríaca. Este capítulo, además, incorpora debates creativos y muy valiosos entablados con Martin Reisigl, así como parte de su altamente original trabajo sobre la teoría lingüística y sus realizaciones (véase Reisigl y Wodak, 2001, capítulo 2; Reisigl, 2001; Reisigl y Wodak, 2000). El ejemplo que proporcionamos en este capítulo recibe extensa elaboración en Reisigl y Wodak (2000). Dados los requerimientos de un libro de texto, algunas de las categorías y especificidades del análisis han tenido que dejarse a un lado o simplificarse (véase Reisigl y Wodak, 2001, para una completa visión de conjunto).

2. En los últimos años, el enfoque histórico del discurso se ha visto cada vez más influenciado por otras escuelas y subdisciplinas, en especial la de la escuela británica de análisis del discurso que sigue la tradición de la lingüística sistémica funcional de Halliday (por ejemplo por Fairclough, 1989, 1992, 1995; Fowler, 1996; Hodge y Kress, 1991 y Van Leeuwen, 1993a, 1995 y 1996), por la retórica clásica y la nueva, así como por la teoría de la argumentación (por ejemplo por Toulmin, 1969; Perelman, 1976, 1980, 1994; Kopperschmidt, 1980, 1989; Kienpointer, 1992, 1996; Kindt, 1992; Wengeler, 1997), y por la «politolingüística» alemana (por ejemplo, Dieckmann, 1964, 1975, 1981; Burkhardt, 1996; Jung *et al.*, 1997; Jarren *et al.*, 1998; Klein, 1998 y Sarcinelli, 1998).

3. Véase Horkheimer y Adorno, 1991 [1944]; Marcuse, 1980; Horkheimer, 1992; Bonss y Honneth, (comps.), 1982; Benhabib, 1992; Honneth, 1989, 1990, 1994; Menke y Seel, 1993; Calhoun, 1995; Habermas, 1996, 1998.

4. Todas estas estrategias quedan ilustradas con numerosas categorías y ejemplos en Reisigl y Wodak (2001, capítulo 2). Sería imposible, debido a las restricciones de espacio, presentar todos estos dispositivos lingüísticos en este capítulo. Por consiguiente, me centraré en un *topoi* como categoría principal en los discursos discriminatorios, y me veré obligado a remitir a los lectores a otras publicaciones si quieren obtener más información sobre las otras cuatro estrategias. El análisis de la propuesta y de los discursos mediáticos relacionados con ella se encuentra ampliamente elaborado en Reisigl y Wodak (2001, capítulo 4).

5. En el original alemán dice así: «Es handelt sich hier um Leute aus Ländern, denen man die Abstammung eindeutig ansieht, und man fürchtet dadurch Rückgänge im Rahmen des Fremdenverkehrs» (extracto del periódico austríaco *Standard*, 10 de marzo de 1990).

6. El texto original dice lo siguiente: «Der ärgste Schaden, den man einem Volk zufügen kann, ist es, seine Identität, sein kulturelles Erbe, die Chancen seiner Jugend fahrlässig aufs Spiel zu setzen. Darum haben wir das Volksbegehren "Österreich zuerst" eingeleitet. Um den Österreichern ihr Recht auf Heimat zu sichern» (*Neue Freie Zeitung*, 16 de diciembre de 1992).

5

La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad

Teun A. van Dijk

En favor de la diversidad

En este capítulo formulo principios y establezco directrices prácticas para realizar un análisis crítico del discurso (ACD). No obstante, esto no significa que ofrezca un «método Van Dijk» plenamente desarrollado para realizar el ACD. No dispongo de tal método. Y tampoco encabezo ni represento a ningún «enfoque», «escuela» u otra de esas sectas académicas que tan atractivas parecen a muchos académicos. Estoy en contra de los cultos a la personalidad. No quiero que ningún colega ni estudiante me «siga»; una forma de obsequiosidad académica que encuentro incompatible con una actitud crítica.

Además, en mis muchos años de experiencia como editor de varias revistas internacionales, he observado que las colaboraciones que imitan y siguen a algún gran maestro son rara vez originales. Sin ser ecléctico, el buen saber, y en especial el buen ACD, debe integrar los mejores esfuerzos de muchas personas, famosas o no, procedentes de distintas disciplinas, países, culturas y orientaciones investigadoras. En otras palabras, el ACD debería ser esencialmente diverso y multidisciplinar.

¿Qué es el ACD?

Empezaré detallando lo que no es el ACD. El ACD no es una orientación investigadora entre otras, como la gramática TG o la lingüística sistémica, y tampoco es una subdisciplina del análisis discursivo como la psicología del discurso o el análisis conversacional. No es un método, ni una teoría que simplemente pueda aplicarse a los problemas sociales. El ACD puede realizarse en, o combinarse con, cualquier enfoque y subdisciplina de las humanidades y las ciencias sociales.

El ACD es más bien una perspectiva, crítica, sobre la realización del saber: es, por así decirlo, un análisis del discurso efectuado «con una actitud». Se centra en los problemas sociales, y en especial en el papel del discurso en la producción y en la reproducción del abuso de poder o de la dominación. Siempre que sea posible, se ocupará de estas cuestiones desde una perspectiva que sea coherente con los mejores intereses de los grupos dominados. Toma seriamente en consideración las experiencias y las opiniones de los miembros de dichos grupos, y apoya su lucha contra la desigualdad. Es decir, la investigación realizada mediante el ACD combina lo que, de forma tal vez algo pomposa, suele llamarse «solidaridad con los oprimidos» con una actitud de oposición y disidencia contra quienes abusan de los textos y las declaraciones con el fin de establecer, confirmar o legitimar su abuso de poder. A diferencia de otros muchos saberes, el ACD no niega sino que explícitamente define y defiende su propia posición sociopolítica. Es decir, el ACD expresa un sesgo, y está orgulloso de ello.

Tal como sucede en cualquier tipo de investigación, existe también un mal saber en el ACD, pero no por su sesgo. El saber sesgado no es intrínsecamente un mal saber. Al contrario, como bien conocen muchos estudiosos, en especial si son mujeres o pertenecen a alguna minoría, la investigación crítica no sólo ha de ser buena, sino de la más alta calidad, si quiere ser aceptada. Ningún saber es objeto de tan feroces ataques debido a su supuesta falta de metodología, o al hecho de ser ésta supuestamente deficiente, como el saber crítico. Especializado también en el análisis crítico (y autocrítico) del discurso del saber, el ACD reconoce desde luego la naturaleza estratégica de estas acusaciones y considera que forman parte de los complejos mecanismos de dominación, ya que principalmente constituyen un intento de marginar y volver problemática la disensión.

Debido precisamente a su combinación de saber y de responsabilidades sociales, el ACD ha de ser un saber riguroso. Sus teorías multidisciplinares deben dar cuenta de las complejidades de las relaciones entre las estructuras del discurso y las estructuras sociales. Sin un método explícito y sistemático, no es posible generar ninguna observación socialmente útil o cognitivamente fiable, y tampoco pueden realizarse descripciones válidas. En el ACD, la elaboración de teoría, la descripción, la formulación de problemas y su aplicación se encuentran íntimamente entretejidos y constituyen una mutua fuente de inspiración. Esto significa que en el ACD las teorías y los análisis no sólo deben ser elegantes o sofisticados, además de estar empíricamente fundados, sino que, enfrentados a la prueba más dura de todas –la relevancia–, han de funcionar.

Por último, el ACD debería ser accesible. El estilo esotérico es incompatible con los objetivos fundamentales de la investigación crítica, lo que significa que el análisis debe poder ser compartido por otros, en especial por los grupos dominados. El oscurantismo promueve la imitación ciega en vez de la reflexión. El ACD ha de poder enseñarse, y por consiguiente, ha de resultar comprensible. Si los estudiantes no nos comprenden, no pueden aprender de nosotros ni criticarnos. Las complejas teorizaciones y análisis no requieren de ninguna jerga abstrusa, y las intuiciones profundas no precisan de ninguna arcana formulación.

El triángulo discurso-cognición-sociedad

Siguiendo estos principios metateoréticos, yo propongo formular e ilustrar algunas de las directrices que trato de observar cuando realizo un ACD. Dada mi orientación multidisciplinar, la etiqueta general que a veces utilizo para poner en práctica mi forma de hacer ACD es la del análisis discursivo «sociocognitivo». Pese a que no me gustan las etiquetas (porque son reduccionistas y porque he variado en muchas ocasiones mi ámbito de investigación), tengo pocas cosas que objetar a ésta, en especial porque destaca que –a diferencia de muchos de mis colegas en el ACD– yo valoro la fundamental importancia del estudio de la cognición (y no sólo el de la sociedad) en el análisis crítico del discurso, en la comunicación y en la interacción.

La asunción de esta etiqueta no significa que yo crea que el ACD deba limitarse al análisis social y cognitivo del discurso, o alguna combinación de

estas dimensiones. Únicamente significa que (en el momento presente) yo estoy personalmente muy interesado en la fascinante interfaz sociocognitiva que es el análisis del discurso. Por ejemplo, en mis anteriores trabajos sobre el racismo (Van Dijk, 1984, 1987, 1991, 1993), y en mi actual investigación sobre la ideología (Van Dijk, 1998), he mostrado que estos fenómenos son a un tiempo sociales y cognitivos. No es preciso decir, no obstante, que los complejos problemas del «mundo real» que aborda el ACD también requieren un enfoque histórico, cultural, socioeconómico, filosófico, lógico o neurológico, en función de qué es lo que se quiere saber (véanse por ejemplo los distintos enfoques que se exponen en Van Dijk, 1997).

No son precisos grandes argumentos para afirmar que, dada la naturaleza fundamentalmente verbal del discurso, un explícito ACD requerirá también una sólida base «lingüística», entendiendo el término «lingüística» en un amplio sentido «estructural y funcional». En otras palabras, sea cual sea el resto de las dimensiones del discurso que aborde el ACD, éste, en tanto forma específica y práctica del análisis del discurso, siempre necesita explicar al menos, como es obvio, algunas de las detalladas estructuras, estrategias y funciones del texto y la conversación, lo que incluye las formas –gramaticales, pragmáticas, de interacción, estilísticas, retóricas, semióticas, narrativas o similares– de la organización verbal y paraverbal de los acontecimientos comunicativos.

Habiendo destacado la necesidad de un ACD amplio, diverso, multidisciplinar y orientado a los problemas, limito mis propios esfuerzos al ámbito definido por el triángulo discurso-cognición-sociedad. Dado que esto es simplemente una etiqueta útil, y por consiguiente, susceptible de sufrir una mala interpretación reduccionista, debe subrayarse además que, aquí, «discurso» se utiliza en el amplio sentido de «acontecimiento comunicativo», lo que incluye la interacción conversacional, los textos escritos y también los gestos asociados, el diseño de portada, la disposición tipográfica, las imágenes y cualquier otra dimensión o significación «semiótica» o multimedia. De manera similar, aquí «cognición» implica tanto la cognición personal como la cognición social, las creencias y los objetivos, así como las valoraciones y las emociones, junto con cualquier otra estructura, representación o proceso «mental» o «memorístico» que haya intervenido en el discurso y en la interacción. Y por último, la voz «sociedad» se entiende de forma que incluya tanto las microestructuras locales de las interacciones cara a cara detectadas como las estructuras más globales, societales y políticas que se definen de for-

ma diversa en términos de grupos, de relaciones de grupo (como las de dominación y desigualdad), de movimientos, de instituciones, de organizaciones, de procesos sociales o de sistemas políticos, junto con otras propiedades más abstractas de las sociedades y de las culturas.

De una forma más o menos informal, podemos considerar que la unión de las dimensiones cognitiva y social del triángulo define el contexto relevante (local y global) del discurso. De hecho, los objetivos sociopolíticos y orientados a los problemas del ACD requieren específicamente una sofisticada teorización de las intrincadas relaciones texto-contexto. Un simple análisis de textos y conversaciones unido a algún estudio cognitivo o social no nos sirve. Veremos que un adecuado análisis del discurso requiere simultáneamente un detallado análisis cognitivo y social, y viceversa, y que sólo la integración de estas explicaciones puede lograr una adecuación descriptiva, explicativa y, sobre todo, crítica en el estudio de los problemas sociales.

Debe subrayarse que el ACD, así como el análisis del discurso en general, no es un «método» que pueda simplemente aplicarse al estudio de los problemas sociales. Los estudios discursivos son una disciplina transversal provista de muchas subdisciplinas y áreas, cada una de ellas posee sus propias teorías, instrumentos descriptivos o métodos de investigación. El ACD no nos brinda un enfoque ya hecho que nos indique cómo hacer el análisis social, sino que subraya que para cada estudio debe procederse al completo análisis teorético de una cuestión social, de forma que seamos capaces de seleccionar qué discurso y qué estructuras sociales hemos de analizar y relacionar. Además de esto, los métodos de investigación concretos dependen de las propiedades del contexto de la investigación erudita: objetivos, participantes, instalaciones y usuarios, lo que incluye también sus creencias e intereses.

¿Qué estructuras discursivas debemos analizar?

Aunque hemos argumentado que una teoría del texto y el contexto resulta crucial, especialmente en el ACD, hemos de hacer algunas breves observaciones sobre las estructuras discursivas *per se*. Décadas de especialización en esta área han «descubierto» muchos cientos, si no miles, de unidades, niveles, dimensiones, iniciativas, estrategias, tipos de actos y dispositivos relevantes, además de otras estructuras del discurso. Po-

demos tener niveles y estructuras paraverbales, visuales, fonológicos, sintácticos, semánticos, estilísticos, retóricos, pragmáticos e interactivos. Esto significa que en cualquier sentido práctico no existe nada parecido a un análisis del discurso «completo»: un análisis «pleno» de un breve párrafo podría durar meses y llenar cientos de páginas. El análisis discursivo completo de un gran *corpus* de textos o conversaciones es por consiguiente algo totalmente fuera de lugar.

Por este motivo, también en el ACD es preciso optar y seleccionar para un análisis más pormenorizado aquellas estructuras que sean relevantes para el estudio de una cuestión social. Esto exige al menos algunas ideas informales sobre los vínculos entre el texto y el contexto, ideas que nos indiquen qué propiedades del discurso pueden variar en función de qué estructuras sociales. De este modo, si queremos estudiar –como sería característico en el ACD– las formas en que algunos hablantes o escritores ejercen el poder en su discurso o por medio de él, lo único sensato es estudiar aquellas propiedades que puedan variar en función del poder social. Así, el énfasis y la entonación, el orden de las palabras, el estilo léxico, la coherencia, las iniciativas semánticas locales (como las rectificaciones), la elección de temas, los actos de habla, la organización esquemática, las figuras retóricas y la mayoría de las formas de interacción son, en principio, susceptibles de ser controladas por el hablante, y por consiguiente, resultan irrelevantes para un estudio del poder social.

Sin embargo, incluso entre aquellas estructuras discursivas que varíen en función del contexto, y, por consiguiente, puedan resultar relevantes en un estudio crítico del discurso, hay algunas que son marginalmente relevantes, mientras que otras lo son de modo mucho más significativo, dependiendo, desde luego, del tipo de cuestiones que uno decida investigar. Por ejemplo, un perfectamente legítimo e interesante estudio de la conversación informal o institucional entre los hombres y las mujeres puede decidir examinar qué papel desempeña en el predominio interactivo la entonación o el volumen de voz masculino, incluyendo los gritos y otras formas de intimidación.

No obstante, si tenemos interés en un estudio crítico del papel del discurso en la reproducción del sexismo o el machismo en la sociedad, es característico que no nos limitemos a estudiar las bastante específicas estructuras de la entonación y el volumen, y lo más probable será que comencemos, por un lado, con un estudio del control de la interacción, y

con un análisis del «contenido» –como la elección de temas, proposiciones y elementos léxicos–, por otro. La razón estriba en que estas formas de significado parecen estar más directamente relacionadas con las creencias, y de ahí las actitudes y las ideologías que los hombres sexistas verifican o expresan cuando hablan con (o acerca de) las mujeres. Es preciso señalar no obstante que, obviamente, no estamos diciendo que sea esto lo que suceda, sino que estamos aquí ante la conclusión establecida por una teoría de las relaciones entre el texto y el contexto, una teoría en la que las estructuras específicas del discurso están relacionadas con específicas estructuras del contexto, como, por ejemplo, las creencias sociales que comparten los hablantes.

Niveles y dimensiones del ACD. Un ejemplo

A modo de ejemplo, podemos ilustrar nuestro marco teorético y nuestras categorías analíticas mediante la breve descripción de un texto del Centro para la defensa moral del capitalismo: «Una propuesta contra la persecución sufrida por Microsoft» que hemos obtenido en Internet (www.moraldefense.com). Esta propuesta critica al gobierno de Estados Unidos por su batalla legal contra Microsoft, y solicita a los lectores que aporten su firma:

UNA PROPUESTA CONTRA LA PERSECUCIÓN DE MICROSOFT

Firme la propuesta – versión internacional (para personas no residentes en Estados Unidos)

Dirigida a: los miembros del Congreso, la ministra de Justicia, Janet Reno, y al presidente Bill Clinton.

Conciudadanos estadounidenses:

La Declaración de Independencia proclama que el objetivo fundamental del gobierno es proteger los derechos del individuo, y que todo individuo tiene el inalienable derecho de la procura de la felicidad. A lo largo de la historia de Estados Unidos, esta noble idea ha amparado el derecho del indivi-

duo a procurar su propia felicidad mediante la aplicación de su energía al trabajo productivo, comerciando con los productos de su esfuerzo en un mercado libre y llegando tan lejos como le permita su talento.

Sin embargo, durante el pasado siglo, esta libertad se ha visto atacada, y una de las más conspicuas manifestaciones de este ataque ha sido la de las leyes contra la concentración de compañías. Con el pretexto de «proteger al público», estas leyes han permitido que los competidores envidiosos y los funcionarios ávidos de poder saliesen airosos en su ataque contra los hombres de negocios que hubieran cometido el delito de tener éxito. Esto ha conducido al feo espectáculo de ver cómo se ha venido tildando a los genios creativos del mundo empresarial –a los hombres que han hecho grande a este país– de tiranos opresores, seres cuyos duramente levantados imperios empresariales han de ser reducidos a escombros y quedar sujetos al control de los administradores del gobierno.

El actual pleito entablado por el Ministerio de Justicia contra Microsoft es el último ejemplo de esta tendencia. Su fundamento es la envidia por la capacidad productiva de Microsoft y su fundador, Bill Gates. El resultado de este pleito, caso de tener éxito, será el de privar al señor Gates de su derecho a controlar su propia compañía, así como privar a la compañía de la propiedad y el control sobre sus propios productos.

El argumento del Ministerio de Justicia –y de hecho todo el armazón de las leyes contra la concentración de compañías– se basa en la noción extrañamente invertida de que las acciones productivas de los individuos en el mercado libre pueden ser, de algún modo, constitutivas de «coerción», mientras que las acciones coercitivas de los administradores del gobierno pueden, de algún modo, garantizar la «libertad».

Lo cierto es que el único tipo de «monopolio» que puede constituirse en un mercado libre es el que se basa en ofrecer mejores productos a más bajo precio, ya que, en un mercado libre, incluso los monopolios han de obedecer a la ley de la oferta y la demanda. Los monopolios perjudiciales son el resultado no de la actividad del mercado libre, sino de las directrices, subsidios y privilegios establecidos por el gobierno, que bloquean la entrada de competidores. Ninguna empresa puede poner fuera de la ley a sus competidores, sólo el gobierno puede hacerlo.

Nosotros sostenemos que Microsoft tiene derecho a lo que es suyo; que, por consiguiente, está autorizado a sacar sus propiedades al mercado –incluyendo Windows 95 e Internet Explorer– en cualquier combinación que elija, sin necesidad de ningún permiso y con absoluto derecho. Nosotros sostenemos que recortar este derecho es cercenar el derecho de cualquier

innovador a los productos de su esfuerzo, y minar los cimientos de un mercado libre y una sociedad libre.

No queremos vivir en un país donde los logros generen rencor y sean atacados, donde todo innovador y emprendedor deba temer la persecución de dictatoriales administradores y jueces que impongan leyes ambiguas a instancias de los competidores envidiosos. Entendemos que nuestras vidas y nuestro bienestar dependen de la existencia de un mercado libre en el que los innovadores y los emprendedores sean libres de llegar tan lejos como les permita su talento, sin quedar frenados por directrices gubernamentales arbitrarias e injustas.

Como ciudadanos preocupados, pedimos que los argumentos del Ministerio de Justicia contra Microsoft sean desestimados. Solicitamos un debate nacional sobre las disposiciones arbitrarias e injustas de las leyes contra la concentración de compañías y abogamos por que se ponga fin a la práctica de perseguir a los hombres de negocios que tienen éxito.

(A continuación se consignan los espacios pertinentes para la inclusión de la dirección.)

Dado que, obviamente, un corto texto no sirve para ejemplificar los cientos de posibles estructuras discursivas, y dado que, por otro lado, incluso un análisis más o menos completo de un texto tan corto requeriría docenas, cuando no cientos de páginas, apenas resulta necesario subrayar que no podemos dar sino un análisis muy parcial. Lo hacemos presentando una breve discusión de algunas de las estructuras discursivas que han demostrado ser relevantes en gran parte de mi propia investigación en ACD (así como en la de otros investigadores). Además de mostrar la utilidad práctica que estas categorías parecen tener para el análisis, explicaré también brevemente a qué se debe esa utilidad, describiendo el marco teorético en el que esas categorías estructurales se hallan relacionadas con las estructuras sociales. En otras palabras, la elección de las categorías del discurso en el ACD recibe su orientación de la teoría, aunque también de los principales objetivos del ACD, esto es, el estudio crítico de la reproducción discursiva de la dominación en la sociedad.

Temas: macroestructuras semánticas

Por razones discursivas, cognitivas y sociales, los temas del discurso desempeñan un papel fundamental en la comunicación y en la interacción. Definidos como «macroestructuras semánticas» derivadas de las (micro) estructuras de significado, los temas representan el asunto «de que trata» el discurso, ya que, en términos generales, incluyen la información más importante de un discurso, y explican la coherencia general de los textos y las conversaciones (Van Dijk, 1980). Los temas son el significado global que los usuarios de una lengua establecen mediante la producción y la comprensión de discursos, y representan la «esencia» de lo que más especialmente sugieren. Los usuarios de una lengua no son capaces de memorizar y manejar todos los detalles del significado de un discurso, y por lo tanto, organizan mentalmente estos significados mediante significados o temas globales. De ahí también la relevancia social que tienen los temas en el discurso, en la interacción y en la estructura social, ya que definen el elemento hacia el que se orientan los hablantes, las organizaciones y los grupos, el elemento que mayor impacto ejerce sobre los ulteriores discursos y acciones.

Definidos como significados globales, los temas no pueden ser observados directamente como tales, sino que han de ser inferidos del discurso, o asignados a él, por los usuarios de una lengua. No obstante, se expresan con frecuencia en el discurso, por ejemplo, en los títulos, titulares, resúmenes, extractos y oraciones o conclusiones temáticas. Estos elementos pueden ser utilizados por los usuarios de una lengua como dispositivos estratégicos con los que inferir o asignar temas –tal como pretendía hacerlo el hablante o el escritor (Van Dijk y Kintsch, 1983)–. Esto también permite la influencia y la manipulación. De este modo, los hablantes y los escritores pueden destacar el significado, controlar la comprensión e influir en la formación de los llamados «modelos mentales» del acontecimiento que aborda el discurso. Más abajo explicaré con mayor detalle este papel cognitivo y social que desempeñan los temas.

Debido a que los temas tienen un papel tan importante, y dado que el análisis de los temas (macroestructural) también puede aplicarse a conjuntos de datos más amplios, suelo recomendar que se comience con dicho análisis. Con él obtendremos una primera idea general del asunto que trata un discurso o un *corpus* de textos, y también controlaremos otros muchos aspectos del discurso y de su análisis. Dado que, por defi-

nición, los resúmenes expresan macroestructuras, podemos simplemente hacer –a todos los efectos prácticos– una «lista» de los temas de un texto mediante el expediente de resumirlo, un método que puede repetirse con los diversos planos de abstracción.

En el texto que hemos tomado como muestra, el título, «Una propuesta contra la persecución de Microsoft», no sólo expresa parte del tema («la persecución de Microsoft»), sino también la categorización que el propio autor, o autores, del texto hacen de la variedad discursiva textual de que se trata («propuesta»). De este modo, podemos resumir el texto mediante, por ejemplo, las siguientes «macroproposiciones»:

M1. *Las leyes contra la concentración de compañías amenazan la libertad de empresa.*
M2. Los hombres de negocios de éxito son representados como tiranos.
M3. El pleito contra Microsoft es un ejemplo de esta tendencia.
M4. El gobierno no debe limitar la libertad de mercado.
M5. *Microsoft tiene derecho a hacer lo que quiera con sus productos.*
M6. No se debe castigar a los innovadores.
M7. Solicitamos que los argumentos contra Microsoft sean desestimados.

En una posterior reducción, podemos resumir estas macroproposiciones en la siguiente macroproposición (temática) general de nivel superior:

Se pide al gobierno de Estados Unidos que detenga su persecución judicial de la innovadora Microsoft.

Vemos que estos distintos temas y macroproposiciones representan en realidad unos principios de muy elevado nivel, a veces incluso abstractos. En este caso, estas proposiciones son una expresión más o menos directa de algunos dogmas de la ideología capitalista clásica sobre la libertad de empresa. En otras palabras, las macroproposiciones expresan los principios generales neoliberales de la libertad de mercado, y después los aplican al caso particular de Microsoft. Más adelante veremos que esta distinción refleja la diferencia entre, por un lado, las representaciones socialmente compartidas, y los modelos mentales más personales, por otro.

Significados locales

Mi próxima elección analítica será un estudio de los significados locales, como el significado de las palabras (un estudio que también puede llamarse léxico, en función de la perspectiva que uno tenga) y las estructuras de las proposiciones, al que habrá que añadir el estudio de la coherencia y otras relaciones entre proposiciones. De nuevo, la razón para esta elección es principalmente contextual. Los significados locales son el resultado de la selección que realizan los hablantes o los escritores en función de los modelos mentales que tengan de los acontecimientos, o de las creencias de carácter más general que compartan socialmente. Al mismo tiempo, los significados locales son el tipo de información que (sometida al control general de los temas globales) más directamente influye en los modelos mentales, y por tanto en las opiniones y en las actitudes de los destinatarios. Junto con los temas, los destinatarios recuerdan mejor estos significados y los reproducen con toda facilidad, de ahí que puedan tener las más obvias consecuencias sociales.

Pese a que existen muchas formas de estudiar el significado, aquí únicamente mencionaremos algunas de ellas. Con frecuencia, la investigación en ACD se interesa en el estudio de los discursos ideológicamente sesgados, y en la forma en que estos discursos polarizan la representación del nosotros (grupos internos) y el ellos (grupos externos). Por consiguiente, tanto en el plano local como en el global del análisis del significado, asistimos con frecuencia a una estrategia general de «presentación positiva de uno mismo y de presentación negativa del otro», estrategia mediante la cual se destacan nuestras buenas cosas y las malas de los otros, mientras se quita importancia a nuestras malas cosas y a las buenas de los otros.

En este plano semántico local, podemos, por ejemplo, examinar la elección de la palabra «persecución» para el título de nuestro texto de muestra, una elección que tiene varias implicaciones que expresan la perspectiva ideológica del autor (el Centro para la Defensa Moral del Capitalismo). La acción del gobierno se define en términos negativos, y se sugiere la utilización de alguna forma de acoso, coerción o abuso de poder moral o legalmente reprensible. Al mismo tiempo, la elección de esta palabra

implica que Microsoft aparece representada como víctima de esta agresión. En términos más generales, la selección léxica muestra aquí la familiar forma de una negativa presentación del otro, junto con la presentación positiva de uno mismo. Como parte de la macroproposición principal, la elección del concepto de «persecución» también contribuye a la organización de los significados locales en el resto del texto. En términos más cognitivos, esto significa que la elección de esta palabra puede influir en la formación de los macronodos del modelo mental de los lectores de este texto.

De similar relevancia es el repetido uso de la palabra «derechos» en el primer párrafo, característicamente asociado a voces como la de «individuo» y «libertad», conceptos todos ellos profundamente ideológicos y relacionados con la constitución de Estados Unidos y con la ideología predominante en dicho país. Con el fin de poder calificar la acción legal del gobierno con el término absolutamente negativo de «persecución», es preciso mostrar que los derechos de los individuos están siendo violados, y cuáles son esos derechos. El énfasis en los derechos tiene otras varias funciones, como la de asociarnos a nosotros mismos y a nuestra posición con algo bueno y legítimo, preparando de este modo la valoración negativa del gobierno de Estados Unidos por la supuesta violación de esos derechos. Además de polarizar el modelo mental que se ha construido aquí, este párrafo opera al mismo tiempo como una importante premisa en la argumentación general que presenta el texto.

Especialmente interesante para la investigación en ACD es el estudio de las muchas formas de significados implícitos o indirectos, como las implicaciones, los presupuestos, las alusiones, las ambigüedades y demás. Llamamos implícita a una información cuando puede ser inferida de un texto (esto es, de su significado), sin que el texto la haya expresado de manera explícita. En términos teoréticos (véase más adelante), esto significa que la información implícita es parte del modelo mental de (los usuarios de) un texto, pero no del texto mismo. Es decir, los significados implícitos están relacionados con las creencias subyacentes, pero no resultan afirmados de forma directa, completa ni precisa, y ello por diversas razones contextuales, incluyendo la del bien conocido objetivo ideológico de quitar importancia a nuestras malas cosas y a las buenas cosas de los otros.

En nuestro texto de muestra existen muchas proposiciones implícitas o presupuestas que no han sido expresadas de manera explícita. Cuando los autores dicen que la legislación contra la concentración de compañías se presenta «con el pretexto de "proteger al público"», las comillas implican que no es cierto que las leyes contra la concentración de compañías protejan al público. Obsérvese también que aquí, en el segundo párrafo, al igual que a lo largo de todo el texto, muchas expresiones tienen presupuestos ideológicos, como los siguientes:

- Los competidores sienten envidia de los hombres de negocios de éxito.
- Los funcionarios están ávidos de poder.
- El mundo empresarial tiene genios creativos.
- Los imperios empresariales se levantan con arduo esfuerzo.

Aparte de subrayar aún más la polarización entre el gobierno y las empresas, los significados locales del texto crean de este modo otra polarización entre los competidores envidiosos y los brillantes creadores del mundo empresarial. Obsérvese también que la elección léxica y las metáforas destacan aún más estas polarizaciones: envidiosos, ávidos de poder, duramente levantados, control, administradores del gobierno, reducidos a escombros, etcétera –todos ellos conceptos negativos asociados a los «otros», es decir, al gobierno (y a ciertos hombres de negocios), mientras que nosotros y aquellos a quienes protegemos aparecen asociados con el éxito, los genios creativos y, a través de negaciones (lítotes), con el «delito» y los «tiranos»–. De nuevo, estas palabras no sólo contribuyen a la polarización general de la estructura conceptual del texto, sino también a la formación de un modelo sesgado y polarizado de los acontecimientos, en el que los actores se encuentran nítidamente diferenciados en buenos y malos.

Los primeros dos párrafos están formulados en términos generales, y se aplican a los derechos y a su violación, así como a las leyes contra la concentración de compañías. El tercer párrafo comienza con la iniciativa funcional de la especificación o el ejemplo: lo que se ha venido diciendo hasta ese momento se aplica de manera específica al caso de Microsoft. Desde el punto de vista teorético, esto significa que los primeros párrafos son más bien expresiones de las representaciones (generalmente) sociales, como las actitudes y las ideologías, mientras que el tercer párrafo describe el caso en curso, el de Microsoft, y de este modo establece un modelo mental más

específico basado en estas representaciones sociales generales (véase más abajo). Dado el sesgo ideológico de los primeros párrafos, apenas existen dudas de que este modelo, tal como es expresado por el Centro para la Defensa Moral del Capitalismo, tiene también un sesgo ideológico, y cabe esperar que la prefabricada polarización general sea aplicada aquí, como en realidad ocurre. Adviértase igualmente que, con frecuencia, la polarización conceptual se pone en práctica en el texto mediante diversas formas de hipérboles, como ya hemos visto en la elección léxica de términos como los de «delito», «tiranos» y «genios». Estas hipérboles pueden llegar incluso a constituir prácticamente completas mentiras, por ejemplo cuando se afirma que Bill Gates se ve privado del derecho a controlar su propia compañía.

La utilización del «su» con referente masculino –«hombres de negocios» y «los hombres que han hecho grande a este país»– sugiere que son especial o exclusivamente los hombres, y no las mujeres, quienes se hallan implicados en los negocios y son capaces de obtener el éxito. De este modo, *además de expresar una rígida ideología conservadora y neoliberal, el* Centro para la Defensa Moral del Capitalismo profesa igualmente una ideología sexista al excluir verbalmente a las mujeres, y contribuyendo así a una metaideología conservadora aún más global que también controla la ideología nacionalista expresada de forma característica en la autoglorificación de Estados Unidos (la «grandeza» de este país).

Por último, entre las otras muchas propiedades semánticas de este texto, debemos mencionar también la importancia de lo que se omite en el texto. De este modo, se sugiere que el éxito de Microsoft se basa en el principio de mejores productos a inferiores precios, pero por supuesto no se menciona la conocida práctica de la asociación forzosa de productos (como Windows y su buscador de Internet). De forma casi trivial podemos entonces formular la regla general de que nuestras propiedades negativas (o las de quienes defendemos) se ven, bien omitidas, bien suavizadas, en el texto. Observemos que, desde un punto de vista teorético, la omisión sólo es una propiedad relevante de un discurso cuando puede mostrarse que la información omitida forma parte del modelo mental (sin duda, el Centro para la defensa moral del capitalismo conoce las prácticas ilegales de Microsoft), o es parte integrante de un conocimiento más general y compartido que resulta necesario o que puede utilizarse para producir o comprender un texto. En este caso, el modelo mental de un lector crítico puede ser, por supuesto, diferente del que persuasivamente expresa el Centro.

Ahora ya tenemos una primera impresión de algunas de las directrices prácticas de base teorética que pueden utilizarse para decidir qué estructuras discursivas debemos estudiar entre los muchos cientos existentes. Por supuesto, esto sólo es un ejemplo. La cuestión es que esta elección se halla doblemente vinculada al contexto: en primer lugar, por nuestros propios objetivos (académicos), nuestros problemas de investigación y las expectativas de nuestros lectores, así como por la relevancia social de nuestro proyecto de investigación; y en segundo lugar, por la relevancia de las específicas estructuras discursivas estudiadas en su propio contexto, como los objetivos y las creencias del hablante o de los destinatarios, los papeles sociales, las posiciones y las relaciones entre los participantes, las limitaciones institucionales, etcétera.

La relevancia de las estructuras «formales» sutiles

Además de las estructuras semánticas que acabamos de mencionar, o en lugar de ellas, los analistas críticos del discurso pueden estar más interesados en aquellas estructuras de texto o de conversación que estén mucho menos sujetas al control consciente de los hablantes (o que sean menos controlables), como la entonación, las estructuras sintácticas, las estructuras proposicionales, las figuras retóricas, así como muchas de las propiedades de la conversación espontánea, como los turnos de palabra, las objeciones, las pausas, los titubeos y demás. Por regla general, estas diversas «formas» no expresan directamente ningún significado subyacente, y por lo tanto, tampoco expresan creencias. Señalan más bien las propiedades «pragmáticas» de un acontecimiento comunicativo, como la intención, el estado de ánimo que lo inspiró o las emociones de los hablantes, la perspectiva que éstos tienen sobre los acontecimientos de los que se conversa, las opiniones sobre los demás participantes, y, en especial, las preocupaciones de interacción como la autopresentación positiva y la formación de una determinada impresión. De este modo, los hombres pueden ser muy capaces de ocultar opiniones negativas sobre las mujeres, o los blancos disimular las suyas sobre los negros, pero, de forma indirecta, sus valoraciones, su postura o su talante –y por consiguiente su identidad– pueden quedar indicadas por sutiles características estructurales de la conversación.

Tal como he realizado una distinción entre los significados global y local, también distingo entre las formas o formatos discursivos globales

y locales. Las formas globales o superestructuras son esquemas generales, canónicos y convencionales que consisten en unas peculiares categorías de variedades discursivas, tal como sucede en el caso de los argumentos, los relatos o los artículos de noticias. Las formas locales son las de (la sintaxis de) las oraciones y las de las relaciones formales entre cláusulas u oraciones ordenadas en secuencias: orden, primacía, relaciones pronominales, voz activa o pasiva, nominalizaciones y una gran cantidad de distintas propiedades formales de las oraciones y las secuencias.

De las muchas propiedades formales de nuestro texto de muestra, podemos así observar el reiterado uso de construcciones pasivas –lo que, característicamente, oculta a los agentes–, como sucede con las oraciones «esta libertad se ha visto atacada» y «se ha venido tildando a los genios creativos del mundo empresarial [...] de tiranos opresores». La obvia función consiste en que el Centro pueda realizar vagas acusaciones mediante el expediente de omitir a los agentes de las acciones negativas, o mediante el de identificarlos de forma imprecisa al denominarlos leyes. Además de estas y otras estructuras sintácticas que verifican las representaciones semánticas subyacentes, la estructura formal más obvia que merece atención en el enfoque del ACD es probablemente el complejo marco argumentativo en el que las normas y valores generales, así como los principios ideológicos, operan como argumentos de carácter general, junto con su aplicación al caso de Microsoft, que permite llegar a la conclusión de que Microsoft ha de poder hacer lo que quiera con sus productos. Desde luego, esta argumentación se encuentra desfigurada por las falacias, y omite información vital, a saber, la de que Microsoft abusó de su poder al imponer sus productos, violando de este modo el principio básico de «libertad» que informa la ideología de este texto. Existen otras muchas falacias, como la del «autorizado» uso de la (compartida valoración de la) Constitución de Estados Unidos para sentar los argumentos de un pleito empresarial.

Del mismo modo en que la polarización semántica y retórica de este texto expresa, y contribuye a construir, modelos sesgados del pleito contra Microsoft, su estilo formal es un indicador de la variedad discursiva que utiliza: la de la petición oficial. Este estilo formal comienza parafraseando la Declaración de Independencia, pero queda expresada también en la propia petición del Centro para la Defensa Moral del Capitalismo, así como en el repetido «Nosotros sostenemos que...», «sin necesidad de ningún permiso y con absoluto derecho», y otras expresiones similares que advierten que se trata de algo parecido a un manifiesto sobre el libre mercado.

El estudio global y local del significado y la forma del discurso que hemos ilustrado brevemente aquí arriba podría ser mucho más sofisticado y detallado, y sólo la limitación de espacio me impide explayarme en este capítulo. No obstante, la relevancia de un estudio de este tipo (también) en los proyectos de investigación del ACD debería haber quedado ya clara, en especial como parte de una explicación sistemática de cómo representa el discurso ideológico al «nosotros» enfrentado al «ellos». De este modo, los hablantes o los escritores pueden destacar nuestras buenas cosas tematizando los significados positivos, utilizando elementos léxicos positivos en las autodescripciones, proporcionando muchos detalles sobre las buenas acciones, y pocos detalles sobre las malas acciones, valiéndose de hipérboles y de metáforas positivas, dejando meramente implícitas las propiedades negativas propias, o restando importancia a la propia actuación como agente de actos negativos mediante la utilización de oraciones pasivas o nominalizaciones. Como veremos más adelante, estos aspectos formales y de significado del discurso dominante no sólo expresan y ejercen el poder, sino que se adaptan a la construcción de los modelos mentales y las representaciones deseados, esto es, se proponen influir, manipular o controlar la mente.

Modelos contextuales

Tal como se ha argumentado más arriba, los objetivos críticos del ACD únicamente pueden realizarse si las estructuras del discurso se ponen en relación con las estructuras de los contextos locales y globales. En los análisis que he realizado más arriba he manifestado algunas observaciones informales sobre los modelos mentales, las ideologías, las situaciones, los objetivos y los grupos y las instituciones sociales, pero, obviamente, todas ellas han de ser definidas mediante teorías explícitas. El resto de este capítulo presenta algunos breves fragmentos de estas teorías, e ilustra sus principios mediante un más amplio y más relevante análisis de algunos fragmentos de nuestro texto de muestra.

Aunque disponemos de muchas teorías sobre el texto y la conversación, no existe nada semejante a una teoría explícita del contexto. De hecho, ni siquiera existe una monografía sobre el contexto. Estoy trabajando en algunos fragmentos de dicha teoría, de la cual presentaré aquí un breve resumen.

Dado que yo también he distinguido entre las estructuras locales y globales existentes en el seno del discurso, podemos distinguir entre los contextos locales y globales. Los contextos globales se definen por las estructuras sociales, políticas, culturales e históricas en las que tienen lugar los acontecimientos comunicativos. En el ACD, estas estructuras constituyen con frecuencia la lógica crítica y explicativa última del discurso y de su análisis.

El contexto local se define habitualmente en términos de las propiedades de la situación inmediata e interactiva en la que tiene lugar el acontecimiento comunicativo. Algunas propiedades de esta situación son las de su ámbito general (política, empresa), las de su acción general (legislación, propaganda), las de los participantes en diversos papeles comunicativos y sociales (como ocurre en nuestro ejemplo con el Centro para la Defensa Moral del Capitalismo), así como las de sus intenciones, objetivos, conocimientos, normas y otras creencias. Se dice que estos contextos limitan las propiedades del texto y la conversación. Es decir, lo que decimos y cómo lo decimos depende de quién habla a quién, de cuándo y dónde lo hace, y de qué propósito le anima.

Mi teoría del contexto reconoce que este análisis de las propiedades cognitivas y sociales de los acontecimientos comunicativos es relevante, pero define los contextos (locales) en términos cognitivos, esto es, como una forma que adopta el modelo mental de una situación comunicativa, es decir, como modelo contextual. Esto permite la existencia de interpretaciones subjetivas de las situaciones sociales, así como la presencia de diferencias entre los usuarios del lenguaje que se encuentran en una misma situación, permitiendo igualmente que existan modelos estratégicamente incompletos, y en general una adaptación flexible del discurso a la situación social. En otras palabras, mi teoría del contexto no define las diversas propiedades de la situación local que controla y constriñe el texto y la conversación, sino las formas en que los usuarios del lenguaje interpretan o definen esas propiedades mediante sus modelos contextuales mentales. Por ejemplo, la edad, el género o la profesión así como los objetivos o los conocimientos de los participantes influyen frecuentemente en la conversación y el texto, pero únicamente si están definidos en el modelo contextual del hablante o el escritor, y tal como hayan sido definidos en él. Los modelos contextuales nos permiten explicar cuál es el aspecto relevante de la situación social para quienes participan en el discurso. En otras palabras, una teoría del contexto nos brinda una teoría de la relevancia.

Los modelos contextuales también pueden considerarse como casos concretos del tipo de modelos mentales personales y subjetivos que las personas construyen a partir de sus muchas experiencias diarias, desde que se levantan por la mañana hasta que se acuestan por la noche. Los acontecimientos comunicativos son simplemente un destacado tipo de estos «modelos de la experiencia cotidiana».

Los modelos contextuales tienen la misma categoría cognitiva y la misma estructura esquemática que otros modelos mentales, a los que habremos de volver más adelante. En este punto, lo único relevante es subrayar que los modelos contextuales son las representaciones mentales que controlan muchas de las propiedades de la producción y la comprensión de discursos, como las variedades discursivas, la elección de temas, los significados locales y la coherencia, por un lado, y también los actos de habla, el estilo y la retórica, por otro. De hecho, el estilo puede definirse como el conjunto de propiedades formales del discurso que son una función de los modelos contextuales, como la lexicalización, el orden de las palabras y la entonación.

En nuestro ejemplo de una propuesta, el contexto que define el acontecimiento comunicativo es bastante obvio. El ámbito societal general de este texto es el de la empresa o el mercado, y las acciones generales son las que invocan la libertad de empresa y la protección de la actividad empresarial contra la injerencia del gobierno. La ubicación local del acontecimiento comunicativo se encuentra en Internet. El papel comunicativo del participante es el del hablante o el escritor, el del autor o la fuente. Su papel interactivo es el de un defensor de Microsoft y el de un opositor al gobierno, mientras que el papel societal y económico es el de una organización que invoca la libertad de mercado. Al principio del texto se hace una referencia explícita al otro participante, el destinatario del mensaje, a quien se menciona con la expresión «Conciudadanos estadounidenses», lo que trata de subrayar pragmáticamente la unidad del grupo del nosotros del que este Centro se erige en defensor. Es interesante que, a pesar de que el contenido de la propuesta vaya dirigido a los «Conciudadanos estadounidenses», la propia oferta contenida en la propuesta vaya dirigida a los destinatarios finales relevantes: el juez, el Comité judicial del Senado, el fiscal general y el presidente de Estados Unidos.

La acción comunicativa concreta es la de la publicación de un texto en la Red que trata de persuadir a los lectores y lograr que firmen la propuesta. Esta acción se efectúa mediante los actos de habla que acusan al gobierno, y también mediante los que defienden a Microsoft. Las (complejas) estructuras mentales que definen la dimensión cognitiva del contexto consisten en las diversas ideologías que hemos analizado más arriba, así como en las más específicas actitudes y opiniones (sobre la acción legal del gobierno contra Microsoft) que hemos encontrado expresadas a lo largo del texto. Pese a expresar la copertenencia a un grupo al dirigirse a los «Conciudadanos estadounidenses», la estructura persuasiva del texto presupone que es posible que no todos los estadounidenses tengan la misma opinión sobre las prácticas de Microsoft. Por último, el texto sólo es plenamente significativo para sus lectores por el hecho de presuponer una gran cantidad de fundamentos comunes y de conocimiento basado en el sentido común, sobre, por ejemplo, la Declaración de Independencia, Microsoft, las leyes contra la concentración de compañías, etcétera, además de presuponer también un específico conocimiento (basado en modelos) sobre el pleito en cuestión de los tribunales contra Microsoft.
El extremo importante es el de que, en toda su longitud, este texto se adapta al contexto subjetivamente construido de la situación comunicativa en curso, y que lo hace, por ejemplo, del siguiente modo:

- La totalidad de los significados del texto resulta comprensible en el amplio marco de los tres ámbitos de los negocios, la justicia y el gobierno.
- El tipo y el acto de habla de la propuesta constituye una forma de poner en práctica la defensa general del libre mercado, que es el objetivo global del Centro.
- La acción del gobierno se define como una violación de nuestros derechos, y por tanto se presenta como una condición suficiente para el éxito de la variedad discursiva y del acto de habla que en realidad contiene la propuesta.
- Desde el punto de vista semántico, el tema general expresa la razón para el acto de habla y la variedad discursiva de esta concreta propuesta: los derechos de Microsoft han sido violados.
- La estructura argumentativa se organiza de forma que pueda sostener de manera óptima la función comunicativa de este texto como forma de persuasión.
- La polarización de las opiniones en todos los planos del texto expresa las actitudes y la ideología del Centro, y trata de influir en las de los lectores, además de en los destinatarios últimos.

- La elección léxica es la adecuada para la variedad discursiva que corresponde a una propuesta formal y pública.
- El texto presupone la existencia de un conocimiento general de qué son las empresas, las leyes, los gobiernos y similares, y también presupone un conocimiento específico del pleito contra Microsoft. Sin embargo, no expresa ni presupone el conocimiento que debilita su alegato (por ejemplo, el conocimiento de las prácticas ilegales de Microsoft).

¿Por qué son tan importantes los modelos contextuales? Los modelos contextuales resultan cruciales porque son la interfaz entre la información mental (el conocimiento, etcétera) sobre un acontecimiento y los significados efectivos que se construyen en el discurso. No es necesario expresar en el discurso todo lo que sabemos o lo que creemos, ya sea sobre un acontecimiento concreto, sobre una cosa o sobre una persona, o sobre algo de carácter más general, bien porque pueda ser irrelevante, bien porque pueda ser redundante. De este modo, los modelos contextuales nos presentan las limitaciones que permiten a los usuarios del lenguaje realizar selecciones de la información que posee la gente, selecciones relevantes desde el punto de vista situacional, y construir con ellas significados a expresar en la conversación. Como hemos visto, estas constricciones «pragmáticas» de la comunicación no se expresan tanto por medio de los significados como, más frecuentemente, a través de varias estructuras. Por ejemplo, la diferencia de categoría o de posición entre los hablantes, si se representa en el modelo contextual, puede controlar la selección de pronombres y un cierto número de otros dispositivos estilísticos. De este modo, los modelos contextuales son aquellas representaciones de la memoria (episódica) que actúan como control general de un acontecimiento comunicativo.

En cualquier tipo de investigación de ACD que vincule los textos con alguna situación social es importante comprender que, por muy vasta que sea la situación social o política, podría no «llegar» a la gente o no ejercer un impacto en el discurso, simplemente porque un hablante pueda considerar irrelevante la información que resulte pertinente para la construcción del modelo contextual –y por consiguiente la pase por alto–. Además, es preciso prestar una atención más detallada a los cambios que introducen los hablantes en sus discursos, debido, por ejemplo, a que no quieren ser descorteses, o a otras formas de persuasión.

Modelos de acontecimientos

Los usuarios del lenguaje no sólo construyen modelos mentales de la situación en la que interactúan, sino también de los acontecimientos o las situaciones de las que hablan o escriben.

En los párrafos precedentes, hemos tenido que utilizar varias veces la noción de un modelo mental para explicar distintas propiedades de los significados de los discursos. De este modo, la coherencia local y global del discurso no queda únicamente definida en términos de las relaciones funcionales entre sus proposiciones (como las de la generalización, la especificación, el ejemplo, la explicación), sino también, y de manera especial, por las relaciones entre los «hechos» a los que se hace referencia mediante dichas proposiciones, como sucede con las relaciones entre la causa y la consecuencia. No obstante, desde un punto de vista psicológico, no es éste el modo en que debería definirse la coherencia. No son los hechos los que definen la coherencia, sino que ésta se define más bien por las formas en que son definidos o interpretados los hechos por los usuarios del lenguaje en los modelos mentales que tienen de esos hechos. Estas interpretaciones son personales, subjetivas, sesgadas, incompletas o totalmente imaginarias.

En otras palabras, los discursos son interpretados como elementos que guardan una relación coherente con los modelos mentales que los usuarios tienen sobre los acontecimientos o los hechos a que se hace referencia.

De este modo, en nuestro ejemplo, no es el pleito contra Microsoft ni las acciones del gobierno las que constituyen la base (referencial) semántica del texto de la propuesta, sino más bien los (obviamente sesgados) modos en que el Centro presenta al pleito y al gobierno en su modelo mental de los acontecimientos.

Es este modelo mental de los acontecimientos sobre el que se escribe o se habla el que constituye la base para la producción y la comprensión de un discurso, especialmente en lo que a la producción y la comprensión de su significado se refiere. Es decir, sujetas al control del modelo contextual (véase más arriba), se seleccionan aquellas proposiciones del modelo de acontecimiento que resultan relevantes para el acontecimien-

to comunicativo en curso, por ejemplo aquellas proposiciones que aún no conocen los destinatarios. En otras palabras, el significado de un discurso, por comparación al de su modelo mental, es por definición incompleto: los hablantes o los escritores no precisan incluir todas las proposiciones que los destinatarios ya conocen o pueden inferir por sí mismos. Los modelos mentales presentan todas las creencias personalmente relevantes sobre un acontecimiento, es decir, tanto el conocimiento como las opiniones (y probablemente también las emociones).

En el caso de un obvio discurso de opinión, como sucede en nuestro ejemplo, lo que se expresa de manera relevante son las opiniones de los escritores, por ejemplo sobre el pleito contra Microsoft y sobre el gobierno. Al mismo tiempo, la propuesta trata de influir en (las opiniones presentes en) los modelos mentales que sobre el pleito contra Microsoft tienen el presidente o los políticos. De este modo, uno de los aspectos de la persuasión puede definirse como el control discursivo de los modelos mentales predilectos. Más adelante veremos que también existe una más amplia definición de la persuasión en términos del control de las representaciones sociales, como el conocimiento, las actitudes y las ideologías.

Los modelos contextuales y los modelos de los acontecimientos son representaciones mentales de la memoria episódica, esto es, la parte de la memoria de largo plazo en la que las personas almacenamos nuestro conocimiento y nuestras opiniones sobre los episodios que vivimos, o sobre los que leemos o escuchamos algo. Probablemente, los modelos mentales consisten en una representación esquemática de las dimensiones social y personalmente relevantes de los acontecimientos, como el escenario, los participantes (en diversos roles), las acciones, etcétera.

Grosso modo, podemos decir que los modelos contextuales controlan la parte «pragmática» del discurso, y que los modelos de los acontecimientos controlan la parte «semántica». Comprender un discurso significa básicamente ser capaz de construir un modelo que se le adecue. Y en la producción, lo que constituye el punto de partida de todo texto y toda conversación es el modelo mental de los acontecimientos. De este modo, lo que habitualmente recordamos de un discurso no es tanto su significado como el modelo mental que construimos durante la comprensión.

No obstante, la teoría modelo del discurso va mucho más allá de la

explicación del significado y de la variación contextualmente controlada del texto y la conversación. Los modelos también constituyen una crucial interfaz entre el discurso y la sociedad, entre lo personal y lo social. Sin estos modelos somos incapaces de explicar y de describir cómo influyen las estructuras sociales en las estructuras discursivas o cómo éstas últimas se ven afectadas por las primeras. Esto se debe a que los modelos mentales no sólo representan las creencias personales, sino que también ofrecen (versiones con frecuencia personales de) una representación de lo social, como el conocimiento, las actitudes y las ideologías, que, a su vez, están relacionadas con la estructura de los grupos y las organizaciones (véase más adelante). Por consiguiente, los modelos mentales de los usuarios del lenguaje son la principal interfaz que teoréticamente permite el vínculo entre los grupos sociales, su representación social, los modelos mentales de sus miembros y, por último, el discurso de sus integrantes. Los modelos mentales explican cómo es posible que un discurso pueda mostrar simultáneamente propiedades personales y sociales, y de hecho explican cómo es posible que, en una misma situación social, cada discurso sea diferente. Desde el punto de vista teorético, una adecuada investigación de ACD se centra en esta compleja serie de vínculos. No existe vínculo directo entre el discurso y la sociedad.

Cognición social

Debido a que el ACD se interesa en el poder, la dominación y la desigualdad social, tiende a centrarse en el estudio de grupos, organizaciones e instituciones. Esto significa que el ACD también ha de explicar las distintas formas de la cognición social que comparten estas colectividades sociales: conocimiento, actitudes, ideologías, normas y valores. Pese a que se han escrito muchos libros sobre estas «representaciones sociales», aún sabemos de hecho muy poco sobre sus concretas estructuras mentales y sobre cómo controlan dichas estructuras la producción y la comprensión de los textos y las conversaciones. Asumo que este control adopta fundamentalmente dos formas, una forma directa y una indirecta. De este modo, los elementos relacionados con el conocimiento o con la actitud pueden expresarse directamente, en su forma general o abstracta, como sucede por ejemplo en las oraciones de carácter general que son características de la docencia y de la propaganda.

De este modo, nuestro texto sobre Microsoft muestra varias de estas oraciones de carácter general que expresan formas generales de conocimiento u opinión, como la de que «todo individuo tiene el inalienable derecho de la procura de la felicidad».

La segunda forma en que se expresan en el discurso estas representacines socialmente compartidas es la que se efectúa a través de su aplicación a un acontecimiento o una situación específicos.

Nuestro texto de muestra es un clásico ejemplo de esta «aplicación» de proposiciones generales a un caso particular, a saber, la aplicación de las normas, valores e ideologías neoliberales al concreto caso de Microsoft. Casi todas las oraciones del texto son por tanto «ejemplos» específicos de las representaciones que comparten los neoliberales.

Desde el punto de vista teorético, esto significa que las representaciones sociales quedan «particularizadas» en los modelos mentales, y que, con frecuencia, su expresión en los textos y en las conversaciones se realiza por medio de modelos mentales. Y a la inversa, si adquirimos nuestro conocimiento del mundo, nuestras actitudes socialmente compartidas y, por último, nuestras ideologías y nuestras normas y valores fundamentales, se debe a que lo hacemos a través de modelos mentales del discurso cotidiano, como el de las conversaciones, las noticias de los reportajes y los libros de texto. Ahora tenemos una imagen muy aproximada del modo en que los grupos y los poseedores del poder tienen capacidad de influir sobre el discurso y viceversa, esto es, sabemos que lo hacen a través de las representaciones sociales que comparten los grupos, y también a través de los modelos mentales que, a su vez, son los ejemplos específicos de estas representaciones sociales. Las teorías aquí implicadas son extraordinariamente complejas, y gran parte de lo que acabamos de exponer aún nos resulta oscuro, pero tenemos una imagen general de los principales componentes y relaciones que intervienen. Haremos únicamente unas cuantas observaciones generales sobre las principales formas de representación social que se hallan involucradas:

Conocimiento. Tiene sentido distinguir entre diferentes tipos de conocimiento, por ejemplo, el conocimiento personal, el conocimiento grupal y el conocimiento cultural. El conocimiento personal está representado en modelos mentales sobre acontecimientos personales específicos, como se ha explicado anteriormente. El conocimiento grupal es un conocimiento compartido por grupos sociales específicos, como los profesionales, los movimientos sociales o las compañías de negocios. Este conocimiento puede ser sesgado e ideológico, y puede que otros grupos no lo reconozcan en absoluto como «conocimiento» y, por tanto, lo cataloguen como mera «creencia». Desde luego, las creencias de algunos grupos tienen más influencia, poder y legitimación que las de otros, como sucede con el discurso científico. El conocimiento cultural es un conocimiento compartido por todos los miembros competentes de una sociedad o una cultura, y constituye la base o el fundamento común de todas las prácticas y los discursos sociales. De hecho, y en principio, todo el conocimiento culturalmente compartido puede por tanto presuponerse en el discurso público. Por supuesto, este fundamento de conocimiento común cambia constantemente, y lo que ayer era una base común puede ser en la actualidad una creencia ideológica de grupo (como ha sucedido con la religión cristiana), o viceversa, como sucede con gran parte del conocimiento académico. Los discursos son como icebergs, ya que sólo se expresan algunas de sus formas específicas de conocimiento (contextualmente relevante), pese a que una gran masa de conocimiento presupuesto forme parte del fundamento sociocultural común. Muchas de las propiedades del discurso, como los temas generales, la coherencia local, los pronombres, las metáforas y muchas otras, deben ser definidas en términos de este tipo de conocimiento cultural socialmente compartido. Uno de los principales desafíos teoréticos ha sido el de la organización del conocimiento en la memoria, cuestión para la que se han formulado muchas propuestas, por ejemplo, para describirla en términos de guiones, de esquemas, de escenarios y muchas más. Estas propuestas no son sólo relevantes para la ciencia cognitiva, sino también para el ACD, ya que esas estructuras de conocimiento (ya sea directamente o a través de modelos) también organizan las estructuras del discurso.

Actitudes. Las actitudes son opiniones socialmente compartidas, como las opiniones que la gente comparte sobre la inmigración, el aborto o la energía nuclear. Estas actitudes son habitualmente complejas, es

decir, están compuestas por un conjunto de proposiciones de valoración. De la misma manera que el conocimiento general puede influir en los modelos mentales, las proposiciones de las actitudes también pueden «particularizarse» como opiniones personales específicas presentes en los modelos mentales, como sucede en el caso de las opiniones del Centro para la defensa moral del capitalismo sobre el caso de Microsoft.

Ideologías. Por último, yo defino las ideologías como las representaciones sociales básicas de los grupos sociales. Las ideologías se encuentran en la base del conocimiento y de las actitudes de grupos como los socialistas, los neoliberales, los ecologistas, las feministas y también las antifeministas. Probablemente, todos ellos tienen una estructura esquemática que representa la propia imagen de cada grupo, lo que incluye los dispositivos de pertenencia, los objetivos, las actividades, las normas y los recursos de cada grupo. Las ideologías contienen los principios básicos que organizan las actitudes que comparten los miembros de un grupo. De este modo, una ideología racista puede organizar actitudes sobre la inmigración, la educación o el mercado laboral.

En nuestro texto de muestra, podemos hallar que prácticamente todas las actitudes generales sobre la relación entre el Estado y las empresas, según ejemplifica el caso de Microsoft, han sido organizadas por una ideología neoliberal.

Discurso y sociedad

Seré breve en lo referente a la tercera dimensión del marco teorético: la de la relación entre el discurso y la sociedad. Esta relación se aborda con mayor detalle en los demás capítulos de este libro. Y muchos de los aspectos del discurso y la cognición que hemos tratado en los apartados anteriores (como el conocimiento y la ideología) son al mismo tiempo sociales.

He sugerido que la sociedad también puede analizarse en términos más locales y globales, en primer lugar en el plano de la interacción y de las situaciones, y en segundo lugar en el plano de los grupos, las organi-

zaciones sociales, las organizaciones y las instituciones. Estas últimas, que configuran la estructura social, únicamente pueden relacionarse con el discurso de dos maneras: en primer lugar, mediante las representaciones sociales que los miembros de la sociedad tienen de esas estructuras sociales, y en segundo lugar, mediante la encarnación de las estructuras sociales (como los grupos y las organizaciones) a través de los actores sociales, las interacciones y las situaciones en el plano local o en el microplano. En otras palabras, existe una forma cognitiva y una forma social de salvar los célebres planos de la diferenciación en la explicación de la estructura social. De este modo, el ACD puede estar interesado en macronociones como las del poder y la dominación, pero su estudio efectivo tiene lugar en el microplano del discurso y de las prácticas sociales. Permítanme hacer varios comentarios sobre algunos de estos conceptos.

Situaciones sociales. La estructura de las situaciones sociales es especialmente relevante, como hemos visto más arriba, para una teoría del contexto. El discurso se define con frecuencia como un acontecimiento comunicativo que sucede en una situación social, presenta un escenario, tiene participantes que desempeñan distintos roles, determina unas acciones, etcétera. Hemos visto que esas características situacionales sólo son relevantes para el discurso cuando se hallan encarnadas en representaciones mentales, es decir, convertidas en modelos contextuales. En otras palabras, puede que tengamos una teoría de las situaciones sociales para explicar los contextos, pero, de nuevo, necesitamos la interfaz cognitiva para transformarlos en las «estructuras de relevancia» que llamamos contextos.

En nuestro ejemplo, y para comprender el texto de la propuesta, también necesitamos comprender, y por consiguiente, construir, la situación comunicativa, teniendo una página de Internet como medio comunicativo, y al Centro y al usuario como participantes. Es decir, el acto de habla de la propuesta sólo puede entenderse como un elemento dirigido al usuario de Internet (sea quien sea) que lee este texto, y, del mismo modo, sólo puede entenderse que el lenguaje y los argumentos persuasivos se dirigen a ese usuario, aunque también vayan dirigidos, al mismo tiempo, a los destinatarios finales de la propuesta, el presidente y los políticos.

Acción. El ACD no se interesa únicamente en los actos de habla, sino también en otras muchas acciones, interacciones y prácticas sociales que se verifican por medio del discurso, o que representan condiciones o consecuencias del texto y la conversación, y que son una parte relevante de lo que he definido más arriba como contexto. De este modo, una declaración ante un parlamento puede estar compuesta por afirmaciones o acusaciones contra las políticas gubernamentales, pero también pueden encontrarse implicadas de forma relevante, y en muchos planos, otras acciones sociales y políticas, como las de criticar al gobierno, estar en la oposición, representar a los votantes y legislar. En otras palabras, para comprender qué es lo que sucede en el discurso, debemos construirlo como una encarnación, o como una parte de otras muchas formas de acción en distintos planos del análisis social y político.

De este modo, en el texto de la propuesta, una organización solicita que los usuarios de Internet firmen una invitación, pero el Centro hace mucho más que eso –defiende a Microsoft, ataca al gobierno de Estados Unidos, persuade a los usuarios de Internet y, por último, aboga en favor de los principios empresariales neoliberales–. Comprender este texto, ya sea como usuario o como analista, significa comprender estas acciones, y tener idea de cómo se hallan relacionadas con las estructuras discursivas. Obviamente, como se ha sugerido más arriba, estas interpretaciones sociopolíticas requieren la existencia de creencias socialmente compartidas que no han sido expresadas de forma explícita, sino que se dan por supuestas en este texto.

Actores. Es posible hacer sobre los actores observaciones similares a las que hemos hecho sobre las acciones. Los actores son categorías constitutivas de las situaciones sociales, y, como partes de las situaciones comunicativas, desempeñan diversos roles comunicativos, como los asociados a los distintos tipos de hablantes, escritores o autores, así como a los diferentes tipos de destinatarios. Pueden definirse localmente como individuos, o de manera global recurriendo a términos relacionados con los grupos, las organizaciones o las instituciones.

En nuestra muestra, por ejemplo, el escritor global o autor del texto de Internet es el Centro, pese a que, localmente, es probable que el texto haya sido escrito por un empleado de dicho Centro. De manera similar, el texto va dirigido a (cualquier) usuario de Internet, esto es, a un individuo no identificado, e indirectamente, a toda la comunidad de Internet, así como a cualquier otra persona que tenga acceso al texto. Éstos y otros roles organizan muchos de los aspectos del texto, como las formas de dirigirse a los destinatarios y la forma de la invitación («Firme la propuesta»). Obsérvese que estos actores no sólo definen la situación comunicativa, sino que también el discurso «citado» (la propuesta) tiene sus propios destinatarios (el presidente y demás, y en último término la sociedad estadounidense). De nuevo, un interesante ACD de este texto debería analizar las complejas estructuras participativas de los actores sociales y políticos implicados (tanto en el plano individual como en el colectivo), y determinar cómo se han descrito, o cómo se ponen de cualquier otro modo en relación con la estructura del discurso, esos actores situacional o semánticamente representados.

Estructuras societales. Hemos visto que las situaciones locales de interacción verifican, manifiestan o encarnan las estructuras societales globales. Los participantes hablan y escuchan en calidad de mujeres, madres, abogados, miembros de un partido o ejecutivos de una empresa. Sus acciones, incluyendo sus acciones discursivas, realizan actos y procesos sociales más amplios, como los de legislación, educación, discriminación y dominación, con frecuencia en el seno de marcos institucionales como los parlamentos, los colegios, las familias o los institutos de investigación.

El ACD se interesa principalmente por el papel del discurso en la encarnación y en la reproducción del poder y del abuso de poder (dominación), y por tanto está particularmente interesado en el estudio detallado de la interfaz que media entre lo local y lo global, entre las estructuras del discurso y las estructuras de la sociedad. Hemos visto que estos vínculos no son directos, sino que necesitan una interfaz cognitiva e interactiva: las representaciones sociales –incluyendo las actitudes y las ideologías– necesitan con frecuencia la mediación de los modelos mentales con el fin de manifestarse claramente en el discurso, y ese discurso sólo tiene efectos sociales y sólo resulta operativo cuando, a su vez, contribuye a la formación o a la confirmación de las actitudes y las ideologías so-

ciales. Además, la dominación grupal de la raza blanca sólo puede «llevarse a la práctica» cuando los miembros de los grupos blancos se implican de hecho en el tipo de discurso despectivo que encarna la discriminación. De este modo, el racismo o el sexismo no son meros sistemas abstractos de desigualdad y de dominación social, sino que en realidad se «hunden» profundamente en las formas de la vida cotidiana, fundamentalmente a través de las creencias, las acciones y los discursos de los miembros de los grupos.

Hemos hecho observaciones similares en el análisis de nuestro texto de muestra. Con el fin de comprender y explicar plenamente (las estructuras de) este texto, no sólo necesitamos detallar sus condiciones y consecuencias cognitivas y contextuales, sino estudiar igualmente las estructuras societales de orden más general sobre las que se basan en último término esas consecuencias cognitivas y contextuales, unas consecuencias que, al mismo tiempo, contribuyen a mantener y a reproducir las mencionadas estructuras. Hemos visto cómo se vincula, a lo largo de todo el texto y en todos los planos, la opinión negativa sobre el gobierno de Estados Unidos con relación al caso Microsoft con la ideología general neoliberal del libre mercado, ideología en la que los «empresarios» creativos son los héroes, y el gobierno (y su sistema de justicia) los villanos, contra cuyos ataques desempeña el Centro su específico papel de «defensor» de los valores capitalistas. Es decir, la ideología, tal como es puesta en práctica en los modelos mentales construidos para el caso Microsoft, y tal como de forma más o menos directa se expresa en el texto, ha de ser vinculada a grupos societales, organizaciones, estructuras y relaciones de poder. De hecho, el texto al que nos referimos sólo es, a este respecto, una más de la miríada de acciones (discursivas y de otro tipo) que realiza la comunidad empresarial en su lucha de poder con el Estado. Sólo podremos comprender en sus fundamentos este texto, junto con sus estructuras y sus funciones, si accedemos al más alto nivel del análisis societal.

Observaciones finales

Esta permanente vinculación de abajo arriba y de arriba abajo del discurso y la interacción con las estructuras societales es lo que constituye una de las características más representativas del ACD. De este modo, el

análisis del discurso es, simultáneamente, un análisis cognitivo, social y político, aunque se centra sobre todo en el papel que desempeñan los discursos, tanto en el plano local como en el global, tanto en la sociedad como en sus estructuras.

Las relaciones relevantes actúan en los dos sentidos. Las estructuras societales –como los grupos y las instituciones–, al igual que las relaciones generales –como el poder–, o del mismo modo que los actos societales globales –como la legislación y la educación–, definen las constricciones generales que se ejercen sobre las acciones locales y el discurso. Estas constricciones pueden ser más o menos fuertes, y van de las normas y las obligaciones estrictas (por ejemplo, las formuladas en el derecho, que especifican los actos de los jueces o de los miembros del Parlamento) a las normas más flexibles o «suaves», como las de las reglas de cortesía. Además, las constricciones pueden afectar a propiedades del discurso tan diversas como las de las iniciativas de interacción, las de quién controla los turnos de palabra o quién abre una sesión, las de los actos de habla, las de la elección de temas, las de la coherencia local, las del estilo léxico o las de las figuras retóricas. Y a la inversa, estas estructuras discursivas pueden interpretarse (o contar) como acciones que encarnan –o son elementos de– actos societales o políticos de tan amplia condición global como las políticas de inmigración o las reformas educativas.

Es precisamente en estos vínculos donde hallamos el punto crucial de un análisis crítico del discurso. La mera observación y análisis de la desigualdad social con elevados niveles de abstracción es un ejercicio propio de las ciencias sociales, y el simple estudio de la gramática discursiva, la semántica, los actos de habla o las iniciativas conversacionales es una tarea general que corresponde a los lingüistas, así como a los analistas del discurso y de la conversación. Los análisis de los discursos sociales y políticos están específicamente enfocados hacia la detallada explicación de la relación entre ambas cuestiones, una explicación que sigue las pautas que hemos esquematizado más arriba.

Como hemos visto en el análisis parcial de nuestro ejemplo, los objetivos específicos de la investigación mediante el ACD, como la preocupación central por la forma en que el discurso se halla implicado en la reproducción de la dominación, son los que, en último término, proporcionan la dimensión crítica crucial de esta dimensión sociopolítica. Esto también significa que el ACD requiere una ética explícita. La dominación que se define como abuso de poder presupone una definición de la noción de

abuso, por ejemplo en términos de la violación de normas y de derechos humanos y sociales. Estas definiciones éticas se formulan en el macronivel de los grupos, los movimientos, las instituciones y los estados-nación, a menudo en relación con sus miembros. El ACD se interesa de forma específica en las dimensiones discursivas de estos abusos, y por consiguiente, debe expresar con detalle las condiciones en que se producen las violaciones discursivas de los derechos humanos, que tienen lugar, por ejemplo, cuando los periódicos publican relatos sesgados sobre las minorías, cuando los gestores se involucran en, o toleran, actividades sexistas en sus empresas u organizaciones, o cuando los legisladores promulgan políticas neoliberales que hacen que el rico sea más rico y el pobre más pobre.

Para seguir leyendo

Caldas-Coulthard, C., y Coulthard, M., (comps.), 1996, *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*, Londres, Routledge.

Ésta es probablemente la primera recopilación de trabajos que se publicó bajo la rúbrica del ACD. Contiene buenos estudios escritos por destacados académicos de muchos países (incluyendo a los que se encuentran fuera de Europa o de América del Norte), y que abordan, en diferentes contextos, tanto el discurso escrito como el hablado.

Fowler, R.; Hodge, B.; Kress, G., y Trew, T., 1979, *Language and Control*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

Éste es el libro que difundió el trabajo realizado en la lingüística crítica y en el ACD. Se lo considera un clásico, junto con la obra de Tony Trew sobre los aspectos sintácticos de la descripción negativa de los miembros no pertenecientes al propio grupo (oraciones activas frente a oraciones pasivas, etcétera).

Van Dijk, T. A., 1993, *Elite Discourse and Racism*, Londres, Sage. [Trad. cast.: *Élite, discurso y racismo*, Barcelona, Gedisa, 2003.]

Esta obra resume gran parte del trabajo que hice sobre el discurso y el racismo durante la década anterior a la de la publicación. Eran trabajos, por ejemplo, sobre los medios de comunicación y los libros de texto, y a esto se añaden los resultados de nuevas investigaciones sobre los debates parlamentarios, el discurso académico y el discurso corporativo, llegando a la conclusión de que la más influyente (y la más negada) forma de racismo es la de las élites.

Van Dijk, T. A., 1998, *Ideology*, Londres, Sage. [Trad. cast.: *Ideología*, Barcelona, Gedisa, 1999.]

Es la primera entrega de un largo proyecto sobre la ideología y el discurso en el que se perfila el marco fundamental de una nueva teoría multidisciplinar de la ideología, una teoría relacionada con la cognición, la sociedad y el discurso. Se ponen ejemplos de ideologías racistas. Este libro también sienta las bases del componente ideológico de una teoría del ACD.

Wodak, R., (comp.), 1989, *Language, Power and Ideology. Studies in Political Discourse*, Amsterdam, Benjamins.

Esta importante recopilación de estudios es ciertamente una investigación en ACD *avant la lettre*. También resulta importante porque el trabajo de varios académicos de habla alemana queda aquí traducido al inglés. Incluye escritos sobre el fascismo, el racismo, los prejuicios, el patriarcado y el discurso político

6

El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales

Norman Fairclough

Mi objetivo en este capítulo es describir el análisis crítico del discurso (ACD) como un método que se puede utilizar para la investigación en ciencias sociales. Me referiré a los aspectos necesariamente selectivos de un concreto objeto de investigación: el de cuáles son las particulares características de aparición del lenguaje en el nuevo capitalismo.

Debería declarar desde el principio que tengo ciertas reservas sobre el concepto de «método». Si se entiende la palabra «método» como una técnica, como una herramienta en una caja de herramientas a la que es posible recurrir cuando se necesita para luego devolverla a la caja, resulta excesivamente fácil considerar que este concepto es una especie de «habilidad transferible». Desde mi punto de vista, el ACD es, por un lado, una teoría y un método –o más bien, una perspectiva teorética que versa sobre el lenguaje, y en un sentido más general, sobre la semiosis (incluyendo el «lenguaje visual», el «lenguaje corporal», etcétera)–, y por otro, un elemento o un «momento» del proceso social material (Williams, 1977) que suscita formas de analizar el lenguaje o la semiosis, formas que se insertan en otros análisis del proceso social de carácter más general. Además, se trata de una teoría o de un método que se encuentra

en relación dialógica con otras teorías y métodos sociales, una teoría o un método que debería entablar con esas otras teorías y métodos una relación «transdisciplinar» antes que simplemente interdisciplinar, lo que significa que los particulares compromisos recíprocos sobre determinados aspectos del proceso social pueden hacer surgir desarrollos de la teoría y del método que desplacen los límites existentes entre las diferentes teorías y métodos (Fairclough, 2000a). Dicho de otra manera, todos deberíamos estar abiertos a las lógicas teoréticas de los demás, abiertos a su «interiorización» (Harvey, 1966): de este modo será posible transformar las relaciones que existen entre ellas.

Describiré en primer lugar la posición teorética de esta versión del ACD. En segundo lugar, describiré el marco analítico –«el método»– y el punto de vista crítico. Por último, ilustraré lo anterior poniéndolo en relación con una cuestión concreta inscrita en el amplio objeto de investigación del lenguaje en el nuevo capitalismo, la cuestión de las representaciones del cambio en la «economía global».

Ubicación teorética del ACD: el discurso como un momento de las prácticas sociales

En este apartado propondré un marco para el ACD que trata de incorporar la perspectiva del lenguaje como elemento integral del proceso social material (véase Chouliaraki y Fairclough, 1999; Fairclough, 2000a). Esta versión del ACD se basa en una perspectiva de la semiosis entendida como parte irreducible de los procesos sociales materiales. La semiosis incluye todas las formas de creación de significado –las imágenes visuales, el lenguaje corporal y también el lenguaje–. Podemos entender la vida social como una serie de redes interconectadas de prácticas sociales de diferentes tipos (económicas, políticas, culturales, etcétera). Y cada práctica tiene un elemento semiótico. La motivación para centrarse en las prácticas sociales estriba en el hecho de que permite combinar la perspectiva de la estructura y la perspectiva de la acción –una práctica es, por un lado, una forma relativamente permanente de actuar en lo social, forma que viene definida por su posición en el interior de una estructurada red de prácticas, y por otro, un dominio de acción e interacción social que además de reproducir las estructuras posee el potencial de transformarlas–. Todas las prácticas son prácticas de producción; constituyen los escenarios en los

que se produce la vida social, ya sea ésta económica, política, cultural o de carácter cotidiano.

Digamos que toda práctica incluye los siguientes elementos:

- Actividad productiva.
- Medios de producción.
- Relaciones sociales.
- Identidades sociales.
- Valores culturales.
- Conciencia.
- Semiosis.

Estos elementos se hallan dialécticamente relacionados (Harvey, 1996). Es decir, son elementos diferentes pero no elementos discretos y completamente separados. Existe un sentido en el que cada uno de nosotros «interioriza» a los demás sin poder ser reducido a ellos. De este modo, por ejemplo, las relaciones sociales, las identidades sociales, los valores culturales y la conciencia son en parte semióticos, pero esto no quiere decir que teoricemos y que investiguemos, por ejemplo, las relaciones sociales del mismo modo en que teorizamos e investigamos el lenguaje; tienen propiedades diferentes y su estudio da lugar a disciplinas diferentes.

El ACD es el análisis de las relaciones dialécticas entre la semiosis (incluido el lenguaje) y otros elementos de las prácticas sociales. Su particular preocupación se centra en los cambios radicales que tienen lugar en la vida social contemporánea, en el modo en que figura la semiosis en los procesos de cambio, y en los cambios en la relación existente entre la semiosis y otros elementos sociales pertenecientes a las redes de prácticas. No podemos dar por supuesto el papel de la semiosis en las prácticas sociales; este papel ha de establecerse mediante el análisis. Y la semiosis puede ser más o menos importante y sobresaliente en una práctica o en un conjunto de prácticas que en otro, y su grado de importancia puede cambiar con el tiempo.

Grosso modo, la semiosis interviene de tres formas en las prácticas sociales. En primer lugar, interviene como parte de la actividad social inscrita en una práctica. Por ejemplo, parte del desempeño de un trabajo (como el de dependiente) consiste en utilizar el lenguaje de una forma específica; por consiguiente, también es parte de la actividad consistente en

gobernar un país. En segundo lugar, la semiosis interviene en las representaciones. Los actores sociales inscritos en cualquier práctica producen representaciones de otras prácticas, así como representaciones («reflexivas») de su propia práctica, en el transcurso de su actividad dentro de la práctica. Decimos que «recontextualizan» otras prácticas (Bernstein, 1990; Chouliaraki y Fairclough, 1999), es decir, que incorporan a su propia práctica esas otras prácticas. Además, actores sociales diferentes representarán las prácticas de manera diferente en función de su posición en el seno de la práctica. La representación es un proceso de construcción social de prácticas, incluyendo la autoconstrucción reflexiva –las representaciones participan en los procesos y en las prácticas sociales y los configuran–. En tercer lugar, la semiosis interviene en las «realizaciones» de las particulares posiciones existentes en el seno de las prácticas sociales. Las identidades de las personas que operan en determinadas posiciones en una práctica sólo se hallan parcialmente especificadas por la práctica misma. Las personas que difieren por su clase social, por su género, por su nacionalidad, por su pertenencia étnica o cultural, por su experiencia de la vida generan diferentes «realizaciones» de una posición concreta.

La semiosis como parte de la actividad social constituye las variedades discursivas. Las variedades discursivas son diversas maneras de actuar, de producir la vida social, en modo semiótico. Algunos ejemplos son los siguientes: la conversación cotidiana, las reuniones en distintos tipos de organizaciones, las entrevistas políticas o de otro tipo y las recensiones de libros. La semiosis en la representación y en la autorrepresentación de las prácticas sociales constituye los discursos. Los discursos son diferentes representaciones de la vida social cuya posición se halla intrínsecamente determinada; los actores sociales de distinta posición «ven» y representan la vida social de maneras distintas, con discursos diferentes. Por ejemplo, las vidas de los pobres y de los desfavorecidos se representan mediante discursos diferentes en las prácticas sociales del gobierno, de la política, de la medicina y de las ciencias sociales, y por medio de distintos discursos en el ámbito de cada una de estas prácticas, discursos que corresponden a las diferentes posiciones de los actores sociales. La semiosis en la realización de los puestos constituye los estilos.

Por ejemplo, los médicos, los profesores o los ministros del gobierno no tienen simplemente unos estilos semióticos que sean una función de sus posiciones en la práctica; cada posición se realiza por medio de esti-

los diferentes que dependen de aspectos de la identidad que superan la construcción de las posiciones en esas prácticas. Los estilos son formas de ser, identidades, en su aspecto semiótico.

Las prácticas sociales construidas de un modo concreto en forma de redes constituyen un orden social –por ejemplo, el actual orden emergente neoliberal y global del nuevo capitalismo, o, en un plano más local, el orden social de la educación en una sociedad particular y en una época concreta–. El aspecto semiótico de un orden social es lo que podemos llamar un orden del discurso. El orden del discurso es la manera en que las diferentes variedades discursivas y los diferentes tipos de discurso son ubicados juntos en la red. Un orden del discurso es una estructuración social de la diferencia semiótica –un particular ordenamiento social de las relaciones entre las diferentes formas de generar significado, es decir, de producir discursos y variedades discursivas diferentes–. Un aspecto de este orden es el dominio: algunas de las formas de generar significado son dominantes o mayoritarias en un particular orden del discurso; otras son marginales, o de oposición, o «alternativas». Por ejemplo, tal vez exista una forma dominante de verificar una consulta entre médico y paciente en Gran Bretaña, pero también existen varias formas diferentes que podrían adoptarse o desarrollarse en mayor o menor grado por oposición a la forma dominante. Probablemente, la forma dominante sigue manteniendo la distancia social entre los médicos y los pacientes, y la autoridad del médico en cuanto a la forma en que se desarrolla la interacción; sin embargo, existen otras formas que son más «democráticas», formas en las que los médicos restan importancia a su autoridad. El concepto político de «hegemonía» puede emplearse de forma provechosa para analizar los órdenes del discurso (Fairclough, 1992; Forgacs, 1988; Laclau y Mouffe, 1985) –una particular estructuración social de la diferencia semiótica puede llegar a ser hegemónica, convirtiéndose en parte del sentido común legitimador que sustenta las relaciones de dominación, pero la hegemonía siempre será contrarrestada, en mayor o menor medida, mediante la lucha por la hegemonía–. Un orden del discurso no es un sistema cerrado o rígido, sino más bien un sistema abierto que queda expuesto al peligro como consecuencia de lo que sucede en las interacciones efectivas.

El análisis crítico del discurso, como he señalado antes, oscila entre un enfoque centrado en la estructura y un enfoque centrado en la acción –entre un enfoque centrado en los cambios de la estructuración social de

la diversidad semiótica (órdenes del discurso) y un enfoque centrado en la productiva labor semiótica que se desarrolla en determinados textos e interacciones–. En ambas perspectivas, una de las preocupaciones principales se centra en cambiar las articulaciones entre las variedades discursivas, los discursos y los estilos –la cambiante estructuración social entre sus relaciones (una estructuración que alcanza una relativa estabilidad y permanencia en los órdenes del discurso) y el sostenido operar de sus relaciones en los textos y en las interacciones–. El término «interdiscursividad» se reserva para esto último: la «interdiscursividad» de un texto es una parte de su intertextualidad, una cuestión vinculada por un lado a las variedades discursivas, a los discursos y a los estilos a los que recurre, y por otro, a cómo opera con ellos en las articulaciones particulares.

El marco analítico del ACD

A continuación se representa esquemáticamente un marco analítico para el ACD. Ha sido ideado sobre la base del concepto de «crítica explicativa» expuesto por el teórico crítico Roy Bhaskar (Bhaskar, 1986; Chouliaraki y Fairclough, 1999). Los pasos son los siguientes:

1. Centrarse en un problema social que tenga un aspecto semiótico.
2. Identificar los elementos que lo obstaculizan con el fin de abordarlos, mediante el análisis de
   a. la red de las prácticas en la que están localizados
   b. la relación de semiosis que mantiene con otros elementos de la particular práctica (o prácticas) de que se trate
   c. el discurso (es decir, la propia semiosis)
      - análisis estructural: el orden del discurso
      - análisis interaccional
      - análisis interdiscursivo
      - análisis lingüístico y semiótico.
3. Considerar si el orden social (la red de prácticas) «necesita» en cierto sentido el problema o no.
4. Identificar las posibles formas de superar los obstáculos.
5. Reflexionar críticamente sobre el análisis (1-4).

Una característica clave de este marco es que combina los elementos relacionales (2) con los dialécticos (4); la crítica negativa en el sentido de diagnosis del problema, la crítica positiva en el sentido de la identificación de las hasta ahora no realizadas posibilidades favorables a un cambio en el modo en que se aborda el problema.

El paso 1 muestra que este enfoque del ACD se basa en los problemas. El ACD es una forma de ciencia social crítica que ha sido concebida como ciencia social destinada a arrojar luz sobre los problemas a los que se enfrenta la gente por efecto de las particulares formas de la vida social, y destinada igualmente a aportar recursos de los que pueda valerse la gente con el fin de abordar y superar estos problemas. Por supuesto, esto plantea una pregunta: ¿problemas para quién? Como ocurre por regla general con la ciencia social crítica, el ACD tiene objetivos emancipadores, y se centra en los problemas enfrentándose a lo que podemos denominar vagamente como los «perdedores» en determinadas formas de vida social –los pobres, los excluidos sociales, las personas sujetas a relaciones opresivas en razón de su género o de su raza, etcétera–. Sin embargo, esto no nos proporciona ningún conjunto claramente definido y no polémico de problemas sociales. Todo lo que resulta problemático y exige un cambio es un asunto intrínsecamente impugnable y controvertido, y el ACD se halla inevitablemente atrapado en la controversia y en el debate social al elegir centrarse en ciertas características de la vida social y considerarlas «problemáticas».

El paso 2 de la crítica aborda la diagnosis del problema de una forma bastante indirecta, esto es, preguntando qué obstáculos se van a abordar –¿qué hay en la forma en que se estructura y se organiza la vida social que hace que esto se convierta en un problema que se resiste a toda resolución fácil?–. La diagnosis considera el modo en que las prácticas se ubican juntas en una red, la forma en que la semiosis se relaciona con otros elementos de las prácticas sociales, y las características del propio discurso. Puesto que esto último constituye el punto focal específico del análisis del discurso, debo examinarlo con más detalle.

He examinado más arriba la vacilación que hace oscilar al ACD entre un enfoque centrado en la estructura y un enfoque centrado en la acción –un enfoque centrado en la estructuración de los órdenes del discurso, y un enfoque centrado en lo que sucede en las interacciones concretas–. Los obstáculos que dificultan abordar aquí el problema están en parte relacionados con la estructuración social de las diferencias semióticas de

los órdenes del discurso (por ejemplo, la forma en que el discurso tecnocrático ha colonizado ámbitos de los servicios públicos como el de la educación). Sin embargo, también guardan en parte relación con las formas que dominan o influyen en la interacción, con las formas de utilizar el lenguaje en la interacción. Esto significa que necesitamos analizar las interacciones. (El término «interacción» se utiliza en un sentido amplio: una conversación es una forma de interacción, pero también lo es, por ejemplo, un artículo periodístico, pese a que los «interactuantes» se encuentren alejados en el espacio y en el tiempo. Los textos escritos, así como, por ejemplo, los discursos transmitidos por la televisión o por el correo electrónico son interacciones en este sentido amplio.)

El análisis interaccional presenta dos aspectos. En primer lugar tenemos el análisis interdiscursivo: ¿cómo pueden los tipos concretos de interacción articular las diferentes variedades discursivas, los diferentes tipos de discurso y los distintos estilos? Aquí la asunción consiste en que una interacción (o un texto) es característicamente híbrido si lo expresamos en términos de variedades discursivas, discursos y estilos –parte del análisis consiste en destejer la particular mezcla que es característica de los tipos de interacción concretos–. El segundo aspecto tiene que ver con la lingüística y con otras formas de análisis semiótico (por ejemplo, el análisis de imágenes visuales). Debo decir algunas cosas acerca del análisis lingüístico.

Un problema al que se enfrentan las personas que no son especialistas en lingüística es que existen muchos aspectos diferentes del lenguaje de una interacción que pueden ser relevantes para el análisis crítico. No obstante, existen listas de control de las características lingüísticas a las que suele resultar particularmente interesante prestar atención al realizar los análisis críticos (por ejemplo, Fairclough, 1992: capítulo 8; Fowler *et al.*, 1979: capítulo 10). Esta versión del ACD se basa en una concreta teoría lingüística, la lingüística sistémica funcional (Halliday, 1994), que tiene la virtud de ser «funcional» –es decir, de entender y analizar un lenguaje como algo configurado (incluso en su gramática) por las funciones sociales a las que ha terminado sirviendo–. Esto hace que resulte relativamente fácil entender cómo las categorías del análisis social conectan con las categorías del análisis lingüístico (véase Chouliaraki y Fairclough, 1999: capítulo 8, para una valoración y una crítica de este tipo de análisis lingüístico).

El paso 3 del análisis, que se ocupa de si el orden social «necesita» los problemas, es una forma indirecta de relacionar el «ser» con «el deber

ser». Si podemos establecer mediante la crítica que el orden social genera intrínsecamente un abanico de problemas de gran calado, y que los «necesita» para sustentarse, habremos contribuido a fundamentar la lógica de un cambio social radical. La cuestión de la ideología también surge aquí: el discurso es ideológico en la medida en que contribuye a mantener unas particulares relaciones de poder y de dominación.

El paso 4 del análisis se desplaza de la crítica negativa a la positiva –la identificación de las hasta ahora no realizadas posibilidades, o de las posibilidades no completamente realizadas, favorables a un cambio del orden de las cosas–. Esta cuestión podría consistir en mostrar las contradicciones, o las lagunas, o los fallos, existentes en la dominación en el orden social (por ejemplo, las contradicciones existentes en los tipos de interacción dominantes), o podría consistir en mostrar la diferencia y la resistencia.

Por último, el paso 5 es el paso en el que el análisis se vuelve reflexivamente sobre sí mismo y se pregunta, por ejemplo, hasta qué punto es eficaz como crítica, si contribuye o no –o si puede contribuir o no– a la emancipación social, o si se halla o no comprometido con su propia posición en lo referente a las prácticas académicas que tan interrelacionadas se hallan hoy en día con el mercado y el Estado.

Ejemplo: las representaciones del cambio en la «economía global»

El ejemplo que he elegido para ilustrar este enfoque del ACD es el de las representaciones del cambio en la «economía global». El significado de esas representaciones para la ciencia social crítica surge dentro del más amplio ámbito de investigación al que antes aludía: el del lenguaje en el nuevo capitalismo. Por consiguiente, empezaré enmarcando lo primero en el interior de lo segundo.

El nuevo capitalismo puede considerarse como una reelaboración de la red de las prácticas sociales. Según Jessop (2000), implica tanto una «reestructuración» como una «nueva escala». Hay que establecer unas nuevas relaciones estructurales entre los diversos ámbitos de la vida social –entre las redes de las prácticas, o según la terminología de Bourdieu (por ejemplo, 1979), entre sus diversos «campos»–. En particular, existe una reestructuración de las relaciones entre los campos económicos y no

económicos, lo cual implica una extensa colonización de lo segundo por lo primero. La reorganización según una nueva escala es una cuestión relacionada con el establecimiento de nuevas relaciones entre las diferentes escalas de la vida social (y entre las redes de las prácticas sociales en las diferentes escalas): entre la escala global, la regional, la nacional y la local. Desde este punto de vista, el fenómeno al que nos referimos de forma general con el nombre de «globalización» no consiste simplemente en que nos hayamos desplazado de una escala fundamentalmente nacional a una escala fundamentalmente global de la organización y de los procesos económicos: la globalización posee una dilatada historia, y lo que implica es más bien una serie de nuevas relaciones entre escalas.

El lenguaje y la semiosis poseen una considerable importancia en la reestructuración del capitalismo y en su reorganización en torno a nueva escala. Por ejemplo, la totalidad del concepto de «economía basada en el conocimiento», una economía en la que el conocimiento y la información adquieren un nuevo y decisivo significado, implica una economía basada en el discurso: el conocimiento se produce, circula y es consumido como los discursos –unos discursos que adquieren carácter operacional en tanto que nuevas formas de actuar y de interactuar (incluyendo las nuevas variedades discursivas), y que se inculcan como nuevas formas de ser o nuevas identidades (incluyendo los nuevos estilos)–. Un ejemplo sería el conocimiento de las nuevas formas de dirigir las organizaciones. La reestructuración y la asignación de una nueva escala al capitalismo es en parte un proceso semiótico –el de la reestructuración y la asignación de una nueva escala a los órdenes del discurso, lo que implica unas nuevas relaciones estructurales y escalares entre las variedades discursivas, los discursos y los estilos.

El lenguaje también es importante en la génesis de esta reestructuración y de esta asignación de una nueva escala al capitalismo. El término «neoliberalismo» puede comprenderse como algo referido a un proyecto político encaminado a eliminar los obstáculos (como, por ejemplo, los Estados con sólidos programas de bienestar) que se oponen al pleno desarrollo del nuevo capitalismo (Bourdieu, 1988). Tal como señalara Bourdieu, los discursos neoliberales constituyen una parte significativa de los recursos que se despliegan en la procura del proyecto neoliberal. Aquí es donde entra en juego mi ejemplo: un aspecto particularmente importante del discurso neoliberal es el de las representaciones del cambio en la «economía global», cambios que son generalizados en las sociedades con-

temporáneas: las representaciones del cambio económico como algo inevitable e irresistible, y su representación como algo con lo que simplemente tenemos que aprender a vivir y a lo que hemos de adaptarnos.

El nuevo capitalismo, por consiguiente, es una concreta red de prácticas que encuentra parte de su peculiaridad en la forma en que figura en él el lenguaje –es decir, en sus variedades discursivas, en sus discursos y en sus estilos–. Podemos distinguir tres intereses analíticos interrelacionados: la dominación, la diferencia y la resistencia.

En primer lugar, debemos identificar qué variedades discursivas, discursos y estilos son los dominantes. Los ejemplos serían las variedades discursivas que regulan la acción y la interacción en las organizaciones (por ejemplo, el tipo de lenguaje que se utiliza en el «trabajo en equipo», en las «consultas», en las «asociaciones» o en las «valoraciones»); los discursos económicos neoliberales (incluyendo las representaciones del cambio) que se difunden internacionalmente y que son impuestos por organizaciones como el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio (que incluyen palabras clave y expresiones como «mercado libre», «transparencia», «flexibilidad», «calidad»); y los estilos de las personas clave del nuevo orden –empresarios, gerentes, dirigentes políticos, etcétera–. También hemos de considerar cómo difunden a escala internacional (es decir, cómo reciben la asignación de una nueva escala) estas variedades discursivas, estos discursos y estos estilos, y también cómo se diseminan por las áreas de la vida social (es decir, debemos considerar cómo quedan reestructurados, por ejemplo: cómo «fluctúan» el discurso y la variedad discursiva correspondientes a la «negociación», por así decirlo, entre los círculos de la actividad económica, política, militar y familiar).

En segundo lugar, hemos de considerar el abanico de la diferencia, o de la diversidad, en las variedades discursivas, en los discursos y en los estilos –así como la estructuración y la reestructuración social de esa diferencia–. Una cuestión es el acceso: ¿quién tiene y quién no tiene acceso a las formas dominantes? Otra es la relación entre las formas dominantes y las formas no dominantes –cómo se ven afectadas otras variedades discursivas, otros discursos y otros estilos por la imposición de las nuevas formas dominantes–. Por ejemplo, el discurso político general converge por lo común en torno al discurso neoliberal –¿qué ha ocurrido, por ejemplo, con los discursos políticos radicales y socialistas?–. ¿Cómo han sido puestos al margen? ¿Cómo siguen manteniéndo-

se? Un error que debe evitarse es el de suponer que las formas dominantes son las únicas que existen.

Esto nos lleva ahora al tercer punto de interés: la resistencia. Las variedades discursivas, los discursos y los estilos dominantes están colonizando nuevos ámbitos –por ejemplo los tipos, los discursos y los estilos de la gestión empresarial están colonizando rápidamente ámbitos del gobierno y del sector público como la educación, y se desplazan rápidamente entre las distintas escalas–. Sin embargo, la colonización nunca es un proceso sencillo: en muchos casos las nuevas formas se asimilan a las formas antiguas, combinándose con ellas. Existe un proceso de apropiación de estas formas que puede conducir a varios resultados –a la asimilación aquiescente, a las formas de resistencia tácitas o a las de carácter más abierto (como sucede, por ejemplo, cuando la gente «reproduce el discurso» de una forma conscientemente estratégica, pero sin aceptarlo), o, de hecho, a la búsqueda de alternativas coherentes.

Como ya he dicho antes, el tipo de representaciones de cambio en la economía global que me interesa es el tipo que se difunde de manera generalizada –es posible encontrarlo en medios económicos, políticos y educativos, así como en otros tipos de textos–. En otro trabajo (Fairclough, de próxima publicación), he mostrado esquemáticamente cómo se desplazan esas representaciones del cambio entre estos diferentes tipos de discurso. También he mostrado (Faircough, 2000b) que constituyen una característica sobresaliente del discurso de la «tercera vía» que se utiliza en el lenguaje político del nuevo laborismo británico. El primer texto que examinaré ha sido seleccionado más bien por su condición de ejemplo típico –aunque podría ser completado por otros muchos, y en un estudio más completo lo estaría–. Se trata del prólogo escrito por el primer ministro británico, Tony Blair, al libro blanco sobre la competitividad redactado en 1998 por el Ministerio de Comercio e Industria (DTI, 1998). Este texto aparece reproducido en el Apéndice 1. Seguiré el marco analítico de cinco puntos presentado anteriormente.

Enfoque sobre un problema social que tiene un aspecto semiótico

Para esta parte del análisis, nos tenemos que salir del texto y utilizar fuentes académicas y no académicas para dar sentido a su contexto so-

cial. Uno de los sentidos que informa la esencia de los principales problemas sociales contemporáneos emana de una amplia perspectiva sobre el orden social –véase la deliberación anterior sobre el lenguaje en el nuevo capitalismo–. Me centraré en lo que considero un problema social puesto de manifiesto en este texto, problema que se puede resumir en la célebre afirmación de Margaret Thatcher: «No hay alternativa» (afirmación a la que, desde que fuera pronunciada, se alude casi siempre con el acrónimo «TINA»*). El capitalismo global en su forma neoliberal está casi siempre construido como un elemento externo, imposible de modificar e incuestionable –como un simple «dato vital» al que debemos responder–. En este caso, el problema social estriba en que las formas alternativas y factibles con que organizar las relaciones económicas internacionales que podrían no tener los efectos perjudiciales de la forma vigente (por ejemplo, el de incrementar la separación entre los ricos y los pobres dentro de los Estados y entre ellos) quedan excluidas de la agenda política por estas representaciones.

Identificar los obstáculos para poder abordarlos

Empezaré con la red de prácticas en cuyo seno se localizan textos como éste. El texto proviene de un libro blanco, que es el documento británico en el que se expresan las medidas políticas del gobierno –es decir, se localiza en una práctica situada en el interior de la red de prácticas que es constitutiva del gobierno–. No obstante, los gobiernos nacionales se hallan cada vez más imbricados en redes de prácticas más amplias que no sólo incluyen a otros gobiernos, sino también a instancias intergubernamentales, a organismos internacionales respaldados por los gobiernos (como la Unión Europea, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional), a redes empresariales, etcétera. Según Castells (1998), los gobiernos operan cada vez más como «nodos» dentro de una red transnacional basada en un complejo formado por los ámbitos empresarial y gubernamental, un complejo cuyas principales «funciones» van dirigidas a la creación de las condiciones (es decir, de las estructuras financieras, fiscales, legales, de «capital humano», etcétera) que permitan una exitosa

* Formado con las iniciales inglesas de esa afirmación (*«There Is No Alternative»*). *(N. del T.)*

competencia en la «nueva economía global» –que simplemente se acepta como algo dado–. Debido a que la práctica concreta de la que aquí nos ocupamos se halla encerrada en el interior de esta poderosa red, existe un obstáculo sustancial que se opone a que abordemos el problema.

Expresada en los términos que marca el segundo aspecto de los obstáculos que se oponen a que el problema sea abordado –esto es, la relación de esa semiosis con otros elementos presentes en el interior de la red de prácticas–, la semiosis desempeña, como ya he dicho anteriormente, un papel crucial en la imposición, la extensión y la legitimación de la «nueva economía global». Bourdieu (1998) subrayó la importancia del rol que desempeña el «discurso de poder», rol que es un elemento significativo del abanico de recursos desplegado por quienes tienen interés en extender y en consolidar el nuevo orden neoliberal. Esto significa que en modo alguno podemos prescindir alegremente de estas representaciones de la nueva economía y del cambio económico. También hemos de referirnos aquí a los cambios en el gobierno y en la «gobernación» –es decir, a los factores que el nuevo laborismo identifica con la «modernización» del gobierno–, cambios que incluyen un doble movimiento de dispersión o de devolución de la gobernación, y un fortalecimiento del centro en ciertos aspectos, en especial en lo referente a la coordinación de las diferentes ramas del gobierno, y en lo relacionado con «la percepción tecnocrática». La «percepción tecnocrática» es en parte lo que hoy en día se denomina de forma generalizada «giro», y añade una prima de prestigio al lenguaje del gobierno y al esmerado control de ese lenguaje. Por lo tanto, y en diferentes planos, la relación de la semiosis con otros elementos de la red de prácticas constituye un formidable obstáculo que se opone a que abordemos el problema.

El tercer aspecto de los obstáculos que se oponen a que abordemos el problema nos lleva al discurso, a la semiosis *per se*, tanto en términos estructurales (el orden del discurso) como en términos de interacción. Una de las cosas que hacen que el problema en cuestión resulte difícil de abordar es la recontextualización (Bernstein, 1990; Chouliaraki y Fairclough, 1999). Algunas de las representaciones de la «nueva economía global» y del cambio económico que resultan muy similares al ejemplo se encuentran, como he dicho, difusamente presentes en el discurso económico, político, mediático, educativo, etcétera, y esto tanto en Gran Bretaña como en el plano internacional. Esas representaciones «fluyen» a través de la red transnacional compuesta por los ámbitos empresarial y

gubernamental, y se recontextualizan (transformándose, tal como implica el concepto) para pasar de una variedad discursiva a otra, de un dominio del discurso a otro.

Volviendo ahora al análisis interaccional, comentaré primero las características lingüísticas del texto en su representación del cambio económico, para pasar después a la interdiscursividad. En esta fase del análisis tendré que utilizar algo de terminología lingüística, aunque reduciré su uso al mínimo. El marco del análisis lingüístico se basa, como ya he dicho antes, en lingüísticas sistémicas funcionales (Halliday, 1994). Las representaciones dominantes del «nuevo orden global» tienen ciertas características lingüísticas predecibles: los procesos de la nueva economía aparecen representados sin agentes sociales responsables; aparecen representados en un presente atemporal y ahistórico; en términos de modalidad, las afirmaciones sobre la nueva economía (que con frecuencia son obviedades con las que estamos muy familiarizados) aparecen categóricamente representadas como verdades desmodalizadas que se expresan con gran autoridad, y se produce un movimiento que va de este «ser» de la economía al «deber ser» de lo político –o de lo que «es» de forma categórica, a lo que «nosotros» debemos hacer para darle respuesta–; la nueva realidad económica aparece representada como algo universal, independiente de los lugares; y toda una serie de pruebas o de manifestaciones de la nueva economía aparecen representadas de manera paratáctica en forma de listados. He mostrado en otra parte (Fairclough, de próxima aparición) que estas características se sostienen gracias a la recontextualización, una recontextualización que aparece en los textos económicos (por ejemplo, en los textos del Banco Mundial), en los textos políticos, en los textos educativos, etcétera. Están presentes en el texto de Blair.

En la representación del cambio económico, del cambio del «mundo moderno», existe una ausencia de agentes sociales responsables. Los agentes de los procesos materiales son abstractos o inanimados. En el primer párrafo («El mundo moderno se ve barrido...»), «el cambio» es el complemento agente de la primera oración (pasiva), mientras que «nuevas tecnologías» y «nuevos mercados» son los complementos agente de la segunda –complementos agente, nótese bien, de unos procesos intransitivos («surgir», «abrirse») que representan el cambio como acontecimientos, como procesos carentes de agente–. La tercera oración es existencial –simplemente se afirma que existen «nuevos competidores» y

«nuevas oportunidades», y no se los localiza en el marco de los procesos de cambio–. Obsérvese también que en el tercer párrafo aparece el inanimado «este nuevo mundo» como agente de «reta». Por el contrario, cuando se trata de dar respuestas nacionales a estos implacables e impersonales procesos de cambio mundial, los agentes sociales están absolutamente presentes –las empresas, el gobierno, el Departamento de Comercio e Industria (DCI), y, sobre todo, «nosotros».

Volviendo al tiempo real, así como al tiempo y al modo verbal, el cambio mundial aparece representado en un presente ahistórico, como de hecho sucede también con los procesos de respuesta nacionales. Esto se realiza, en lo referente a la modalidad, mediante la categórica afirmación, esgrimida con autoridad, de simples obviedades (por ejemplo, «El mundo moderno se ve barrido por el cambio» –como todos sabemos–. De hecho, todas y cada una de las cinco afirmaciones del primer párrafo son obviedades). La única referencia histórica al pasado es la relativa al antiguo (de hecho «viejo») sistema descrito en el cuarto párrafo («La vieja intervención estatal ni funcionaba ni podía funcionar»). Existe un movimiento que va del «ser» al «deber ser». El «deber ser» se halla implícito en los párrafos segundo y tercero: «nuestro éxito depende de lo bien que explotemos nuestros bienes más preciados», lo que implica que debemos explotarlos. «Este nuevo mundo reta a las empresas a que sean innovadoras y creativas», reta igualmente al «gobierno a crear» y a poner en práctica una nueva política industrial, e implica también que las empresas y el gobierno deben hacer este tipo de cosas. Desde el quinto párrafo en adelante, el «deber ser» se muestra de forma explícita y recurrente –el verbo auxiliar «deber» (promover, invertir, competir, hacer) aparece en seis ocasiones–. El ámbito del «ser» es el cambio mundial; el ámbito del «deber ser» es el de las respuestas nacionales al cambio mundial: se construye textualmente una línea divisoria entre la economía y la política, entre los hechos y los valores, una línea que excluye a los primeros de la esfera de los segundos –lo que contrasta con la tradición socialdemócrata de la que ha surgido el nuevo laborismo–. A diferencia de lo que sucede con los procesos económicos, los procesos políticos sí que tienen agentes sociales responsables: el agente en los procedimientos modalizados con el verbo auxiliar «deber» es en cinco casos «nosotros», y en un caso «el gobierno». En resumen, el cambio mundial es un proceso presente que carece de historia al que «nosotros» debemos responder. Además, el proceso del cambio mundial se halla implícitamente repre-

sentado como un proceso indiferente al lugar en el que ocurra (en otros textos esto puede hacerse de forma explícita, mediante expresiones como ésta: «miremos donde miremos en el mundo contemporáneo») –no existen expresiones de lugar en el primer párrafo ni en el tercer párrafo.

La sintaxis es paratáctica, tanto en las relaciones entre las proposiciones como en las relaciones entre las oraciones de las proposiciones. Considérense por ejemplo los dos primeros párrafos. El primer párrafo consiste en tres proposiciones relacionadas de forma paratáctica (el segundo y el tercero también tienen cláusulas internamente relacionadas de forma paratáctica) que enumeran las pruebas del cambio mundial. Lo mismo ocurre con el segundo párrafo, aunque las proposiciones están aquí relacionadas por su tema (de ahí los temas pronominales anafóricos de las proposiciones segunda y tercera); la segunda contiene oraciones unidas de forma paratáctica. Obsérvese que la secuencia de estas proposiciones no es significativa –la secuencia es intercambiable (con alguna reorganización de poca importancia de las palabras en el caso del segundo párrafo debido a la anáfora) sin que se produzca ningún efecto determinante sobre el significado–. De hecho, lo que se incluye o se excluye de esta lista de pruebas es un tanto arbitrario, por ejemplo, la segunda proposición del primer párrafo podría haber sido también como sigue: «Enormes cantidades de dinero se mueven por el mundo en una fracción de segundo, y hasta el gato que tenemos en casa, Socks, tiene su propio portal en Internet». La segunda proposición resulta fantasiosa únicamente porque Blair no tiene un gato que se llame Socks. De hecho, este gato estaba incluido en una lista muy parecida publicada en un libro escrito por el ex presidente estadounidense Bill Clinton. Lo que desde el punto de vista retórico resulta significativo es la incesante acumulación de pruebas de dicho cambio –lo que Clarke y Newman, 1998, llaman «la cascada del cambio»–, una acumulación que establece firmemente que la nueva economía es un simple hecho con el que debemos vivir y al que debemos responder.

En resumen, en este texto el cambio aparece representado con autoridad como una serie de listados de manifestaciones conocidas (y de obviedades) acaecidas en el presente, indiferentes a los lugares en que se producen, cuyo agente social aparece borrado, y a las que nosotros debemos responder de ciertas formas. Todas estas características juntas construyen la nueva economía como un simple hecho para el que no existe alternativa.

Permítanme que vuelva a la interdiscursividad. La interdiscursividad es una recontextualización del tipo de lenguaje económico desarrollista

que aparece en los textos de organizaciones como el Banco Mundial, y significa que los textos se insertan en un contexto diferente, y por consiguiente, aparecen combinados con un tipo de lenguaje distinto, es decir, con un lenguaje político y gubernamental. Esto se manifiesta en varias características del texto. Por ejemplo, el texto pertenece a una particular rama gubernamental, la del prólogo de un (primer) ministro a un documento oficial, lo que no sólo nos permite anticipar el encabezamiento, la firma final y la fotografía del primer ministro, sino también la organización retórica del texto en su conjunto. Se trata de un texto político que ha sido fundamentalmente concebido para presentar un argumento persuasivo, mientras que un texto del Banco Mundial estaría orientado principalmente al análisis (véase Fairclough, de próxima aparición, para un ejemplo concreto) –lo que no excluye una intención persuasiva de carácter más encubierto–. El texto de Blair incluye rasgos familiares de la retórica política –está mucho más orientado hacia el «deber ser» que hacia el «ser», hacia la prescripción y la exhortación a la acción; el agente de estas acciones proyectadas es principalmente el pronombre de la primera persona del plural, «nosotros», cuya referencia oscila característicamente entre un «nosotros el gobierno» de carácter excluyente («nosotros también debemos invertir en las posibilidades británicas cuando las compañías por sí solas no pueden») y un «nosotros los británicos» de carácter incluyente («nosotros debemos competir con mayor eficacia»), pese a que la exacta referencia del «nosotros» incluyente sea típicamente ambigua–. Existe un cierto número de antítesis que establecen claros y llamativos contrastes («nuevos competidores pero también nuevas grandes oportunidades», «una visión a largo plazo en un mundo de presiones a corto plazo», «competir [...] en los mercados fuertes actuales [...] prosperar en los mercados del futuro»). «Pero» es una de las conjunciones paratácticas predilectas, se utiliza como encabezamiento de la proposición en los párrafos tercero, cuarto y quinto, y, de nuevo, establece antítesis. El texto comienza y termina con proposiciones cortas, efectistas y metafóricas que funcionarían bien como estribillos («El mundo moderno se ve barrido por el cambio», «Nosotros debemos hacer que el futuro sea favorable a Gran Bretaña»). El vocabulario del proceso incluye palabras que resaltan la voluntad y la energía que habrán de poner los agentes en las acciones proyectadas («construir», «crear», «promover», «forjar», «fomentar», «aprovechar»), y lo mismo hacen las palabras que representan estados afectivos («preparados para», «comprometidos con»).

El texto es un llamamiento a la acción colectiva, incluyente y comprometida.

La recontextualización implica este carácter híbrido, esta mezcla de diferentes discursos –en este caso el discurso del desarrollo económico y el discurso político–. La recontextualización implica una transformación –las representaciones de la nueva economía no son idénticas en un informe del Banco Mundial que en un prólogo político–; sus inflexiones están moduladas por el discurso que se está recontextualizando. Por ejemplo, en el primer párrafo del texto de Blair, la representación del cambio se descompone en tres cortas proposiciones que incorporan las características de la retórica política a la que me he referido (la efectista metáfora de la primera proposición, la antítesis contenida en la tercera) y que proporcionan una base atrevida, categórica y efectista sobre la que asentar la persuasiva retórica política del texto. Un material análogo procedente de un informe del Banco Mundial sería probablemente más completo y elaborado (véase Fairclough, de próxima aparición, para una comparación real). La recontextualización implica una transformación que se adecue al nuevo contexto y a su discurso.

El análisis interaccional muestra de qué modo se construye textualmente el «nuevo orden económico» como hecho vital ineludible. Si los textos con este tipo de construcciones son, como he sugerido, muy comunes y colonizan varios tipos de discursos, si han sido, además, «domesticados» por efecto de una recontextualización producida en el marco de diferentes tipos de discurso y de diferentes variedades discursivas, podemos apreciar que el «efecto de goteo» de estas representaciones en muchos textos e interacciones constituye también un obstáculo que se opone a que abordemos el problema.

¿«Necesita» en cierto sentido ser problemático el orden social (la red de prácticas)?

Ya he contestado de hecho a esta pregunta más arriba: las representaciones del cambio económico y de la «nueva economía global» como fenómenos ineludibles constituyen una parte significativa de la legitimación del nuevo orden social. Éste es también el objetivo de la ideología. Las ideologías son representaciones y tergiversaciones parciales: en concreto, el carácter inevitable e inexorable de la nueva economía descansa en gran medida en

acuerdos intergubernamentales, acuerdos, por ejemplo, sobre el comercio mundial y sobre la desregulación de los mercados financieros que tienen un carácter reversible. En términos más generales, y a pesar de que, en un determinado plano, los mercados posean una lógica impersonal a la que se hallan sujetos todos los que participan en ellos, no existe nada que haya sido creado socialmente que no pueda ser socialmente cambiado. Estas representaciones son tergiversaciones que contribuyen claramente a mantener unas desiguales relaciones de poder: son ideológicas.

Identificar las posibles maneras de superar los obstáculos

En este apartado presentaré otro texto que se encuentra en el Apéndice 2, un extracto de un libro (Brown y Coates, 1996) escrito por dos antiguos miembros del Partido Laborista: Ken Coates (que es miembro del Parlamento Europeo) y Michael Barratt Brown (ambos militan actualmente en la Red Laborista Independiente). En este texto escriben sobre el punto de vista que tiene el nuevo laborismo sobre lo que ellos llaman la «globalización capitalista» («la nueva economía global» según los términos del nuevo laborismo).

El sentido de presentar otro texto en esta fase de nuestro estudio radica en trasladarnos, en los términos que he presentado antes, del discurso dominante al discurso de la diferencia y de la resistencia: el tipo de representación de la nueva economía que he venido examinando hasta el momento no es el único que existe en los textos y en las interacciones contemporáneos, aunque es el que predomina. Existe la diferencia, pero también la resistencia: estos autores escriben contra el nuevo laborismo desde una posición de izquierdas inscrita en el movimiento laborista. Existen también textos de resistencia como, por ejemplo, los de las organizaciones anticapitalistas que recientemente han adquirido cierto relieve tras los acontecimientos de protesta frente a la asamblea de la Organización Mundial del Comercio celebrada en 1999 en Seattle. Tal como sucede con el texto de Blair, he seleccionado aquí un texto representativo de otros muchos –un estudio más completo analizaría más textos–. Estas representaciones alternativas se localizan en una emergente y contraria red de prácticas sociales que constituye al menos un posible recurso con el que contrarrestar los obstáculos que he examinado, pese a que dichas representaciones resulten en este momento relativamente marginales. La importancia que pueda tener

este recurso resulta algo bastante difícil de valorar en la situación presente –y una valoración detallada supera el alcance de este capítulo–. Aquí me limitaré a un análisis interaccional, y me centraré en las mismas características que identifiqué en el texto de Blair con el fin de demostrar en qué difiere esta representación del cambio de la predominante.

Los agentes de este extracto son diferentes de los del texto de Blair –son agentes sociales: «las grandes compañías transnacionales», «las compañías que tienen su base en Gran Bretaña», «las compañías que tienen su base en el extranjero», «la Unión Europea», «la Comisión Europea», etcétera. (Las representaciones que hace el nuevo laborismo de la nueva economía casi nunca se refieren a las corporaciones transnacionales.) El término «capital» se utiliza en dos sentidos: en primer lugar, como agente social que equivale a «empresa capitalista» («El capital siempre ha sido global»); en segundo lugar, en el sentido del dinero como capital («que el capital sea más móvil»). Estos agentes sociales son en algunos casos agentes de los procesos materiales de la economía: «El capital [...] que se ha movido en el ámbito internacional», «las compañías que operan en el plano transnacional [...], las que operan en el Reino Unido», «la Unión Europea [...] refuerza su condición de clientes», «la Comisión Europea [...] que proporciona una clientela mejor organizada a las compañías transnacionales». Sin embargo, también existen procesos materiales que podrían haber tenido agentes sociales pero que no los tienen: «que el capital sea más móvil [...], se puede mover de forma más rápida gracias a los medios electrónicos» (la primera cláusula es relacional, pero se podría comprender como la metáfora gramatical (Halliday, 1994) de una cláusula material –«el capital puede moverse más fácilmente», «las compañías pueden mover el capital con mayor facilidad»).

En vez de un presente atemporal y ahistórico, las cláusulas conjugadas en presente tienen en algunos casos una especificación contemporánea («hoy en día, los gobiernos requieren cada vez más» –y aquí «cada vez más» construye el presente como un proceso, como un devenir–; «el actual objetivo de la Comisión Europea»), mientras que en otros el presente se combina con el pretérito perfecto («esas compañías transnacionales han llegado a adquirir un mayor predominio»), lo que confiere una profundidad histórica al presente, enmarcándolo en el pasado, y haciéndolo en términos de un proceso que une el pasado con el presente. Además, el cambio económico se especifica en parte en términos de lugar, en vez de representarse como un fenómeno independiente de los lugares («peculiar del Reino Unido», «de Europa»).

En cuanto al modo, aquí no tenemos la división entre el «ser» y el «deber ser» característico de las representaciones dominantes, sino que al final existe un significativo giro del «ser» al «pudiera ser», giro que no presenta al sistema económico generalizado como el único sistema posible, sino como un sistema abierto al cambio iniciado por los agentes sociales (agentes que, por implicación, son los «gobiernos de los Estados europeos»). El modo de las afirmaciones se expresa con autoridad y de forma categórica, como en el texto de Blair, pero las afirmaciones no son obviedades tan manifiestas.

La sintaxis del extracto también es diferente de la del texto de Blair. No posee el listado paratáctico de este último, es decir, no muestra una elaboración de listas de pruebas con las que establecer retóricamente la inexorable realidad del cambio. Este extracto es más argumentativo –un indicio de esto es la naturaleza de las partículas cohesivas que existen entre las proposiciones, entre las que cabe citar la presencia de partículas de conjunción («en otras palabras», «de hecho», «pero»), de partículas comparativas («de mayor importancia», «más que», «otras órdenes, mejores»), y de pronombres anafóricos provistos de un antecedente en la cláusula («que»).

Se podría decir que éste es un discurso diferente, y que sus características incluyen también un vocabulario que no utiliza el nuevo laborismo (por ejemplo, «capital» en el sentido de «empresa capitalista», «transnacionales», «clientelismo»), así como (en otras partes del mismo capítulo) representaciones de los gobiernos y del capital (por ejemplo, los gobiernos «que retan el poder del capital internacional»).

Reflexionar críticamente sobre el análisis

¿Cómo puede contribuir un análisis como éste a abordar problemas como el que ha centrado mi trabajo? ¿Cómo podemos, por ejemplo, relacionar los trabajos académicos con las campañas contra el neoliberalismo, o, más concretamente, con algunos aspectos de los esfuerzos que la Organización Mundial del Comercio destina a ampliar «el libre mercado»? La vida académica está organizada como una red de prácticas diferente, de hecho está organizada como un mercado distinto, y es improbable que la investigación crítica que se realiza dentro de sus confines tenga mucho efecto. Podría tener algún éxito: las personas que dedican parte de su tiempo a la enseñanza superior pueden «trasladar» ideas y

enfoques a otras partes de sus vidas. Sin embargo, creo que debemos seguir reconsiderando las siguientes cuestiones: cómo investigamos, cómo y dónde publicamos y cómo escribimos. En lo que hace a cómo investigamos, lo que he dicho más arriba sobre las representaciones de la nueva economía no está directamente relacionado con los activistas que hacen campaña sobre cuestiones como la del «libre mercado» –así que, ¿por qué no trabajar con esos activistas en el diseño y en la realización de investigaciones, vinculándolas, por ejemplo, con las campañas que las personas discapacitadas realizan a propósito de la reforma asistencial?–. Respecto a la cuestión de cómo y dónde publicamos, diré lo siguiente: ¿por qué no tratar de publicar folletos, artículos en periódicos y revistas, libros divulgativos, o textos en la red? Y en lo referente a cómo escribimos: ¿es posible desarrollar formas de escribir que sean accesibles a mucha gente sin caer en la superficialidad? (Para un intento de escribir un libro divulgativo sobre el lenguaje utilizado por el nuevo laborismo, véase Fairclough, 2000bien, y véase también el *Daily Telegraph* del 2 de marzo de 2000 para un artículo de fondo sobre el mismo tema).

Para seguir leyendo

Chouliaraki, L. y Fairclough, N., 1999, *Discourse in Late Modernity: Rethinking Critical Discourse Analysis*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

Este libro presenta una explicación más sistemática de la versión del ACD que se expone en este capítulo.

Fairclough, N., 1989, *Language and Power*. Londres, Longman.

Ésta es la primera versión de este enfoque del ACD, con un amplio tratamiento de las cuestiones vinculadas al lenguaje y al poder.

Fairclough, N., 1992, *Discourse and Social Change*. Cambridge, Polity Press.

Ésta es una de las primeras versiones del ACD, relacionada con la investigación sobre el cambio social.

Fairclough, N., (2000), *New Labour, New Language?*, Londres, Routledge.

Una introducción divulgativa al análisis del discurso político. Se basa en la versión del ACD que se ha presentado en este capítulo.

APÉNDICE 1: LA ELABORACIÓN DE UNA ECONOMÍA FUNDADA EN EL CONOCIMIENTO

Preámbulo del primer ministro

El mundo moderno se ve barrido por el cambio. Constantemente surgen nuevas tecnologías y se abren nuevos mercados. Existen nuevos competidores, pero también nuevas grandes oportunidades.

Nuestro éxito depende de lo bien que explotemos nuestros bienes más preciados: nuestro conocimiento, nuestras habilidades y nuestra creatividad. Éstas son las claves para concebir bienes de gran valor, servicios y prácticas empresariales punteras. Ellas constituyen el corazón de una economía fundada en el conocimiento.

Este nuevo mundo reta a las empresas a que sean innovadoras y creativas, a mejorar constantemente los resultados, a construir nuevas alianzas y proyectos. Pero también reta al gobierno: a crear y poner en práctica un nuevo enfoque en materia de política industrial.

Éste es el propósito de este libro blanco. La vieja intervención estatal ni funcionaba ni podía funcionar. Pero tampoco lo hace la confianza ingenua en los mercados.

El gobierno debe promover la competencia, estimular la empresa, la flexibilidad y la innovación mediante la apertura de mercados. Pero nosotros también debemos invertir en las posibilidades británicas cuando las compañías por sí solas no pueden: en educación, en ciencia y en la creación de una cultura empresarial. Y nosotros debemos promover asociaciones creativas que ayuden a las compañías: colaborar para conseguir ventajas competitivas; promover una visión a largo plazo en un mundo de presiones a corto plazo; poner a sus resultados un marchamo que los haga comparables a los mejores del mundo; y forjar alianzas con otras empresas y con los empleados. Todo esto constituye el papel del Departamento de Comercio e Industria.

Nosotros no satisfaremos nuestros objetivos de la noche a la mañana. El libro blanco crea un marco político para los próximos diez años. Nosotros debemos competir con mayor eficacia en los difíciles mercados actuales si queremos prosperar en los mercados del futuro.

En el gobierno, en los negocios, en nuestras universidades y en toda la sociedad nosotros debemos hacer mucho más para fomentar un nuevo espíritu emprendedor: equipándonos para el largo plazo, estando preparados para aprovechar las oportunidades, comprometidos con la innovación

constante y con la mejora de los resultados. Éste es el camino que nos conducirá a todos al éxito comercial y a la prosperidad. Nosotros debemos hacer que el futuro sea favorable a Gran Bretaña.

Su señoría el diputado Tony Blair, primer ministro.

APÉNDICE 2

El capital siempre ha sido global, y siempre se ha movido en el ámbito internacional desde sus bases en los países industriales desarrollados. Lo que ha cambiado no es que el capital sea más móvil [...], sino que las bases nacionales son menos importantes como mercados y como centros de producción. En otras palabras, las grandes compañías transnacionales no son sólo mayores, sino más independientes [...], la Unión Europea, lejos de ofrecer un liderazgo y un reto a los estados-nación de Europa, refuerza su condición de clientes de las compañías transnacionales. De hecho, este clientismo no sólo se aplica a las compañías que tienen su base en Europa [...]. Pese a que, en una economía globalizada, es cierto que ya no es posible el capitalismo nacional, no lo es que los gobiernos nacionales –y por extensión, la Unión Europea– carezcan por completo de poderes que puedan utilizar contra las acciones arbitrarias del capital transnacional. Son muchas las cosas que pueden hacer los gobiernos negociando –por ejemplo, estableciendo o suspendiendo las exenciones fiscales [...]–. Sin embargo, esa negociación tiene que tener una dimensión internacional, o las compañías transnacionales podrán sencillamente seguir dividiendo y venciendo [...]. El nuevo laborismo parece haber abandonado lo que quedaba de las tradiciones internacionalistas del Partido Laborista [...]. No obstante, el ICFTU, la Federación de los Sindicatos Europeos y los grupos comerciales de Ginebra constituyen aliados potenciales para el fortalecimiento de la respuesta del Partido Laborista británico al capital internacional (Brown y Coates, 1996, págs. 172-174).

7

Acción y texto: para una comprensión conjunta del lugar del texto en la (inter)acción social, el análisis mediato del discurso y el problema de la acción social

*Ron Scollon**

En nuestro mundo contemporáneo, los problemas sociales están inextricablemente vinculados a los textos. Desde los relatos de la televisión y el periódico sobre el desempleo, las intervenciones militares internacionales o la reestructuración de las identidades de las naciones que experimentan un cambio sociopolítico a las campañas del discurso público que fomentan el sexo seguro o que disuaden del consumo de drogas, los problemas sociales se expresan mediante discursos públicos y privados que moldean la definición de estos problemas mientras, al mismo tiempo, di-

* Este capítulo se ha desarrollado a través de muchas discusiones con colegas y estudiantes, discusiones relacionadas con el mejor modo de intentar trabajar «metódicamente» en el análisis mediato del discurso. Pese a no ser, ciertamente, un punto de vista definitivo sobre este tipo de cosas, quiero agradecer específicamente a Tom Randolph su habitual atención pormenorizada a la redacción del texto, y también la atención que prestó al tono general del mismo; a Sigrid Norris su insistencia en que el capítulo incluyera diagramas clarificadores; a Ingrid de Saint-Georges, Philip Levine y Vicki Yung por otras útiles sugerencias; y a Suzanne Wong Scollon por treinta años de continuas discusiones sobre metodología.

ficultan un cambio social productivo. El lenguaje acompaña frecuentemente a nuestras acciones y, a la inversa, la acción acompaña a gran parte de lo que decimos. El análisis crítico del discurso (ACD) es un programa de análisis social que analiza críticamente el discurso –es decir, el lenguaje en uso– como un medio para abordar los problemas del cambio social.

El programa del ACD se basa en la idea de que el análisis del discurso abre una ventana sobre los problemas sociales debido a que los problemas sociales se constituyen en gran medida por medio del discurso. Sin embargo, este programa sigue encontrando problemático establecer los vínculos entre los discursos y las acciones sociales. Jones (1999, 2000), por ejemplo, ha mostrado que existe un vacío casi infranqueable entre lo que dicen los medios de comunicación públicos sobre el SIDA y el VIH, o sobre el consumo de drogas, y la realidad de las acciones y las identidades de los actores sociales implicados en una práctica de sexo de riesgo o de consumo de drogas. Este vacío hace que estos discursos sobre la salud pública sean en gran parte irrelevantes en lo que a producir cambios efectivos en el comportamiento se refiere.

El análisis mediato del discurso (AMD) comparte los objetivos del ACD, pero traza unas estrategias con las que reformular el objeto de estudio y pasar, de un enfoque sobre los discursos vinculados a los asuntos sociales, a un enfoque sobre las acciones sociales mediante las cuales producen los actores sociales las historias y los hábitos de sus vidas cotidianas, un giro que se justifica por el hecho de que ésta es la base sobre la que se produce y se reproduce la sociedad. Es decir, el AMD se centra más en la acción social que en el discurso o en el lenguaje. Esto no significa que el AMD no tenga interés en el discurso. Al contrario, el AMD considera que una de sus principales tareas consiste en explicar y en comprender de qué modo se halla implicada (o no) la generalidad de los discursos de nuestra vida social en las acciones sociales que en cada instante realizan los actores sociales en su actividad de tiempo real.

Además del trabajo de Jones sobre los discursos públicos relacionados con el SIDA y el VIH, o con el consumo de drogas en Hong Kong y China, como hemos mencionado anteriormente, los proyectos en este programa de AMD han investigado las formas en la que los estudiantes universitarios de Hong Kong han hecho suyos, en sus vidas cotidianas, los múltiples discursos públicos de cambio sociopolítico, como el de la soberanía política sobre Hong Kong, transferida de Gran Bretaña a Chi-

na (Jones *et al.*, 1997; R. Scollon, 1999a; R. Scollon *et al.*, 1999a; Scollon y Scollon 1997; Yung, 1997), el de los efectos de la crisis de los misiles taiwaneses en la estructura social de un grupo de amigos que ejercen juntos en Hong Kong (S. Scollon, 1996, 1998, 1999, 2000a, c, d), el de los discursos públicos sobre el paro en la Unión Europea y sobre la formación a largo plazo de la juventud desempleada en un centro de formación de Bélgica (de Saint-Georges, 2000b), el de la redacción de los trabajos del comité de una gran organización de caridad y acogida de Hong Kong que acomete su reestruturación en una época de cambio sociopolítico (Boswood, 2000), y el de las tensiones dialécticas surgidas entre las identidades personales, regionales, nacionales y europeas durante la actual época, caracterizada por la europeización postsoviética (de Saint-Georges y Noris, 1999).[1]

El análisis crítico del discurso y el análisis mediato del discurso

Fairclough y Wodak (1997) han elaborado un programa de ocho puntos para definir como sigue el análisis crítico del discurso:

1. El ACD aborda problemas sociales.
2. Las relaciones de poder son discursivas.
3. El discurso constituye la sociedad y la cultura.
4. El discurso efectúa una labor ideológica.
5. El discurso es histórico.
6. El vínculo entre el texto y la sociedad es mediato.
7. El análisis del discurso es interpretativo y explicativo.
8. El discurso es una forma de acción social.

Quizá quienes no intervienen en el programa del ACD estarían dispuestos a aceptar todos y cada uno de estos puntos y, sin duda, desearían añadir también algunos puntos que Fairclough y Wodak no han elaborado. El análisis mediato del discurso no es diferente en esto. El AMD considera que su interés principal reside en el análisis, la interpretación y la explicación de los problemas sociales –de ahí que el AMD se centre en la acción social–. Sin embargo, es precisamente este mismo punto el que causa al menos un alejamiento parcial respecto del ACD. El AMD conside-

ra que las relaciones de poder en la sociedad no son única o simplemente discursivas, sino que, por el contrario, están basadas en la práctica. Por consiguiente, el AMD entiende que la práctica discursiva es una forma más de práctica social, y no la forma fundacional o constitutiva de la práctica a partir de la cual habrá de surgir el resto de la sociedad y las resultantes relaciones de poder. En consecuencia, el AMD no acepta la formulación del tercer punto indicado por Fairclough y Wodak. El AMD considera que el discurso es uno de los medios con los que se constituyen la sociedad y la cultura. El AMD argumenta también que la sociedad y la cultura se constituyen en los productos materiales de esa sociedad, así como en sus prácticas no discursivas. Una vez dicho esto, el AMD sí que acepta los puntos del programa de Fairclough y Wodak, que sostienen que el discurso es ideológico e histórico, y los que afirman que el discurso es una forma de acción social capital para la agenda de dicha acción.

A veces se considera que el programa del ACD (y por consiguiente también el del AMD) es «crítico» en un sentido negativo y simple de la palabra. En mi opinión, Kant renovó el uso de los términos que se agrupan en torno a la noción de «crítica» en su *Crítica de la razón pura* (1781), y lo hizo partiendo de la base del significado más general, el que indica la realización de un juicio severo o incluso ofensivo. De su obra dijo lo siguiente:

> De todo lo anterior se desprende la idea de una ciencia especial que puede llamarse la *Crítica de la razón pura* [...]. Tal propedéutica no debería llamarse doctrina de la razón pura, sino simplemente crítica de la misma. Su utilidad [con respecto a la especulación] sería, de hecho, puramente negativa. No serviría para ampliar nuestra razón, sino sólo para clarificarla y preservarla de errores, con lo cual se habría adelantado ya mucho (B 24-B 25, énfasis en el original).

En el «Prólogo de la segunda edición, 1787» Kant hace comentarios relativos a la acusación de que su crítica es negativa, refiriéndose a ellos del siguiente modo:

> Negar a esta labor de la crítica su utilidad *positiva* equivaldría a afirmar que la policía no presta un servicio *positivo* por limitarse su tarea primordial a impedir la violencia que los ciudadanos pueden temer unos de otros, a fin de que cada uno pueda dedicarse a sus asuntos en paz y seguridad (B XXV).

Más adelante, en ese mismo prólogo, habla de su *Crítica de la razón pura* como de una «ciencia crítica»:

> La crítica no se opone al *procedimiento dogmático* de la razón en el conocimiento puro de ésta en cuanto ciencia (pues la ciencia debe ser siempre dogmática, es decir, debe demostrar con rigor a partir de principios *a priori* seguros), sino al *dogmatismo*, es decir, a la pretensión de avanzar con puros conocimientos conceptuales (los filosóficos) conformes a unos principios –tal como la razón lo viene empleando desde hace mucho tiempo–, sin haber examinado el modo ni el derecho con que llega a ellos. El dogmatismo es, pues, el procedimiento dogmático de la razón pura *sin previa crítica de su propia capacidad*. Esta contraposición no quiere, pues, hablar en favor de la frivolidad charlatana bajo el nombre pretencioso de popularidad o incluso en favor del escepticismo, que despacha la metafísica en cuatro palabras. Al contrario, la crítica es la necesaria preparación previa para promover una metafísica rigurosa (B XXXV-B XXXVI, énfasis en el original).

Es decir, la palabra «crítica», en tanto que término filosófico y analítico, así como su forma adjetivada «crítico, -a» son de Kant (así como el nombre «crítica»). Él las califica como «negativas», en el sentido de que apartan los restos de dogmatismo mediante un examen *a priori* de los principios por los que se entiende que opera la razón. Es decir, se juzga que el proceso racional es limitado debido a que no puede comprender sus propios fundamentos sin una previa crítica de esos límites. Éste, por supuesto, es el fundamento del pensamiento de la Ilustración y, quizá, de toda la filosofía y la ciencia desde Kant.

Por supuesto, esta primera critica de Kant fue seguida por la *Crítica de la razón práctica* (1788), y posteriormente, por la *Crítica del juicio* (1790). En el prólogo de esta última obra advierte: «Con esto, entonces, concluyo mi empresa de toda la crítica».

El uso que hace Kant de estos términos: «crítica», «negativo» y «crítico» en lo que constituye la obra filosófica fundamental de la época moderna, respalda y justifica el uso que seguimos haciendo nosotros cuando debatimos sobre cuestiones teoréticas relacionadas con el análisis del discurso, pese a que todos estos términos hayan seguido teniendo sus sentidos negativos de carácter más popular y no filosófico, unos sentidos vinculados a la emisión de juicios severos u ofensivos.

El AMD, en la versión que he esbozado más arriba, comparte con el ACD, como comparte con la muy anterior obra de Kant, esta interpre-

tación de la empresa crítica. El AMD no busca únicamente examinar la posición ideológica contenida en los discursos de abuso de poder de la sociedad contemporánea –aunque tiene un interés central en esa cuestión–. El AMD busca examinar los límites de su propia teoría y método. En lo que sigue, trataré de exponer la metodología que hemos utilizado, en primer lugar, para identificar el significado de las acciones sociales –aunque no sólo el significado que tienen dichas acciones para el analista, sino el que poseen para quienes participan en ellas–, y después, en segundo lugar, trazaré brevemente un perfil de cómo aplicamos un enfoque necesariamente amplio e interdisciplinar al estudio de las operaciones discursivas que tienen lugar en esas acciones sociales.

Neocapitalismo, neoliberalismo y una taza de café: una acción mediata

Como una pequeña contribución al programa del ACD, y con el fin de ilustrar los conceptos que habré de utilizar, argumentaré aquí, en este capítulo, que podemos empezar por arrojar luz sobre la dialéctica existente entre la generalidad de los discursos contemporáneos de corte neoliberal y neocapitalista (Fairclough, 2000b) y la cotidiana acción social del estudio de algo tan mundano y aparentemente irrelevante como el hecho de tomar una taza de café en una cafetería. Mediante este ejemplo ilustrativo, que reconozco no haber podido sino esbozar aquí, espero mostrar que el AMD ofrece un programa para captar la generalidad de las cuestiones sociopolíticas de nuestra época en las sencillas acciones cotidianas de nuestras vidas.

En el AMD, las acciones sociales reciben el nombre de acciones mediatas con el fin de resaltar la idea de que todas las acciones sociales vienen mediadas por herramientas culturales o por instrumentos de mediación. El más notable y quizá el más común de estos instrumentos de mediación es el lenguaje, o para utilizar el término que preferimos, el discurso. El significado que esto tiene para el AMD en relación con el análisis crítico del discurso (ACD) radica en que el lenguaje (o el discurso) no es el foco de atención central para el AMD, sino que su interés se centra más bien en la acción social, ya esté o no implicado en la acción el lenguaje (o el discurso). Para decirlo de otro modo, el discurso en el AMD es simplemente uno de los instrumentos de mediación que permiten rea-

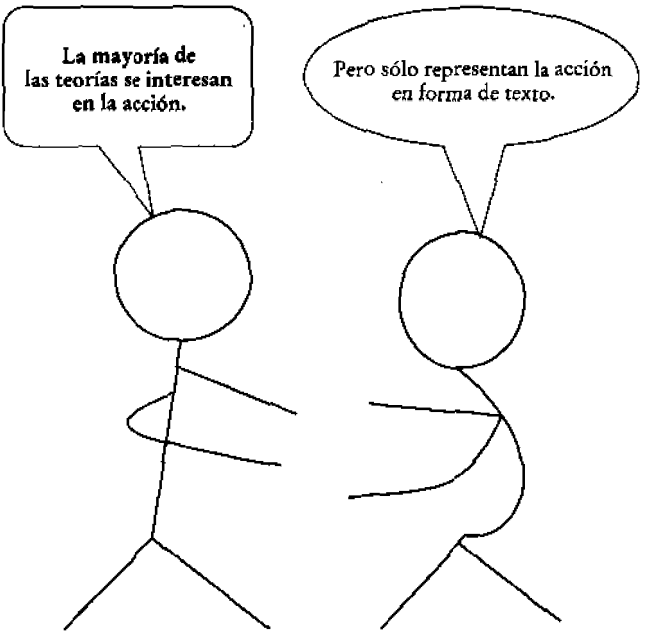

FIGURA 7.1.

lizar la acción social; nunca se lo considera el aspecto central o definitorio de un proyecto de AMD.

Muchas teorías del lenguaje y del discurso empiezan con un enfoque centrado en la «acción social», como la teoría de los actos de habla, la pragmática, la sociolingüística interaccional y el ACD, aunque luego, en la práctica, tienden de alguna manera a centrarse únicamente en el texto. Los aspectos de la acción social y los instrumentos de mediación que no sean el lenguaje y el discurso quedan relegados a un segundo plano en calidad de «contexto». Por desgracia, esto puede conducir a una compresión distorsionada de la relación entre el discurso y la acción social. Bien pudiera suceder que estuviésemos aquí ante un problema producido por la tecnología de la representación que más comúnmente usamos para comunicar nuestros análisis: el texto impreso. Por ejemplo, si trato de exponer este mismo argumento con un dibujo (figura 7.1.) se podrían ver de forma distinta las cuestiones (y tal vez pensásemos de modo diferente sobre ellas).

El dibujo de la figura 7.1. es una forma distinta de representar la afirmación «Muchas teorías empiezan con la «acción social», pero luego, en

la práctica, tienden de alguna manera a centrarse únicamente en el texto». En este dibujo, pese a estar hecho con unos trazos tan sencillos, vemos, además de la afirmación, otras muchas cosas. Aquí, la afirmación queda polarizada en dos voces diferentes, una de las cuales, según se sugiere, es más agresiva que la otra. Percibimos esto gracias a las letras en negrita del bocadillo de la figura de la izquierda, por la forma cuadrada del bocadillo y por la postura física que adopta la figura al realizar la afirmación. La figura débil y un tanto a la defensiva de la derecha se ha dibujado en la situación de alguien que está realizando una afirmación adversativa mediante la conjunción adversativa «pero», mientras que, al mismo tiempo, la postura, los caracteres menos marcados, y el bocadillo ovalado denotan que su fuerza en esta confrontación es menor.

No deseo sugerir que este dibujo presente una analogía con alguna posición teorética. Sólo pretendo sugerir que lo que vemos en el dibujo es muy diferente de lo que vemos en las líneas del mero texto. En lo que he de escribir más adelante en este capítulo, y para desarrollar mi argumento, utilizaré líneas de texto, no dibujos. Sin embargo, lo que me gustaría que tuviéramos en mente es que el enfoque del AMD se centra en la acción social, incluso cuando se ve obligado a utilizar el texto como medio para ilustrar esa acción y a asumir que esas representaciones textuales siempre habrán de subrepresentar los significados presentes en las acciones.

Existe otra razón por la que el AMD no adopta el discurso y el lenguaje como punto central de su interés. En esto, seguimos[2] las «críticas» de Kant (*Crítica de la razón pura*, *Crítica de la razón práctica* y *Crítica del juicio*), así como el pensamiento de Nishida (1958), Bateson (1972) y Bourdieu (1977, 1990), ya que creemos que la acción social se basa en la práctica (en el hábito, el deseo, el juicio) no en el análisis racional, lógico u objetivo. Es decir, el AMD adopta la posición de que, diga lo que diga la gente en sus acciones sociales y sobre ellas, no es probable que estos discursos aprehendan jamás las bases del hábito inductor de dichas acciones, ya que éstas, en gran medida, quedan fuera de la conciencia de los actores sociales.

Estas diferencias en los enfoques hacen que la relación entre el AMD y el ACD resulte problemática. El AMD comienza por la acción social y sólo emprende el análisis del lenguaje (del discurso, los textos) cuando entiende que son instrumentos de mediación significativos para las acciones mediatas que se someten a análisis. Por consiguiente, la base aprio-

rística del AMD es la acción, no el texto (o el lenguaje o el discurso). Por ello, el problema metodológico que debe resolver el AMD no consiste en cómo realizar el análisis de un texto cualquiera –aunque, con frecuencia, eso constituya un aspecto necesario de un AMD–, sino en cómo llevar a cabo el análisis de una acción social –mediata–. En este sentido, el AMD no es una rama o un aspecto del ACD, porque el propósito no es el análisis crítico del discurso o del texto. Sin embargo, en otro sentido, y dado que el AMD debe incorporar con frecuencia un análisis crítico del discurso debido a que el discurso es un elemento que se utiliza en la realización de las acciones sociales, el AMD se encuentra estrechamente vinculado, en la mayoría de los casos, al ACD. La diferencia es una diferencia de enfoque.

No obstante, el análisis mediato del discurso no recibe el nombre de análisis mediato de la acción (Wertsch, 1991, 1998), y ello porque no deja de tener un interés central en el discurso. El AMD adopta la posición de que, a pesar de que el discurso no puede estar directa y exclusivamente unido a la práctica social o a la acción social, y de que la acción social no tiene una manifestación discursiva única o fija, la gran mayoría de las acciones sociales en las que tenemos un interés crítico implican, no obstante, y de forma muy significativa, al discurso (Chouliaraki y Fairclough, 1999; Faiorclough y Wodak, 1997; R. Scollon, 2000a, c). El principal problema del AMD consiste en examinar y en elucidar teoréticamente los a menudo indirectos y siempre complejos vínculos que existen entre el discurso y la acción. Ni suponemos que la acción social pueda «leer» los discursos que tal vez la acompañen, ni que cualquier acción social vaya a dar lugar a un discurso previsible. Es decir, y por una parte, el AMD adopta la posición de que no podemos coger la transcripción de una conversación, de un artículo periodístico, de un anuncio publicitario o de un reclamo televisivo, y determinar alguna «lectura» obvia o directa de las acciones sociales que han conducido a su producción, y por otra parte, también adopta la posición de que, al analizar cualquier acción social concreta, no podemos realizar ninguna asunción directa respecto a cuál será la «lectura» que pueda efectuar cualquier ulterior acción social.

El AMD se organiza en torno a seis conceptos principales:

1. La acción mediata.
2. El escenario de la acción.

3. Los instrumentos de mediación.
4. La práctica y los instrumentos de mediación.
5. Los nexos de la práctica.
6. La comunidad de práctica.

Con el fin de ilustrar estos conceptos, utilizaré el mundano ejemplo al que podemos describir como «tomar una taza de café», en el sentido de ir a una cafetería para conversar con un amigo.

La acción mediata

Como ya he indicado antes, la unidad de análisis del AMD no es el discurso, el texto o la variedad discursiva, sino la acción mediata. El interés principal se ubica en el efectivo actuar de los actores sociales. El término «acción mediata» resalta la irreductible dialéctica que existe entre la acción y los instrumentos de mediación (véase más adelante), dialéctica que es responsable de que las acciones se lleven a cabo (Wertsch, 1991, 1993).[3] En su sentido más estricto, tomar una taza de café es una secuencia de acciones mediatas –hacer cola, pedir, pagar, coger el café, elegir mesa, sentarse, charlar, recoger los objetos personales al marcharse y todo lo demás–. Cada una de estas acciones mediatas construye la acción mediata de nivel superior que denominamos «tomar una taza de café».

1. LA ACCIÓN MEDIATA

Una acción mediata se define como una acción social realizada con, o gracias a, determinados instrumentos de mediación (que son una herramienta cultural). Todas las acciones sociales se construyen como acciones mediatas, entendiendo, por definición, que «social» significa socialmente mediado. Los principales instrumentos de mediación (o herramientas culturales) de interés son el lenguaje o el discurso, pero el concepto se aplica a todos los objetos del mundo material, incluyendo a otros actores sociales. En el AMD no existe acción (realidad agente) sin la presencia de algunos instrumentos de mediación (es decir, sin los instrumentos semióticos y materiales que permiten comunicar la acción), y no existen instrumentos de mediación sin un actor social (sujeto agente).

El escenario de la acción

El concepto de «escenario de la acción» (R. Scollon, 1997, 1998b, 1999b) pretende captar la naturaleza en tiempo real de la acción mediata. Una acción mediata no es una clase de acción, sino más bien el momento en tiempo real en el que una serie de múltiples prácticas sociales se entrecruzan para constituir un momento único en la historia, momento que los participantes identifican como una acción social.[4] El escenario de la acción se construye al margen de los vínculos que existen entre las prácticas de hacer cola, encontrar camarero o camarera, realizar intercambios discursivos, manejar objetos como, por ejemplo, las monedas, pedir en un punto del mostrador y recoger el pedido en otro, y cosas similares (véase la figura 7.2.).

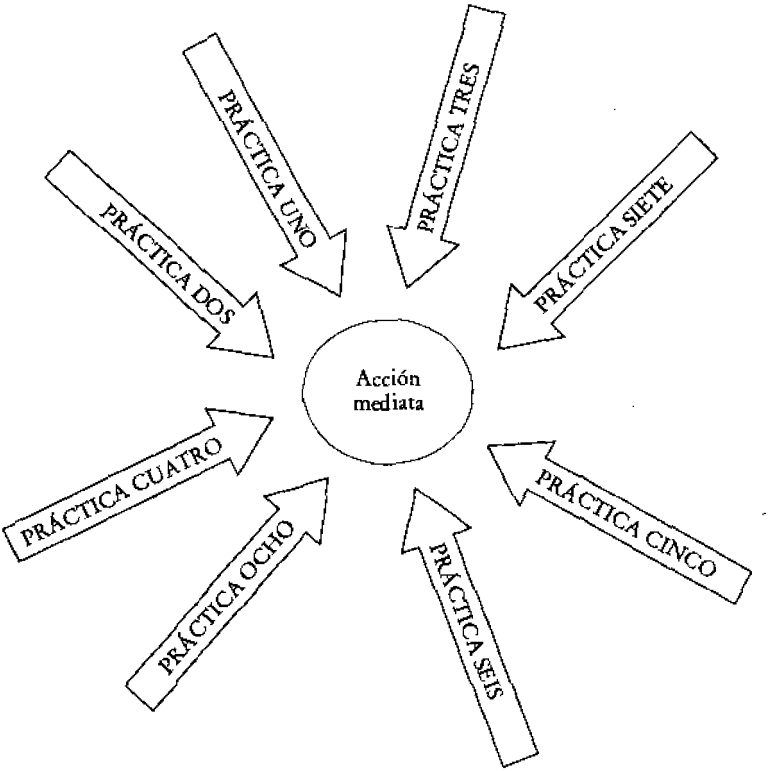

FIGURA 7.2. *El escenario de la acción: las múltiples prácticas se entrecruzan en tiempo real.*

2. EL ESCENARIO DE LA ACCIÓN

Un escenario de la acción se define como la convergencia de las prácticas sociales en un momento en tiempo real que abre una ventana de oportunidad para que tenga lugar una acción mediata. Pese a que el concepto de la acción mediata se centra en la irreductible dialéctica existente entre la instancia agente y los instrumentos de mediación, el concepto del escenario de la acción se centra en las prácticas sociales que permiten el momento de la acción mediata. Un escenario de la acción puede ser instantáneo –por ejemplo, leer la señal de la salida de un carril de aceleración en una autopista en un segundo más o menos–, o algo más dilatado, como ocurre en los casos de la conversación con un amigo, la visión de una película o de una obra de teatro, o la lectura de una novela en un trayecto de autobús.

Los instrumentos de mediación

En el AMD, se entiende que una acción mediata se efectúa mediante la utilización de diversos instrumentos de mediación (o herramientas culturales), lo que incluye tanto herramientas semióticas como psicológicas –por ejemplo, el lenguaje–, así como herramientas materiales como, por ejemplo, procesadores de texto, mesas y sillas, e incluso, en algunos casos, otras personas (Randolph, 2000). Para cualquier acción concreta, estos instrumentos de mediación son siempre múltiples e incluyen elementos facilitadores y limitaciones históricas. Es decir, la utilización de instrumentos de mediación concretos (el inglés, por ejemplo) apoyará o incluso fomentará ciertas acciones y limitará otras. También se entiende que los instrumentos de mediación son intrínsecamente polivocales, intertextuales e interdiscursivos. Entre los instrumentos de mediación que se utilizan en las acciones mediatas existe una gran variedad de textos, tanto hablados como escritos. Debería quedar claro que, pese a que los textos desempeñen un papel relevante en el AMD –en calidad de instrumentos de mediación que a veces se emplean en la acción social–, no son objeto de atención privilegiada como punto central del análisis.[5] Los instrumentos de mediación implicados en el hecho de tomar una taza de café van del lenguaje que se utiliza para pedirlo y la conversación que mantenemos al dinero, la caja registradora, las tazas y el café, el logotipo y otros textos impresos en la taza de café, los menús que se encuentran

detrás de la caja registradora y las mesas que proporcionan los medios necesarios para mantener una conversación.

3. LOS INSTRUMENTOS DE MEDIACIÓN

Un instrumento de mediación (o unos instrumentos de mediación, ya que la expresión se puede usar del mismo modo en singular o en plural) se define como el medio semiótico a través del cual una acción mediata, esto es, cualquier acción social, se lleva a cabo (es decir, se comunica). En esta definición, la voz «semiótico» no se refiere únicamente a los sistemas de representación abstractos o cognitivos, como, por ejemplo, los lenguajes o los sistemas de representación visual, sino también a todos y a cada uno de los objetos materiales del mundo que resultan apropiados para el objetivo de realizar una acción social. Esto incluiría, por ejemplo, la disposición y el diseño del espacio, así como la estructura gramatical de cualquiera de las expresiones realizadas por los actores sociales. En el AMD, los instrumentos de mediación están construidos como portadores de las formaciones sociales, culturales e históricas.

La práctica y los instrumentos de mediación

Una acción mediata se produce como resultado de la intersección de las prácticas sociales y de los instrumentos de mediación que en sí mismos reproducen los grupos sociales, las historias y las identidades. Desde el punto de vista del AMD, una acción mediata sólo es interpretable en el marco de las prácticas. Y en el marco del AMD las prácticas se conciben en sentido estricto, y como elementos concretos y específicos: sujetar un objeto, saludar, pagar por un artículo.

4. LA PRÁCTICA

En el marco del AMD, la práctica se define como un sustantivo contable –hay muchas prácticas–. Una práctica es una acumulación histórica existente en el seno del conjunto de los hábitos históricos que el actor o la actriz social de las acciones mediatas ha asumido durante su vida (es decir, la experiencia), una acumulación que otros actores sociales reconocen como «una misma» acción social. Una práctica precede al actor social; es decir,

aprendemos principalmente las prácticas de nuestra sociedad, pero rara vez las iniciamos. Una práctica, debido a que es una acumulación de acciones mediatas, incorpora una constelación de instrumentos de mediación apropiados. Algunos ejemplos son «tender» (un objeto de una persona a otra), «hacer cola» (estar de pie en una fila mientras se espera), «la secuencia de adyacencia entre pregunta y respuesta» (lo que nos permite reconocer que se ha planteado una pregunta y que se requiere una respuesta), «saludar» (esto es, responder a la oración «¿Qué tal está usted?» con «Muy bien, gracias»), «la ordenación de los temas de una deducción» (lo que nos hace decir nuestro argumento principal en primer lugar), «pagar una tarifa de autobús» (utilizando una moneda, un billete, una ficha, un bonobús o entregando dinero en metálico al conductor). El mundo social, tal como es interpretado por el AMD, consta de miríadas de prácticas.

Las acciones de hacer cola y pedir, por ejemplo, reproducen una estructura social que no se replica simplemente en el acto de tomar una taza de café, sino también en el de comprar entradas para el teatro o en el de cobrar un cheque en el banco. Un instrumento de mediación es un objeto del mundo tal como ha quedado incorporado a una práctica. Es decir, el instrumento de mediación no es simplemente la taza de café en tanto que objeto material, sino también el trinomio formado por mi práctica, mi historia y mis hábitos con una taza de café de papel, tal como indica la figura 7. 3.

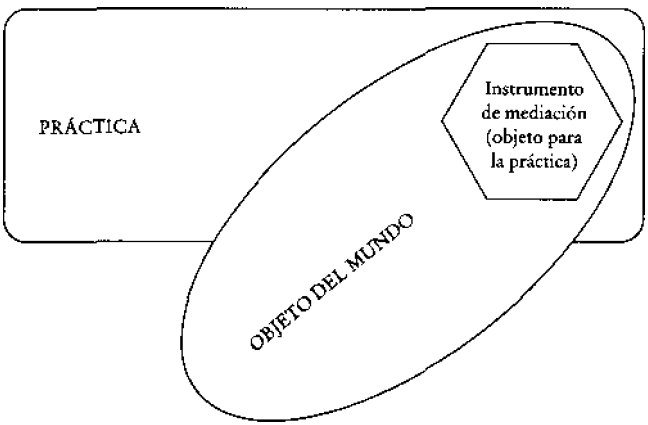

FIGURA 7.3. *La práctica y los instrumentos de mediación.*

Los nexos de la práctica

Como acabo de indicar, el AMD maneja un sentido estricto de la noción de práctica social, ya que la concibe como una realidad compuesta por prácticas sociales (es decir, la considera como un sustantivo contable, no como un sustantivo incontable o partitivo). Cuando estas prácticas se hallan vinculadas a otras prácticas (tanto las discursivas como las no discursivas), el AMD utiliza la expresión «nexos de la práctica» para designar las prácticas vinculadas que los actores sociales reconocen en las acciones de los demás (Gee, 1999; Gee *et al.*, 1996). Es decir, la persona encargada de la caja registradora puede saber, basándose en mis acciones, si me encuentro o no dentro de los nexos de la práctica correspondientes a los clientes habituales. El concepto de nexo de la práctica no debería considerarse como una simple alternativa a la expresión «comunidad de práctica» (Lave y Wenger, 1991; Wenger, 1991; Wenger, 1998; R. Scollon, 1998b, 1999b). De hecho, en el seno del AMD se define como un elemento perteneciente a un nivel «inferior» de la organización social, ya que su estructura es más bien laxa. Cualquier vínculo de las prácticas que los miembros de un grupo social reconozcan como un conjunto de vínculos susceptible de repetición podría constituir un nexo de la práctica. Reservaremos la expresión «comunidad de práctica» para el análisis de los grupos sociales relativamente fijos y circunscritos. Siempre que exista un cierto número de personas que compartan prácticas y vínculos, es decir, en la medida en que exista un *nosotros* que sepa cómo ha de tomarse una taza de café, cómo ha de cogerse un autobús o cómo ha de enviarse un mensaje por correo electrónico, existe un nexo de la práctica. Un nexo de la práctica es cualquier grupo capaz de realizar alguna acción que, de hecho, la realiza.

5. LOS NEXOS DE LA PRÁCTICA

Un nexo de la práctica se define como la intersección o la conexión de múltiples prácticas, una intersección capaz de permitir que algún grupo llegue a reconocer «un mismo» conjunto de acciones. En este sentido, el nexo de la práctica es el agrupamiento reconocible de un conjunto de acciones mediatas. Dado que las acciones mediatas constituyen la indisoluble dialéctica

existente entre el agente y los instrumentos de mediación, un nexo de la práctica consiste también, y como mínimo, en un grupo de actores sociales y en un archivo de instrumentos de mediación. «Tomar café en Starbucks» podría analizarse como un nexo de la práctica consistente en las acciones mediatas de pedir un café y mantener una conversación. En este sentido, el concepto de nexo de la práctica designa simultáneamente a un tipo de actividad y al grupo de personas que participan en dicha actividad.

La comunidad de práctica

En muchos casos, el grupo es la forma más explícita en que es reconocido un nexo de la práctica. El AMD prefiere utilizar la expresión «comunidad de práctica» cuando el foco de atención se centra en la pertenencia explícita a un grupo. Para captar este matiz, Wertsch (de próxima aparición) ha utilizado una distinción que discierne entre una comunidad «implícita» y una comunidad «imaginada». Pese a que, en una determinada cafetería, yo podría resultar muy conocido para los camareros, e incluso para otros clientes, seguiría constituyendo un nexo de la práctica en la medida en que dicho nexo permaneciera como identificación implícita. Por otra parte, si la cafetería empieza a hacer ofertas especiales a los clientes habituales, creando, por ejemplo, una cola rápida separada para atender a los clientes habituales, o si de cualquier otra forma empezara a producir un nexo de la práctica que los constituyera como grupo social identificado tanto por los demás miembros del grupo como por los que están fuera de él, llamaríamos a ese proceso, en general, tecnologización (porque los vínculos y demás elementos habrían llegado a ser lo suficientemente uniformes como para poder ser reconocidos en virtud de sus propias características y ser por tanto utilizados como instrumentos de mediación para la realización de otras acciones), y denominaríamos comunidad de práctica al grupo resultante. Si yo visito con regularidad el establecimiento llamado More Uncommon Grounds, un café que es propiedad y que está dirigido por los estudiantes de la universidad en la que yo trabajo, podría ser reconocido en un nexo de la práctica. Si empiezo a decir, «Soy un miembro del *Uncommon Grounds*», estaré trabajando para conseguir generar una comunidad de práctica.

6. LA COMUNIDAD DE PRÁCTICA

Una comunidad de práctica se define como un grupo de personas que interactúa con regularidad con el fin de conseguir algún propósito u objetivo común. El término se ha utilizado mucho, quizá demasiado, en la gestión empresarial, en el desarrollo de una «comunidad virtual» en Internet, en la medicina de familia, en la comercialización industrial, en la psiquiatría comunitaria, en la resolución de disputas y en los grupos religiosos o seudorreligiosos. Sus versiones más antiguas parecen encontrarse en Norteamérica, en el seno de las comunidades budistas de la Nueva Era, así como en otras partes. En el AMD, reservamos el uso de la expresión comunidad de práctica para aquellos casos en los que, de alguna manera, y de forma un tanto tímida, un nexo de la práctica termina constituyéndose como tal comunidad. Nos referimos a este proceso con el nombre de tecnologización de un nexo de la práctica.

La figura 7.4., que puede verse más abajo, capta esta diferencia indicando que las líneas de la práctica se extienden de forma centrífuga e indefinida, dirigiéndose hacia otras acciones y hacia otros nexos de la práctica, aunque para algunos propósitos los miembros del nexo de la práctica podrían definir que un agrupamiento de estas prácticas constituye una comunidad de práctica.

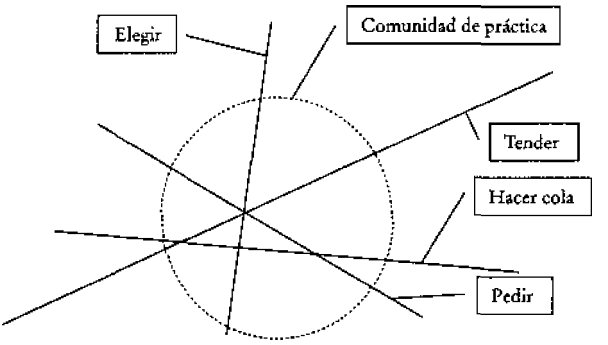

FIGURA 7.4. *Los nexos de la práctica y la comunidad de práctica.*

Objetivos y estrategias del método

El problema metodológico del AMD es el de toda etnografía. ¿Cómo sabe el investigador –dado que el foco de la atención se centra de forma vaga en la acción social y no en textos específicos o concretos– cuál es el elemento más importante que merece que se concentre en él antes que en ningún otro? Y una vez que la importancia de las acciones concretas ha quedado determinada, ¿cómo puede el investigador agudizar su examen con el fin de tener en cuenta los principales elementos de una acción social sin arrancarla del mundo histórico y sociocultural al que pertenece la actividad social en tiempo real? El objetivo del método del AMD consiste en proporcionar un conjunto de técnicas heurísticas con las que el investigador pueda restringir el espectro de lo que ha de analizarse con el fin de lograr una comprensión de las acciones mediatas, pese a saber que las acciones mediatas ocurren en tiempo real, son únicas e irrepetibles, y, por lo tanto, deben ser «atrapadas» en movimiento antes de poder ser analizadas. En un sentido muy real, todo consiste en estructurar las actividades de investigación para estar en el lugar preciso en el momento preciso.

Es preciso subrayar que el AMD no realiza asunciones *a priori* respecto a qué tipos de textos o de discursos resultarán en último término relevantes para el análisis. El AMD tampoco realiza asunciones *a priori* respecto a cuáles serán las acciones sociales relevantes para el análisis que habrán de surgir de estas estrategias iniciales. Lo que acaso parezca extremadamente importante o interesante al analista bien pudiera resultar de nula significación para los actores sociales involucrados en la vida y el mundo reales en que se desenvuelve el problema que se está investigando. En lo que sigue, nuestro propósito consiste en mostrar cómo podemos empezar a determinar de forma sistemática qué acciones resultan significativas y qué textos o discursos son relevantes desde el punto de vista de los actores sociales que estamos analizando.

En la metodología del AMD se siguen tres principios fundamentales para establecer la significación de los escenarios de la acción y de las acciones mediatas sometidas a estudio. Éstos principios son la triangulación entre los diferentes tipos de datos, la definición por los participantes de la significación de la acción y los análisis basados en cuestiones concretas.

En el AMD, la triangulación se logra –siguiendo las tesis de Ruesch y Bateson (1968 [1951]), y también lo elaborado en S. Scollon (1995), y en

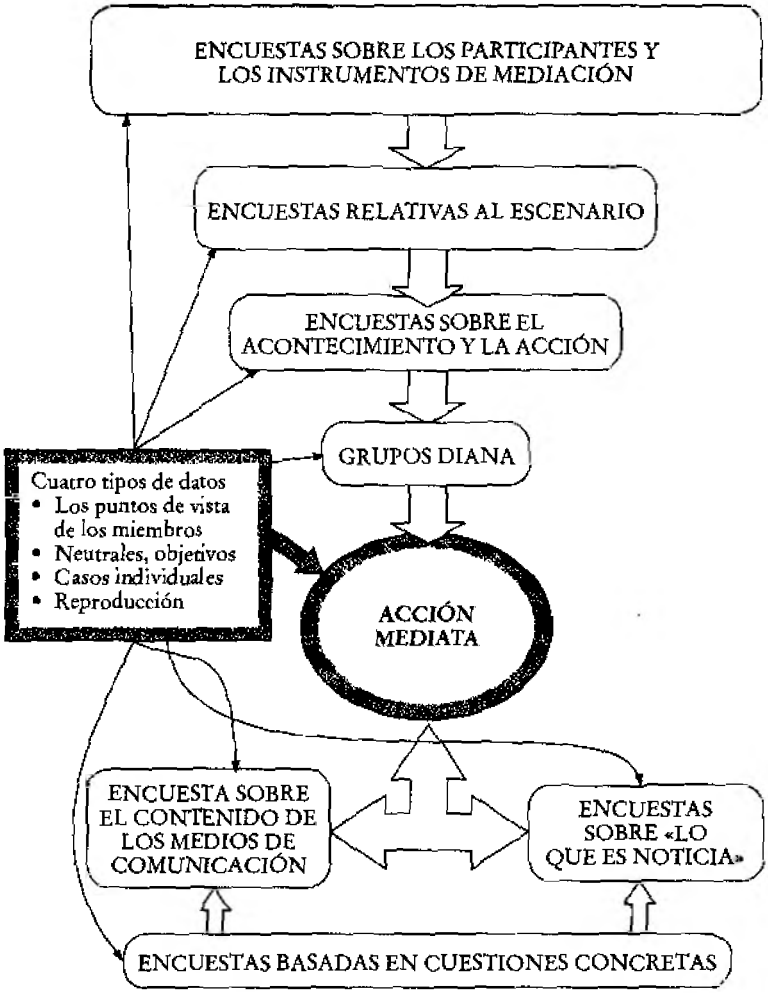

FIGURA 7.5. *Metodología para la identificación de la acción mediata significativa.*

Scollon y Scollon (de próxima aparición)– tratando de elaborar cuatro tipos principales de datos:

1. Las generalizaciones realizadas por los participantes en la acción.
2. Las observaciones neutrales (u «objetivas»).
3. La experiencia de cada individuo participante.
4. Las interacciones del observador con los participantes.

Hay que buscar estos cuatro tipos de datos en el caso de todos los elementos específicos del método, tal como indica la figura 7. 5, que se explica a continuación.

Las generalizaciones de los participantes son aquellas declaraciones y afirmaciones que los miembros del grupo que se somete a estudio harán para definir sus propias acciones, sus ideologías y sus motivos («Solemos tomar café en Starbucks», o «Dejamos propina en la cafetería de la universidad porque somos estudiantes y porque todos los camareros que sirven en ella son también estudiantes»). Las generalizaciones de los participantes pueden encontrarse en muchos lugares. Una importante y principal fuente de generalizaciones es la constituida por los medios de comunicación y por los productos de consumo destinados a ser empleados por un grupo en particular. Una comedia de situación televisiva que hace referencia al discurso público contemporáneo, a los giros lingüísticos habituales y a los acontecimientos de la actualidad realiza la generalización indirecta de que «éste es nuestro mundo contemporáneo tal como nosotros lo vemos (y tal como ustedes lo ven)». Las advertencias sanitarias impresas en los envoltorios de los productos reflejan la generalización existente en el seno de la sociedad que los produce de que «nosotros» nos interesamos por la salud de los consumidores en lo que a la utilización de los productos de consumo se refiere. Desde luego, las generalizaciones de los participantes son casi siempre estereotipadas y su fundamento radica en la ideología, por lo que nunca debería considerarse que sean elementos que representen la «verdad» de esa sociedad o grupo social. Las encuestas de opinión son una forma particularmente común de obtener las generalizaciones de los participantes.

Las observaciones neutrales («objetivas») son las observaciones realizadas por el investigador en las que se pretende alcanzar un cierto nivel de fiabilidad (si se realizaran observaciones múltiples se registrarían los mismos «hechos») y validez (las observaciones representan una «verdad» objetiva). Un ejemplo de observación neutral es el siguiente: «Durante el semestre de primavera, el profesor Scollon paga su café en More Uncommon Grounds los lunes y los miércoles a eso de las 9:50». El AMD reconoce la naturaleza construida e ideológica de todas las observaciones, aunque, no obstante, también reconoce que los datos fotografiados, grabados en audio o vídeo, o de otro modo sujetos instrumentalmente a procedimientos de grabación pueden servir como elemento de comprobación en el caso de las generalizaciones excesivamente amplias

de los participantes, y también como comprobación de la subjetividad del investigador en tanto que observador participante. En sí mismos, estos datos pueden resultar problemáticos, pero en el contraste o en la dialéctica existente entre, por un lado, esos datos «neutrales» u «objetivos» y, por otro, los demás tipos de datos de carácter más subjetivo, es posible apreciar puntos de divergencia y de contradicción que darán pie a un análisis más amplio.

Con frecuencia se afirma que la experiencia de un miembro en particular difiere de la del grupo («Todos nosotros vamos a Starbucks, pero a mí me gusta ir a pequeñas cafeterías independientes»). No es en absoluto inusual que el participante en un proyecto de investigación diga: «Habitualmente hacemos X, pero, a pesar de ser un miembro de este grupo, por lo general hago Y». Es decir, el AMD cree que hay mucho que aprender de las contradicciones proclamadas por los propios participantes. Es frecuente que las experiencias de los individuos participantes retengan una riqueza de detalles concretos, y esto reduce las posibilidades de caer en excesivos estereotipos y generalizaciones porque estas experiencias incluyen el detalle histórico concreto de los hábitos del individuo. Las entrevistas y los relatos vitales constituyen la fuente más completa de este tipo de datos.

Desde luego, las interacciones de un observador con los participantes son una parte inseparable de la metodología de la observación participante. Sin embargo, aquí queremos ir más allá del simple toma y daca que resulta normal en el trabajo de campo. Lo que queremos hacer es, en la mayor medida posible, devolver nuestro análisis a los participantes con el fin de registrar sus reacciones y sus interpretaciones. Una versión conversacional de este aspecto de la triangulación consistiría en lo siguiente: «Tú dices que siempre vas a Starbucks, pero que tú en concreto prefieres las pequeñas cafeterías independientes; de hecho, he observado que vas muy a menudo a la cafetería Borders. ¿No es ésa una compañía más bien grande e internacional?». Lo esencial es descubrir las divergencias y las contradicciones que existen entre el análisis que uno realiza de las acciones mediatas que está estudiando y la interpretación de los participantes.

Obviamente, en cualquier estudio concreto resultaría difícil desarrollar en su grado máximo datos de los cuatro tipos. No obstante, la buena triangulación requiere que ningún estudio dependa únicamente de uno o de dos de estos tipos de datos para su interpretación. Las contra-

dicciones entre estos múltiples tipos de datos deberían buscarse para ser luego puestas de manifiesto en la interpretación final.

En el AMD, la definición de los participantes se logra mediante una secuencia de estudios –cada uno de ellos parcialmente independiente del otro– centrada en aspectos diferentes de la situación sometida a examen. Debería resultar obvio que la triangulación que acabo de comentar ha de llevarse a cabo mediante el estudio de las definiciones de los participantes y mediante estudios fundamentados en las cuestiones pertinentes, y no de forma independiente. Aquí, la pregunta principal es ésta: «¿Cómo definen los propios participantes las acciones clave, en qué escenario tienen lugar estas acciones, y con qué instrumentos de mediación se realizan?».

Normalmente, hemos tratado de llegar a las definiciones de los participantes mediante la incorporación de cuatro estudios:

1. Encuestas sobre los participantes y los instrumentos de mediación.
2. Encuestas relativas al escenario.
3. Encuestas sobre el acontecimiento y la acción.
4. Grupos diana.

Las encuestas sobre los participantes y los instrumentos de mediación han sido fundamentalmente concebidas para identificar a los principales participantes en la investigación, y también para identificar los primordiales instrumentos de mediación que habrán de examinarse. Obsérvese que lo que tratamos de identificar son los instrumentos de mediación, no los contenidos de productos mediáticos concretos. Frecuentemente, los participantes quedarán definidos al dar la definición del problema que se investiga. Por ejemplo, si uno quiere saber cómo afecta el paro a los jóvenes urbanos, los participantes se encuentran ya especificados a grandes rasgos. En este caso, la primera encuesta que uno debe realizar consiste en averiguar cuáles son los discursos públicos y mediáticos generales a los que están respondiendo los jóvenes urbanos. Más adelante, al escribir sobre un análisis específico, aclararé que esta parte de la tarea no consiste en identificar todos los lugares en los que se debata sobre la cuestión que se esté analizando, sino en señalar aquellos medios concretos a los que los propios participantes estén prestando atención. Por ejemplo, en nuestra investigación de Hong Kong, basada en una encuesta sobre la juventud universitaria (Jones *et al.*, 1997; Sco-

llon y Yung, 1996; R. Scollon *et al.*, 1999a; R. Scollon *et al.*, 1999b), encontramos que, a pesar de que en esa época se publicaban unos 50 periódicos de tirada diaria en Hong Kong, sólo tres de ellos eran leídos habitualmente por los participantes de nuestro estudio. No obstante, más importantes que estos periódicos eran dos revistas semanales, y más importante que ellas era un programa televisivo nocturno de entretenimiento e información. Por consiguiente, este estudio nos dice que, sea cual sea el análisis que uno pueda elaborar de uno de los más destacados periódicos políticos, es probable que este análisis resulte bastante irrelevante para la población que se está estudiando.

Por otra parte, sería fundamental prestar una pormenorizada atención al programa televisivo nocturno de entretenimiento e información.

7. UN APUNTE SOBRE LAS ENCUESTAS

Se puede utilizar una amplia variedad de «encuestas» con tal de que nos aseguremos de que la encuesta resulte adecuada para su propósito. En el caso de que tratemos de establecer «¿quién lee qué»?, por ejemplo, las encuestas serán apropiadas mientras la muestra de población sea clara y ajustada, y mientras las preguntas que se realicen tengan una respuesta abierta. Aquí el interés no se centra en que las respuestas a estas preguntas nos brinden un análisis detallado del significado de «leer», ya que el objetivo consiste sencillamente en hacer una lista de las revistas o los periódicos más leídos. Nuestro único interés radica en estrechar el campo y en eliminar las fuentes mediáticas relativamente insignificantes. Por otra parte, si estamos tratando de analizar las posiciones ideológicas que adoptan los participantes respecto de esas fuentes, las preguntas han de enmarcarse al máximo a través de preguntas que, mediante una comprobación cruzada, nos permitan realizar un seguimiento, y aun así, es preciso efectuar una comprobación posterior mediante otros medios, como los de las entrevistas y el de la observación participante.

Utilizamos varias técnicas para dirigir estas encuestas (Yung, 1996, 1997; R. Scollon, 1998a). Empezar con una encuesta general y relativamente vaga que abarque a grandes grupos de población redujo el campo. Planteamos preguntas como: «¿Qué medios de comunicación lee, escucha o ve usted con regularidad?». Continuamos con estudios sobre los

diarios y los periódicos que leía un subconjunto de esta población. Se pidió a los participantes que, durante un periodo de una semana, registrasen por escrito todos los medios de comunicación que usasen, los momentos del día en que lo hacían, en qué lugares lo hacían y quién les acompañaba en el momento de hacerlo. Después, trabajamos con grupos diana y les hicimos repasar tanto los resultados de la encuesta como los ejemplos de los medios de comunicación que habían elegido con el fin de observar con detalle cómo hablaban de los ejemplos concretos. El resultado neto de esas encuestas nos permite tener una idea bastante clara de cómo eligen los participantes entre los diversos medios de comunicación, y constituye además un buen comienzo para saber qué cuestiones les interesan.

Los escenarios de las encuestas están diseñados para reducir el ámbito de la investigación a unos cuantos lugares o escenarios sobresalientes, unos lugares o escenarios en los que tienen lugar las acciones en las que estamos interesados: hablar sobre «las noticias», comprar bienes de consumo de marca, utilizar las nuevas tecnologías de la comunicación y cosas por el estilo. Resulta imposible seguir a los participantes a todas partes en sus vidas diarias, y por consiguiente es esencial desarrollar simplemente un polo de motivación en algunos de los lugares más frecuentados o más importantes en los que se producen las acciones sociales de interés. De este modo descubrimos, por ejemplo, que nuestros estudiantes universitarios de Hong Kong pasaban la mayor parte de su tiempo en uno de estos cuatro sitios:

- En sus clases de la universidad o preparando los trabajos que les asignan.
- En casa, en pisos familiares muy concurridos.
- En el transporte público.
- En pequeños restaurantes de comida rápida (en establecimientos donde se sirven platos de fideos).

Pudimos averiguar todo esto mediante un sistema de llamadas aleatorias a un representativo grupo de universitarios durante el periodo de una semana –unas llamadas que establecieron los cuatro escenarios clave–, y luego mediante grupos diana que nos permitieron verificar la importancia de estos escenarios. Una vez que quedaron establecidos los cuatro escenarios, la observación participante pudo centrarse únicamen-

te en estos cuatro escenarios. De hecho, es frecuentemente posible reducir más aún los centros de atención. Si la encuesta de participantes en la lectura de medios de comunicación identifica un programa de televisión concreto como la principal fuente mediática de interés, entonces deberíamos ser capaces de concentrarnos con más cuidado justo en aquellos escenarios en que los estudiantes ven dicho programa –principalmente en casa–. Por otra parte, si la acción de interés es la interacción cara a cara entre iguales, la universidad y los pequeños restaurantes de comida rápida serán los escenarios preferidos de la investigación. En cualquier caso, una vez que hubimos identificado los escenarios centrales, los estudiamos mediante las convencionales estrategias de investigación etnográfica de la comunicación (Saville-Troike, 1989; Scollon y Scollon, de próxima aparición).

8. ENCUESTAS DE ESCENARIO Y DE ACCIÓN

La palabra «encuesta» puede cubrir un amplio abanico de técnicas de investigación. Con este término no nos estamos refiriendo a una encuesta cuestionario, sino a una encuesta de localización en la que los sujetos estudiados colaboraban tomando nota de las horas de las llamadas, registrando además las actividades que realizaban en ese momento. Como primera medida, recomendamos en cada caso particular que el investigador determine el tipo de información que se necesita, y que luego consulte cualquiera de las muchas fuentes que hablan de técnicas de encuestas. En el AMD nuestro único interés es estar seguros de que el tipo de encuesta elegido se adapta al propósito de la encuesta, ya que muchas veces puede perderse mucho tiempo si, por un lado, se emplea un rigor excesivo, o si, por otro, se aborda el estudio de forma descuidada.

Las encuestas de acontecimiento y de acción están diseñadas para identificar las acciones sociales específicas que tienen lugar en el marco de los escenarios que hemos identificado y que son relevantes para el estudio de la acción mediata. En este sentido, las encuestas de acontecimiento y de acción no presentan, desde el punto de vista etnográfico, ninguna solución de continuidad respecto de las encuestas de escenario, aunque ahora el enfoque sea interno al escenario y no consista en identificar los escenarios clave. En esta fase, aún no estamos preparados para efectuar un estudio

detallado de las prácticas y de los instrumentos de mediación, sino que, simplemente, debemos identificar las principales acciones que tienen lugar en un escenario concreto. Si, por ejemplo, hemos decidido que nuestro interés se centra en el neocapitalismo y que queremos abordar su examen mediante el estudio del consumo de productos de distribución masiva que realizan los consumidores, y si, dentro de este campo, queremos estudiar el hecho de tomar una taza de café en una cadena internacional como Starbucks, entonces nosotros nos situaríamos etnográficamente con el fin de aislar las acciones concretas que he señalado más arriba: entrar, hacer cola, pedir, recibir nuestra consumición, elegir un sitio para sentarse, y demás.

Los grupos diana se emplean con frecuencia en esta fase del análisis, aunque el uso del término «grupo diana» quizá no sea del todo correcto (Jones *et al.*, 1997; Yung, 2000). El objetivo de estos grupos en este caso no es registrar las reacciones del usuario ante productos de consumo específicos o ante asuntos públicos como con frecuencia ocurre en estudios de mercado o en sondeos de opinión. En esta fase, los grupos tienen una doble razón de ser. En primer lugar, el investigador quiere saber hasta qué punto la identificación de escenarios, medios de comunicación y acciones específicos resulta fiable y válida para los miembros del grupo que se está sometiendo a estudio, y en segundo lugar, el investigador quiere comprender qué importancia o qué relevancia tienen las categorías que se han identificado para la población que se está estudiando.

Para poner un ejemplo de nuestra investigación de Hong Kong, lo que allí estábamos estudiando era la transferencia de soberanía política de manos británicas a manos chinas en julio de 1997 (R. Scollon, 1997). Identificamos una amplia variedad de símbolos semióticos de este cambio político, desde etiquetas con botones que tocaban el himno nacional chino a diseños nuevos para las monedas y los buzones de correos, unos diseños que sustituían las imágenes de la reina de Inglaterra por otras nuevas. Sin embargo, en los grupos diana compuestos por estudiantes descubrimos que entre los objetos más notables (y sus correspondientes imágenes) se encontraba el recién construido puente de Tsing Yi. De forma directa, este puente no tenía nada que ver con el cambio político (desde nuestro punto de vista), y habíamos estimado que las banderas, las imágenes de las monedas y otros símbolos manifiestamente políticos tenían una relevancia mucho mayor que la del puente. En esta fase, los

grupos diana resultan útiles para establecer las prioridades del posterior enfoque de la investigación sobre las acciones mediatas, un enfoque que constituye el núcleo de la agenda de investigación.

9. LOS GRUPOS DIANA

Se debería tener cuidado al utilizar los grupos diana. La literatura sobre la interacción social muestra que casi todas las variables pueden cambiar no sólo la dinámica sino también los temas, las actitudes y las conclusiones a las que llegan los participantes de un grupo diana. En nuestros «grupos diana», por ejemplo, vimos que muchas de las asunciones que se hacen comúnmente en la literatura norteamericana y europea sobre los grupos diana no pueden aplicarse a los grupos equivalentes de Hong Kong o China. Por ejemplo, Yung (2000) señaló que en la literatura occidental se asume que:

1. Los extraños unidos por una misma situación querrán hablar entre sí.
2. Las personas que están sentadas alrededor de un centro común, como por ejemplo, una mesa redonda, entablarán conversación más fácilmente.
3. Las personas que están sentadas alrededor de una mesa hablarán entre ellas, principalmente, como un grupo unitario, en vez de hablar con las personas que estén en mesas próximas.

Quienes participaban en nuestros «grupos diana» de Hong Kong operaban sobre la base de los siguientes supuestos:

1. Los extraños no hablan entre sí. Por consiguiente, un grupo diana siempre debería estar formado por personas que se conozcan.
2. Las personas situadas alrededor de un centro común harán una de estas dos cosas: o bien evitarán una conversación central, o bien esa conversación central estará dominada por las tradicionales pautas de deferencia relativas a la edad y a la autoridad. Por consiguiente, el grupo diana más adecuado deberá evitar la disposición circular de los asientos.

El AMD adopta la posición de que todas las «tecnologías» de investigación deben ser, a su vez, objeto de examen, ya que tienen potencialmente incrustadas las creencias y las ideologías de los analistas, y por consiguiente, introducen sus prejuicios en el análisis.

Desde luego, he perfilado el esquema de estos cuatro tipos de estudios como si constituyesen una secuencia cronológica, aunque, en la práctica, gran parte del trabajo consistente en conseguir que los participantes den una definición de los objetos de la investigación (de las prácticas, las acciones y los instrumentos de la mediación) debe realizarse de forma simultánea. Un tipo de «grupo diana» que elaboramos en los estudios realizados en Hong Kong, por ejemplo, consistía en pedir a un grupo de estudiantes –que realizaban labores de auxiliares de investigación– que elaborase cualquier grupo de estudio que consideraran útil para descubrir qué opinaban los demás estudiantes del cambio político en Hong Kong. Al proceder de este modo no sólo aprendimos de quienes participaban en los grupos diana, también aprendimos de nuestros ayudantes de investigación, en este caso el modo en que ellos veían el asunto cuando éste era contemplado en el marco de una estructura de trabajo bastante diferente. La principal cuestión que inspira este aspecto de la metodología es ésta: ¿cómo definen los propios participantes las acciones sociales clave? Esto, por supuesto, incluye una definición de los escenarios en los que tienen lugar estas acciones y una definición de los instrumentos de mediación.

En el AMD, un análisis de base temática comienza en los discursos públicos generales en los que tiene lugar la investigación. Al igual que el ACD, el AMD tiene un interés central en los asuntos sociales de la vida contemporánea. A este respecto, gran parte del trabajo del AMD presenta pocas diferencias respecto del trabajo del ACD. No obstante, el AMD adopta una posición que asume que el hecho de identificar los principales asuntos de interés para quienes participan en el estudio –en vez de simplemente presuponerlos– constituye un problema metodológico. Es decir, el AMD supone que, sea cual sea la importancia que pueda tener un asunto en una amplia escala social, sigue siendo preciso dejar claro cómo enfocan esa cuestión algunos de los miembros identificados de la sociedad.

Se utilizan dos tipos de encuestas para identificar las cuestiones sociales significativas que es preciso abordar, como ya se ha indicado anteriormente en la figura 7.5:

1. Encuestas sobre el contenido de los medios de comunicación.
2. Encuestas sobre las cuestiones que constituyen o no noticia.

En nuestra investigación de Hong Kong, por ejemplo, nos interesaba averiguar si podíamos explicar el vínculo existente entre los asuntos so-

ciales generales y las cotidianas conversaciones y actividades escritas de los estudiantes universitarios. Para hacerlo recogimos una vasta muestra de los discursos de los medios de comunicación públicos durante un periodo de dos semanas. Aunque no conseguimos recoger la totalidad del material, sí que recopilamos todos los periódicos y revistas (cuyos títulos ya identificamos en nuestras anteriores encuestas de participantes y de medios de comunicación), la totalidad de los principales boletines de noticias emitidos por la radio y por la televisión, y una completa muestra de los programas televisivos de información y entretenimiento durante un periodo de dos semanas.

Al mismo tiempo, realizamos en cuatro poblaciones encuestas sobre las cuestiones que constituyen o no noticia: en la ciudad universitaria en la que se alojaban nuestros estudiantes, entre los estudiantes universitarios de otras universidades de Hong Kong, entre quienes no eran estudiantes en la ciudad universitaria y entre quienes no eran estudiantes y no pertenecían a la ciudad universitaria. A grandes rasgos, estas encuestas –efectuadas diariamente durante dos semanas– preguntaban cuáles eran los principales acontecimientos que estaban produciéndose por aquellas fechas, y cómo habían tenido noticia de ellos los encuestados.

Estas encuestas clarificaron dos puntos principales. En primer lugar, nuestros estudiantes (así como otros universitarios) se enteraron de los principales acontecimientos noticiosos a través del boca a boca, y sólo se dirigieron a las fuentes de las noticias después de «conocer» ya el perfil de la historia. Las fuentes que utilizaron fueron, en primer lugar, la televisión, posteriormente las revistas, y por último, los periódicos. Los programas de televisión de mayor relevancia para ellos no eran los principales boletines informativos, sino los programas de información y entretenimiento. En otras palabras, nuestros estudiantes se enteraban de lo que ocurría principalmente hablando con otros estudiantes y viendo los programas de información y entretenimiento. En segundo lugar, la gran noticia de este periodo de dos semanas –la llamada «crisis de los misiles de Taiwán», en la que el gobierno de la República Popular China del continente estuvo probando misiles en las aguas del estrecho que separa la China continental de Taiwán justo antes de las elecciones en Taiwán– quedó aparcada durante muchos días por dos noticias relacionadas con dos trágicos asesinatos de niños, uno en Dunblane, Escocia, y el otro en Fanling, Hong Kong.

Estas encuestas sobre los temas de interés nos mostraron que un análisis de la crisis de los misiles de Taiwán realizada a través de los textos de

los periódicos de élite, o incluso a través de los periódicos populistas, permanecería a gran distancia de cualquier acción que pudieran emprender los estudiantes de la ciudad universitaria. Considerados en conjunto, los estudiantes no tuvieron ningún contacto directo con estos textos del discurso público. Cualquier vínculo que pudiese existir entre las noticias de la crisis de los misiles y las conversaciones o las actividades escritas de los estudiantes tendría un carácter altamente indirecto, recontextualizado e inferencial. De este modo comprendimos que, si nuestro interés consistía en llegar a entender cómo incorporaban nuestros universitarios de Hong Kong esos textos a sus propias acciones sociales, no sólo necesitábamos realizar un análisis de los textos del discurso público (pese a que efectivamente lo necesitáramos), y no sólo un análisis de las acciones sociales de los estudiantes (nuestro punto de interés central), sino que también necesitábamos un análisis de los indirectos y complejos vínculos de los textos del discurso público, de los guiones y de las imágenes contenidas en los programas de información y entretenimiento, junto con un análisis de los procedimientos de la transmisión de ideas boca a boca.

La acción mediata en los escenarios de la acción: el enfoque central

Todo el trabajo metodológico expuesto hasta el momento resulta en cierto sentido preliminar, aunque absolutamente necesario, ya que está diseñado para localizar y establecer el significado de las acciones mediatas en los particulares escenarios de la acción que constituyen el núcleo de la investigación en el AMD. A este respecto, mi interés en el estudio del acto de tomar una taza de café no se debe simplemente a que sea un acontecimiento corriente y sujeto al antojo de cada cual, un acontecimiento que es probable que el lector pueda comprender con algún detalle a través de su propia experiencia. La existencia de cadenas nacionales e internacionales de cafeterías y de librerías, o, cada vez con mayor frecuencia, de cafeterías-librerías, se sitúa fundamentalmente en el marco de los últimos desarrollos capitalistas y neocapitalistas de nuestro periodo histórico. Un examen de AMD localizaría la aparentemente informal acción de tomar una taza de café con un amigo en el contexto de esta reestructuración económica, social y política de la sociedad global. Dicho

examen plantearía el argumento de que, al menos en Norteamérica, tomar café en una de las relativamente nuevas cafeterías de «diseño» es participar y legitimar –a este respecto al menos– la difusión mundial de las opciones empresariales neocapitalistas. Uno no toma café en un determinado sitio de la avenida Wisconsin de la ciudad de Washington sin estar apoyando de algún modo la presencia de un establecimiento con franquicia situado en la calle Oxford de Londres o en el barrio Xidan de Pekín. Si nos preguntamos de qué modo actúa la empresa neocapitalista para sostener, legitimar y difundir su propia existencia, entonces la respuesta del AMD sería que, en parte, lo logra cuando yo me tomo una taza de café con un amigo en Starbucks.

Espero que con lo que llevo escrito hasta el momento habré dejado claro cómo puede pasarse de cuestiones sociales tan generales como la de la crisis de los misiles de Taiwán, o la de la expansión de la «opción» neocapitalista globalizadora, a un estudio centrado en acciones específicas sucedidas en escenarios muy concretos. La acción de tomar una taza de café surge de ese estudio como un escenario en el que estos discursos sociales generales aparecen vinculados a una cotidiana acción común. Podríamos haber considerado igualmente como centro de nuestra atención la acción de comprar verduras en un supermercado de una cadena internacional, o la utilización de un procesador de textos o de una aplicación con soporte lógico de correo electrónico que nos permitiera enviar a otros estudiantes un mensaje de protesta por la expansión del neocapitalismo en todo el mundo. La pregunta de AMD a la que ahora prestaremos atención es la siguiente: ¿cómo podemos estudiar una acción social concreta en un caso específico y en tiempo real?

A continuación, voy a organizar el análisis de la acción específica «tomar una taza de café» en torno a un conjunto de preguntas heurísticas que podrían plantearse en cualquier escenario de la acción y que nos permiten ocuparnos ordenadamente de cada uno de los conceptos principales del AMD. Se entenderá, espero, que este conjunto de preguntas es simplemente una forma de sugerir el tipo de análisis que ha de hacerse. En cada caso particular, ciertas preguntas serán más importantes que otras.

La acción

Una vez que hemos identificado el hecho de tomar una taza de café y de mantener una conversación con un amigo como la acción mediata en la que estamos interesados, deberíamos plantear las siguientes preguntas:

1. ¿Cuál es la acción?
2. ¿Qué secuencia o secuencias de acciones mediatas resultan relevantes?
3. ¿Cuál es el «embudo del compromiso»?
4. ¿Qué discursos narrativos y de anticipación proporcionan una estructura metadiscursiva o reflexiva?

¿Cuál es la acción? Como he sugerido antes, el hecho de tomar una taza de café puede examinarse simultáneamente en múltiples planos (Lemke, 1999). En uno de esos planos, este hecho está constituido por una secuencia de acciones mediatas. Entramos en la cafetería, hacemos cola, pedimos, pagamos, esperamos a que nos sirvan el café, elegimos un sitio para sentarnos, nos sentamos y conversamos, devolvemos las tazas cuando hemos terminado y nos vamos de la cafetería. Cada uno de estos elementos está constituido por acciones pertenecientes a un plano inferior. «Entrar» se compone de ciertas prácticas consistentes en aproximarse a una puerta, en empujarla con una u otra mano y abrirla, en pasar primero o permitir que nuestro acompañante pase antes, etcétera. Pagar está compuesto por cosas tales como sacar el dinero, contar una cierta cantidad, tender el dinero a la persona encargada de la caja y recibir el cambio. Cada una de las «acciones» de un plano está integrada por acciones pertenecientes a un plano inferior y, a su vez, forma parte de, o, cuando menos, se ve circunscrita por (Lemke, 1999) acciones pertenecientes a un plano superior.

Por ejemplo, podríamos haber dicho con igual razón que aquí existían únicamente dos acciones –coger el café y sentarse para charlar–. Sin embargo, antes de eso hemos dicho que estábamos «tomando una taza de café», lo que a su vez forma parte de una secuencia de acciones en ese plano, como, por ejemplo, invitar a alguien a tomar un café e ir a tomarlo. Podríamos decir que el plano que se sitúa por encima de éste es el de la acción de cultivar una amistad, pero también deberemos decir que consiste en la acción de apoyar y legitimar la neocapitalista ideología

<table>
<tr><td colspan="8">Tomar una taza de café</td></tr>
<tr><td colspan="4">Seleccionar un producto de consumo</td><td colspan="4">Adquirir una taza de café</td></tr>
<tr><td colspan="4">Entrar en un café</td><td colspan="2">Pedir</td><td colspan="2">Pagar</td></tr>
<tr><td>Abrir una puerta</td><td>Permitir que alguien pase</td><td>Localizar una cola</td><td>Hacer cola</td><td>Elegir de un menú</td><td>Pedir una consumición</td><td>Tender el dinero</td><td>Recibir las vueltas</td></tr>
</table>

FIGURA 7.6. *Tomar una taza de café.*

global basada en poder elegir, como he sugerido anteriormente y como, a grandes rasgos, he esbozado en lo que sigue (véase la figura 7.6.).

La cuestión que quiero plantear aquí es que nunca podremos descubrir una única acción en la que centrarnos, sino que debemos concebir necesariamente que toda acción mediata es una acción que está constituida por acciones pertenecientes a un plano inferior y que, a su vez, integran acciones pertenecientes a planos superiores. La acción perteneciente al microplano de tender varias monedas a la persona encargada de la caja construye a un tiempo las acciones de tender, pagar, tomar una taza de café, defender la posibilidad de elección del consumidor, de prestar apoyo sociopolítico al sistema económico global y de, por supuesto, otras muchas acciones, tal como se ha visto al examinar otros de los interrogantes de la investigación. En un AMD, la pregunta guía no es «¿Cuál es aquí la acción?». La pregunta guía es «¿Cómo se vincula esta acción (en sus múltiples planos) con las cuestiones sociales generales que nos interesan?». Dicho de otra manera: «¿De qué modo esta acción participa, legitima, desafía o cuestiona las acciones pertenecientes a un plano superior o inferior por las que está constituida y en cuya constitución ella misma interviene?».

Desde este punto de vista, y en el marco del AMD, una acción social tiene pleno sentido –o razón de ser– en tanto que acción constitutiva de una acción perteneciente a un plano superior, y, al mismo tiempo, da sentido a las acciones pertenecientes a un plano inferior. Tender monedas a otra persona tiene sentido en tanto que acción perteneciente a la acción del plano superior que consiste en pagar una taza de café. Esto a su vez da sentido al hecho de sacar las monedas de mi bolsillo en ese momento. En el AMD, se entiende que la semiosis, o el aspecto de la acción

social que consiste en conferir o en tener sentido, se halla paradigmáticamente localizado en estos planos de la acción social. Aquí, por tanto, el principal interés metodológico consiste en identificar los planos en que, desde el punto de vista de los participantes y en el marco de nuestro análisis, opera la acción en que nos estamos centrando.

¿Cuál es la acción?

La generalización de los participantes –es decir, las estrategias para descubrir cuál es la acción según los participantes– consiste en:

- Investigar el vocabulario que utiliza el participante: «No, aún no he pagado» muestra que «pagar» es, para un participante, una de las categorías de un particular tipo de acción.
- Utilizar este conocimiento para obtener una mayor explicitud: «Al pagar, ¿has utilizado monedas o billetes?», o «¿Dónde has pagado?».
- Buscar letreros, expositores, materiales promocionales.
- Entrevistar, escuchar las afirmaciones categóricas o vinculadas a alguna clasificación: «Por qué vas a este establecimiento?». «Me gusta la forma en que se pide la consumición aquí». «Pedir» es una acción potencial.
- Siempre que sea posible, grabar en cinta las entrevistas y las conversaciones informales.

Las observaciones neutrales, es decir, las estrategias concebidas para realizar observaciones objetivas:

- Pasar tiempo en los cafés.
- Tomar notas de campo, centrándose en particular en las divergencias respecto de las generalizaciones de los participantes.
- Comparar con otros nuestras notas de campo con el fin de obtener las generalizaciones de los participantes y sus experiencias individuales. «He estado estudiando las cafeterías y he descubierto X». «¡De verdad!, siempre he creído Y».
- Hacer fotografías o grabar en vídeo. Con frecuencia es posible hacer fotos de amigos en cuyo trasfondo aparezca lo que te interesa. Es decir, puede que una empresa no quiera que fotografíes directamente el plano de su local, pero estará muy contenta de que celebres un cumpleaños con un amigo y de que saques algunas fotos

del acontecimiento, fotos que, de forma incidental, conseguirán la imagen del plano del local.

La experiencia individual del participante:

- Habla de tu proyecto de trabajo de campo a todo el mundo que conozcas (mediante entrevistas formales o informales).
- Entrevista a los actores sociales clave: clientes, camareros, antiguos empleados.

Las interacciones del observador con los participantes:

- Compara tu análisis (mientras lo realizas) con los participantes.
- Enseña tus fotografías a los participantes.
- Pon las cintas grabadas en las entrevistas y haz que las escuchen los grupos diana.

¿Qué secuencia o secuencias de acciones mediatas resultan relevantes? Como acabo de señalar, una acción como la de pagar un café tiene sentido paradigmáticamente en el marco de una jerarquía de acciones. Además, una acción también ha de tener sentido sintagmáticamente, en tanto que parte de una secuencia o una cadena de acciones mediatas. En la particular cafetería que tengo en mente, la secuencia de acciones es ésta: pedir, pagar y recoger la consumición. En otro establecimiento (que, casualmente, es una franquicia de la misma compañía), la cadena de acciones es la siguiente: pedir, recoger la consumición y pagar. Por consiguiente, la pregunta metodológica que hay que plantear aquí es: «¿Cuál es la secuencia, o cuáles son las secuencias, de las acciones mediatas en que se produce la acción?». Normalmente, éste es un asunto metodológico sencillo que es bastante susceptible de ser observado, pero que no debe pasarse por alto. Las atribuciones de identidad, o de competencia o incompetencia, se construyen con frecuencia en torno a diferentes secuencias de acciones mediatas. Uno puede ser plenamente competente y tener mucha práctica haciendo colas, pidiendo, pagando y todo lo demás, pero si trata de hacer estas cosas en un orden que no es el que se espera, podría parecer, a los ojos de otros participantes en la situación, que es incompetente o que no pertenece a la comunidad de práctica –con lo que, según la expresión de Gee (1999), no es reconocido por ellos–. Ar-

gumentaremos que es más probable que las atribuciones de identidad, de pertenencia o de no pertenencia se produzcan en el plano de la sintaxis de las acciones que en el microplano de las acciones constitutivas.

Quizá resulte obvio, pero no obstante debemos decirlo, que estas secuencias de acciones mediatas no serán las mismas para todos los que participan en una acción mediata. La secuencia de acciones mediatas que resulta relevante para la persona encargada de la caja y para la persona que coge la consumición es bastante diferente. Como mínimo, para él o ella, esta secuencia consistiría en anotar un pedido, en comunicarlo a la persona que se encarga de prepararlo, en volverse hacia el cliente para preguntarle si desea algo más, y si es así, ocuparse de ello, y si no, solicitar el pago, y pasar al siguiente cliente de la cola. Podría incluir además distintos actos consistentes en aprovisionar, limpiar o almacenar, todo lo cual queda incorporado a una secuencia de la labor diaria de mayor longitud. Para un cajero concreto, o para un cliente concreto, sólo los escasos momentos en que traban mutua relación constituyen secuencias secantes de acciones mediatas. De este modo, las secuencias de las acciones mediatas han de determinarse y analizarse por separado, atendiendo a los distintos participantes de relevancia que intervienen en una acción mediata.

10. SECUENCIAS DE ACCIONES Y PRÁCTICAS MEDIATAS

Una práctica, tal como ha quedado definida anteriormente, es una acumulación histórica surgida en el marco del conjunto formado por los hábitos y la historia del actor social que realiza las acciones mediatas que se producen en su vida (esto es, su experiencia) y que resultan reconocibles para otros actores sociales, a cuyos ojos aparece como «la misma» acción social. El analista descubre qué es una práctica mediante la utilización de los mismos cuatro tipos de datos: ¿Qué dicen los participantes que es una práctica? ¿Qué es, según las observaciones del analista, un repetido tipo, o clase, de acción? ¿De qué modo clarifica o cuestiona ambas cosas la definición del participante individual? ¿Cómo comprenden los participantes el análisis resultante?

- «Señalamos el pedido en la taza de papel con un rotulador de punta fina negro.»

- «Ayer, utilizó un rotulador de punta gruesa azul para señalar el pedido.»
- «Por lo general, me gusta usar un color diferente para que mis pedidos no se mezclen con los de ella.»
- «Pero en realidad usas rotuladores de colores diferentes y no pasa nada.»
- «Sí, en efecto, lo que quería decir es que señalamos el pedido en la taza con un rotulador de punta fina. En realidad, el color no importa.»

Esta serie de comentarios nos da una idea bastante adecuada de que podemos conversar sobre la práctica de señalar el pedido en la taza de papel.

- «Bueno, primero recibo el pedido de la persona que está en la cola. Después, paso el pedido a la persona que prepara los pedidos. Y finalmente recojo el dinero.»

Esto es la generalización del participante en una secuencia de acciones (las prácticas) que posteriormente pueden contrastarse objetivamente mediante la observación y otros tipos de triangulación.

Existe una posible confusión entre el concepto de «las secuencias de las acciones mediatas» y el concepto de la práctica, ya que ambas consisten en la secuencia histórica de las acciones mediatas. Cuando hablamos de «las secuencias de las acciones mediatas», tenemos en mente la secuencia cronológica de las acciones más cercanas –entrar, hacer cola, pagar, etcétera–, todas las cuales constituyen la acción perteneciente al plano superior que denominamos «tomar una taza de café». Cuando hablamos de la práctica de «tender monedas», por ejemplo, tenemos en mente la secuencia histórica discontinua de todas las ocasiones en que una persona concreta lleva esta acción a cabo. Desde luego, cada caso mostrará la incrustación de alguna secuencia de acciones mediatas cercana, como ilustra la figura 7. 7.

¿Qué es el «embudo del compromiso»? El sentido de las acciones mediatas no sólo emana de una jerarquía de la acción (significado paradigmático) y de las secuencias de acción (significado sintagmático), sino que algunas acciones son más o menos reversibles que otras. Cuando entro en la cafetería, esa acción estrecha el abanico de cafeterías en las que pue-

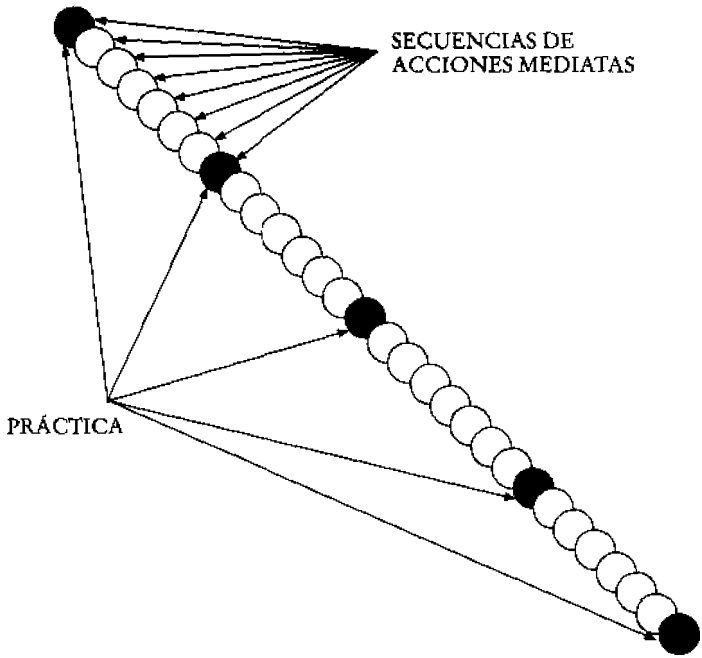

FIGURA 7.7. *La práctica y las acciones mediatas a lo largo del tiempo.*

do elegir tomar esa taza de café, pero el tipo exacto de café que vaya a pedir, el lugar en el que habré de sentarme, y todo lo demás, sigue siendo una cuestión abierta. De hecho, en ese momento aún podría decidir que quiero irme a otra parte –quizá porque está demasiado lleno–, y así, en cierto sentido, «se anula» la acción de entrar. Del mismo modo, cuando estoy de pie en la cola tal vez esté examinando la lista de opciones que detalla el cartel que se encuentra sobre el mostrador, pero en este punto aún no me he comprometido a optar por ningún tipo, cantidad o concreto estilo de café. Sin embargo, una vez que ya he pedido (y que aún no he pagado), es mucho menos probable que diga: «No, no quiero una jarra de batido de café; prefiero un capuchino». Y después de haber pagado una jarra de batido de café resulta altamente improbable que cambie de consumición. Y cuando llega mi jarra de batido de café y me toca recogerla, si decido que prefiero tomar un capuchino, creo que se entendería que lo más apropiado es que vuelva a la cola si quiero «revocar» mis anteriores acciones. Y, de hecho, no estaría revocándolas, sino ini-

ciando una nueva secuencia. Esto es lo que tratamos de captar con la idea del «embudo del compromiso». Algunas acciones se hallan situadas en una jerarquía de significado que opera de forma un tanto independiente respecto de las otras estructuras del significado. Es decir, no sólo existe una secuencia de acciones mediatas, sino que algunas de estas secuencias se «anulan» con mayor facilidad que otras. Por consiguiente, desde el punto de vista metodológico, la tercera tarea que debe realizarse al analizar las acciones mediatas consiste en llegar a entender el significado, o la importancia, de la ubicación de las acciones en una secuencia. Entrar, hacer cola y pedir son, en este sentido, acciones preparatorias para el acto de pagar el café. Dicho de otro modo, la definición del acto de pagar una taza de café (una acción perteneciente a un plano superior) está más determinada por el momento del pago que por los actos preliminares de pedir y de hacer cola.

Desde luego, este embudo del compromiso debe entenderse ubicado en el marco de un concepto dinámico de la acción social, y no inserto en una noción meramente discursiva. Pese a que he expuesto el orden en que yo realizo la acción, este orden es reversible (aunque provocando, quizá, cierta irritación), mientras la persona encargada de preparar el café no haya iniciado de hecho el proceso de preparar la consumición, ya la hayamos pagado o no. Para invertir la acción de preparar una taza de café, se necesitaría algo más que el discurso. Lograrlo implicaría el desperdicio de materiales, y por consiguiente, es en cierta medida probable que la reversibilidad de algunas acciones y la irreversibilidad de otras vaya unida al mundo material.

Por último, el embudo del compromiso puede ser tenido en cuenta en algunas secuencias de acciones mediatas muy largas. Al vestirme para iniciar la actividad diaria, bien pudiera suceder que comprobase mi billetero con el fin de asegurarme de que tengo el dinero a mano para pagar una taza de café en el transcurso del día. Es incluso más probable que no compruebe si tengo la cantidad específica que habré de necesitar para pagar una taza de café, sino que verifique si tengo una cantidad mayor de la necesaria para esto, ya que así, si andando el día me encontrara con un amigo, tenga la libertad de invitarle a tomar un café juntos. Es decir, las acciones iniciales podrían ser de carácter extremadamente general. Se podría concebir esto como la determinación de empezar el día definiendo un conjunto de acciones relacionadas con cierta forma de vestir o con cierta forma de acicalarse, decisiones que, en ese momento, podrían no encaminarse en absoluto a satisfacer las necesidades de ningún particular embudo del compromiso, sino

estar más bien concebidas para disponer de la máxima libertad de elección en la acción en función de cómo se anticipa que será el día.

¿Qué discursos narrativos y de anticipación proporcionan una estructura metadiscursiva o reflexiva? Muchas acciones sociales no sólo empiezan como preparaciones para la acción de carácter más bien general, sino que también se hallan vinculadas unas a otras, bien como secuencias preparatorias del discurso (lo que podríamos llamar discurso anticipatorio), bien como secuencias retrospectivas del discurso (es decir, como la forma narrativa o de otra índole del trabajo discursivo de reconstrucción), secuencias por las que han mostrado interés Goffman (1974, por ejemplo) o los psicólogos discursivos (Boswood, 2000; Edwards, 1992; Harré y Gillett, 1994; Harré, 1998). Tomar una taza de café es algo que en cierto modo queda determinado como acción social por el hecho de la invitación: «Vamos a tomar una taza de café». Resulta significativo que uno no diga siempre ni a menudo: «Vamos a respaldar, y por lo tanto a legitimar, el empeño neocapitalista mundial». Retrospectivamente, uno podría decir: «El otro día tomé café con Gary», oración que daría a entender que tuve una conversación informal y extensa con Gary. Sería más raro escuchar: «El semestre pasado, cuando tomaba café una mañana con Ruth, hablamos sobre el hecho de si acciones como la de tomar una taza de café resultaban o no útiles para tratar de comprender el neocapitalismo global». Estos discursos retrospectivos y de anticipación ocurren en la mayoría de las ocasiones fuera del escenario de la acción en el que tienen lugar las acciones que estamos estudiando, pero con todo, son extremadamente importantes en el análisis de los significados de esas acciones. Resultan relevantes tanto por lo que dicen como por lo que no dicen, como ya he indicado. Es probable que la significación de los planos superiores del significado social quede subsumida en unas caracterizaciones de la acción de carácter más trivializado y convencional.

11. ¿QUÉ DISCURSOS?

Toda acción social puede poseer elementos lingüísticos o textuales incrustados en el seno de la acción –transmito verbalmente mi pedido a la persona encargada de la caja, y, por lo tanto, esa acción social se realiza en gran parte por medio de una acción lingüística–, o puede venir anticipada por un

discurso anterior, o quedar retrospectivamente construida en un discurso posterior. Podría decirle a mi amigo: «Supongo que tomaré un batido de café»; podría decirle al cajero: «Por favor, deme un capuchino»; y entonces, cuando mi amigo diga: «Anda, pensaba que ibas a tomar un batido de café», responderle: «Bueno, cambié de idea al ver lo que pedían los demás clientes». En esta acción también resultan pertinentes los letreros con los nombres de los tipos de café y sus precios, los valores de las monedas y los billetes, los logotipos de la compañía y otros textos impresos sobre la taza de café, así como la marca del rotulador de punta gorda del camarero que se ha encargado de la consumición. Lo que el AMD pregunta en primer lugar es qué discursos son relevantes, tanto para realizar una acción como para reflejarla, y a continuación indaga cuál es la forma de análisis lingüístico y discursivo más eficaz para entender de qué modo se ha apropiado de estos discursos el participante. (Véase «¿Qué instrumentos de mediación?» más adelante).

Ocurriendo como ocurren al margen de las acciones en las que estamos interesados, y desde el punto de vista metodológico, estos discursos retrospectivos y de anticipación resultan difíciles de captar. Los grupos diana y las entrevistas resultan particularmente útiles para captar los discursos retrospectivos así como las sesiones de reproducción (Tannen, 1994), o las de explicitud fotográfica (de Saint-Georges, 2000a; Yung, 2000; Johnston, 2000). Una de las tareas propias del AMD consiste en desarrollar una metodología factible con la que poder captar la riqueza de los discursos de anticipación. Esto no debe hacernos olvidar la considerable importancia de esos discursos.

La práctica

El AMD entiende que una acción mediata tiene lugar en la intersección de varias prácticas que suceden en tiempo real. Esta intersección, si se contempla como una acción, recibe el nombre de «acción mediata»; si se observa como un instante temporal, recibe el nombre de «escenario de la acción». El concepto que estructura el razonamiento es el concepto de práctica social, definido en un sentido estricto y restrictivo. De este modo, la práctica puede determinarse metodológicamente procediendo a plantear las siguientes preguntas:

1. ¿Cuáles son las prácticas que se entrecruzan para generar este escenario de la acción?
2. ¿Qué historias de hábito tienen estas prácticas? Es decir, ¿cuál es su ontogénesis?
3. ¿En qué otras acciones intervienen estas prácticas?

¿Cuáles son las prácticas que se entrecruzan para generar este escenario de la acción? Desde un punto de vista general, y para todos aquellos que realizan actividades sociales juntos –es decir, que están «con» alguien al realizar prácticas de compra de consumo, y otras cosas por el estilo, tal como señala Goffman (1963, 1971)–, el hecho de tomar una taza de café es una intersección de prácticas conversacionales (de iniciación de la charla, de concesión de turnos de palabra, de control de los temas, de secuencias de objeciones), de prácticas relacionadas con comer y beber (esto es, con hablar o no con la boca llena, con hablar y beber de forma alternativa, con beber a base de sorbos lentos, con tragar rápidamente), de prácticas vinculadas al hecho de estar en espacios sociales de carácter público (que determinan conductas como la de no prestar atención por educación, la de una proximidad ecológica, etcétera). El plano más elemental, digamos el de pagar el café, es una intersección de prácticas –como las de manejar el dinero, contarlo o trabar contacto visual–, a la que se unen las prácticas discursivas propias de las interacciones vinculadas a una relación de servicio (como el hecho de dar las «gracias» o no), de dar o no propina y otras cosas similares.

El AMD adopta la posición de que resulta más útil metodológica y analíticamente abrazar esta noción estricta de la práctica que hablar de forma vaga de «prácticas conversacionales» o de «prácticas de consumo», ya que, por un lado, estas categorías de carácter más bien general resultan en último término difíciles de especificar, y lo que es peor, tienden a generar, por otro, un análisis objetivista. Desde luego, no existen supuestos *a priori* –ni respecto a cuántas prácticas son relevantes para el análisis de un escenario de la acción cualquiera, ni respecto a qué prácticas lo son–. Esto debe de surgir del trabajo del analista, así como de los puntos de vista de los participantes, mediante una triangulación de los tipos de datos realizada según las directrices que he señalado anteriormente. Es probable, por ejemplo, que los participantes se pronuncien con extrema vaguedad respecto a cuáles son las prácticas implicadas en el acto de pagar una taza de café, y tal vez no sean capaces de exponer nada

que supere la complejidad de acciones como «pedir» y «pagar». No obstante, el analista debería ser capaz de hacer explícitos, como hemos hecho aquí, elementos como las actitudes posturales, el contacto visual, el acto de manejar dinero y de tenderlo a otra persona, etcétera.

¿Qué historias de hábito tienen estas prácticas? Es decir, ¿cuál es su ontogénesis? Aunque no se estudie con frecuencia, es importante conocer la historia que tienen las prácticas en los hábitos de quienes participan en las acciones sociales. Para dar un ejemplo sencillo, la historia de mi práctica en el acto de tender el dinero está más afianzada en el caso de las monedas de Estados Unidos, se halla bastante afianzada en lo que se refiere a las monedas de Hong Kong, y es relativamente débil en lo tocante a las libras esterlinas. De este modo, el hecho de pagar una taza de café en Londres, aunque lo haga en una sucursal franquiciada de Starbucks, y a pesar de que me sienta cómodo con muchas de las demás prácticas habituales en ese escenario de la acción, ha de sortear algunas dificultades cuando empiezo a buscar en mi mano las monedas adecuadas. A diferencia de la práctica de tender el dinero en Estados Unidos, donde el simple tacto de las monedas me basta para calcular la cantidad exacta, en el Reino Unido necesito examinar las monedas con mucho cuidado. Esto implica tener que ponerme las gafas para leer los valores, ya que el tacto, el tamaño y el peso de las monedas no me bastan.

12. ¿QUÉ PRÁCTICAS?

Las prácticas específicas que se entrecruzan en un concreto escenario de la acción para producir una acción mediata pueden ser muchas. Deben identificarse con exactitud las prácticas involucradas mediante la triangulación de los cuatro tipos de observaciones: las opiniones de los participantes, las observaciones objetivas, las experiencias individuales y la dialéctica que se establece entre los puntos de vista del analista y las respuestas de los participantes en el análisis.

Para identificar las prácticas disponemos de los siguientes elementos:

- El lexical y el de las fórmulas utilizadas.
- El discursivo.
- El no verbal.

- El de las afirmaciones normativas.
- El de los objetos materiales, las estructuras y las disposiciones.

Muchas prácticas tienen lexicalizaciones, es decir, tienen denominaciones: «pagar», «pedir», «hacer cola». Existen también expresiones que constituyen fórmulas: «gracias», «por favor», «quisiera tomar un X». Muchas de ellas están compuestas por secuencias de afirmaciones fijas: «¿Puedo ayudarle?», «¿Quién es el siguiente en la cola?».

Las prácticas discursivas pueden incluir estructuras más complejas, o «arquitecturas» del lenguaje. Los chistes pueden empezar con: «¿Saben aquel que dice...?», pero sabemos que no han acabado mientras no lleguemos al remate. Los reportajes de noticias empiezan con un titular de resumen y van poco a poco dando los detalles de menor importancia hacia el final.

Los elementos no verbales de las prácticas incluyen los gestos, las actitudes y la vestimenta, por ejemplo los uniformes. En un restaurante podemos pedir nuestro menú a una persona que lleve un determinado tipo de uniforme, pero esperar que sea una persona con un uniforme diferente la que recoja la mesa.

Las afirmaciones normativas también pueden introducir prácticas que de otro modo no llegarían a aparecer de forma explícita. «¡No lo hagas así!»; «¿Por qué no?»; «No es exactamente así como lo hacemos».

Los objetos materiales pueden indicar la existencia de ciertas prácticas, como sucede con el bote de la «propina» al lado de la caja registradora.

¿En qué otras acciones intervienen estas prácticas? En el AMD adoptamos la postura de que ninguna acción ni ningún escenario de la acción viene definido por una única práctica. Al contrario, la principal postura que sostenemos es la de que cualquier práctica tiene lugar por medio de un amplio número de acciones, escenarios de la acción y nexos de la práctica. Para decirlo de forma más concreta, una práctica social como la de que una persona tienda las monedas a otra puede ocurrir como parte del escenario de la acción consistente en tomar una taza de café, pagar una factura de teléfono o dar dinero del bolsillo a un niño para sus gastos. La propia acción de tender, como he argumentado en otro lugar (R. Scollon, 2000c), es en sí misma una práctica que se halla incrustada en el hábito de la persona. Lo que difiere de una acción a otra es el vínculo de esta práctica con las demás prácticas (esto es, con el hecho de decir ciertas palabras o frases, de iniciar un cierto tipo de

contacto visual, y de ubicar estas prácticas en una secuencia de acciones mediatas).

Esta característica de las prácticas, esto es, el hecho de que atraviesen las acciones, o los escenarios de la acción, abre la posibilidad de un estudio metodológico. Una vez que hemos identificado las prácticas significantes de una acción particular, podemos ya estudiar por separado esas prácticas en otros escenarios de la acción, lo que constituye un modo de aislarlas. Quizá no haya demasiada necesidad de extenderse en esto, ya es algo que se encuentra entre las estrategias de investigación más comunes. La diferencia principal que puede observarse en la metodología del AMD estriba en el hecho de que en otro tipo de investigación de la interacción social, el objetivo consiste con frecuencia en llegar a obtener una descripción objetiva y basada en normas de un comportamiento abstracto o de una clase de acciones. En el AMD, el objetivo consiste en llegar a obtener una comprensión más detallada de la historia, que tiene la práctica en los hábitos de quienes participan en esa particular acción social. El punto central de la atención no es la práctica concebida como característica de un grupo social, sino la acción en tanto que lugar en el que se produce el cambio social de los hábitos de los participantes.

Los instrumentos de mediación

He dicho anteriormente que el lugar del texto –del discurso, ya sea hablado o escrito– en el AMD es el de un instrumento de mediación utilizado por los participantes para realizar una acción social. También he dicho que estos instrumentos de mediación pueden incluir una amplia gama de objetos físicos y de herramientas semióticas, desde la taza en la que se sirve nuestro café hasta el lenguaje que utilizamos para efectuar el pedido. De este modo, y en último término, las siguientes cinco preguntas consiguen acercarse al máximo a los materiales más habitualmente analizados en el ACD: los textos.

1. ¿Qué instrumentos de mediación se utilizan en esta acción?
2. ¿Qué específicas formas de análisis deberían utilizarse al analizar los instrumentos de mediación?
3. ¿Cómo y cuándo han resultado adecuados esos instrumentos de mediación en la práctica o en el hábito?

4. ¿Cómo se han utilizado esos instrumentos de mediación en esta acción?
5. ¿De qué modo actúan las características semióticas de esos instrumentos de mediación como constricciones para la acción o como apoyos para la acción?

¿Qué instrumentos de mediación se utilizan en esta acción? Si nos ocupamos del hecho de tomar una taza de café desde el punto de vista de las acciones mediatas, observamos muchos instrumentos de mediación. En el más amplio sentido, deberemos incluir la puerta de la cafetería, la disposición física general –los objetos, su distribución y su diseño–, el espacio en el que se hace cola, los menúes que se aprecian en torno al mostrador y en los que se consignan las opciones de compra y los precios, la caja registradora, el dinero utilizado para la transacción, las máquinas que se utilizan para hacer el café, las tazas de café, la porción de mostrador en la que se nos entrega el café y las mesas en las que se sientan los tertulianos, así como el fondo de jazz brasileño que se escucha, por no mencionar el propio café, té o cualquier otra bebida que estemos tomando.

13. ¿QUÉ INSTRUMENTOS DE MEDIACIÓN?

Los instrumentos de mediación son inseparables de la definición de la acción mediata. Estos medios pueden ser cualquier cosa que sea accesible a los actores sociales, ya se trate de objetos de su entorno inmediato, desde las tazas y las mesas u otro tipo de efectivos instrumentos físicos para la acción, a los instrumentos de mediación interiorizados, de carácter psicológico o semiótico, como los sistemas simbólicos del número, el lenguaje y la semiótica visual.

La mayoría de los ACD se centran en textos que en el AMD se consideran parte integrante de los instrumentos de mediación disponibles para la realización de cualquier acción mediata particular. Al igual que las acciones mediatas y las prácticas, los instrumentos de mediación deben analizarse tomando como fundamento los puntos de vista de los participantes, la observación independiente y objetiva del analista, etcétera. No existe ninguna fuente de análisis que sea suficiente por sí sola.

Es probable que los instrumentos de mediación tengan un distinto significado para los diferentes participantes en el interior del mismo escenario de

la acción. Puede que el logotipo presente en la taza de café tenga muy escaso significado para el consumidor en lo que se refiere a realizar la acción de tomar una taza de café, pero mucho significado para el especialista en comercialización perteneciente a la compañía que se preocupa por las marcas y por la identificación de las marcas.

Desde el punto de vista de los textos, los instrumentos de mediación son también muchos (R. Scollon, 2000a), pero el hecho de determinar qué textos son relevantes en qué acciones mediatas sigue constituyendo un problema para el análisis metodológico. Tenemos los textos del menú, los textos incluidos en los diseños de los anuncios de las paredes, los textos que especifican los precios en la caja registradora, las propias tazas están cubiertas de textos y la conversación que constituye el centro de la atención social es un dilatado texto. Textos hablados más cortos son los emitidos al hacer nuestro pedido en el mostrador, y también los textos implicados en las acciones por las que la persona que toma nota de nuestro pedido llama la atención del encargado de la máquina de café. Además, existen múltiples secuencias colaterales de texto entre los consumidores que hacen cola, entre los consumidores y los camareros y entre los camareros.

Una perspectiva de AMD no asumirá *a priori* que ningún texto en particular ni, hablando en términos más generales, ningún particular instrumento de mediación sea significativo, sino que utilizará el problema que aborde la investigación general para orientar la selección de los instrumentos de mediación que han de analizarse. Si nuestro interés se centra, por ejemplo, en la difusión del neocapitalismo global, y en particular, si estamos tratando de distinguir entre el neocapitalismo y el más asentado capitalismo industrial, probablemente no nos centraremos en intercambios de dinero de este tipo, ya que es probable que cueste aproximadamente lo mismo tomar el café en Starbucks o en Frost Diner. Por otro lado, la oración «una jarra de batido de café, por favor» es una oración imposible de dirigir al encargado de los pedidos de bebidas calientes en jarra si estamos en un establecimiento en el que sólo existe un tipo de café. En un sitio así la oración más probable sería: «Café». Podría decirse que la diferencia entre estas dos acciones reside en la diferencia entre un único instrumento de mediación –el café normal, tipo cortado, sólo o con leche– y lo que podríamos denominar «cafés de diseño varia-

dos». Un Starbucks que sólo tuviese un estilo de café no sería un Starbucks. De este modo, podemos decir que para que exista una determinada acción mediata no sólo son adecuados determinados instrumentos de mediación, sino que también resulta significativa la elección entre múltiples instrumentos de mediación.

¿Qué específicas formas de análisis deberían utilizarse al analizar los instrumentos de mediación? La diversidad de cosas del mundo que pueden resultar adecuadas como instrumentos de mediación es, de hecho, casi ilimitada, y por lo tanto, no existe, como ya he dicho, ningún medio *a priori* que nos permita saber qué tipo de análisis o qué marco analítico será más útil para analizar los instrumentos de mediación en un caso específico cualquiera. Podemos esperar que los instrumentos de mediación entren *grosso modo* en alguna de las siguientes siete clases:

1. Interacciones conversacionales (con gestos, etcétera).
2. Largos monólogos o discursos (relatos, conferencias, reportajes noticiosos, también con sus gestos).
3. Textos.
4. Discurso visual holofrástico.
5. Imágenes.
6. Sonidos.
7. Objetos materiales, espacios tridimensionales y disposiciones espaciales.

Las interacciones conversacionales pueden estudiarse utilizando métodos desarrollados en el análisis conversacional, en la sociolingüística de la interacción y en la etnometodología, aunque desde el punto de vista del AMD es importante no perder de vista el problema de las acciones mediatas que se están produciendo y no limitarse a seguir las habituales agendas de investigación de esos marcos de investigación. Es decir, si hemos identificado el problema social en el que estamos interesados y resulta ser el del desarrollo del neocapitalismo y el del correspondiente discurso del neoliberalismo, podemos considerar que estamos manteniendo una conversación como parte de la acción mediata de «tomar una taza de café». Sin embargo, desde el punto de vista del problema de investigación que nos proponemos resolver y de la acción mediata consistente en apoyar a una empresa neocapitalista, la sustancia de esa conver-

sación resulta de hecho bastante secundaria. Desde luego, puede que sea o no secundaria. Una cinta grabada de la conversación nos dirá si hemos de prestar o no mayor atención a la conversación en sí. Muy bien pudiera suceder que lo importante no fuera tanto la sustancia de la conversación como su existencia como acción social. Para este grado de análisis, el simple hecho de documentar que se ha producido una conversación sería suficiente.

De forma alternativa, y durante la conversación, el tema de la propia conversación, o la empresa en donde se está desarrollando, o las prácticas de comercialización de la empresa presentes en la taza, etcétera, pueden convertirse en cuestiones relevantes. En tal caso, un minucioso análisis de la conversación en el que utilicemos los métodos del análisis conversacional, o los de la lingüística de la interacción, resultará significativo, sobre todo si nuestro interés se va a centrar después en la cuestión de si esos actores sociales estaban o no reivindicando, en dicha conversación, la tenencia de una identidad que pudiera respaldar el discurso neoliberal.

Los monólogos extensos han sido estudiados como relatos, o como conferencias, o como reportajes noticiosos, o como cosas similares. El ACD es con frecuencia una herramienta sumamente útil en este análisis, sobre todo para sacar a la luz el marco ideológico tanto de los temas como de los actores sociales. El análisis narrativo es con frecuencia una útil herramienta de investigación cuando una conversación varía su modalidad y todos los participantes se centran en el relato de un único participante. Con frecuencia, el análisis conversacional y el análisis de los largos discursos hablados interactúan, como sucede cuando dos personas que participan en una conversación hablan de una conferencia a la que ambas han asistido. De hecho, prácticamente cualquier forma de discurso, o cualquier instrumento de mediación, puede resultar apropiado, o ser recontextualizado, y adquirir así una forma diferente. Tal vez tengamos una conversación sobre una película o sobre un reportaje noticioso que hayamos visto. Puede que citemos el fragmento de una conversación en un texto. El logotipo o el nombre de una marca (discurso visual holofrástico) podría utilizarse en la conversación, como sucede cuando decimos: «Vamos a tomar un café a Starbucks». Desde el punto de vista del AMD sería necesario desarrollar el estudio de ACD de una declaración original pronunciada por una figura pública, después un segundo estudio de ACD sobre el reportaje noticioso de esa declaración, y

posteriormente un análisis conversacional de cómo esa declaración y el reportaje de noticias se integran en una conversación adoptando el aspecto de un relato sobre cómo pasó alguien la velada de ayer después de cenar. Todo esto podría revelarse entonces enteramente irrelevante en otro plano si el objeto del análisis fuera determinar cómo reproducen los nombres de las marcas la globalizada economía neocapitalista mediante el expediente de favorecer más a una marca de café que a otra en esa conversación. La cuestión esencial reside en que el AMD está continuamente tratando de vincular los discursos estudiados con las cuestiones de investigación originales.

Los textos son probablemente las formas de discurso que se han estudiado de forma más completa mediante el ACD. Para el AMD es crucial apreciar cómo y cuándo resultan apropiados para realizar acciones mediatas los textos en los escenarios de la acción. El análisis ideológico de un reportaje periodístico que abogue por la utilización de prácticas de exclusión en materia de empleo puede ser esencial para comprender cómo los actores se apropian de ese reportaje cuando realizan una acción mediata. Pero también es posible que ese análisis resulte irrelevante. Depende de la acción social que se haya realizado. Una fuerte afirmación neoliberal en un editorial de la sección de economía de un periódico no es un texto, en lo que a los objetivos del AMD se refiere, si el periódico se utiliza como una superficie sobre la que limpiar pescado. Otras prácticas (las de la limpieza de pescados) en ese escenario de la acción han adquirido un carácter preferente sobre la lectura del texto. Sin embargo, si el vendedor de pescado se fija en el contenido del texto y comienza a tratar el tema con un vendedor vecino, entonces se vuelve de la máxima relevancia conocer cómo está estructurado el texto y cómo se efectúa la toma de posición ideológica.

Además del estudio de los textos según el método del ACD, el AMD hace con frecuencia uso de un análisis retórico comparativo de las estructuras textuales y procede también a una estructuración del argumento. Esas estructuras textuales orientan al lector hacia la significación de partes del texto. Además de orientar al lector, las estructuras textuales también pueden distraerlo o confundirlo si éste llega al texto con distintas expectativas de lectura (S. Scollon *et al.*, 2000).

El discurso visual holofrástico puede definirse como cualquiera de los textos cuyo número se encuentra en rápido crecimiento. Estos textos pueden incluir nombres de marcas, logotipos, rótulos de comercios, se-

ñales urbanas, señales que orientan el tráfico o le indican prohibiciones, así como otras formas de discursos realizados en la esfera pública. Además de esto, el discurso visual holofrástico contiene imágenes, sonidos y objetos materiales, espacios y disposiciones tridimensionales. El análisis de estos instrumentos de mediación se encuentra verdaderamente en su infancia y son pocas las cosas que pueden decirse al respecto. La obra de Kress y Van Leeuwen (1996) realiza una contribución fundamental al análisis de los instrumentos visuales de mediación, incluyendo las disposiciones tridimensionales. Por otra parte, Van Leeuwen (1999) ha establecido los principios que permiten realizar también un estudio integrado del sonido.

¿Cómo y cuándo han resultado adecuados esos instrumentos de mediación en la práctica o el hábito? En el marco del AMD, se concibe que, a lo largo del tiempo, un instrumento de mediación resulta apropiado a los hábitos de una persona. Es decir, un instrumento de mediación no es simplemente un objeto externo del mundo, y tampoco es enteramente un esquema psicológico o una disposición interna. Un instrumento de mediación es una dialéctica que se establece entre el mundo material y los hábitos. Algunos instrumentos de mediación, como la taza de café, son fundamentalmente externos, pero, no obstante, son objetos que hemos aprendido a utilizar de un modo particular. Sabemos, por ejemplo, sostener una vaso de café hecho de papel sin despachurrarlo, aunque la mayoría de nosotros haya olvidado que una vez, siendo niño, tuvo que aprender a hacerlo. Otros instrumentos de mediación, como la expresión «una jarra de batido de café», son en buena medida estructuras lingüísticas interiorizadas. Sin embargo, la palabra «jarra» ha tenido que ser interiorizada recientemente como una palabra que significa «la taza más pequeña que actualmente está a la venta», un significado que se aleja significativamente del significado que uno esperaría en una palabra como «jarra».

Aquí la cuestión metodológica es la siguiente: «de qué modo llegamos a saber cómo y cuándo los instrumentos de mediación han sido apropiados para los hábitos de una persona». Esto puede enfocarse de dos formas. En primer lugar, podemos estudiar longitudinalmente el desarrollo de un instrumento de mediación en particular en el hábito de determinados individuos concretos. Desde luego, esto se halla limitado por el hecho de que el investigador se ve entonces exclusivamente cons-

treñido al estudio de las acciones mediatas de esos individuos en particular. La segunda forma se realiza mediante la entrevista retrospectiva. Es posible saber más acerca de una más amplia gama de participantes, pero el conocimiento de los investigadores se ve constreñido por los problemas de la recontextualización histórica y la «amnesia de la génesis» (Bourdieu, 1977). Es decir, con frecuencia olvidamos, no conocemos o reconstruimos nuestros pasados con el fin de que se adecuen a nuestro propio presente y a los propósitos que anticipamos.

¿Cómo se han utilizado esos instrumentos de mediación en esta acción? Podría decirse que esta cuestión es la cuestión central y focal de un amplio número de estudios sobre los textos y las acciones sociales. Una persona que vaya a Starbucks y diga: «Una jarra de batido de café, por favor», se ubica como participante en el nexo de la práctica consistente en tomar café en un establecimiento de cafés de diseño. Una persona que vaya a un Frost Diner y diga: «Supongo que no puedo tomar una jarra de batido de café, ¿verdad?», se ubica como alguien que, ya sea con seriedad o de modo irónico, hace un comentario sobre este tipo de restaurantes o sobre el lugar histórico que ocupan. Un análisis de la comercialización podría estudiar la imagen de marca que deja el logotipo impreso sobre la taza, al igual que, aquí y allá, sobre el café. Un ACD podría centrarse en las formas en que la conversación ubica a los participantes como a personas que apoyan o critican la economía global y neocapitalista. En la mayoría de las ocasiones, sin embargo, se estudiarán los propios textos, y la cuestión de cómo se los esté utilizando en esta particular acción será puesta a un lado como una cuestión perteneciente al contexto. Por consiguiente, esta es la cuestión que encarna la diferencia central entre el AMD y otras muchas versiones del análisis discursivo.

Uno podría encontrar, entre los instrumentos de mediación implícitos en el acto de tomar una taza de café, una oración escrita en el cartón de la funda protectora que recubre la taza de papel:

> Esta funda protectora está fabricada con un 60 por ciento de pasta de papel reciclada tras el consumo, y utiliza aproximadamente un 45 por ciento menos del material que requeriría fabricar una segunda taza de papel (Fundas protectoras Starbucks, San Diego, California: 9 de marzo de 2000).

No sería demasiado difícil desarrollar un análisis crítico de esta oración que se define a sí misma, y por tanto a la compañía, como una organización respetuosa con el medio ambiente. Expresiones clave como «reciclada» y «tras el consumo» revelan el discurso conservacionista. Los porcentajes mencionados, del «60 por ciento» y del «45 por ciento» apuntan también al cientifismo de este discurso conservacionista. Este mensaje medioambiental recibe nuevo apoyo del «natural» color marrón del cartón, y de la utilización de cartón y no de corcho blanco. Sin embargo, a pesar de que es posible realizar un análisis de este tipo, las observaciones etnográficas sugieren que los usuarios de estas fundas protectoras no utilizan directamente este discurso en la acción de tomar su taza de café. Esto no quiere decir que no lo utilicen en absoluto. Podría argumentarse que es justamente el trasfondo de estos discursos sobre las opciones, o sobre el medioambientalismo –lo que con frecuencia se cataloga como «aburguesamiento» o «diletantismo yuppie»–, lo que da a esta cafetería su sello distintivo como lugar en el que los actores sociales pueden escenificar su pertenencia a la empresa global neocapitalista. La cuestión metodológica que el AMD trata de tener presente es ésta: «¿Cómo sabemos exactamente de qué modo se apropian los actores sociales de los instrumentos de mediación que utilizan al realizar acciones sociales?».

¿De qué modo actúan las características semióticas de esos instrumentos de mediación como constricciones para la acción o como apoyos para la acción? Explicado a grandes rasgos, el AMD trata de incluir en la noción de «semiótica» todo el potencial de generación de sentido que proviene de la lexicogramática del lenguaje utilizado como instrumento de mediación en la disposición de las imágenes, los objetos tridimensionales y los espacios en los que tienen lugar las acciones sociales, así como el potencial de generación de sentido que proviene de la lexicogramática del lenguaje utilizado como instrumento de mediación en el diseño, los esquemas de color utilizados y demás particularidades de estos mismos elementos. Desde este punto de vista, no sólo sentiría interés por la oración anterior, sino también por el material sobre el que está escrita (marrón, cartón «natural»), por el diseño de la funda protectora, por su ubicación sobre la taza y, lo que es más, por la situación de la taza en el más amplio marco de una cafetería y de una conversación entre amigos sentados alrededor de una mesa. El discurso medioambiental al que apun-

tan tanto el color de la funda como el mensaje impreso en ella permite (pone en práctica, apoya, estimula) en ambos casos el «aburguesamiento» de esta cafetería y limita otras interpretaciones. La decisión de utilizar este tono de color equivale a la decisión de no utilizar dos tazas, una taza o una funda protectora de corcho blanco, o cualquier otro de los posibles medios para evitar quemarse con una bebida caliente cuyo carácter pudiera ser considerado más invasor o más destructivo para el equilibrio ecológico. De este modo, esta decisión permite una lectura y restringe otras lecturas contrarias.

Los nexos de la práctica

¿Qué vínculos entre las prácticas son los que constituyen el nexo de la práctica? La primera vez que entré en una de las cafeterías especializadas confié en algunas de las diversas prácticas que entraban en mis hábitos para adquirir una taza de café y tener una conversación. Ahora ya he adquirido muchos objetos. He hecho cola, leído menúes y tomado decisiones. He tenido conversaciones en sitios públicos y, tras terminar, he depositado en su lugar los objetos en los restaurantes de comida rápida. En este sentido, todas las prácticas en las que confié me resultan familiares, ya que se hallan insertas en un relato, algunos de los cuales tienen ya muchos años. Sin embargo, esos hábitos son específicos de la organización de la secuencia de acciones y de los vínculos existentes entre ellas, todo lo cual hace que el hecho de tomar una taza de café en una de estas cafeterías constituya un nexo único o una constelación de prácticas. Es probable que cometa errores, probablemente no en cualquiera de estas prácticas, sino en hacer que los vínculos y las secuencias funcionen sin sobresaltos.

Una vez que uno ha tomado en varias ocasiones una taza de café, estos vínculos y secuencias empiezan a funcionar con mayor facilidad –hasta el punto de que el camarero empieza a «reconocerme» como un cliente habitual–. En esta fase parece útil presentar la idea del «nexo de la práctica». Este nexo es el funcionamiento regular y sin sobresaltos del conjunto de vínculos y secuencias entre las prácticas que otra persona puede reconocer en el vago sentido de «estar haciendo lo correcto». Con frecuencia es difícil lograr que los participantes de un nexo de la práctica expongan explícitamente este reconocimiento. El problema metodo-

lógico consiste en determinar exactamente cuáles son los vínculos entre las prácticas y las secuencias de las cadenas de las acciones mediatas que dan lugar a este reconocimiento, por parte de quienes participan en la práctica. Esto representa un problema porque, como he dicho, virtualmente todas las prácticas pueden ser reconocidas como elementos que operan de forma entrecruzada en una muy amplia gama de acciones y escenarios de la acción. Lo que resulta único es la constelación, no ninguna de las prácticas específicas a partir de las cuales se constituye esa constelación o nexo.

¿Cómo puede reconocerse el nexo de la práctica? Esto nos conduce a la siguiente cuestión metodológica: la de identificar exactamente qué prácticas, qué vínculos entre ellas y qué secuencias de acciones mediatas utilizan los participantes para realizar esta identificación. Puede que, en una cafetería concreta, escuchemos que alguien le dice a un amigo tras haber cogido su consumición: «Vamos arriba». El amigo podría decir: «¡Ah! ¿Hay mesas ahí arriba?», y sacar de este intercambio el juicio preliminar de que el primero está, en este caso, más familiarizado que el segundo con los instrumentos de mediación, instrumentos que incluyen la disposición física de esa cafetería. Al menos en apariencia, la primera persona se habría adentrado más en ese particular nexo de la práctica que la segunda.

¿Hasta qué punto existe una distinción útil entre el nexo de la práctica de un grupo, de una situación o de una variedad discursiva? En el AMD, el concepto de nexo de la práctica depende de que éste se encuentre vagamente definido. Lo que estamos tratando de captar es el nivel más bajo en el que existe regularidad en los vínculos entre las prácticas y las secuencias de las acciones. Las prácticas «residen» en el hábito de las personas. Se emprenden acciones cuando las prácticas particulares se hallan vinculadas a escenarios de la acción en tiempo real. Un nexo de la práctica consiste en la aparición regular de estas acciones y estos vínculos de las prácticas. Podríamos decir que el nexo de la práctica es al grupo social lo que el hábito es a la persona. Es decir, el nexo de la práctica es la producción en gran medida inconsciente de acciones y acontecimientos reconocibles como «las mismas» o similares acciones y acontecimientos. Dado que las prácticas residen en el hábito, un nexo de la práctica es en realidad un conjunto de vínculos que se establecen entre las personas a través de los vínculos de sus prác-

ticas. De este modo, el nexo de la práctica podría concebirse como un grupo social en formación.

De manera similar, no obstante, podríamos concebir los nexos de las prácticas de un modo un tanto más objetivo, esto es, como variedades discursivas en estado naciente, o como situaciones en ese mismo estado. Es decir, podríamos centrarnos en el carácter reconocible del tipo de acción: por ejemplo, tomar una taza de café en una cafetería especializada, y no centrarnos de modo especial en las personas que participan en esa acción. También podríamos centrarnos en la situación, lo que, en términos generales, constituiría un enfoque organizado en torno a los instrumentos de mediación. Aquí radicaría el origen del significado que subyace al hecho de que alguien diga: «Ah, parece que aquí podremos tomar una jarra de batido de café», al ver una cafetería mientras se visita una ciudad en la que no ha estado antes. Es decir, se ha reconocido una constelación de diseños, disposiciones, espacios y demás que «se parecen» a situaciones y a espacios en los que, en el pasado, se ha observado que se desarrollan acciones similares.

La cuestión metodológica se centra aquí en llegar a entender hasta qué punto los vínculos entre las prácticas y las secuencias de las acciones mediatas resultan reconocibles como grupos definitorios, como variedades discursivas o como situaciones para quienes participan en la acción. En la medida en que sean reconocibles, bien pudiera suceder que esas personas estuvieran recorriendo la senda que les llevaría a definirse como comunidades de práctica, o como variedades discursivas y situaciones que ya resultan más familiares en la literatura.

La comunidad de práctica

Quizá ya se ha dicho lo bastante en los apartados precedentes para indicar el significado que tiene la comunidad de práctica en el AMD. Desde el punto de vista metodológico, las principales cuestiones que deben plantearse son las siguientes:

- ¿En qué medida ha quedado «tecnologizado» un nexo de la práctica?
- ¿Cuáles son las identidades (tanto internas como externas) que se generan como consecuencia de la pertenencia a una comunidad de práctica?

¿En qué medida ha quedado «tecnologizado» un nexo de la práctica? Esta cuestión estructura un conjunto de cuestiones que se centran en descubrir en qué medida la identidad de grupo, las variedades discursivas fijas y las situaciones resultan importantes para las acciones mediatas que se están produciendo. Tomar una taza de café en Starbucks es una acción que se encuentra relativamente poco tecnologizada. Asistir a una reunión de la Sociedad Jacques Ellul le hace aparecer a uno como alguien que se adhiere, o que al menos apoya, los objetivos y propósitos de esa comunidad de práctica. La tecnologización consiste en el hecho de que exista una sociedad con una denominación específica, papel y sobres con su membrete, una oficina provista de personal y reuniones más o menos periódicas. En sí misma, esta comunidad de práctica se ha convertido por tanto en un instrumento cultural (de ahí el término «tecnologización») o en un instrumento de mediación que puede usarse para realizar otras acciones. Por ejemplo, yo puedo incluir en mi currículum la presentación de una breve ponencia en dicha reunión y realizar así una acción de promoción de mi carrera, mientras que ni se me pasa por la imaginación poner en mi currículum una conversación sobre el café, por muy intelectualmente significativa que pueda haber sido dicha conversación.

¿Cuáles son las identidades (tanto internas como externas) que se generan como consecuencia de la pertenencia a una comunidad de práctica? Puede que una acción mediata sea adoptada o no en el seno de una comunidad de práctica. De este modo, el hecho de si una acción mediata cualquiera que estemos estudiando ha sido o no producida por los actores sociales como una acción perteneciente a la práctica de una comunidad nos remite a una cuestión empírica que debe resolverse metodológicamente. ¿Está actuando el camarero de la cafetería como un empleado o está actuando como un actor social que no toma partido? Sus deberes pueden incluir que se haga cargo de los pedidos, que cobre la consumición y que transmita el pedido a la persona que prepara el café. Resulta concebible que estas acciones han de tener lugar en el interior de una determinada estructura formal, lo que, por consiguiente, ha de generar una identidad en el interior de dicha estructura. Al mismo tiempo, no obstante, el camarero podría reconocer a un amigo o a un familiar, y, tal vez, introducir una cierta gama de añadiduras en las acciones propias de los empleados que le sitúen, bien dentro de otras comunidades de práctica, bien, simplemente, en otro nexo de la práctica.

En las últimas dos décadas más o menos, al menos en Estados Unidos, se ha producido una creciente erosión de la distinción entre las acciones institucionales y no institucionales. Es decir, se ha llegado a esperar que los camareros no se limiten a tratar a sus clientes como a tales, sino como a amigos o familiares. Digámoslo de otro modo, lo que una persona puede tratar como un nexo de la práctica –como un conjunto de prácticas débilmente vinculadas–, otra podría considerarlo como una comunidad de práctica. Es decir, puede que no exista acuerdo entre quienes participan en una acción social respecto a si sus acciones tienen lugar o no dentro de una comunidad de práctica, y por lo tanto, este extremo debe quedar abierto a la investigación empírica.

En este sentido, pagué recientemente una taza de café en una cafetería de San Diego donde la acción transcurrió más o menos como sigue:

Camarero: ¿Qué desea?
Yo: Una jarra de batido de café, por favor.
Camarero: Enseguida. ¿Cómo se llama?
Yo: Este... (prolongada irresolución), Ron.
Camarero: (Me indica el precio y la acción termina.)

Cuando el café estuvo listo, la persona que lo había preparado me llamó por mi nombre para entregarme el café.

Esta acción se hallaba bastante lejos de las expectativas que yo tenía y de las que tenían las distintas personas que, en la cola donde estuve dudando en cooperar al serme preguntado el nombre, pertenecían aproximadamente a mi franja de edad y mi generación. Otra clienta, tras recibir su café, pasó junto a mí y dijo: «¿Cómo te va, Ron?», con una gran carga de ironía en la voz.

Los supuestos metodológicos

El programa teorético del AMD, así como la metodología que hemos adoptado para elaborar este programa, se basan en varios supuestos me-

todológicos que hemos elaborado en los apartados anteriores. Estos supuestos son los siguientes:

- La acción social se produce en tiempo real, y por consiguiente, el punto focal de la investigación se centra en acciones en tiempo real.
- El significado de cualquier acción concreta y en tiempo real se basa en la historia que tiene esa acción en los hábitos de los participantes y en las formaciones sociales que la acción encarna.
- La observación participante es la principal herramienta de investigación para obtener los datos que se necesitan para el AMD.
- Debido a la implicación del investigador como observador participante, los procedimientos para una clara triangulación son esenciales para realizar inferencias a partir de las observaciones y generar interpretaciones.

Para nuestros propósitos, por tanto, debería estar ya claro que los textos que se utilizan en las acciones mediatas son significativos, pero con frecuencia no son ni siquiera centrales en la génesis de una acción mediata por parte de los actores sociales. Esto suscita la cuestión de si el AMD debería o no recibir el nombre de análisis del discurso. Argumentaré que sí por dos razones. En primer lugar, el AMD en modo alguno elimina el interés en los textos o en el lenguaje, únicamente sitúa estos textos en un marco de complejas interacciones con otros instrumentos de mediación. Un AMD sería incompleto si no tuviera en cuenta el lenguaje utilizado en las acciones mediatas, y sería igualmente incompleto si no tuviera en cuenta el resto de los instrumentos de mediación que están relacionados con la acción mediata que sometemos a estudio. En segundo lugar, el AMD entiende el significado de la palabra «discursos» en su sentido más amplio (Gee, 1999; Gee *et al.*, 1996; Fairclough y Wodak, 1997), es decir, en el de sistemas completos que contienen la posibilidad de generar significados, ya recurran o no al lenguaje. De este modo, el AMD consideraría que un discurso como el de la regulación del tráfico urbano es un discurso que presenta interés, pese a que un gran número de ejemplos de este discurso aparezca expuesto en forma de líneas pintadas sobre la superficie de las calzadas, en forma de señales luminosas de distintos colores ubicadas en los cruces y en forma de esquemas cromáticos para definir las conductas autorizadas o prohibidas.

Áreas predilectas de aplicación y restricciones pertinentes

Espero que, con lo que ya he escrito, haya quedado claro de qué modo construye estrategias el AMD con el fin de apreciar cuestiones sociales de orden general en las acciones comunes de nuestras vidas diarias. El hecho de trabajar inscrito en este marco analítico y en esta metodología permite al investigador hallar un lugar en el que estas cuestiones y discursos sociales aparezcan fundados en las acciones de nuestra vida. Esto significa, desde luego, que el AMD es mucho más adecuado para ciertos tipos de datos o campos de aplicación que para otros. El AMD es mucho más sensible al análisis de la intersección de las prácticas cotidianas comunes de los actores sociales y a los discursos públicos de base temática general. De hecho, si hemos tratado de construir esta posición teorética y metodológica es para abordar estas amplias cuestiones públicas en la vida cotidiana. Es decir, el AMD es relativamente útil para llegar a entender cómo encarnan en las acciones ordinarias de los actores sociales las cuestiones de orden social y público de nuestra sociedad. Al mismo tiempo, por supuesto, debemos ser cautelosos en cuanto a extraer grandes conclusiones sobre las formaciones sociales de carácter general como las instituciones, las organizaciones, las naciones y las culturas. El trabajo interdisciplinar con estudiosos que se especializan en el análisis de textos, instituciones, organizaciones y culturas no sólo es bienvenido en el AMD, sino necesario.

Para seguir leyendo

Bourdieu, P., 1990, *The Logic of Practice*, Stanford, California, Stanford University Press. [Trad. cast.: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.]

Este libro es la revisión de un anterior trabajo de Bourdieu titulado *Outline of a Theory of Practice*. Las ideas centrales de una teoría de la práctica, incluyendo el concepto de *habitus*, se establecen aquí. El análisis mediato del discurso, al igual que la mayor parte del análisis crítico del discurso, hace un uso frecuente del concepto de práctica.

Gee, J. P., 1999, *An Introduction to Discourse Analysis: Theory and Method*, Londres, Routledge.

La expresión de Gee, «Discurso con "D" mayúscula» está empezando a usarse de forma generalizada para designar lo que otros autores como Fairclough han

denominado orden del discurso o formación discursiva. Este libro es una introducción muy útil y fácil de leer al estudio del discurso como cuestión ideológica.

Scollon, R., 1998b, *Mediated Discourse as Social Interaction: A Study of News Discourse*, Nueva York, Longman.

En este libro, el primer esbozo de un análisis mediato del discurso se realizó utilizando datos obtenidos de llamadas telefónicas, instantáneas fotográficas y noticias radiadas como ejemplos analíticos. La tesis central consiste en que si el discurso está mediado por textos, las principales interacciones sociales son aquellas que se generan entre, por un lado, los productores del texto y, por otro, los lectores o los telespectadores.

Scollon, R., 2001, *Mediated Discourse: The Nexus of Practice*, Londres, Routledge.

Este libro es un completo tratamiento de ideas provenientes de dos trabajos citados en este volumen: Ron Scollon, 2000a, «Mediated Discourse: an integrated theory of sociolinguistic action» –ponencia presentada en el coloquio «Mediated Discourse: an integrated theory of sociolinguistic action» con ocasión del Simposio de Sociolingüística celebrado en Bristol entre el 27 y el 29 de abril del año 2000–; y R. Scollon, 2000c, «On the ontogenesis of a social practice», trabajo presentado en un seminario sobre Teoría e Interdisciplinariedad en el Análisis Crítico del Discurso, celebrado en el Instituto del Discurso, la Identidad y la Política de la Universidad de Viena los días 6 y 7 de julio de 2000 como sesión previa a la VII Conferencia de Pragmática Internacional reunida en Budapest entre el 9 y el 14 de julio de 2000.

Wertsch, J. V., 1998, *Mind as Action*, Nueva York, Oxford University Press. [Trad. cast.: *La mente en acción*, Buenos Aires, Aique, 1999.]

Wertsch expone aquí los argumentos principales de su teoría neovygotskiana de la acción mediata. El análisis mediato del discurso utiliza y amplía este paradigma psicológico para incluir el análisis del discurso.

Notas

1. Estos proyectos han sido todos realizados en el marco del AMD. Por supuesto, otros proyectos comparten en muchos aspectos esta agenda de investigación. El editor me ha hecho notar la obra de Muntigl *et al.*, 2000a, b –un estudio de los discursos laborales en Estados Unidos– como ejemplo de trabajo que, siendo etnográfico en sus grandes líneas, presta también atención pormenorizada al análisis del discurso.

2. Además de las obras citadas en el texto de este capítulo, el AMD está siendo desarrollado por Boswood, 2000; Johnston, 2000; Jones, 1999, 2000; Norris, 2000; Randolph, 2000; S. Scollon, 1996, 1998, 1999, 2000a, b, c; Scollon y Scollon, 2000; y Yung, 1997, 2000.

3. En este aspecto, el AMD posee muchas cosas en común con el interés que tiene Goffman en la interacción social estudiada, sin mostrar especial predilección por la conversación como tal (1981), pese a que el AMD se aleje de Goffman al mostrar igualmente un fuerte interés no sólo en la interacción social, sino también en los espacios físicos y en los textos utilizados en la realización de acciones sociales.

4. El concepto de escenario de la acción es muy similar a la situación social de Goffman por cuanto se centra en experiencias vividas en tiempo real, pero se aleja de este concepto por cuanto está basado en una teoría de la práctica y deja abierto el análisis propiamente dicho de la situación que deba derivarse de un análisis de las prácticas y de las acciones realizadas.

5. El concepto de instrumentos de mediación hunde sus raíces en la psicología vygotskiana (Vygotsky, 1978), como de hecho explica la obra de Wertsch (1991, 1998).

Referencias bibliográficas

Albert, H., (comp.), 1971, *Werturteilsstreit*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Altheide, D.L. y Johnson, J., 1994, «Criteria for assessing interpretive validity in qualitative research», en N. K. Denzin y Y. S. Lincoln, (comps.), *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, Sage, págs. 485-499.

Anthonissen, C., 2001, «On the effectiveness of media censorship: linguistic, paralinguistic and other communicative devices of media regulation». Tesis doctoral, Universidad de Viena.

Atkinson, P. y Coffey, A., 1997, «Analysing documentary realities», en D. Silverman, (comp.), *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage, págs. 45-62.

Bailer-Galanda, B. y Neugebauer, W., 1993, «Die FPÖ: vom Liberalismus zum Rechtsextremismus», en DöW, *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*. Viena, Deuticke, págs. 327-428.

—, 1997. *Haider und die «Freiheitlichen» in Österreich*. Berlín, Elefanten Press.

Bajtin, M., 1981, *The Dialogic Imagination*. Austin, University of Texas Press.

Bakker, C., 1997, «Membership categorization and interview accounting», en D. Silverman, (comp.), *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage, págs. 130-143.

Balke, F., 1998, «*Was zu denken zwingt*». *Gilles Deleuze, Felix Guattari und das Aussen der Philosophie*, en J. Jurt, (comp.), *Zeitgenössische Französische Denker: Eine Bilanz*, Freiburg, Rombach Litterae, págs. 187-210.

Bateson, G., 1972, *Steps to an Ecology of Mind*. Nueva York, Ballantine. [Trad. cast.: *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lumen, 1997.]

Bauman, Z., 1998, *Globalization – The Human Consequence*. Cambridge, Polity Press. [Trad. cast.: *Globalización, consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.]

Becker, F., Gerhard, U. y Link, J., 1997, «Moderne Kollektivsymbolik. Ein diskurstheoretisch orientierter Forschungsbericht mit Auswahlbibliographie», *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur (IASL)*, 22 (1), págs. 70-154.

Bellah, R. N., 1973, *Emile Durkheim: On Morality and Society, Selected Writings*. Chicago, University of Chicago Press.
Benhabib, S., 1992, *Kritik, Norm und Utopie. Die normativen Grundlagen der Kritischen Theorie*. Frankfurt, Fischer.
Benke, G., 2000, «Diskursanalyse als sozialwissenschaftliche Untersuchungsmethode», *SWS Rundschau*, 2, págs.140-162.
Bernstein, B., 1990, *The Structuring of Pedagogic Discourse*. Londres, Routledge.
Bhaskar, R., 1986, *Scientific Realism and Human Emancipation*. Londres, Verso.
Billig, M., 1991, *Ideology and Opinions*. Londres, Sage.
—, y Schegloff, E. A., 1999, «Debate: critical discourse analysis and conversation analysis», *Discourse and Society*, 10 (4), págs. 543-582.
Blommaert, J. y Bulcaen, H., 2000, «Critical discourse analysis. An overview», *Annual Anthropological Review* (de próxima aparición).
—, y Verschueren, J., 1999, *The Diversity Debate*. Londres, Routledge.
Bonss, W. y Honneth, A., 1982, *Sozialforschung als Kritik. Zum sozialwissenschaftlichen Potential der Kritischen Theorie*. Frankfurt, Suhrkamp.
Boswood, T., 2000, «Strategic writing and organizational identities». Tesina, Ciudad Universitaria de Hong Kong.
Bourdieu, P., 1977, *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.
—, 1979, *La distinction. Critique sociale du jugement*. París, Les éditions de minuit. [Trad. cast.: *La distinción*, Madrid, Taurus, 1991.]
—, 1990, *The Logic of Practice*. Stanford, Stanford University Press.
—, 1998, «A reasoned utopia and economic fatalism», *New Left Review*, nº 227, págs. 25-30.
Brown, B. M. y Coates, K., 1996, *The Blair Revelation: Deliverance for Whom?* Nottingham, Spokesman.
Bublitz, H., 1999, *Foucaults Archäologie des kulturellen Unbewussten. Zum Wissensarchiv und Wissensbegehren moderner Gesellschaften*. Frankfurt y Nueva York, Campus.
Burkhardt, A., 1996, «Politolinguistik. Versuch einer Ortsbestimmung», en J. Klein y H. Diekmannshenke, (comps.), *Sprachstrategien und Dialogblockaden. Linguistische und politikwissenschaftliche Studien zur politischen Kommunkation*. Berlín y Nueva York, De Gruyter, págs. 75-100.
Caborn, J., 1999, «Die Presse und die "Hauptstadtdebatte". Konstrukte der deutschen Einheit», en U. Kreft, H. Uske y S. Jäger, (comps.), *Kassensturz. Politische Hypotheken der Berliner Republik*. Duisburg, DISS, págs. 61-84.
Calhoun, C., 1995, *Critical Social Theory. Culture, History, and the Challenge of Difference*. Oxford, Reino Unido y Cambridge, Estados Unidos de América, Blackwell.
Castells, M., 1998, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza. *The Information Age: Economy, Society and Culture*, 3 volúmenes, Oxford, Blackwell.
Chomsky, N., 1957, *Syntactic Structures*. s-Gravenhage, Mouton.
Chouliaraki, L. y Fairclough, N., 1999, *Discourse in Late Modernity: Rethinking Critical Discourse Analysis*. Edimburgo, Edinburgh University Press.
Clarke, J. y Newman, J., 1998, *A Modern British People? New Labour and the Reconstruction of Social Welfare*. Department of Intercultural Communication and Management, Copenhagen Business School, Occasional Paper.
Cleve, G., 1997, «Völkisches Denken im Alltag», en A. Disselnkötter, S. Jäger, H.

Kellershohn y S. Slobodzian (comps.), *Evidenzen im Fluss. Demokratieverluste in Deutschland*. Duisburg, DISS, págs. 244-260.
Connerton, P., 1976, *Critical Sociology. Selected Readings*. Harmondsworth, Penguin.
De Beaugrande, R. A. y Dressler, W. U., 1981, *Einführung in die Textlinguistik*. Tübingen, Niemeyer.
De Saint-Georges, I., 2000a, «Discussing images: pictures reception and appropriation in focus groups». Trabajo que se presentó en la mesa redonda de la Universidad de Georgetown, Washington, DC.
—, 2000b, «Discourse, practice, and social change: manual work and discourse practice in a vocational training centre for long-term unemployed». Tesis no publicada, Universidad de Georgetown, Washington DC.
—, y Norris, S., 1999, «Nationality and the European Union: competing identities in the visual design of four European cities». Trabajo presentado en la Conferencia de la Asociación de Sociología Visual Internacional, Antwerp, Bélgica.
Deleuze, G., 1992, *Foucault*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1999.]
Denzin, N. K., 1970, *The Research Act in Sociology*. Londres, Butterworth.
—, y Lincoln, Y. S., (comps.), 1994, *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, Sage.
Departamento de Comercio e Industria, 1998, *Building the Knowledge-Driven Economy*. Londres, Stationery Office.
Dieckmann, W., 1964, *Information oder Überredung. Zum Wortgebrauch der politischen Werbung in Deutschland seit der Französischen Revolution*. Marburg, N. G. Elwert.
—, 1975, *Sprache in der Politik. Einführung in die Pragmatik und Semantik der politischen Sprache. Mit einem Literaturbericht zur 2. Auflage*. Heidelberg, Carl Winter.
—, 1981, *Politische Sprache – Politische Kommunkation. Vorträge, Aufsätze, Entwürfe*. Heidelberg, Carl Winter.
Disselnkötter, A., Jäger, S., Kellershohn, H. y Slobodzian, S., (comps.), 1997, *Evidenzen im Fluss. Demokratieverluste in Deutschland*. Duisburg, DISS.
DöW, 1993, *Handbuch des österreichischen Rechtsextremismus*. Viena, Deuticke.
Drews, A., Gerhard, U. y Link, J., 1985, «Moderne Kollektivsymbolik. Eine diskurstheoretisch orientierte Einführung mit Auswahlbibliographie», en *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur (IASL)*, 1ª edición especial, Tübingen, Forschungsreferate, págs. 256-375.
Durkheim, E., 1933, *The Division of Labor in Society*, traducción al inglés de George Simpson. Nueva York, The Free Press. [Trad. cast.: *La división del trabajo social*, Tres Cantos, Akal, 1987.]
Duveen, G. y Lloyd, B., (comps.), 1990, *Social Representations and the Development of Knowledge*. Cambridge, Cambridge University Press.
Eagleton, T., (comps.), 1994, *Ideology*. Londres, Longman. [Trad. cast.: *Ideología*, Barcelona, Paidós, 1997.]
Eco, U., 1985, *Lector in fabula: la cooperazione interpretativa nei testi narrativi*. Milán, Bompiani. [Trad. cast.: *Lector in fábula*, Barcelona, Lumen, 1999.]
Edwards, D., 1992, *Discursive Psychology*. Londres, Sage.
Ehlich, K., 1983, «Text und sprachliches Handeln. Die Entstehung von Texten aus dem Bedürfnis nach Überlieferung», en A. Assmann, J. y C. Hardmeier (comps.),

Schrift und Gedächtnis. Beiträge zur Archäologie der literarischen Kommunikation. Munich, Fink, págs. 24-43.
Fairclough, N., 1985, «Critical and descriptive goals in discourse analysis», *Journal of Pragmatics*, nº 9, págs. 739-763.
—, 1989, *Language and Power*. Londres, Longman.
—, 1992, *Discourse and Social Change*. Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Polity Press y Blackwell.
—, 1995, *Critical Discourse Analysis: the Critical Study of Language*. Londres, Longman.
—, 1996, «A reply to Henry Widdowson's discourse analysis: a critical view», *Language and Literature*, nº 5, págs. 1-8.
—, 2000a, «Discourse, social theory and social research: the case of welfare reform», *Journal of Sociolinguistics*, 4 (2).
—, 2000b, *New Labour New Language?* Londres, Routledge.
—, (de próxima aparición), «Representations of change in neo-liberal discourse», publicación en *Relaciones Laborales*, 2000.
—, y Kress, G., 1993, «Crtical discourse analysis». Manuscrito no publicado.
—, y Wodak, R., 1997, «Critical discourse analysis», en T. Van Dijk (comp.), *Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*. Volumen 2. Londres, Sage, págs. 258-284.
Fassmann, H. y Münz, R., 1992, *Einwanderungsland Österreich? Gastarbeiter – Flüchtlinge – Immigranten*. Viena, Dachs-Verlag.
—, (comps.), 1996, *Migration in Europa. Historische Entwicklung, aktuelle Trends, politische Reaktionen*. Frankfurt y Nueva York, Campus.
—, Münz, R., y Seifert, W., 1997, «Die Arbeitsmarktposition ausländischer Arbeitskräfte in Deutschland (West) und Österreich», en K. M. Bolte *et al.* (comps.), *Mitteilungen aus der Ardeitsmarkt – und Berufsforschung*, 30. Jg/1997. Stuttgart, Kohlhammer, págs. 732-745.
Fay, B., 1987, *Critical Social Science*. Londres, Polity Press.
Firestone, W. A., 1993, «Alternative arguments for generalizing from data as applied to qualitative research», *Educational Researcher*, nº 22, págs. 16-23.
Forgacs, D., 1988, *Gramsci Reader*. Londres, Lawrence and Wishart.
Foucault, M., 1978 «"Wahrheit und Macht", Interview mit Michel Foucault von Alessandro Fontana und Pasquale Pasquino», en M. Foucault, (comp.), *Dispositive der Macht. Über Sexualität, Wissen und Wahrheit*. Berlín, Merve, págs. 21-54.
—, 1983, *Der Wille zum Wissen. Sexualtät und Wahrheit Bd. 1*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I*, Madrid, Siglo XXI.]
—, 1988, *Archäologie des Wissens*, tercera edición, Frankfurt, Suhrkamp.
—, 1989, *Überwachen und Strafen. Die Geburt des Gefängnisses*, octava edición, Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 2000.]
—, 1992, *Was ist Kritik?* Berlín, Merve (frz. 1990, lecture and discussion 1978).
—, 1996, *Diskurs und Wahrheit. Berkeley Lectures 1983*. Berlín, Merve.
Fowler, R., 1991, «Critical linguists», en K. Halmkjaer, (comp.), *The Linguistic Encyclopedia*. Londres, Nueva York, Routledge, págs. 89-93.
—, 1996, *Linguistic Criticism*, segunda edición. Oxford, Oxford University Press.
—, Hodge, G., Kress, G. y Trew, T., (comps.), 1979, *Language and Control*. Londres, Routledge y Kegan Paul.

Gee, J. P., 1999, *An Introduction to Discourse Analysis: Theory and Method*. Londres, Routledge.
Gee, J. P., Hull, G. y Colin, L., 1996, *The New Work Order: Behind the Language of the New Capitalism*. Boulder, CO, Westview Press, Inc.
Girnth, H., 1996, «Texte im politischen Diskurs. Ein Vorschlag zur diskursorientierten Beschreibung von Textsorten», *Muttersprache*, 106 (1), págs. 66-80.
Glaser, B. G. y Strauss, A. L., 1967, *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Chicago, Aldine.
Goffman, E., 1963, *Behaviour in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings*. Nueva York, Free Press.
—, 1971, *Relations in Public*. Nueva York, Harper and Row. [Trad. cast.: *Relaciones en público*, Madrid, Alianza, 1979.]
—, 1974, *Frame Analysis*. Nueva York, Harper and Row.
—, 1981, *Forms of Talk*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
Graefen, G., 1997, *Der wissenschaftliche Artikel – Textart und Textorganisation*. Frankfurt, Lang.
Gruber, H., 1991, *Antisemitismus im Mediendiskurs. Die Affäre «Waldheim» in der Tagespresse*. Wiesbaden, Deutscher Universitätsverlag (WDV).
Grünalternative Jugend, (comp.), 1998, *Der Schoss ist fruchtbar noch... NSDAP (1920-1933) – FPÖ (1986-1998) Kontinuitäten, Parallelen, Ähnlichkeiten*. Viena, Grünalternative Jugend.
Habermas, J., 1969, *Technik und Wissenschaft als Ideologie*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Taurus, 1986.]
—, 1971, *Theorie und Praxis*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *Teoría y praxis*, Madrid, Altaya, 1995.]
—, 1977, *Erkenntnis und Interesse*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1992.]
—, 1996, *Die Einbeziehung des Anderen. Studien zur politischen Theorie*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *La inclusión del otro: estudios de teoría política*, Barcelona, Paidós, 2002.]
—, 1998, *Die postnationale Konstellation. Politische Essays*. Frankfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *La constelación posnacional: ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000.]
Hall, S., 1996, «Introduction: who needs identity?», en S. Hall y P. du Gay (comps.), *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, págs. 1-17.
Halliday, M. A. K., 1970, *The Linguistic Sciencies and Language Teaching*. Londres, Longman.
—, 1978, *Language as Social Semiotic*. Londres, Arnold.
—, 1985, 1994, *Introduction to Functional Grammar*, primera y segunda ediciones. Londres, Arnold.
Harré, R., 1998, *The Singular Self: An Introduction to the Psychology of Personhood*. Londres, Sage.
—, y Gillett, G., 1994, *The Discursive Mind*. Thousand Oaks, Sage.
Harvey, D., 1996, *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford, Blackwell.
Hodge, R. y Kress, G., 1991, *Social Semiotics*. Cambridge, Polity Press and Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
Honneth, A., 1989, *Kritik der Macht. Reflexionsstufen einer kritischen Gesellschaftstheorie*. Franfurt, Suhrkamp.
—, 1990, *Die zerrissene Welt des Sozialen. Sozialphilosophische Aufsätze*. Franfurt, Suhrkamp.

—, 1994, *Kampf um Anerkennung. Zur moralischen Grammatik sozialer Konflikte*. Franfurt, Suhrkamp. [Trad. cast.: *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Crítica, 1997.]
Horkheimer, M., 1992, *Traditionelle und Kritische Theorie. Fünf Aufsätze*. Franfurt, Suhrkamp.
—, y Adorno, Theodor W., 1991 [1944], *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*. Franfurt, Fischer. [Trad. cast.: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1994.]
Hymes , D., 1972, «Models of interaction of language and social life», en J. J. Gumperz y D. Hymes (comps.), *Directions in Sociolinguistics – The Ethnography of Communication*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, págs. 35-71.
Iedema, R., 1997, «Interactional dynamics and social change; planning as morphogenesis». Tesis no publicada, Universidad de Sydney.
—, 1999, «Formalizing organizational meaning», *Discourse and Society*, nº 10 (1), págs. 49-66.
Jäger, M., 1996, «Fatale Effekte. Die Kritik am Patriarchat im Einwanderungsdiskurs». Tesis no publicada, Duisburg.
—, Clever, G., Ruth, I. y Jäger, S., 1998, *Von deutschen Einzeltätern und ausländischen Banden*, Duisburg, DISS.
—, Jäger, S., Ruth, I., Schulte-Holtey, E. y Wichert, F., (comps.), 1997, *Biomacht und Medien. Wege in die Biogesellschaft*. Duisburg, DISS.
Jäger, S., 1993, *Kritische Diskursanalyse. Eine Einführung*. Duisberg, DISS.
—, 1996a, *Brandsätze. Rassismus im Alltag*, cuarta edición. Duisburg, DISS.
—, 1996b, «Diskurstheorien», en Helmwart Hierdeis and Theo Hug, (comps.), *Taschenbuch der Pädagogik*, edición revisada y ampliada. Hohengehren Schneider, págs. 238-249.
—, 1999, *Kritische Diskursanalyse. Eine Einführung*, segunda edición revisada y ampliada. Duisburg, DISS.
—, Kretschmer, D., Clever, G., Griese, B., Jäger, M., Kellershohn H., Krüger, C. y Wichert, F., 1998, *Der Spuk ist nicht vorbei. Völkisch-nationalistische Ideologeme im öffentlichen Diskurs der Gegenwart*. Duisburg, DISS.
Jarren, O., Sarcinelli, U. and Saxer, U., (Comps.), 1998, *Politische Kommunikation in der demokratischen Gesellschaft. Ein Handbuch*. Opladen, Westdeutscher Verlag.
Jessop, B., 2000, «The crisis of the national spatio-temporal fix and the tendential ecological dominance of globalizing capitalism», *International Journal of Urban and Rergional Research*, nº 24 (2), págs. 323-360.
Johnston, A. M., 2000, «Marking history in real time: agents and cultural tools in interaction». Trabajo que se presentó en el Simposio Sociolingüístico 2000, Bristol.
Jones, R. H., 1999, «Mediated action and sexual risk: searching for "culture" in discourses of homosexuality and AIDS prevention in China», *Culture, Health and Sexuality*, nº 1 (2), págs. 161-180.
—, 2000, «Mediated discourse in drug abuse education and counselling».Trabajo que se presentó en la mesa redonda de la Universidad de Georgetown.
Jones, R., Scollon, R., Yung, V., Li, D. y Tsang, W. K., 1997, «Tracing the voices of Hong Kong's transition with subject-run focus groups». Trabajo que se presentó en el Segundo Simposio sobre Comunicación Intercultural, Beijing.
Jung, M., Wengeler, M. y Böke, K., (comps.), 1997, *Die Sprache des Migrations-diskurses. Das Reden über «Ausländer» in Medien, Politik und Alltag*. Opladen, Westdeutscher Verlag.

Jurt, J., (comp.), 1998, *Zeitgenössische Französische Denker: Eine Bilanz*. Freiburg, Rombach Litterae.
—, 1999, *Von Michel Serres bis Julia Kristeva*. Freiburg, Rombach Litterae.
Kant, I., 1952 [1781], *Critique of Pure Reason. Great Books of the Western World*, en M. J. Adler, (comp.), Chicago, Encyclopaedia Britannica. [Trad. cast.: *Crítica de la razón pura*, traducción de Pedro Ribas, 1989, Madrid, Alfaguara].
—, 1952 [1788], *Critique of Practical Reason. Great Books of the Western World*, en M. J. Adler, (comp.), Chicago, Encyclopaedia Britannica. [Trad. cast.: *Crítica de la razón práctica*, México, Porrúa.]
—, 1952 [1790], *Critique of Judgement. Great Books of the Western World*, en M. J. Adler, (comp.), Chicago, Encyclopaedia Britannica. [Trad. cast.: *Crítica del juicio*, 1985, México, Porrúa, págs. 183-400.]
Kargl, M., Wetschanow, K., Wodak, R. y Perle, N., 1997, *Kreatives Formulieren. Anleitungen zu geschlechtergerechtem Sprachgebrauch*. Viena, Bundesministerium für Frauenangelegenheiten und Verbraucherschutz.
Kienpointner, M., 1992, *Alltagslogik. Struktur und Funktion von Argumentationsmustern*. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.
—, 1996, *Vernünftig argumentieren. Regeln und Techniken der Diskussion*. Hamburg, Rowohlt.
—, y Kindt, W., 1997, «On the problem of bias in political argumentation: An investigation into discussions about political asylum in Germany and Austria», *Journal of Pragmatics*, nº 27, págs. 555-585.
Kindt, W., 1992, «Argumentation und Konfliktaustragung in Äusserungen über den Golfkrieg», *Zeitschrift für Sprachwissenschaft*, nº 11, págs. 189-215.
Klein, J., 1998, «Politische Kommunikation – Sprachwissenschaftliche Perspektiven», en O. Jarren *et al.* (comps.), *Politische Kommunikation in der demokratischen Gesellschaft. Ein Handbuch*. Opladen, Westdeutscher Verlag, págs. 186-210.
Klemperer, V., 1987 [1947], *LTI. Notizbuch eines Philologen*, cuarta edición. Colonia, Röderberg.
—, 1995, «Ich will Zeugnis ablegen bis zum Letzten», *Diaries* 1933-1945, Berlín, Aufbau.
Kopperschmidt, J., 1980, *Argumentation. Sprache und Vernunft 2*. Stuttgart, Kohlhammer.
—, 1989, *Methodik der Argumentationsanalyse*. Stuttgart, Frommann-Holzboog.
Kreft, U., Uske, H. y Jäger, S., (comps.), 1999, *Kassensturz. Politische Hypotheken der Berliner Republik*. Duisburg, DISS.
Kress, G., (comp.), 1976, *Halliday: System and Function in Language*. Oxford, Oxford University Press.
—, 1989, «History and language: towards a social account of linguistic change», *Journal of Pragmatics*, nº 13 (3), págs. 445-466.
—, 1990, «Critical discourse analysis», *Annual Review of Applied Linguistics*, nº 11, págs. 84-97.
—, 1993, «Against arbitrariness: the social produccion of the sign as a foundational issue in critical discourse analysis», *Discourse and Society*, nº 4 (2), págs. 169-191.
—, y Hodge, B., 1979, *Language as Ideology*. Londres, Routledge.
—, G. y Van Leeuwen, T., 1996, *Reading Images: The Grammar of Visual Design*. Londres, Routledge.
Krings, H. *et al.*, 1973, *Handbuch philosophischer Grundbegriffe*. Munich, Kösel. [Trad. cast.: *Conceptos fundamentales de filosofía*, Barcelona, Herder, 1989.]

Kriz, J. y Lisch, R., 1988, *Methodenlexikon*. Munich, Psychologie-Verlags-Union.
Labov, W., 1972, *Language in the Inner City*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
Laclau, E., 1981, *Politik und Ideologie im Marxismus. Kapitalismus-Faschismus-Populismus*. Berlín, Argument. [Trad. cast.: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1986.]
—, y Mouffe, C., 1985, *Hegemony and Socialist Strategy*. Verso. [Trad. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.]
Lave, J. y Wenger, E., 1991, *Situated Learning: Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge, Cambridge University Press.
Lemke, J. L., 1995, *Textual Politics: Discourse and Social Dynamics*. Londres, Taylor and Francis.
—, 1999, «Opening up closure: semiotics across scales». Trabajo incluido en la rúbrica titulada *Closure: emergent organizations and their dynamics*, publicada por la Universidad de Gante, Bélgica, en la dirección electrónica: http://academic.brooklyn.cuny.edu/education/jlemke/papers/gent.htm.
Leontjew, A. N., 1982, *Tätigkeit, Bewusstsein, Persönlichkeit*. Colonia, Pahl-Rugenstein.
Levinson, S., 1983, *Pragmatics*. Oxford, Oxford University Press.
Levinson, S. C., 1988, «Putting linguistics on a proper footing: explorations in Goffman's concepts of participation», en P. Drew y A. Wootton, (comps.), *Erving Goffman: Exploring the Interaction Order*. Boston, Northeastern University Press, págs. 161-227.
Link, J., 1982, «Kollektivsymbolik und Mediendiskurse», *kultuRRevolution*, nº 1, págs. 6-21.
—, 1983, «Was ist und was bringt Diskurstaktik», *kultuRRevolution*, nº 2, págs. 60-66.
—, 1986, «Kleines Begriffslexikon», *kultuRRevolution*, nº 11, pág. 71.
—, 1992, «Die Analyse der symbolischen Komponenten realer Ereignisse. Ein Beitrag der Diskurstheorie zur Analyse neorassistischer Äusserungen», en S. Jäger y F. Januschek, (comps.), *Der Diskurs des Rassismus*. Oldenburg, Osnabrücker Beiträge zur Sprachtheorie 46, págs. 37-52.
—, 1995, «Diskurstheorie», en Von W. K. Haug, (comp.), *Historich-kritisches Wörterbuch des Marxismus*, volumen 2. Hamburgo, Argument, págs. 744-748.
—, y Link-Heer, U., 1990, «Diskurs/Interdiskurs und Literaturanalyse», *Zeitschrift für Linguistik und Literaturwissenschaft (LiLi)*, nº 77, págs. 88-99.
Marcuse, H., 1980, *Ideen zu einer kritischen Theorie der Gesellschaft*. Frankfurt, Suhrkamp.
Martin, J., 1992, *English Text: System and Structure*. Amsterdam, Benjamins.
—, y Hasan, R., (comps.), 1989, *Language Development: Learning Language, Learning Culture*. Norwood, New Jersey, Ablex.
Martín Rojo, L. y Van Dijk, T. A., 1997, «"There was a problem, and it was solved!" Legitimating the Expulsion of "Illegal" Immigrants in Spanish Parliamentary Discourse», *Discourse and Society*, nº 8 (4), págs. 523-567.
—, y Whittaker, R., (comps.), 1998, *Poder-decir o el poder de los discursos*. Madrid, Arrecife.
Marx, K. y Engels, F., 1969, «Die deutsche Ideologie», *Marx Engels Werke (MEW)* 3. Berlín, Dietz.
Matouschek, B., Wodak, R. y Januschek, F., 1995, *Notwendige Massnahmen gegen Fremde? Genese und Formen von rassistischen Diskursen der Differenz*. Viena, Passagen Verlag.

Menke, C. y Seel, M., 1993, *Zur Verteidigung der Vernunft gegen ihre Liebhaber und Verächter*. Frankfurt, Suhrkamp.
Merton, R. K., 1967, *On Theoretical Sociology*. Nueva York, Free Press.
Mey, J., 1985, *Whose Language?* Amsterdam, Benjamins.
Miller, J. y Glassner, B., 1997, «The "inside" and the "outside": finding realities in interviews», en D. Silverman, (comp.), *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage, págs. 99-112.
Mitten, R., 1992, *The Politics of Antisemitic Prejudice. The Waldheim Phenomenon in Austria*. Boulder, CO, Westview Press.
—, 1994, «Jörg Haider, the anti-immigration petition and immigration policy in Austria», *Patterns of Prejudice*, nº 28 (2), págs. 24-47.
Moscovici, S., 1981, «On social representations», en J. Forgas, (comp.), *Social Cognition. Perspectives on Everyday Understanding*. Londres, Academic Press, págs. 191-209.
Mouzelis, N., 1995, *Sociological Theory: What Went Wrong? Diagnoses and Remedies*. Londres. Routledge.
Muntigl, P., Weiss, G. y Wodak, R., (comps.), 2000, *European Union Discourses on Un/employment. An interdisciplinary approach to employment policy-making and organizational change*. Amsterdam, Benjamins.
Ng, S. H. y Bradac, J. J., 1993, *Power in Language. Verbal Communication and Social Influence*. Newbury Park, Sage.
Nishida, K., 1958, *Intelligibility and the Philosophy of Nothingness*. Tokio, Maruzen Co. Ltd.
Norris, S., 2000, «Sites of engagement in children's discourse: watching a movie, playing on the computer, and eating hotdogs». Trabajo presentado en el Simposio Sociolingüístico 2000, Bristol.
Oevermann, U., Allert, T., Konau, E. y Krambeck, J., 1979, «Die Methodologie einer "objektiven Hermeneutik" und ihre allgemeine forschungslogische Bedeutung in den Sozialwissenschaften», en H.-G. Soeffner, (comp.), *Interpretative Verfahren in den Sozial – und Textwissenschaften*. Stuttgart, Metzler, págs. 352-434.
O'Neil, J., 1979, *Kritik und Erinnerung. Studien zur politischen und sinnlichen Emanzipation*. Frankfurt, Suhrkamp.
Parsons, T. y Shils, E., (comps.), 1951, *Towards a General Theory of Action*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
Pêcheux, M., 1982, *Language, Semantics and Ideology*. Londres, Macmillan.
Pedro, E. R., (comp.), 1997, *Discourse Analysis*. Lisboa, Colibri Editions.
Peräkylä, A., 1997, «Reliability and validity in research based on transcripsts», en D. Silverman, (comp.), *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage, págs. 201-220.
Perelman, C., 1976, *Juristische Logik als Argumentationstheorie*. Freiburgo/Munich, Alber.
—, 1980, *Das Reich der Rhetorik*. Munich, Beck.
—, 1994, *Logik und Argumentation*. Weinheim, Beltz Athenäum.
Potter, J., 1997, «Discourse analysis as a way of analysing naturally occuring data», en D. Silverman, (comp.), *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage, págs. 144-160.
Ragin, C. S. y Becker, H. S., (comps.), 1992, *What is a Case? Exploring the Foundations of Social Inquiry*. Cambridge, Cambridge University Press.
Randolph, T., 2000, «Mediated discourse analysis: the social actor as mediational

means in agents' habitus». Trabajo que se presentó en el Simposio Sociolingüísitico 2000, Bristol.
Reeves, F., 1989, *British Racial Discourse: A Study of British Political Discourse about Race and Related Matters*. Cambridge, Cambridge University Press.
Reisigl, M., 2000, «Literarische Texte als heuristische Quellen und kunstfertige Herausforderung für die sprachwissenschaftliche Analyse gesprochener Sprache – Eine Fallstudie am Beispiel von Friedrich Glauser», en O. Panagl y W. Weiss, (comps.), *Noch einmal: Dichtung und Politik Vom Text zum politisch sozialen Kontext, und zurück*. Viena, Böhlau, págs. 237-319.
—, 2001 «Wie man eine Nation herbeiredet. Eine diskursanalytische Untersuchung zur sprachlichen Konstruktion der österreichischen Identität in politischen Gedenkreden». Tesis no publicada, Universidad de Viena.
—, y Wodak, R., 2000, «"Austria First". A discourse historical analysis of the Austrian Anti-foreigner petition in 1992 and 1993». En M. Reisigl y R. Wodak, (comps.), *The Semiotics of Racism*. Viena, Passagen Verlag, págs. 269-304.
—, (comps.), 2000, *The Semiotics of Racism*. Viena, Passagen Verlag.
—, 2001, *Discourse and Discrimination. Rhetorics of Racism and Antisemitism*. Londres, Nueva York, Routledge.
Ruesch, J. y Bateson, G., 1968 [1951], *Communication: The Social Matrix of Psychiatry*. Nueva York, W. W. Norton and Company. [Trad. cast.: *Comunicación: la matriz social de la psiquiatría*, Barcelona, Paidós, 1984.]
Sacks, H. 1992, *Lectures on Conversation, Vols I and II*, editado por G. Jefferson. Oxford, Blackwell.
Sarcinelli, U., 1998, «Legitimität», en O. Jarren *et al.*, (comps.), *Politische Kommunikation in der demokratischen Gesellschaft. Ein Handbuch*. Opladen, Westdeutscher Verlag, págs. 253-267.
Saville-Troike, M., 1989, *The Ethnography of Communication*. Oxford, Basil Blackwell.
Scharsach, H., 1992, *Haiders Kampf*. Viena, Kremayr and Scheriau.
—, y Knuch, K., 2000, *Haider. Schatten über Europa*. Colonia, Kiepenheuer and Witsch.
Schegloff, E. A., 1998, «Text and Context paper», *Discourse and Society*, nº 3, págs. 4-37.
Scollon, R., 1997, «Handbills, tissues, and condoms: a site of engagement for construction of identity in public discourse», *Journal of Sociolinguistics*, nº 1 (1), págs. 39-61.
—, 1998a, «A second sphere: media, English and the modernizing consciousness in contemporary Chinese secondary school children». Trabajo que se presentó en la conferencia «Images and issues: new communication research in Asia», Ciudad Universitaria de Hong Kong.
—, 1998b, *Mediated Discourse as Social Interaction: A Study of News Discourse*. Nueva York, Longman.
—, 1999a, «Official and unofficial discourses of national identity: questions raised by the case of contemporary Hong Kong», en R. Wodak y C. Ludwig, (comps.), *Challenges in a Changing World: Issues in Critical Discourse Analysis*. Viena, Passagen Verlag, págs. 21-35.
—, 1999b, «Mediated discourse and social interaction», *Research on Language and Social Interaction*, nº 32 (1, 2), págs. 149-154.

—, 2000a, «Mediated discourse: an integrated theory of sociolinguistic action». Trabajo que se presentó en el Simposio de Sociolingüística 2000, Bristol.
—, 2000b, «Methodological interdiscursivity: an ethnographic understanding of unfinalizability», en S. Sarangi y M. Coulthard, (comps.), *Discourse and Social Life*. Londres, Longman, págs. 138-154.
—, 2000c, «On the ontogenesis of a social practice». Trabajo presentado en el ciclo titulado: Theory and Interdisciplinarity in Critical Discourse Analysis, celebrado en el Instituto para el estudio del Discurso, la identidad y la política en la Universidad de Viena.
—, 2001, *Mediated Discourse. The Nexus of Practice*. Londres, Routledge.
—, y Scollon, S. B. K., 1979, *Linguistic Convergence: An Ethnography of Speaking at Fort Chipewyan, Alberta*. Nueva York, Academic Press.
—, y Scollon, S. W., 1997, «Political, personal, and commercial discourses of national sovereignty: Hong Kong becomes China», en M. Lauristin, (comp.), *Intercultural Communication and Changing National Identities*. Tartu, Tartu University Press, págs. 49-71.
—, de próxima aparición, *Intercultural Communication*, edición revisada. Oxford, Blackwell.
—, y Yung, V., 1996, «The social location of reading: methodological issues in the study of reading as social practice». Trabajo que se presentó en el Centre for Language in Social Life, Universidad de Macquarrie, Sydney, Australia.
—, Bhatia, V., Li, D. y Yung, V., 1999a, «Blurred genres and fuzzy identities in Hong Kong public discourse: foundational ethnographic issues», *Applied Linguistics*, nº 20 (1), págs. 22-43.
—, Tsang, W. K., Li, D., Yung, V. y Jones, R., 1999b, «Voice, appropriation, and discourse representation in a student writing task», *Linguistics and Education*, nº 9 (3), págs. 227-250.
—, Scollon, S. y Kirkpatrick, A., 2000, *Contrastive Discourse in Chinese and English: A Critical Appraisal*. Pekín, Foreign Languages Teaching and Research Press.
Scollon, S., 1995, «Methodological assumptions in intercultural communication». Trabajo presentado en la Fifth International Conference on Cross-Cultural Communication: East and West, 15-19 de agosto de 1995, Universidad de Heilongjiang, Harbin, China.
—, 1996, «The commodification of the art of Taaigik Kyuhn (Taijiquan) in Hong Kong: a comparison of sahn wahn pang yau and organized classes». Trabajo presentado en la Conference on Consumer Culture in Hong Kong, Universidad de Hong Kong.
—, 1998, «Identity through the embodiment of authoritative gesture: the practice of taijiquan in Hong Kong», en D. R. Heisey y W. Gong (comps.), *Communication and Culture: China and the World Entering the 21st Century*. Amsterdam, Rodopi Editions, págs. 181-204.
—, 1999, «Voice and authority: positioning in taijiquan by interviewers/editors in contemporary China». Trabajo presentado en los encuentros anuales de la Asociación Nacional de Historia Oral, Anchorage.
—, 2000a, «Whose side are you on? Mediation of national identity through positioning in public space in real time during the Taiwan Missile Crisis». Trabajo presentado en el Simposio de Sociolingüística 2000, Bristol.
—, 2000b, «Pruning and grafting: The cultivation of identity through imagined genealogies». Trabajo presentado en la Asociación Antropológica Americana, Chicago.

—, 2000c, «Political and somatic alignment: habitus, ideology and social practice». Trabajo que se presentó en el taller titulado Theory and Interdisciplinarity in Critical Discourse Analisys, celebrado en el Instituto para el Discurso, la Identidad y la Política, Universidad de Viena.
—, 2000d, «Who do you think you are? Identity, cognition and pragmatics in a taijiquan group». Trabajo presentado en la seventh International Pragmatics Association Conference, Budapest.
—, y Scollon, R., 2000, «The recursive discursive construction of agency and action: positioning ourselves against neo-liberalism». Trabajo presentado en la third Conference for Sociocultural Research, Campinas, Brasil.
Silverman, D., 1993, *Interpreting Qualitative Data. Methods for Analysing Talk, Text and Interaction*. Londres, Sage.
—, (comp.), 1997, *Qualitative Research. Theory, Method and Practice*. Londres, Sage.
Strauss, A. L., 1987, *Qualitative Analysis for Social Scientists*. Cambridge, Cambridge University Press.
Tannen, D., 1994, *Gender and Discourse*. Oxford, Oxford University Press.
—, Schiffrin, D. y Hamilton, H., (comps.), 2001, *Handbook of Discourse Analysis*. Oxford, Blackwell.
Teubert, W., 1997, «Zum politisch-gesellschaftliche Diskurs im Postsozialismus». Manuscrito no publicado, Mannheim.
—, 1999, «Zum Verlust von Pluralität im politisch-gesellschaftlichen Diskurs: Das Beispiel Besitzstände», en U. Kreft, H. Uske y S. Jäger, (comps.), *Kassensturz. Politische Hypotheken der Berliner Republik*. Duisburg, DISS, págs. 29-48.
Thompson, J. B., 1988, *Critical Hermeneutics*, cuarta edición, Cambridge, Cambridge University Press.
—, 1990, *Ideology and Modern Culture*. Cambridge, Polity Press.
Titscher, S., Meyer, M., Wodak, R. y Vetter, E., 2000, *Methods of Text and Discourse Analysis*. Londres, Sage.
Toulmin, S., 1969, *The Uses of Argument*. Cambridge, Cambridge University Press.
Van Dijk, T. A., 1977, *Text and Context: Exploration in the Semantics and Pragmatics of Discourse*. Londres, Longman.
—, 1980, *Macrostructures*. Hillsdale, New Jersey, Erlbaum.
—, 1981, *Studies in the Pragmatics of Discourse*. The Hague/Berlín, Mouton.
—, 1984, *Prejudice in Discourse: An Analysis of Ethnic Prejudice in Cognition and Conversation*. Amsterdam, Benjamins.
—, (comp.), 1985, *Handbook of Discourse Analysis*, 4 volúmenes. Nueva York, Academic Press.
—, 1986, *Racism in the Press*. Londres, Arnold.
—, 1987, *Communicating Racism: Ethnic Prejudice in Thought and Talk*. Newbury Park, California, Sage Publications, Inc.
—, 1990, «Social cognition and discourse», en H. Giles y W. P. Robinson, (comps.), *Hánbook of Language and Social Psychology*. Chichester, John Wiley and Sons, págs. 163-186.
—, 1991, *Racism and the Press*. Londres, Routledge.
—, 1993, *Elite Discourse and Racism*. Newbury Park, Sage. [Trad. cast.: *Élite, discurso y racismo*, Barcelona, Gedisa, 2003.]
—, (comp.), 1997, *Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*. Londres, Sage Publications. [Trad. cast.: *Estudios sobre el discurso. Una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000.]
—, 1998, *Ideology: A Multidisciplinary Approach*. Londres, Sage Publications.

[Trad. cast.: *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 1999.]
—, y Kintsch, W., 1983, *Strategies of Discourse Comprehension*. Nueva York, Academic Press.
Van Leeuwen, T., 1993a, «Genre and field in critical discourse analysis», *Discourse and Society*, nº 4 (2), págs. 193-223.
—, 1993b, «Language and representation-the recontextualisation of participants, activities and reactions». Tesis no publicada, Universidad de Sydney.
—, 1995, «Representing social action», *Discourse and Society*, nº 6 (1), págs. 81-106.
—, 1996, «The Representation of social actors», en C. R. Caldas-Coulthard y M. Coulthard, (comps.), *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. Londres, Routledge, págs. 32-70.
—, 1999, *Speech, Music, Sound*. Londres, Macmillan.
—, y Wodak, R., 1999, «Legitimizing immigration control. A discourse-historical analysis», *Discourse Studies*, nº 1 (1), págs. 83-118.
Volosinov, V. I., 1973 [1928], *Marxism and the Philosophy of Language*. Nueva York, Seminar Press.
Vygotsky, L. S., 1978, *Mind in Society: The Development of Higher Psychological Processes*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
Wagner, W., 1994, *Alltagsdiskurs. Die Theorie sozialer Repräsentationen*. Göttingen, Hogrefe.
Waldenfels, B., 1991, «Michel Foucault: Ordnung in Diskursen», en F. Ewald y B. Waldenfels, (comps.), *Spiele der Wahrheit. Michel Foucaults Denken*. Frankfurt, Suhrkamp, págs. 277-297.
Webb, E. J., 1966, *Unobtrusive Measures. Nonreactive Research in the Social Sciences*. Chicago, McNall.
Wengeler, M., 1997, «Argumentation im Einwanderungsdiskurs. Ein Vergleich der Zeiträume 1970-1973 und 1980-1993», en M. Jung, M. Wengeler y K. Böke, (comps.), *Die Sprache des Migrationsdiskurses. Das Reden über «Ausländer» in Medien, Politik und Alltag*. Opladen, WDV.
Wenger, E., 1998, *Communities of Practice: Learning, Meaning, and Identity*. Cambridge, Cambridge University Press.
Wertsch, J. V., 1991, *Voices of the Mind: A Sociocultural Approach to Mediated Action*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
—, 1998, *Mind as Action*. Nueva York, Oxford University Press.
—, de próxima aparición, «Vygotsky and Bakhtin on community», en U. Sätterlund-Larsson, (comp.), *Socio-Cultural Theory and Methods: An Anthology*.
Widdowson, H. G., 1995, «Discourse analysis: a critical view», *Language and Literature*, nº 4 (3), págs. 157-172.
Williams, R., 1997, *Marxism and Literature*. Oxford, Oxford University Press.
Wodak, R., 1989, «Introduction», en R. Wodak, (comp.), *Language, Power and Ideology*. Amsterdam, Benjamins, págs. i-ix.
—, 1996a, *Disorders of Discourse*. Londres y Nueva York, Longman.
—, 1996b, «Critical linguistics and critical discourse analysis», en J. Verschueren, (comp.), *Handbook of Pragmatics*. Amsterdam, Benjamins, págs. 207-210.
—, 2000a, «The rise of racism – an Austrian or a European phenomenon?», *Discourse and Society*, nº 11 (1), págs. 5-6.
—, 2000b, «"Wer echt, anständig und ordentlich ist bestimme ich!" – Wie Jörg Haider und die FPÖ die österreichische Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft beurteilen», *Multimedia*, nº 20 (2), págs. 10-11.

—, 2000c, «Does sociolinguistics need social theory? New perspectives on critical discourse analysis». Discurso de apertura en SS 2000, Bristol, abril de 2000 (publicado abreviado en *Discourse & Society*, nº 2 (3), págs. 123-147.
—, 2001, «Diskurs, Politik, Identität». En F. Brix, H. Goebl y O. Panagl, (comps.), *Der Mensch und Seine Sprache(n)*. Viena, Böhlau, págs. 80-102.
—, y De Cillia, R., 1988, «Sprache und Antisemitismus. Ausstellungskatalog», *Mitteilungen des Instituts für Wissenschaft und Kunst*, nº 3.
—, y Van Dijk, T. A., (comps.), 2000, *Racism at the Top. Parliamentary Discourses on Ethnic Issues in Six European States*. Klagenfurt, Drava.
—, De Cillia, R., Reisigl, M., Liebhart, K., Hofstätter, K. y Kargl, M., 1998, *Zur diskursiven Konstruktion nationaler Identität*. Frankfurt, Suhrkamp.
—, De Cillia, R., Reisigl, M. y Liebhart, K., 1999, *The Discursive Construction of National Identity*. Edinburgo, Edinburgh University Press.
—, Menz, F., Mitten, R. y Stern, F., 1994, *Sprachen der Vergangenheiten. Öffentliches Gedenken in österreichischen und deutschen Medien*. Frankfurt, Suhrkamp.
—, Nowak, P., Pelikan, J., Gruber, H., De Cillia, R. y Mitten, R., 1990, *«Wir sind alle unschuldige Täter». Diskursbistorische Studien zum Nachkriegsantisemitismus*. Frankfurt, Suhrkamp.
Yung, V. K. Y., 1996, «A readership study of tertiary students in Hong Kong». Trabajo presentado en la International Conference on Communication and Culture: China and the world entering the 21st century, Universidad de Pekín.
—, 1997, «The discourse of popular culture among tertiary students in Hong Kong». Trabajo presentado en The LACUS Forum, Universidad de York, Toronto.
—, 2000, «Focus groups as sites of engagement: a study of comparative conversational practices». Trabajo presentado en el Simposio de Sociolingüística 2000, Bristol.

Índice analítico

abuso, *topos* del, 119-120, 135, 137
abuso de poder, 144, 159, 173
accidente nuclear de Harrisburg, 82
acción social, 206-214
acciones institucionales y no institucionales, 262
actitudes, 169-170
actividad sensorial, 73
agenda de investigación, 32
«ámbitos de acción», 106
amenaza, *topos* de la, 135-136, 138-139
Amsterdam, simposio de, (1991), 21
análisis cognitivo, 25, 145-147
análisis conversacional, 38-39, 175, 252-253
análisis crítico del discurso (ACD),
  aparición del, 21-22
  carácter accesible y comprensible del, 145
  características de, 31, 37-38, 174-176, 183-185
  como disciplina controvertida, 185
  críticas al, 22, 38-39, 58
  definición de, 17-21, 28, 46, 206-208
  directrices del, 145
  diversidad del, 103, 145
  entendido más como enfoque que como método, 35, 48, 56, 147, 179
  influencias teoréticas que actúan sobre el, 42-43
  marco analítico del, 184-187
  metodología de, 40-56
  objetivos de, 30, 160
  opciones implícitas en el, 104
  principios y supuestos del, 23, 36-37, 39
  punto de interés central en las instituciones del, 167
análisis de actor, 28, 37, 130-134
análisis de transitividad, 132
análisis del discurso, 50-52, 58, 61-69, 82-93, 99
  completud del, 86-87
  herramientas para el, 87-93
  véase también: análisis crítico del discurso; análisis mediato del discurso,
análisis estructural, 51
análisis fino, 51
análisis interaccional, 55-56, 186, 197, 199
análisis lingüístico, 42-43, 186, 193
  planos de, 108
análisis mediático, 90-93
análisis mediato del discurso (AMD), 47-55, 206-226, 232-238, 245-260
  aplicaciones del, 264
  conceptos fundamentales del, 213-214
  objetivos de, 48
  presupuestos metodológicos del, 262-263
  relación con el análisis crítico del discurso, 212-213

análisis narrativo, 253
análisis retórico, 254
análisis sociocognitivo, 145-146
Anthonissen, Christine, 32
antisemitismo, 110-113
asesinatos de Dunblane, 233
asistencia a cafeterías como acción mediata, la, 234-262
Austria, 110-118
«Austria First» petition, propuesta «Austria primero», 119-129, 135-136

Bajtin, M., 26
Banco Mundial, 193, 196-197
Bateson, G., 212
Bernhard, Thomas, 111
Bernstein, B., 26
Bhaskar, Roy, 184
Blair, Tony, 190-203 pássim
Bourdieu, Pierre, 30, 187-188, 192, 212, 256
Brown, Michael Barrat, 198-200, 203
Bublitz, Hannelore, 79
Busek, Erhard, 131

cambio, respuesta al, 194
cambio diacrónico, 104
capitalismo, como «reestructuración» y «nueva escala», 187-189
carga o lastrado, *topos* de, 118, 135-136, 138-139
Castells, M., 191
catacresis, 65
categorías lingüísticas, 37, 51
Centro para la defensa moral del capitalismo, 149, 172-173
Chernobil, 82
Chomsky, N., 24
Chouliariki, L., 25
Clarke, J., 195
Clinton, Bill, 149, 195
Coates, Ken, 198-200, 203
cognición, definición de la, 146
cognición social, 167
comunidades de práctica, 55, 220-221, 260-262
comunidades imaginadas, 220
comunidades implícitas, 220
conciencia, 69, 78
conocimiento/saber,
  definición de, 61-62
  diferentes tipos de, 169
  en las acciones, 96-97
  en las manifestaciones, 97-99
  reconstrucción del, 94-96, 98
conocimiento cultural, 169
conocimientos y creencias grupales, 169
constructivismo social, 43, 182
contexto,
  noción de, 33, 37
  planos del, 106, 108-109, 160
  teoría del, 44, 160-161
contexto histórico, 37, 67
contexto local, 160-161
contextos institucionales, 26
convenciones sociales, 20
crisis de los misiles de Taiwan, 233-234, 235
criterios con los que valorar la calidad de los hallazgos de la investigación, 56
crítica explicativa, concepto de, 184
cultura,
  concepto de, 29-30
  topos de la, 119, 135, 137, 138-139

Deleuze, G., 73
derecho de asilo, 119
derecho, *topos* del, 119
derechos humanos, 176
Discourse and Society, revista, 21
discriminación, argumentos a favor y en contra de la, 115-120
discurso,
  como forma de acción social, 207-208
  definición de, 63, 78, 146
  elaboración del, 67
  en el análisis mediato del discurso, 210-211
  en relación con el habla, 44
  en relación con la sociedad y con las prácticas sociales, 28, 106-107, 170-176
  estructura de, 80-87
  noción de, 104-109
  temas del, 152-153
  teoría de, 43-46
  uso del término, 39
  y realidad, 66-75
  véase también: órdenes del discurso
discurso científico, 80
discurso de anticipación, 244-245
discurso discriminatorio, 124

discurso hegemónico, 84-85
discurso ideológico, 160
discurso medioambiental, 257
discurso político, 189-190
discurso retrospectivo, 244-245
discurso visual holofrástico, 254-255
dispositivos, 62, 69-73, 78
  análisis de los, 93-96, 99
  teoría de los, 79
dispositivos gramaticales, 24
dispositivos visuales, 28
dominación,
  de ciertas variedades discursivas, discursos y estilos, 189
  de los modos de generar significado, 183
Drews, A., 65
Duisburgo, escuela de, 28
Durkheim, Émile, 44

Eagleton, T., 30
eclecticismo, 58, 109
Eco, Umberto, 44
economía, *topos* de la, 118
«economía basada en el conocimiento», 188
«economía global», representaciones del cambio en la, 187-190, 197-199
elementos para la identificación de las prácticas, 247-248
embudo del compromiso, 241-244
encuestas realizadas por medio de llamadas, 228-229
energía nuclear, 82
enfoque abductivo, 109
enfoque histórico del discurso, 26, 46, 53-54, 101-141
  historia del, 109-113
  trasfondo teorético del, 101-104
enfoques teóricos de carácter individualista, 42
epistemes, 72-73
epistemología, 42
«escenario de la acción», concepto de, 215-216
escuela de Francfort, 18, 29
estilo, 162, 182-184, 188-190
estrategia referencial, 53
estrategias de chivo expiatorio, 140
estrategias de predicación, 53
estrategias discursivas, 114-115
estructuralismo, 42-43
estructuras discursivas, 147-151, 160, 167, 173-175
estructuras sociales, 19, 170-174
ética, 175-176

Fairclough, Norman, 19, 21-25, 37-40, 46-47, 49, 55, 105, 207-208; autor asimismo del capítulo 6
Fassmann, Heinz, 132-133
formas simbólicas, 30
Foucault, Michel, 26, 28, 37, 40, 43-44, 61-62, 65-79 pássim, 86, 99
Fowler, Roger, 20, 23-24
Franking, 118

Gates, Bill, 150, 157
Gee, J. P., 239
«genealogía», 68, 86
generalizaciones de los participantes, 224, 241
«giro», 192
globalización, 188
gramática funcional, 27
«grandes teorías», 42, 46, 102, 110
grupos desfavorecidos, 19, 182
grupos diana / de interés, 50, 228, 231

Habermas, Jürgen, 18-19, 26
hábito, 247-249, 255, 249, 263
Haider, Jörg, 82-83, 120, 122, 127-128
Halliday, M. A. K., 24, 26-27, 37, 132
hegemonía, concepto de, 183
Heldenplatz (obra de teatro), 111
hermenéutica, 38, 50, 141
hilos discursivos, 80-90
historia,
  concepto de, 19
  topos de la, 119
Hong Kong, 206-207, 226-233
Horkheimer, Max, 17, 29
Hrdlicka, Alfred, 111
humanitarismo, 117

ideas colectivas, 44
identidades nacionales, 112-113
ideología, 19, 29-30, 170, 197-198
información implícita, 155
inmigración, 77, 85, 87, 132-134
instrumentos de mediación para la realización de acciones sociales, 54, 249-258

interdiscursividad, 56, 80, 105-106, 108, 122, 132, 184, 195-196
intertextualidad, 106, 127, 132, 136, 184
investigación empírica como proceso circular, la, 41
investigación social,
calidad de los hallazgos, 56
debate metodológico en la, 39-40
enfoques en, 35

Jäger, Margret, 84
Jäger, Siegfried, 22, 28, 40, 43-44, 49, 51, 56; autor asimismo del capítulo 3.
Jessop, B., 187
Jones, R. H., 206
juicios de valor, 39-40
justicia, *topos* de la, 117

Kant, Immanuel, 40, 208-209, 212
Kintsch, W., 25
Klemperer, Victor, 99
Klestil, Thomas, 131
Kress, Gunther, 19-21, 23-24, 27, 255
Krings, H., 18

la «crítica» kantiana y lo crítico como talante,
carácter negativo de, 208-209
concepto de, 29-31
Laclau, Ernesto, 43, 74
legalidad, *topos* de la, 119
Lemke, J. L., 105
lenguaje,
en relación con la sociedad, 37
metafunciones del, 27
véase también: análisis lingüístico, categorías lingüísticas,
Leontjew, Aleksej, 43, 73, 75, 78-79
libro blanco sobre la competitividad (1998), 190-191, 202-203
lingüística crítica, 22, 25, 30-31
definición de, 17-21
lingüística sistémica funcional, 20
lingüística sistémica funcional, 24, 47, 186, 193
Link, Jürgen, 44, 62-64
Link-Heer, U., 64

Maas, Utz, 22
macroestructuras semánticas, 152-153
«macroproposiciones», 153, 155
manifestaciones, 69-70, 79, 94-96
conocimiento en las, 97-99
Marx, Karl, 29, 73
materializaciones,
véase manifestaciones,
medios de comunicación de masas, 25-28, 49-50, 83-84
análisis de los, 90-93
según su utilización por parte de quienes participan en el análisis, 226-229
memoria episódica, 166
método, concepto de, 179
métodos de análisis que «reducen el texto», 38
Meyer, Michael, 32; autor asimismo del capítulo 2 y uno de los compiladores de la presente obra
microsociología, 42-43, 47
Ministerio de Justicia de los Estados Unidos, 150-151
Mitten, R., 132
modelos contextuales, 45, 160-167
modelos de acontecimientos, 165-167
modelos mentales, 152-174
monólogos, 253
Moscovici, Serge, 44-45
Mouzelis, Nikos, 46, 102
Münz, Rainer, 132-133

neoliberalismo, 170-176, 183, 188-189, 192, 200
New York Times, 110-111
Newman, J., 195
nexos de la práctica, 55, 219-221, 258-262
Nishida, K., 212
nuevo laborismo, 190-200 pássim
números, *topos* de los, 118-119

objetividad, 58
observación participante, 49, 57, 225, 263
observaciones «neutrales», 224-225
obtención de datos, 40-41, 58
metodología para la, 48-50
para la triangulación, 222-226
operacionalización de conceptos teóricos, 40, 50-56
órdenes del discurso, 183-187
órdenes sociales, 183-184, 197-198
Organización Mundial del Comercio, 200
asamblea en Seattle de la (1999), 198

Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), 82, 119-122, 127-139 pássim
Pêcheux, M., 26
permisos de residencia, 116, 119
planos discursivos, 83-90
pleito entablado contra Microsoft por infracción de la ley contraria a la concentración de compañías, 149-174 pássim
poder,
  concepto de, 19
  en relación con el lenguaje y el discurso, 18, 22-23, 31-32, 63-69, 173-174, 187
  en relación con el saber, 98-99
  véase también: abuso de poder,
políticos, 102
populismo, 120-122, 132-133
positivismo, 40
pragmática, 23
«pragmatismo conceptual», 102
principios abstractos, 153
problemas sociales, 205-207
proceso de aprendizaje, 24
procesos políticos, 194
programa ERASMUS, 21

racismo, 135, 174
realidad, *topos* de, 118
«realizaciones» de las particulares posiciones existentes en el seno de las prácticas sociales, 182-183
recontextualización, 192-197
Reisigl, Martin, 45, 53
religión cristiana, 169
Reno, Janet, 149
representación de un argumento por medio de un dibujo, 211-212
representaciones sociales, 167-173
  de los grupos sociales, 170
  teoría de, 44
representatividad, 50
responsabilidad, *topos* de la, 117-118
retórica política, 196-197

saber sesgado, 39, 57, 63, 144, 159
Schegloff, E. A., 38-39
Scollon, Ron, 22, 40, 47-58; autor asimismo del capítulo 7
secuencias de acciones mediatas, 239-244
seguridad nacional, 122-123, 126-127
seguridad social, 119
semiosis y semiótica, 27, 46-47, 179-188, 192, 257
sexismo, 148-149, 157, 174, 176
SIDA, 206
significado,
  asignación de, 73-77
  generación de, 180-183
  retracción o pérdida de, 70, 77
significados locales, 154-160
Silverman, D., 56-57
simbolismo colectivo, 65
sintomatología, 102
situaciones sociales, 170-172
socialismo, 189
sociolingüística, 23
sociopsicología, 43-45
Steger, Norbert, 120

Tannen, D.,
«tecnologización», 220-221, 260-261
teoría,
  operationalización, 40
  papel de la, 29-30
  planos de la, 108
teoría de la actividad, 46, 73-78
teoría de la argumentación, 46, 53, 113-118, 135
Teoría Fundamental, 41
«tercera vía», la, 190
Thatcher, Margaret, 191
Thompson, J. B., 29-30
Titscher, S., 36
toma de muestras, 41
topoi, 65, 115-120
«trabajadores invitados», 117, 131-132
trabajo, 76
Trew, Tony, 20, 23
triangulación, procedimientos de, 57, 104, 106, 222-226, 246-247, 263

Unión Europea, 130

Van Dijk, Teun, 17-18, 21, 23, 25-26, 37, 40, 44-45, 49-50, 56-57, 58, 143; autor asimismo del capítulo 5
Van Leeuwen, Theo, 21, 27-27, 255
variedades discursivas, 31, 46, 104-109, 182-184, 188-189
Verband der Unabhängigen (VDU), «Asociación de los Independientes», 120
Viena, 116

Voloshinov, V. I., 26
Vygotsky, L. S., 73

Waldenfels, Bernhard, 77-78
Waldheim, Kurt, 110-111
Werstch, J. V., 220
Widdowson, Henry, 39, 58
Wodak, Ruth, 21-23, 26-27, 37-41 pássim, 45-pássim, 111-112, 121, 207-208; autora asimismo de los capítulos 1 y 4 y uno de los compiladores de la presente obra

xenofobia, 120-121

Yung, V. K. Y., 230-231

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES

Lingüística / Análisis del discurso
Serie CLA·DE·MA

gedisa
editorial

Ruth Wodak y Michael Meyer
Métodos de análisis crítico del discurso

La disciplina del análisis del discurso está mostrando su validez y eficacia en ámbitos cada vez más diversos, pero aún faltaba una introducción realmente clara y asequible a sus métodos, su alcance y sus corrientes principales.

Esta obra ofrece un resumen del trasfondo histórico del análisis crítico del discurso y proporciona una visión de conjunto de las diversas teorías y métodos asociados con este enfoque sociolingüístico. Además define con precisión las aportaciones de los principales teóricos de este campo, las diferencias en sus enfoques y los métodos específicos de cada uno.

El examen comparativo de los aspectos acentuados por las diversas orientaciones permite tanto a investigadores que trabajan en este campo como a estudiosos que quieren introducirse en él una evaluación de cuál de las metodologías descritas resulta más adecuada para su ámbito particular de indagación.

Este libro no requiere conocimientos previos del análisis crítico del discurso. Los numerosos ejemplos ofrecen al lector la oportunidad de hacer ejercicios prácticos para familiarizarse con los planteamientos y procedimientos de esta disciplina.Esta obra se convertirá en lectura obligatoria para estudiantes y profesionales en los campos de la lingüística, la sociología y la psicología social.

Ruth Wodak es profesora de Lingüística Aplicada en el Departamento de Lingüística de la Universidad de Viena y directora del Centro para la Investigación del Discurso, la Política y la Identidad de la Academia Austríaca de las Ciencias.

Michael Meyer trabaja como profesor ayudante en el Departamento de Estudio del Comportamiento en los ámbitos de Gestión y Organización perteneciente a la Universidad de Economía y Administración de Empresas de Viena.

9 788474 329704
302523